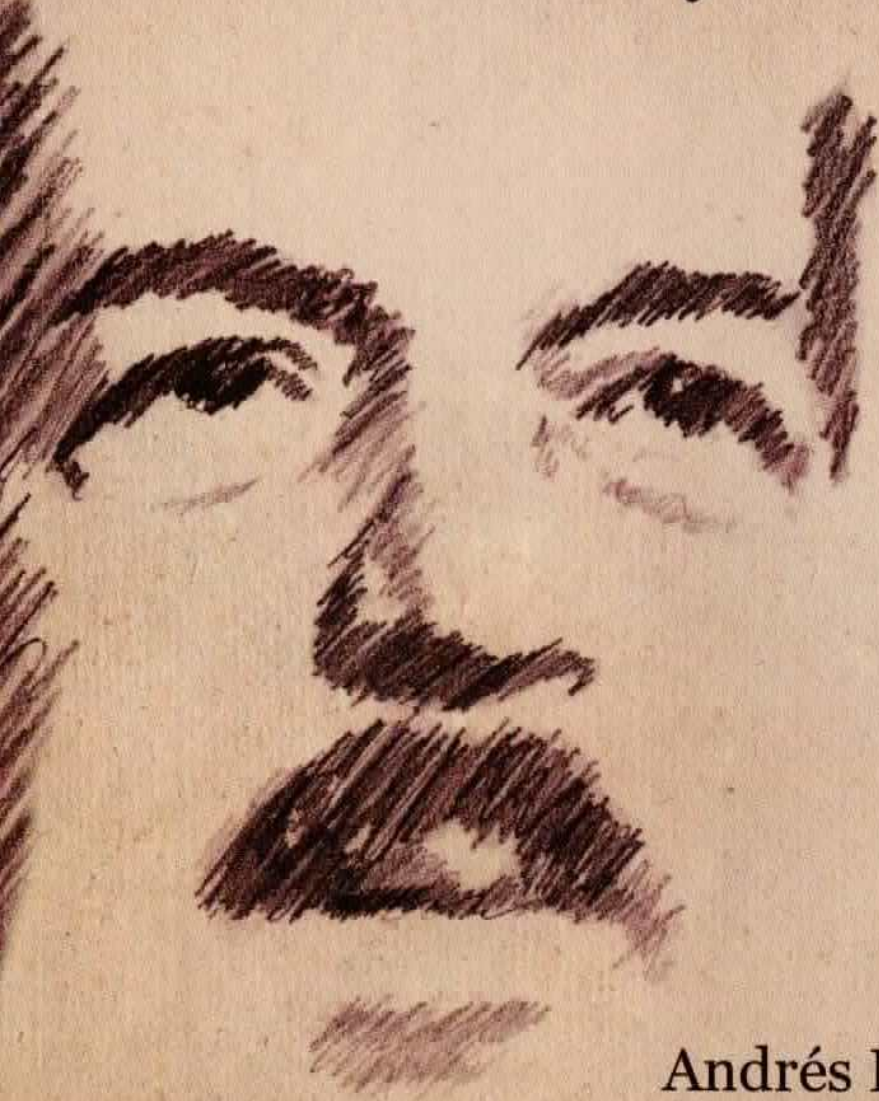


Pedro Henríquez Ureña

Errancia
y creación



Andrés L. Mateo



UNAPEC
UNIVERSIDAD APEC

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
Errancia y creación

Andrés L. Mateo

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
Errancia y creación

Santo Domingo, R.D.
Octubre 2015

Mateo, Andrés L.

Pedro Henríquez Ureña : errancia y creación / Andrés L. Mateo;
Orlando Inoa, fotografías. -- Santo Domingo : Universidad APEC, 2015.
323 p. : fotografías

ISBN: 978-9945-423-36-5

1. Henríquez Ureña, Pedro, 1884-1946 - Biografía 2. Henríquez
Ureña, Pedro, 1884-1946 - Vida intelectual I. Mateo, Andrés L. II. Inoa,
Orlando, fot.

928
H395M
CE/UNAPEC



Título de la obra:

Pedro Henríquez Ureña: errancia y creación

ISBN N°: 978-9945-423-36-5

Ediciones:

2001, Andrés L. Mateo ©

2003, Grupo Santillana ©

2015, Universidad APEC (UNAPEC) ©

Gestión editorial:

Oficina de Publicaciones

Vicerrectoría de Investigación, Innovación y Relaciones Internacionales

Fotografías:

Colección archivo de Orlando Inoa

Diseño de cubierta:

Departamento de Comunicación y Mercadeo Institucional

Diagramación:

Jesús Alberto de la Cruz

Impresión:

Editora Búho, S.R.L.

Santo Domingo, República Dominicana, 2015.

Octubre 2015

Impreso en República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

JUNTA DE DIRECTORES DE LA UNIVERSIDAD APEC

Lic. Opinio Álvarez Betancourt
Presidente

Lic. Fernando Langa Ferreira
Vicepresidente

Lic. Pilar Haché
Tesorera

Dra. Cristina Aguiar
Secretaria

Lic. Álvaro Sousa Sevilla
Miembro

Dr. Lorenzo Vicens Bello
Miembro

Lic. Peter A. Croes
Miembro

Dr. Kai Schoenhals
Miembro

Lic. Isabel Morillo
Miembro

Dr. Franklyn Holguín Haché
Presidente de APEC

Lic. Euclides Reyes
Miembro

Lic. Roberto Leonel Rodríguez Estrella
Pasado Presidente

Dr. Ricardo Koenig
Miembro

Dr. Radhamés Mejía
Rector

COMITÉ EDITORIAL

Radhamés Mejía
Carlos Sangiovanni, APEC Cultural
Diógenes Céspedes, Asesor
Francisco G. D'Oleo
Andrés L. Mateo
Luz Inmaculada Madera
Giovanna Riggio
Rosmina Valdez

Índice

Introducción.	11
I. Santo Domingo, Puerto Plata, Cabo Haitiano	13
II. Cabo Haitiano, Santo Domingo, Nueva York	65
III. La Habana, Veracruz	93
IV. Ciudad de México	111
V. Washington, Minnesota, México	167
VI. La Plata, Santo Domingo, Buenos Aires	219
Bibliografía activa	285
Bibliohemerografía pasiva	291
Índice onomástico	305

Introducción

La biografía de Pedro Henríquez Ureña está en sus libros, quedó en las aulas, se desplegó en las miles de conferencias que dictó, tomó forma humana en sus alumnos, y saltó a ser leyenda, magisterio y paradigma del mundo americano.

Este libro no es una biografía, esculpe una cartografía angustiosa de su vida itinerante, y deja en el aire la formidable verificación de una existencia enteramente dedicada al estudio, el trabajo, el engrandecimiento personal y la entrega a los demás. No son batallas, guerras o luchas por el poder las pinceladas heroicas que adornan sus cualidades, sino realizaciones espirituales, grandes bregas por desentrañar la especificidad de nuestra historia particular, infinitos mundos por descubrir desde las manifestaciones artísticas americanas, ansias inaguantables por darle una personalidad propia al continente.

Este libro bordea, por lo tanto, los contornos de su propia vida, lo que es posible extraer de su peregrinaje intelectual por América, el desgarrón del suelo nativo, y el exilio interior, que lo marcó tanto como el desarraigo forzado. Antes hubiera sido

imposible escribir estas notas; su vida de monje encerrado en el estudio y la investigación, su carácter reservado, no dejaban un resquicio por donde penetrar a su intimidad. Pero recientemente se han publicado sus *Notas biográficas*, su *Diario* y sus *Notas de viaje*; y antes habían salido a la luz *Hermano y maestro*, de Max Henríquez Ureña; el epistolario familiar y el *Epistolario íntimo* con Alfonso Reyes; así como las notas de su hija Sonia Henríquez, todo lo cual permite ordenar un itinerario más o menos apretado de su intensa y fértil vida.

Estas notas son hijas de la admiración y el aprecio por el modelo de vida intelectual que él personifica, empinada siempre sobre un ideal ético. Persiguen presentarlo a la juventud dominicana y de América como un referente, en un momento de la humanidad en que estos paradigmas del saber se extinguen. Vida fértil, múltiple y plural, ningún libro podría atraparla, ninguna exégesis contenerla, ninguna época desbordarla. El sublime magisterio que encarna no lo ha degradado el tiempo, ha resistido todas las pruebas, y se refugia esplendente en la máxima que él mismo acuñó: “Afinar, definir, con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única norma”.

Su vida, su pensamiento, sus libros, son la mejor muestra de que “el ansia de perfección” coronó sus desvelos.

A. L. M.

I

Santo Domingo, Puerto Plata, Cabo Haitiano

Pedro Henríquez Ureña nació el 29 de junio de 1884, en el seno de una familia cuya prestancia intelectual era ampliamente reconocida. Según él mismo narra en sus *Memorias*,¹ “era domingo, a la hora de su nacimiento, y había procesión de octavario de Corpus en la parroquia de Santa Bárbara”. La República Dominicana, donde vio la luz por vez primera el insigne humanista, tenía entonces un estimado de 415,000 a 416,000 habitantes,² y la ciudad que lo acogió, Santo Domingo, era apenas un tramado sinuoso de calles polvorientas que servía frecuentemente de escenario a las continuas refriegas que escenificaban los rojos y

¹ *Memorias, Diario, Notas de viaje* (introducción y notas de Enrique Zuleta), México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

² H. Hoetink, *El pueblo dominicano*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santo Domingo, 1987, p. 37.

los azules³ por el control político y económico del país. En particular, las tres últimas décadas finales del siglo XIX dominicano se caracterizarán por una gran movilidad social, con la llegada del sector liberal al poder, la expansión económica a partir de la transformación de la base productiva y la influencia de las corrientes del pensamiento universal, que portaron inmigrantes de diversas nacionalidades, los cuales llegaron a la isla atraídos por motivos muy diversos.

Como ha sido muy frecuente abordar la vida de Pedro Henríquez Ureña tejiendo a su alrededor una autogeneración asombrosa, en la que se le describía como un solitario “marinero intelectual”, dejándolo flotar en el enigma que encierra la idea de que “el destino dominicano lo prefigura pero no lo explica”,⁴ hemos de destacar, en principio, estos tres factores: la circunstancia de un núcleo familiar que entraña una verdadera oligarquía espiritual de la nación dominicana, el hecho de despertar el intelecto en un momento de grandes transformaciones sociales, y el influjo intelectual de las oleadas de inmigrantes que devinieron en un soporte primario del saber, propiciando las transformaciones del pensamiento que caracterizan la época, aportando propuestas de regeneración social, así como dándole un aire cosmopolita al ambiente intelectual dominicano.

³ Los azules, expresión de la ideología liberal, habían surgido de la guerra de Restauración de la República, encabezados por el general Gregorio Luperón, cuya estructura política era el Partido Nacional Liberal o Azul. Los rojos se enfrentaron a los azules por el manejo del poder, encabezados por su viejo líder, el caudillo Buenaventura Báez. Estas confrontaciones ocuparán un espacio muy amplio de la historia nacional, contándose más de 20 gobiernos, entre uno y otro, de azules y colorados.

⁴ Enrique Krauze, *El crítico errante*, México, Conaculta, 1999, p. 7.

Su padre fue el doctor Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935), médico graduado en Francia, abogado y escritor dotado de una gran elocuencia verbal y destacada personalidad de la vida política dominicana. Amigo de Eugenio María de Hostos, se vinculó a la renovación de la educación dominicana al asumir el magisterio práctico y la filosofía del pensador puertorriqueño. Era un hombre de carácter muy tenaz, sencillamente apasionado con las tareas que emprendía, sobre las cuales se volcaba sin importar el cúmulo de obstáculos que tuviera por delante. Para entonces no era fácil estudiar en una universidad extranjera, ni obtener un título de medicina. Su inquebrantable decisión de superación permanente se impuso hasta al sólido vínculo del matrimonio y la familia: se marchó del hogar casi recién erigido, regresando y volviendo a partir entre el nacimiento de uno y otro hijo y el acicate de la nostalgia de la esposa lejana, que urgía el regreso del amado cinceland su angustia en el poema, y lo veía llegar como un viandante que luego volvía a partir. Solo que así se fue granjeando su nombradía, el prestigio indiscutible, la fama de hombre de ciencia y fino cultivador de las letras y las artes. Pese a la ferocidad de las luchas políticas en que se vio envuelto, el exilio forzado y el autoexilio, en los momentos de crisis institucionales particularmente dramáticos para la historia dominicana, su nombre era siempre invocado como un referente ilustre. Se puede decir que saltó a la leyenda cuando a raíz de la intervención de los Estados Unidos al país, en 1916, fue nombrado Presidente Constitucional de la República por el Congreso Nacional y solemnemente juramentado, pero luego las tropas interventoras norteamericanas le impidieron ejercer el poder. Antes había tenido otras experiencias de Estado: fungió de secretario del



Patrullaje de la ciudad de Santo Domingo por las fuerzas de la Ocupación Norteamericana (calle Isabel La Católica esquina Luperón).

presidente Fernando Arturo de Meriño, sacerdote, político y escritor, y admirador devoto de Salomé Ureña. Fue también ministro de Relaciones Exteriores, actuando como plenipotenciario en numerosas misiones internacionales.

Pero el papel de mayor significación que desempeñó el padre de Pedro Henríquez Ureña fue su cruzada contra el imperialismo yanqui: escaló tribunas internacionales para denunciar en Estados Unidos y el mundo los abusos de la intervención norteamericana en los asuntos internos de su pequeño país. Se le llamó “Presidente de jure”, y su peregrinaje es una dolorosa epopeya que lo empujó a analizar las circunstancias históricas que propiciaron esa desventura. Escribió cientos de correspondencias a personalidades y periódicos norteamericanos, aprovechó cualquier tribuna internacional que se lo permitiera para gritar a pleno pulmón el ultraje de la patria invadida, distribuyó miles de octavillas por el mundo que pregonaban el memorial de agravios que laceraba su patria intervenida, e hizo del objetivo de la desocupación el tema fundamental de sus preocupaciones intelectuales y políticas. La intervención norteamericana sorprendió a Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos, pero esto no impidió que acompañara al padre en algunos viajes de los muchos que se realizaron a fin de presionar al gobierno norteamericano, y que escribiera numerosas crónicas denunciando el hecho.⁵

Francisco Henríquez y Carvajal vivió luego en Cuba, adonde trasladó su familia. Allí desarrolló un vasto programa de activismo cultural, particularmente en la región de Santiago

⁵ Max Henríquez Ureña, *Hermano y maestro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 45.

de Cuba, donde, además, ejerció de médico. Su bibliografía es numerosa e incluye monografías de medicina; ensayos polémicos, como el que escribió en 1882, en París, con el tema de las discusiones sobre el lugar donde reposan los restos de Cristóbal Colón; literatura; estudios sobre la deuda pública del país, explicando la calamidad histórica que esto significó (*Contrato con la Improvement y demás compañías americanas*, 1901), así como libros de exaltación indigenista (*Cayacoa y Cotubanamá*, 1900), discursos y memorias de su participación en congresos y congresos, y artículos en revistas especializadas, tanto de medicina como de literatura. El padre era un verdadero personaje, y aunque en sus afanes de formación académica vivió los primeros años de la vida de su segundo hijo fuera del país, y viviría después, por otros motivos, separado de él la mayor parte de su vida, lo cierto es que si algo se destaca en la abundante información que contiene el *Epistolario* de los Henríquez Ureña,⁶ es la preocupación del padre por la educación rigurosa de sus hijos. Particularmente a Pedro le enviaba libros novedosos de información científica, cultivándole la inclinación inicial hacia el conocimiento positivo que tempranamente se despertó en él. En su libro *Hermano y maestro* Max Henríquez Ureña recuerda lo siguiente:

Pedro mostraba destreza y rapidez para el cálculo matemático elemental, se interesaba grandemente por la zoología, lo que movió a mi padre a adquirir para él la *Historia natural*, del doctor Brehm, publicada en ocho o diez grandes tomos profusamente ilustrados, por una editorial de Barcelona. También

⁶ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, 2 t., Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1996.

sentía gran atracción por la geografía, y recitaba de corrido los nombres de las capitales de todos los países del mundo, ya fueran independientes, ya fueran colonias.⁷

Igualmente, el padre orientaba las lecturas de textos humanísticos de sus hijos, y oficiaba de crítico, incluso en los momentos en los que ya Pedro Henríquez Ureña y Max eran considerados personalidades destacadas del mundo intelectual americano. Sin ninguna duda, de él provienen las influencias primeras que templaron el ejercicio crítico tan riguroso que caracterizará después a Pedro Henríquez Ureña, y es también su influjo el que define esa insaciable vocación de saber a la que muy tempranamente se afilia éste. En las cartas que enviaba a Salomé Ureña, su insistencia por saber qué estaban leyendo los niños llegaba a la mortificación, y disponía planes de estudio y observación de la naturaleza, a la manera positivista que había pregonado el señor Eugenio María de Hostos, con la finalidad de proveerles una formación integral. Puntilloso, sagaz y penetrante, dueño de una fina ironía, sus cartas preludian el estilo epistolar del hijo que lo trascenderá, y en ellas se pueden rastrear los intereses espirituales hacia los que tempranamente se abrirá la curiosidad del muchacho. Comenta de música, de teatro, de las relaciones sociales de la vida parisina; aborda la descripción de acontecimientos, personajes y hechos históricos con pinceladas certeras que crucifican o enaltecen lo descrito, como ocurrirá después en el abundante epistolario de Pedro con Alfonso Reyes, con Max, con su propio padre y con numerosos intelectuales del mundo. De lo que ocurre en su propio

⁷ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 11.

país, respondiendo a informaciones que la propia Salomé le ha hecho llegar, o que le han suministrado otras fuentes, es un severo juez que descarga el mazo impenitente como quien no quiere la cosa, y sigue la propia aventura de darle a su espíritu el alimento que requiere para las altas exigencias de superación que se ha autoimpuesto.⁸ Nada perturba la consecución de sus metas. Es el mismo camino que el hijo asumirá después, en lo errante de una existencia que va cumpliendo un apostolado del saber que se mide siempre de sí para afuera, y que se desgarrar mirando las cosas de la patria desde el extranjero, pero que avanza contra viento y marea hacia su propio objetivo. Sed inagotable de saber, errancia y estilo estaban ya dados en la imagen del padre renombrado que llegaba y se iba, pero que imponía las normas de la existencia desde su propia concepción de la grandeza.

Las cartas de Francisco Henríquez y Carvajal demuestran que su apuesta al futuro, con respecto a sus hijos, no estaba centrada, en principio, en la personalidad del enfermizo “Pibín”, sino en la voluntad del primogénito Fran, a quien se había llevado consigo a Francia durante un tiempo. Tanto el padre como el hermano mayor se convertirán en personajes idílicos del mundo particular de Pedro y Max. Si hay que destacar algo como blasón distintivo de esta familia ilustre, es el hecho de que toda su idea de lo heroico está siempre relacionada con la

⁸ Una nota característica de Francisco Henríquez y Carvajal es esta firmeza en cumplir sus propósitos. A raíz de la publicación del *Epistolario*, queda clara su concepción de la vida como un eterno proceso de desarrollo y superación, sin importar los obstáculos. Este rasgo de su carácter estará presente en Pedro, quien no se doblegará ante las innumerables dificultades por las que pasa en su vida.



Los hermanos Henríquez Ureña: Pedro, Fran y Max.

aventura intelectual, con los valores del espíritu. En *Hermano y maestro*, Max registra la llegada del padre y el hermano mayor desde Francia, como el tercer acontecimiento inolvidable de su vida: “El tercer hecho importante que guardo en la memoria fue el regreso de mi padre y de mi hermano Fran. Algunas semanas antes, mi tío Federico había llegado con un papel en la mano, y dirigiéndose gozoso a mi madre, exclamó: ‘¡Albricias, Salomé!’ Nos llamó después a Pedro y a mí y nos dijo que ese papel era un telegrama en el cual mi padre anunciaba que pronto estaría entre nosotros. Nos leyó el texto del mensaje, que yo apenas habría comprendido sin ese preámbulo, porque en él se hacía referencia a exámenes terminados y otras cuestiones cuyo alcance no me era dable medir. En suma, mi padre, que había ido a Europa a ampliar sus estudios de medicina, acababa de obtener el doctorado en la Universidad de París y se reintegraba a su patria y a su hogar.

Su llegada transformó y amplió para mí el mundo circundante. Desde el primer momento comprendimos Pedro y yo que en él teníamos un guía y un mentor de gran autoridad, cuya voz magistral nos producía honda impresión. Y con nuestro hermano Fran ganamos un compañero de más edad y experiencia, a quien realzaba a nuestros ojos el prestigio de haber vivido cerca de tres años en París.⁹

De los cuatro hijos de Francisco Henríquez y Carvajal con Salomé Ureña de Henríquez, Fran, sin embargo, es el único que no tiene nombradía intelectual, perdiéndose discretamente en el follaje majestuoso de una familia cuya ascendencia es

⁹ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 10.

intelectualmente cimera, pero cuya descendencia, en la figura de los padres Francisco y Salomé, y sobre todo en la tríada de Pedro, Max y Camila, hallará la realización suprema de un ideal de vida y obra fundado en los valores del saber y la entrega a la educación, que desbordará el ámbito nacional. Fue Pedro quien encarnó, mayormente, en vida y obra, el modelo sublime que el padre vislumbró para Fran. En esa biografía del espíritu que es *Hermano y maestro*, Max Henríquez Ureña deja ver que ello fue advertido desde las primeras manifestaciones de socialización del saber que practicaban en el seno de la familia: “Estudiábamos los tres en la propia casa, bajo la dirección de nuestros padres, que deseaban ser nuestros propios maestros; pero el maestro de quien yo sacaba más provecho, porque estábamos juntos casi todo el tiempo, era Pedro”.¹⁰

Incluso antes de que el padre destacara en la vida científica, intelectual y política dominicana, su madre, Salomé Ureña (1850-1897), era ya una célebre poetisa nacional. El dato no es una nota biográfica decorativa. En la historia de la literatura dominicana, pocos escritores han alcanzado el favor popular y la crítica especializada con un entusiasmo de tan unánime exaltación. El reconocimiento de sus dotes poéticas llegó casi al frenesí. Los periódicos de la época reseñaban sus actividades en forma tan encomiástica que rayaban en el fervor, y la sociedad organizada no se cansaba de homenajearla. Lo que se estilaba entonces eran las veladas culturales, organizadas por grupos como la Sociedad Amigos del País, y la presencia de Salomé Ureña en estos actos se festejaba como todo un acontecimiento popular. La recitación era una manera prestigiosa

¹⁰ *Ibíd.*, p. 11.

de participar en las tertulias, y no había una actividad de este tipo que no incluyera la declamación de un poema suyo. Se inició escribiendo con el seudónimo de Herminia, arropada en una modestia que la acompañará hasta la tumba, y poco a poco la nación le fue construyendo un solio para sentarla en la admiración eterna. Tenía solo quince años cuando comenzó a escribir, y diecisiete cuando la tímida Herminia dio a conocer sus versos. Probablemente su padre, Nicolás Ureña de Mendoza, abogado y poeta, influyó en ella de manera directa, pero el eco de su voz lírica de inmediato llamó poderosamente la atención. Sus primeros poemas fueron publicados por la Sociedad Amigos del País, en 1880, mediante suscripción popular que la prensa fue siguiendo sin omitir pormenores.¹¹ Ninguna personalidad importante de la época, ninguna institución, tampoco la gente común, dejó de participar en la colecta. Las listas de contribuyentes se publicaban señalando lo que hacía falta para completar el volumen, hasta que finalmente el libro fue puesto a circular en un acto lleno de sentimiento y orgullo patriótico. En el prólogo que acompaña la obra, Fernando Arturo de Meriño da en la diana cuando afirma de su poesía lo siguiente:

Nunca he celebrado en la bella literatura esta poesía galana e insustancial que dora extravagancias y delirios para fascinar imaginaciones débiles e inteligencias superficiales; pero sí admiro y aplaudo la filosófica que hace irradiar la luz del

¹¹ El fenómeno de la popularidad de Salomé Ureña de Henríquez es único en la historia de la literatura dominicana. Vivió rodeada del fervor popular, y sus poemas se publicaron a través de una acción de masas. En cualquier publicación de la época se puede comprobar que era una autora colectivamente festejada.



Salomé Ureña de Henríquez, la madre, poetisa y maestra.

discurso y proyecta sobre el alma y el corazón, templada por la suavidad del sentimiento y las imágenes de la fantasía.

Lo bello no es incompatible con lo grave. El pensamiento tiene su cielo y sus arreboles.¹²

Meriño resalta la razón por la cual esta mujer-poeta impacta en la vida nacional. Su poesía no entraba en el recinto destinado a la idea que de la mujer se tenía a finales del siglo XIX dominicano. Sus temas no son esas cuitas recoletas que acongojaban la vida femenina. Ella truena desde la cima de un pasado idealizado, convirtiéndose en paradigma de la exaltación del progreso, abominando de la guerra y la confrontación estériles, transformando su verbo en portaestandarte de la civilización. La frágil poetisa se había convertido en la Nora dominicana, incendiaria como la que aparece en el drama *Casa de muñecas*, del Ibsen muy amado por su hijo Pedro. La patria es su delirio, a ella consagra sus mejores cantos, sus versos pueden desnudar su intimidad desgarrada en algún momento particularmente punzante de su vida de madre y esposa anhelante de tener el apoyo del marido lejano, pero la patria es lo que verdaderamente la ocupa. En su libro *Estudios de poesía dominicana*, el escritor José Alcántara Almánzar dice que en la poesía de Salomé Ureña:

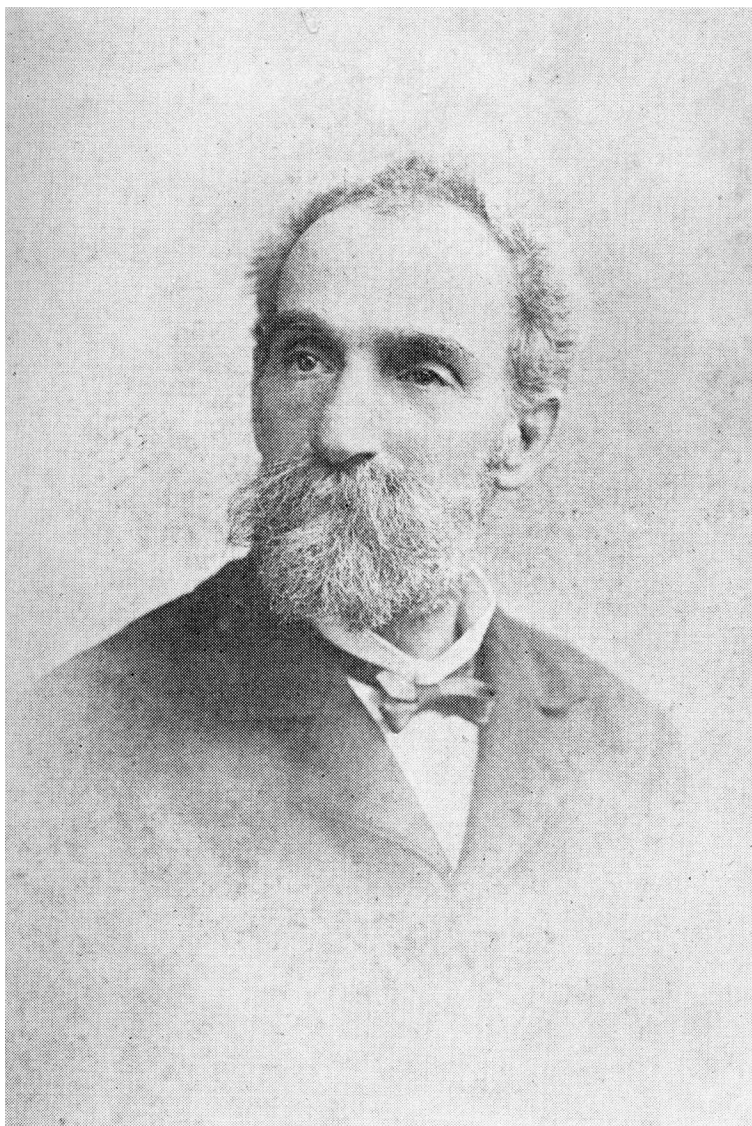
la patria aparece como un ente sagrado que debe ser venerado por los dominicanos. Esta sacralización del concepto patria nos permite penetrar en el venero idealista que alimenta su poesía. Nos damos cuenta de que su visión de la

¹² Salomé Ureña de Henríquez, *Poesías completas* (notas y estudio de Diógenes Céspedes), Fundación Corripio, Santo Domingo, p. 60.

patria responde a una noción ideal. Ella vivió en una época de guerra contra Haití, lucha contra la dominación española, gobiernos despóticos y corruptos, varias dictaduras que ensangrentaron el país. La santidad de la patria, concebida en el mejor sentido cristiano, fue una vocación que nunca llegó a extinguirse en el corazón de la poetisa.¹³

Expresión civilista que tenía, además, una sustentación filosófica. Como resalta el cura Meriño, “lo bello no es incompatible con lo grave”. La poesía hermosa que escribe esta jovencita aventajada obliga también al pensamiento. Un poco más abajo del sentimiento patriótico están las ideas del positivismo, que Eugenio María de Hostos había introducido en el país a finales del siglo XIX, y de las cuales ella era militante destacada. Ideas con las que educará a sus hijos, y por las que combatirá denodadamente no sólo en la práctica pedagógica, sino con su estro poético. El positivismo señorea una etapa muy amplia del pensamiento latinoamericano, vinculándose orgánicamente a las estructuras de poder de las élites ilustradas, y desde mediados del siglo XIX es el cuerpo teórico a partir del cual se plantea la modernización de la vida social. Creado por el francés Augusto Comte (1789-1857), y desarrollado en las obras de John Stuart Mill (1806-1873) y Herbert Spencer (1820-1903), sirvió de apoyo filosófico para hacer frente a ciertos problemas políticos y de desarrollo ante los cuales el mundo americano parecía naufragar. Por eso el positivismo fue muchas cosas al mismo tiempo. Mientras en la República Dominicana servía a los propósitos de combatir el pensamiento metafísico y la educación

¹³ José Alcántara Almánzar, *Estudios de poesía dominicana*, Alfa y Omega, Santo Domingo, p. 53.



El puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903) fue el gran fundador de instituciones educativas en Santo Domingo a finales del siglo XIX. Parte de esa semilla intelectual alimentaría la formación de Pedro Henríquez Ureña.

escolástica, y formulaba propuestas audaces en el terreno de la educación, contra todo vestigio de poder absoluto, en México la dictadura de Porfirio Díaz lo empleaba como pensamiento oficial del poder despótico. En el Cono Sur llevó al marxismo radical, a través de la tríada José Ingenieros, Aníbal Ponce y José Carlos Mariátegui. Y fue una cosa completamente diferente en Cuba y en el resto de los países del continente. Incluso, metamorfoseándose, se convirtió en “ideología del desarrollo” para dar sustentación a brutales dictaduras y estimular el surgimiento de oligarquías económicas y políticas, fundadas en la falsa contradicción que recorrió con vehemencia el mundo americano, según la cual el dilema se planteaba entre “la civilización y la barbarie”. Tan variada era la forma de asimilación del positivismo en el mundo americano, que Pedro, educado con esmero en la variable hostosiana que adaptó el maestro puertorriqueño en nuestro país, se hará célebre en su magisterio mexicano por combatir el pensamiento positivista del grupo de Los Científicos, que daba sustentación ideológica a la dictadura de Porfirio Díaz. Combate en México lo que en la República Dominicana permitió la expansión de su saber y abrió las infinitas posibilidades de su discurso. Pero lo que no cambiaba eran los registros con los cuales el positivismo llamaba a conjurar el atraso: el progreso, la civilización, la idea de que el pensamiento positivo debía vencer mediante la educación a la antigua tradición religiosa y metafísica. Y estas categorías en la poesía de Salomé Ureña de Henríquez eran siempre las metas hacia las que la idea de patria debía dirigirse.

Además de sus dotes poéticas, Salomé Ureña desarrolló una ardua labor en el terreno educativo y en el campo de las ideas. Se le considera la figura femenina más destacada de la reforma

educativa dominicana, al incorporarse al esfuerzo del maestro Eugenio María de Hostos y fundar, el 16 de octubre de 1881, el Instituto de Señoritas, el primero especializado en la educación de la mujer, con una orientación diferente a la tradición escolástica. En medio de una batalla de ideas verdaderamente memorable,¹⁴ que incluyó la amenazadora oposición a la reforma del dictador Ulises Heureaux (Lilís) y el rechazo de la Iglesia Católica —la cual encabezó fieramente las críticas a las propuestas positivistas del señor Hostos y sus alumnos—, la poetisa abrió el recinto educativo más renombrado en la historia de la educación dominicana, dándole un impulso histórico a la participación femenina en la educación, las artes y la literatura. El Instituto de Señoritas funcionó hasta 1891, y muchas de sus egresadas son hoy leyendas de la historia pedagógica del país, porque además de continuar la obra que Salomé emprendió, resistieron los ataques combinados del gobierno —que les cortaba las subvenciones y no empleaba a los maestros de la Escuela Normal, ni a las maestras del Instituto de Señoritas— y de la Iglesia, que anatematizaba el método con el que la reforma enseñaba porque “tenía por base el conocimiento de la naturaleza y por objeto el desenvolvimiento de la razón”. Tanto las escuelas formadas por el señor Hostos como el Instituto de Señoritas eran motejadas de “escuela sin Dios”, “ciencia que

¹⁴ El positivismo concitó estos fieros debates en casi toda América, puesto que sus propuestas pedagógicas, en particular, afectaban la fuerte tradición escolástica que la iglesia católica representaba (Ver: Daisy Rivero Alvisa e Iliana Rojas Requena, *Justo Sierra y la filosofía positivista en México*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba, 1987). Lo extraño era que una mujer participara en estos debates, asumiendo un papel tan protagónico y liberador.

se aparta de Dios proscribiéndolo en la enseñanza”, etc. Pero, a la larga, el método terminó prevaleciendo.

Su prestigio mereció, también, la crítica internacional. Figuras de renombre emitieron juicios sobre su producción literaria. Marcelino Menéndez y Pelayo la incluyó en su *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893), y estimó que José Joaquín Pérez y ella eran “el camino para encontrar verdadera poesía en Santo Domingo”. Rubén Darío la vinculó a los aires renovadores de la poesía hispanoamericana, y la llamó “vigorosa y pindárica, sin perder la gracia y el encanto de su alma femenina”. José Martí, amigo entrañable de Federico Henríquez y Carvajal, hermano del esposo, quiso ofrecerle un justo homenaje en su viaje a Santo Domingo, en 1892, y visitó el Instituto de Señoritas. La poetisa estaba enferma en la ciudad de Puerto Plata y el héroe no pudo verla, pero en más de una oportunidad su verbo galante la nombra alborozado. Críticos destacados de algunos países americanos como Venezuela, Cuba, México y Argentina, reconocieron la calidad de sus versos. En sus cuarenta y siete años de existencia, la madre de Pedro Henríquez Ureña cumplió un ciclo vital lleno de realizaciones artísticas y sociales. Su inteligencia deslumbró a todo el mundo y, como el de su hijo, el suyo fue un saber al servicio de los demás. La influencia que ella ejerció en Pedro, tanto en lo intelectual como en lo sentimental, sería determinante en su formación.

El linaje intelectual de sus familiares incluye a sus abuelos y tíos, tanto por línea paterna como materna. Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875), el abuelo materno, escribía poesías y ejerció como abogado prestigioso. Introdujo una visión del paisaje nacional en la poesía dominicana que contribuyó a perfilar “lo criollo”. Fundó el periódico *El Progreso*, y participó



Nicolás Ureña de Mendoza.

en las luchas políticas, ocupando algunos puestos públicos importantes, como senador y magistrado. Según afirma el propio Pedro Henríquez Ureña, fue don Nicolás quien instruyó a su hija, proporcionándole “la mejor educación literaria que allí podía alcanzarse en aquellos años”. Gregoria Díaz de Ureña, la abuela materna, fue maestra consagrada, y la tía, Ramona Ureña, quien también ejerció el magisterio, tenía una formación cultural que sirvió de estímulo al joven Pedro, puesto que esa tía solterona se dedicó de manera especial a cuidarlo. Por el lado paterno, su abuelo Noel Henríquez (1813-1904) aporta la parte judía de su apellido (los Henriques o Henríquez), sobre la que el propio Pedro Henríquez Ureña hizo conjeturas. Respecto de su abuelo Noel, escribe en sus *Memorias*:

Mi abuelo Noel Henríquez, que murió en 1904 a los noventa y un años, era hijo de holandés e inglesa; no había nacido en Santo Domingo, sino en la posesión holandesa de Curazao, y en su ascendencia hubo judíos, por lo cual supongo que el apellido Henríquez, con su H, nos viene de judíos españoles o acaso portugueses que pasaron a Flandes. Esta ruta, a través de la cual los judíos sefardíes llegaron a la República Dominicana, ha sido posteriormente comprobada.¹⁵

De su abuela paterna, Clotilde Carvajal, sólo dice que “tenía sangre de los últimos indios dominicanos que permanecieron en la población de Boyá, en la jurisdicción concedida al cacique rebelde Guarocuya (Enriquillo), en el siglo XVI, de los cuales existían algunos puros todavía en el siglo XVIII”, pero no agrega nada más porque no la conoció. Por último, el tío,

¹⁵ *Memorias, Diario, Notas de viaje, op. cit.*, p. 29.

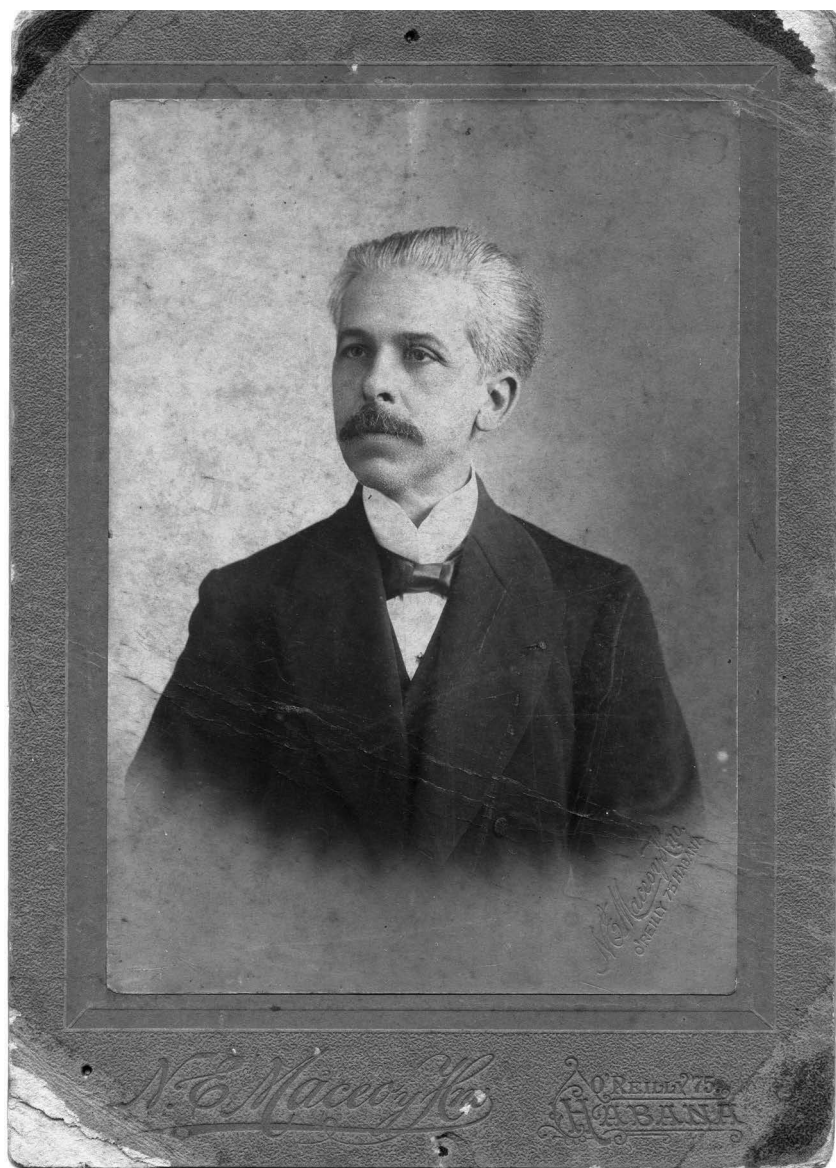


Ramona Ureña, quien también ejerció el magisterio, tenía una formación cultural que sirvió de estímulo al joven Pedro.

Federico Henríquez y Carvajal, fue un prolífico escritor que cultivó diversos géneros literarios, y se destacó enormemente en la oratoria política y en la reflexión de carácter histórico. Estuvo estrechamente ligado a los grupos económicos judíos y representa un paradigma moral al cual se apela con admiración reiterada a través del tiempo. Su amistad con José Martí es antológica, y su larga vida de más de un siglo le permitió observar el desarrollo y las vicisitudes de un país al que amaba, y sobre el cual escribió con pasión. Antiimperialista militante, escribió libros ardientes contra los yanquis, y formó parte de la Comisión Dominicana que viajó a varios países para denunciar los abusos de las tropas norteamericanas y la ilegalidad flagrante de la intervención. Anciano ya, tuvo problemas con el régimen de Trujillo.

Como se ve, el núcleo familiar de Pedro Henríquez Ureña es una inexorable incitación al saber. No es una casualidad histórica el que surgiera en el ambiente intelectual dominicano de finales del siglo XIX, en medio de una familia tan ilustre. Lo natural es que empapándose del ambiente, venciendo los obstáculos reales que pudieran presentarse y armado de una determinación indoblegable, el hecho de haber vivido desde su nacimiento “en el culto exclusivo de lo intelectual” —como él mismo escribió—, tenía que terminar por transportarlo a las regiones de una humanidad superior.

Aparte del hecho de integrarse desde su infancia en una verdadera “oligarquía espiritual”, debemos destacar que la sociedad dominicana de su época vivió desde la última mitad del siglo XIX, y particularmente en sus tres últimas décadas, el proceso más agudo de transformación social de toda su historia. En un libro íntegramente dedicado a analizar estas



Federico Henríquez y Carvajal.

transformaciones: *El pueblo dominicano (1850-1900)*, el doctor Harry Hoetink señala que:

Estos cambios alcanzan a la industria azucarera, que inició la producción en gran escala, al fundarse en el país más de treinta haciendas de caña, sólo entre 1875 y 1882, siendo cuatro de ellas centrales que recibían la caña exclusivamente de colonos contratados. El surgimiento del ingenio azucarero moderno y los cambios que esto conllevó (como en el campo interno, el traslado del centro de gravitación económica del país al Sur, y en el campo externo, el cambio de la dependencia económica de Europa a los Estados Unidos) alteró también el modo de la propiedad agrícola.

Estos capitales invertidos en la industria del azúcar eran de origen cubano, fundamentalmente, y de otras nacionalidades. Junto a estos cambios hubo también un apreciable aumento de la estructura demográfica y de la distribución geográfica de la población, que se hizo más intensa hacia finales del siglo. La llegada de inmigrantes impactó la isla de parte a parte, puesto que las estrategias poblacionales, y otras circunstancias internas y externas, facilitaron un flujo constante de la inmigración extranjera. Durante el período de la dominación haitiana (1822-1844), llegaron libertos norteamericanos que el presidente Boyer introdujo según su idea de dominio que implicaba la absorción de la parte española de la isla. Grupos de estos inmigrantes fueron llevados a Santiago, Puerto Plata, Samaná y Santo Domingo. Los judíos sefardíes ingresan también al país principalmente provenientes de Curazao, al encontrar condiciones favorables después de la Independencia de 1844. Venían huyendo de la Inquisición en España o



Los marines norteamericanos mantuvieron un riguroso patrullaje en las calles de la ciudad de Santo Domingo.

Portugal, probablemente desplazándose desde Holanda a las posesiones de esta nación en el mar Caribe. Estos grupos fundaron sus casas comerciales y algunos abandonaron luego la isla, pero muchos otros se afincaron y dejaron sus descendencias vinculadas a la tradición cultural dominicana, llegando incluso a tener, en determinado momento, una influencia decisiva en los asuntos económicos del país. Como hemos visto, entre las familias de origen judío que emigraron a la isla, estaba el abuelo paterno de Pedro Henríquez Ureña.

Según Deive, un flujo significativo de inmigrantes en este período fue el de los canarios, que llegaron al país mediante un acuerdo de gobierno para incentivar la presencia de una comunidad laboriosa. Su presencia se había iniciado ya en la época colonial, cuando llegaron incluso a fundar un barrio tan popular como San Carlos en la zona extramuros de Santo Domingo. Pero esta inmigración planificada formaba parte del empuje económico que se pretendía inyectar al país en 1844, y que periódicamente constituía una de las panaceas que los políticos proponían como solución a los problemas. Igualmente, cubanos y puertorriqueños llegaron en marejada a la isla, empujados por las luchas independentistas que se escenificaban en sus países. Los cubanos tuvieron un papel preponderante en el cambio de la producción azucarera, y las más notables familias cubanas ligadas a las luchas independentistas vivieron amparadas en la simpatía que se prodigaba en el país a la causa independentista. Los puertorriqueños estuvieron relacionados con el pensamiento liberal dominicano a través de la figura de Gregorio Luperón, quien protegió en Puerto Plata al doctor Ramón Emeterio Betances, figura señera de la lucha por la independencia de Puerto Rico e intelectual que brindó sus servicios al país en varias

oportunidades. Tanto los cubanos como los puertorriqueños aportaron capitales y aprovecharon las facilidades que les brindaba el país para la inversión, introduciendo, además, tecnología para la explotación industrial del agro. Solo con la figura de Eugenio María de Hostos bastaría para ilustrar la influencia en el terreno de las ideas de esta inmigración.

El surgimiento de esta industria azucarera intensificó la inmigración haitiana, y atrajo, además, obreros agrícolas y técnicos industriales procedentes de las islas británicas del Caribe. En una evolución no exenta de conflictos de adaptación, esta inmigración de isleños de origen inglés, que originó la denominación de “cocolos”, ha logrado convivir con manifestaciones de su propia cultura hasta nuestros días. Otra inmigración antillana de este período fue la de los curazoleños, menos numerosa y significativa, pero que da acento, sin embargo, a la gran movilidad social de la época.

La presencia de los árabes fue más destacada e intensificó la vida comercial, dándole un vigoroso empuje al sector del negocio al menudeo. Los árabes establecieron sólidos núcleos familiares, se insertaron en la vida nacional y lograron adaptarse con un éxito sorprendente. Del mismo modo, la presencia de los italianos, quienes ya hacia 1875 comenzaron a llegar al país en grupos familiares pequeños, se inicia en este período. Chinos, alemanes y belgas se agregan a este proceso de movilidad social, que tenía como base factores externos e internos, sobre todo los relativos, en lo interno, a los cambios en la estructura productiva del país.

Es interesante señalar que estas inmigraciones descansaban en la idea que la “ideología del desarrollo”, empujada por las propuestas positivistas, tenía respecto del progreso y

la civilización. Y que se acompañaron de transformaciones sustanciales en las comunicaciones (ferrocarriles, telégrafo, teléfono, correos, puentes, puertos, vapores, etc.), de la destrucción de las formas de vida regionalistas, la ampliación de la comunicación interna y de cambios considerables en la estructura del poder económico. Se vivía un crecimiento de la instrucción pública, seguido de un mejoramiento en los métodos educativos. A esto contribuía la polémica entre las propuestas de reforma de los normalistas y la tradición escolástica que manejaba los pocos planteles escolares. El incremento de jóvenes que van a estudiar a Europa durante este período es vertiginoso. A partir de los años ochenta las familias pudientes mandan a sus hijos a estudiar al viejo continente, aprovechando becas y favores presidenciales. Muchos jóvenes destacados, como Juan Francisco Alfonseca y el padre de Pedro Henríquez Ureña, Francisco Henríquez y Carvajal, son solo la muestra de la expansión del saber como forma de alcanzar prestigio social en esta etapa. Hoetink comprueba que “entre 1888 y 1900 el Juro Médico que había sido establecido para ese fin, entregó a 52 persona calificadas para ejercer la medicina, y de ellos 29 habían recibido su entrenamiento en el extranjero: 6 en París, 7 en Madrid, 6 en La Habana, 2 en Edimburgo, 1 en Dublín, y uno en Barcelona, Nápoles, Maracaibo, Nueva York, Philadelphia, Connecticut y Maine”. Se multiplicaban las asociaciones de diverso tipo. Hostos llegó a decir que “el país tenía un espíritu de asociación que ha sobrevivido a todas las coacciones”. Y él mismo fundó varias. Hoetink apunta lo siguiente:

Igualmente notable es el número de asociaciones que caracterizaban la vida social e intelectual. En 1893 la capital, con una

población de 14.000 almas tenía 3 asociaciones literarias, 10 filantrópicas, 6 recreativas, 6 religiosas y 1 musical.¹⁶

También durante este tiempo aparecen configuradas las expresiones artísticas, la historiografía y la definición de un perfil que era la manifestación de una búsqueda angustiosa de la identidad. Durante todo el siglo estas expresiones habían sido abundantes, a pesar de que la invasión haitiana de 1822 obligó al exilio a una parte importante de la élite intelectual del país. Esta llamadas “emigraciones de la flor de las familias” son acontecimientos repetidos en la historia dominicana cada vez que, desde el descubrimiento mismo, las potencias europeas pactaban sobre los límites del dominio colonial¹⁷ como consecuencia del resultado de una guerra entre ellas, pero la emigración de 1822 tenía la particularidad de expresar un nivel consciente de formación del Estado Nación. Los contactos con otras culturas, tanto europeas como americanas, fueron frecuentes por esta causa. Pedro Francisco Bonó publicó su novela de costumbres *El montero*, en *El Correo de Ultramar de París*, en 1856. Alejandro Angulo Guridi publicó *La joven Carmela* (1841) y *Los amores de los indios* (1843), en Cuba. Y su hermano, Francisco Javier Angulo Guridi, escribió *La fantasma de Higüey* (1857), y toda su obra, también en Cuba. En 1879 Manuel de Jesús Galván publicó la primera parte de su novela histórica *Enriquillo*, una viñeta ideal, al estilo romántico, de la figura del cacique que se rebeló con éxito contra la dominación hispánica, obligando a la corte

¹⁶ H. Hoetink, *op. cit.*, p. 201.

¹⁷ Frank Moya Pons, *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, pp. 130-142.



Manuel de Jesús Galván, escritor y político dominicano (1843-1910).

española, por primera vez, a pactar con los habitantes originarios del Nuevo Mundo. No hay que hablar de la importancia de este texto en la expresión del romanticismo americano y en la literatura de tema indígena que se propagará después. Y están, por supuesto, Salomé Ureña de Henríquez, José Joaquín Pérez, Gastón Fernando Deligne y Juan Antonio Alix, para solo citar algunas grandes figuras de las letras dominicanas.

Es en esta época cuando aparece la historiografía nacional con un criterio de acopio metodológico de los datos. Antonio Delmonte y Tejada publicó su *Historia de Santo Domingo* en 1883 en Cuba y bajo los auspicios de la Sociedad Amigos del País, como hicieron muchos otros intelectuales dominicanos. Aunque el texto de Delmonte y Tejada solo cubría el período colonial, ello significó una forma de interpretación a partir de la cual se conformaría la base de la historiografía dominicana. Apareció entonces el “Padre de la Historiografía Nacional”, José Gabriel García, con su versión de la historia que abarcaba hasta 1876, propiciando juicios historiográficos que abrirían el entendimiento de los dominicanos hacia la reflexión de su propio pasado, enjuiciando la contemporaneidad. Desde su *Compendio de historia de Santo Domingo* (1900), pasando por la diversidad de publicaciones sobre las que se empinaba su espíritu investigador, el trabajo de José Gabriel García estaba destinado a fundar la historia nacional, hecho sobre el cual él tuvo una conciencia muy clara.

Estos y muchos otros factores están en escena, como parte de la historia en movimiento, cuando nace el maestro Pedro Henríquez Ureña. Son circunstancias que han debido determinar, en uno y otro sentido, su proceso formativo, porque atañen al micromundo del núcleo familiar en el cual se desarrolló, y

porque constituyen el telón de fondo del país en el cual le tocó nacer. Explican, por otra parte, la génesis asombrosa de su ingenio, que a muchos les ha parecido un inexplicable milagro, y que no lo es tanto si se dejan al descubierto su estirpe familiar, las circunstancias históricas en que viene al mundo y el empeño personal por rebasar sus metas.

Refiriéndose a su nacimiento, en sus *Memorias*, Pedro Henríquez Ureña cuenta que “a fines de 1884, sufrí una fiebre grave; y los parientes atemorizados ante la posibilidad de una muerte sin bautismo, según la creencia católica, me hicieron bautizar apresuradamente en la casa, con nombres tomados al azar: Pedro, por el día del nacimiento; Nicolás, por mi abuelo el poeta Nicolás Ureña; Federico, por el padrino, mi tío Federico Henríquez y Carvajal”.¹⁸ El nombre completo es, por lo tanto, Pedro Nicolás Federico Henríquez Ureña, y la grave enfermedad, a menos de un año de haber nacido, será su primer contacto con la literatura. La poesía de carácter íntimo que la madre escribe opera como una cartografía existencial, en la que se cifran los grandes y pequeños acontecimientos que conmueven su vida y la de los suyos. En dos oportunidades, esta de 1884 y en 1888, el niño Pedro Nicolás Federico Henríquez Ureña estuvo al borde de la muerte. En ambos casos ella esculpió en versos la dramática incertidumbre que la embargaba. Así en el poema que escribe ante la enfermedad de 1884, “En horas de angustia”, exclama:

*Sin brillo la mirada,
bañado el rostro en palidez de muerte,*

¹⁸ *Memorias, Diario, Notas de viaje, op. cit.*, p. 29.

*casi extinta la vida, casi inerte,
te miró con pavor el alma mía
cuando a otros brazos entregué, aterrada,
tu cuerpo que la fiebre consumía.*

*En ruego entonces sobre el suelo frío
y de angustia y dolor desfalleciente,
aguardé de rodillas ¡oh, hijo mío!
que descendiese el celestial rocío,
el agua bautismal, sobre tu frente.*

*Después, en mi regazo
volví a tomarte, sin concierto, loca,
de cabezal sirviéndome mi brazo,
mientras en fuego vivo
se escapaba el aliento de tu boca;
y allí cerca, con treguas de momento,
el hombre de la ciencia, pensativo,
espiaba de tu ser los movimientos.*

*Pasaron intranquilas
horas solemnes de esperanza y duda
latiendo el pecho con violencia ruda
erraban mis pupilas
de uno en otro semblante, sin sosiego,
con delirio cercano a la demencia,
y entre el temor y el ruego,
juzgaba, de mi duelo en los enojos,
escrita tu sentencia
hallar de los amigos en los ojos.*

Según ha quedado establecido, la enfermedad que Pedro Henríquez Ureña padeció a los pocos meses de su nacimiento fue laringitis, aunque se confundió con el crup o difteria.¹⁹ En 1888, en cambio, parece que sí padeció el crup. Él mismo dice en sus *Memorias* que fue declarado fuera de peligro el mismo día que cumplió cuatro años. El marido estaba en el extranjero, y el poema que Salomé escribe, “Angustias”, es una manifestación de agobio frente al cúmulo de compromisos que una mujer sola tenía que asumir:

*Imposible vivir así, llevando
la angustia en el espíritu, la muerte;
imposible vivir agonizando,
sin luz el mundo y la existencia inerte.*

*¡Acaba, llega! ¡Qué el hogar sin calma
es de mis penas íntimas remedo
que tiemblo por los hijos de mi alma
que la vida sin ti me causa miedo!*

“En ese período mi madre sufrió mucho en su soledad”,²⁰ afirma él en sus *Memorias*, pero rescata con placer los paseos matinales y el esfuerzo de ella en la dirección del Instituto de Señoritas y en la atención a los hijos, que ya eran tres: Fran, Pedro y Max. Ese mundo infantil, sin embargo, será un mundo particular, diferente al de los otros niños, con preocupaciones

¹⁹ Santiago Castro Ventura, *Salomé Ureña: Jornada fecunda*, Editora de Colores, Santo Domingo, 1998, p. 182.

²⁰ *Memorias, Diario, Notas de viaje, op. cit.*, p. 31.

distintas, educación limitada al ámbito familiar, juegos reducidos, poco contacto con el mundo exterior.

Mis padres no gustaban de la educación que en el país se da a los niños, y no nos dejaban corretear, como los otros, por calles y plazas formando amistades de todo orden, ni siquiera las fomentaban entre nosotros y los niños que visitaran nuestra casa [...] Tampoco íbamos a escuelas; concurríamos, sin mucha regularidad, a los cursos infantiles del Instituto dirigido por mi madre, instalado en nuestra misma casa. Aprendí a leer desde antes de cumplir los cuatro años, y desde los seis comencé a tomar afición a algunos estudios.²¹

Esta exacerbada curiosidad por el saber abarcó en principio las ciencias naturales y las matemáticas. De los libros de zoología devoraba las láminas y las descripciones de las especies, particularmente las que no existían en la zoología de la isla (hemos visto que su padre le envió desde París el voluminoso libro del alemán Brehm). Su pasión por la zoología cedió un poco el paso a la geografía, y luego al estudio de las manifestaciones religiosas, sin que alcanzara una afición profunda por el tema en sí mismo sino por los fundamentos de la religión, como era natural puesto que en su ambiente familiar, aunque no se expresaban posturas antirreligiosas, no se practicaban los ritos religiosos predominantes.²² Además de la pasión por la zoología, la geografía y las matemáticas, desde la primera infancia Pedro Henríquez Ureña causó admiración por la precoz capacidad de lectura e interpretación de lo leído que demostró.

²¹ *Ibíd.*, p. 32.

²² *Ibíd.*, p. 33.

En las cartas que la madre le manda al esposo a París va destacando la singularidad de su espíritu:

No sé qué es lo que hay en este niño, pero tiene algo de extraordinario. Todos sus juegos son estudios. Las construcciones de kindergarten son para él lo más fácil del mundo; toma su libro y todo lo copia con el juego de tablitas y cubos que les proporcioné. Conoce los pabellones de todas las naciones. ¿Cómo ha podido conocerlos? Porque ese es un juego inventado por él. Vio en la geografía de Grégoire un cuadro y le llevó el libro a Mon para que le hiciera banderas: todos los días hay que hacerle dos o tres por lo menos, las que él indica, pero lo curioso es que no olvida el nombre de ninguna y son unas veinte o veinticinco banderas las que ya tiene hechas. De los números ya no se habla, juega con ellos como la cosa más sencilla del mundo, ayuda a Nana a tomarles la tabla a los muchachos. Él sabe cuántas estaciones y cuántos meses tiene el año y cuántos días tiene la semana, todo ello con sus respectivos nombres; sabe que unos meses tienen 30 y otros 31, y lleva la fecha del día con una exactitud matemática. ¡Y pensar que este niño no tiene más que cinco años y que nadie se ha propuesto enseñarlo!²³

El 13 de octubre de 1889, en otra carta al esposo que está en París, Salomé sigue describiendo los progresos del niño: “Pibín está formando su biblioteca: consta de tres volúmenes y dos ejemplares de la Edad de oro”.²⁴ Lo sorprendente no es que un niño de cinco años se incline por formar una biblioteca, sino que se lea los libros con toda seriedad. Con apenas nueve años,

²³ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, *op. cit.*, p. 170.

²⁴ *Ibíd.*, p. 181.

tanto él como Max leían a William Shakespeare y habían desarrollado una verdadera afición por el teatro. Max narra cómo siendo tan niños la fuerza de voluntad logró que el padre los enviara a ver la representación que el actor italiano hispanizado Roncoroni hacía en Santo Domingo. El padre tenía algunas objeciones a las interpretaciones de Roncoroni como actor y los hizo acompañar de la tía Ramona, puesto que la salud de la madre se lo impedía. En la época era bastante extraño que niños de esa edad asistieran a representaciones teatrales, pero ellos lograron ver las versiones que el actor hizo de *Muerte civil de Giacometti*, *Hamlet* y *Romeo y Julieta*. Antes habían leído de Shakespeare *Comedia de equivocaciones*, *Como gustéis*, *Sueño de una noche de verano*, *Cuento de invierno*, así como *Las alegres comadres de Windsor*, *Coriolano* y *Julio César*. En cada una de estas lecturas la madre hacía los comentarios de rigor.²⁵

Max cuenta, en *Hermano y maestro*, un episodio que da la medida del concepto de lo heroico que primaba en esa familia: “El haber visto esas obras en escena acrecentó en nosotros el ansia de leerlas, y un día nos aparecimos Pedro y yo en la Gran Librería Selecta que regenteaba el profesor Félix Evaristo Mejía, para preguntar si allí estaban a la venta las obras completas de Shakespeare. ‘Bueno –nos dijo Mejía–, las tengo completas hasta donde llega hoy la traducción que publica la Biblioteca Clásica de Madrid’.

“—Queríamos verlas –apuntó Pedro.

“Vaciló Mejía, considerando que sólo éramos unos chiquillos, y murmuró:

“—Pero... a ustedes ¿quién los manda?

²⁵ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 35.

“Venimos por nuestra cuenta... Queremos conocer a Shakespeare entero.

“—¿Ustedes? ¡Vamos! ¿Cómo van a entenderlo?

“—Pues sí que lo entendemos y nos gusta mucho —exclamé encarándome con Mejía.

“Pedro me impuso silencio, mientras Mejía echaba a reír de buena gana.

“Ya en la calle, Pedro decidió:

“—Mañana volveremos con Papá.

“Así fue. Nuestro padre nos acompañó a la librería y, para orgullo nuestro, explicó a Mejía cuáles eran nuestras lecturas y aficiones y cuánto entusiasmo teníamos por las obras de Shakespeare, cuya colección (traducción de MacPherson) adquirió acto continuo y allí mismo la puso en nuestras manos. Salimos con los libros bajo el brazo y la frente alta, por haber visto rehabilitado nuestro crédito intelectual ante el profesor Mejía”.²⁶

La anécdota es importante, no solo porque sirve de modelo a la precocidad intelectual de Pedro y Max Henríquez Ureña, o porque ilustra cabalmente el valor que en el seno de la familia tenían estas lides espirituales, sino porque señala la seriedad y determinación con que desde niños asumen el trabajo intelectual, y el empeño de realizar los proyectos que se autoimponen en el proceso formativo. En el caso de sus contactos pasionales con el teatro, con Shakespeare así como con Ibsen, ello es más importante porque, según confiesa el propio Pedro Henríquez Ureña: “Mis aficiones literarias, y las de mi hermano Max, que iban siempre paralelas con las mías, comenzaron realmente

²⁶ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, pp. 16 y 17.

por la influencia de los espectáculos teatrales”.²⁷ Esta pasión por el teatro se tradujo en una afebrada inquietud creativa que los llevó, tanto a él como a Max, a “hacer teatro de muñecas, movidos por nuestras manos”. Eran dramas pequeños, que ellos recitaban de memoria, con algunas abreviaturas, en una apretada síntesis de no más de veinte o treinta minutos, en un lenguaje que incluía la creación personal. Pedro recuerda que la preferida fue *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, y se percata de que el juego de “hacer teatro de muñecas”, se convierte en realidad, puesto que él llegó a escribir un drama sobre el suicidio del príncipe Ernesto de Rohan, del que había leído en el periódico; Max escribió una comedia de costumbres que se llamaba *Josefa Fernández*, y ambos escribieron otra llamada *Cacusa* en la que toda la familia y algunas visitas aparecían como personajes.²⁸

El teatro fue, pues, la puerta por la que asomó su interés por la literatura y el escenario en el que sus destrezas de crítico penetrante iniciarían su escalada creativa y de investigación. Desde sus aficiones teatrales su genio indagador comienza a expandirse, tan sorprendentemente temprano, siendo casi un niño, que parecería que su desenvolvimiento obedeciera a una expansión natural de su espíritu.

Ya en 1896 —dice refiriéndose a esta etapa de su vida— mis aficiones teatrales comenzaron a volverse más estrictamente literarias. Como complemento de los teatritos, escribíamos a veces conatos de periódicos, en los cuales, por supuesto, se hablaba casi exclusivamente de teatro. También hacía

²⁷ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 34.

²⁸ *Ibíd.*, p. 37.

resúmenes de algunas lecciones orales que recibía en el Liceo, y, como remordimiento por el olvido en que había dejado ya la zoología, todavía hice un compendio bastante extenso de la clasificación de los animales, siguiendo siempre la obra de Brehm [...].²⁹

No hay que olvidar que apenas cuenta con doce años de edad, y que para llegar a este momento ha atravesado una calistenia asombrosa (su primer poema, “Minitisinca”, lo escribió a los diez años, en 1894). El teatro ha comenzado a moldear su vocación, la actividad intelectual en su casa es inagotable. Max narra el entusiasmo que despertó en él la idea de compilar poemas de escritores dominicanos, puesto que la única antología existente hasta entonces, *La lira de Quisqueya*, era ya poco representativa de la creatividad dominicana. Entre Max y él compilaron dos tomos de poesía, *Poetas dominicanos* y Pedro reunió, copiándolas una por una en un cuaderno, las poesías de José Joaquín Pérez, que aparecerían muchos años después con el título de *La lira de José Joaquín Pérez*. También editaban periódicos domésticos. Max hizo circular uno que llamó *La Tarde*, de un solo ejemplar, y después lo cambió por *El Faro Literario*, título más apropiado a su contenido. Pedro, por su parte, también publicó un periódico doméstico con reproducciones de los poetas dominicanos y comentarios críticos que, según el propio Max, son la avanzada del gran crítico y organizador de la historia literaria americana que después será.³⁰ El periódico se llamó *La Patria*, y recibió elogios de la familia y de los visitantes

²⁹ *Ibid.*, p. 38.

³⁰ Max Henríquez Ureña, *Hermano y maestro*, *op. cit.*, p. 20.

más distinguidos que frecuentaban su casa. *La Patria* era manuscrito, “ocho paginitas, conteniendo tres o cuatro poesías o artículos, cada semana. Comencé también a hacer versos; pero no me tomaba en serio como poeta, y mi género preferido eran los articulitos en prosa, del género miniatura que estuvo tan en boga en América hasta hace poco. Los versos me salían con toda facilidad, y no sé por qué no los tomaba en cuenta: hice unas estrofas describiendo las noches de Santo Domingo, otras a la muerte de la poetisa Perdomo, una breve silva a Colón, y algunos otros a motivos fútiles, como por juego”.³¹

La casa de los Henríquez Ureña era centro de la vida intelectual del país, y celebridades de la talla de Emilio Prud’homme, Federico Henríquez y Carvajal, Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Mercedes Laura Aguiar y Anacaona Moscoso, entre otros, disfrutaban del espectáculo de esos jóvenes extraordinarios e influían en ellos con las conversaciones sobre lecturas y comentarios de carácter intelectual que se desarrollaban todos los días al calor de la tertulia. Pedro Henríquez Ureña admite que ese ambiente lo arrojaba siempre sobre interrogantes que él trataba de saciar con su madre, quien por su enfermedad pasaba ya la mayor parte del tiempo en la casa: “Muchas horas no escolares las pasaba con mi madre y con mi tía Ramona, la cual vivía ya la mayor parte de su tiempo con nosotros; y en esos momentos todo eran consultas a ambas”.³²

Estaban dadas las condiciones para que comenzara a desarrollarse en él la facultad de nombrar las cosas, fijarlas y organizarlas como si en su palabra se cifraran el orden y el origen de

³¹ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 40.

³² *Ibíd.*, p. 41.

lo creado. El Pedro Henríquez Ureña que nacía para la literatura, según él mismo narra en sus *Memorias*, tomará conciencia plena de ello en el año 1896:

Pero lo que vino a decidirme francamente por la literatura fue el asistir a una velada solemne que celebró la antigua Sociedad Amigos del País, en mayo de 1896, al cumplir veinticinco años de fundada: de esta sociedad habían sido fundadores mi padre y varios de sus amigos, y en aquella velada dijo un discurso Prud'homme, leyeron trabajos en prosa Leonor Feltz y Luisa Ozema Pellerano, maestras educadas en el Instituto de mi madre, se recitaron versos de José Joaquín Pérez, leyó Penson su sorprendente 'Vispera del combate', leyó mi padre la poesía intitulada 'La fe en el porvenir', que mi madre había dedicado en el 1877 a aquella sociedad, y dijo algunas palabras breves contando la historia de esa poesía, que los entonces juveniles 'Amigos del País' recibieron como una consagración. Había ignorado yo hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso. Pero a partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poética, fue mi afición favorita. Descubrí que mi madre era poetisa afamada, y principié por formar dos pequeñas antologías de poetisas dominicanas y de poetisas cubanas.³³

A partir de aquí, entrará en la etapa que describíamos anteriormente. Su vocación es ya indetenible.

Si el teatro estimuló su afición por la literatura, la poesía lo hizo descubrir "el poder de la palabra y la magia del verso". Con este descubrimiento se abre su particular sensibilidad intelectual para explicar los mecanismos del arte y la literatura, el espíritu crítico que lo caracterizará. Lo curioso es que sea

³³ *Ibíd.*, pp. 39 y 40.

la poesía, territorio de la emoción sensible, la que despierte en él la fuerza poderosa de su razón analítica, con la que deslumbrará al mundo americano. Si la poesía mueve en él todo lo que la lírica es capaz de desencadenar en el espíritu como manifestación libre de la subjetividad, la curiosidad con que la descubre le permite pasar de la impresión enternecedora del poema al entendimiento de los mecanismos que lo crean. La necesidad de pensar el poema le proporcionará, además, una cualidad que le será universalmente reconocida: el poder de síntesis. Ese rasgo de estilo, que hace de su prosa un mecanismo certero de comunicación de la idea con una gran economía de recursos, le viene de este descubrimiento del poema como “poder y magia”.

El mismo año en el que Pedro Henríquez Ureña asume la determinación de dedicar su vida al arte y la literatura, sobrevienen numerosos problemas en el seno de su familia. La madre entra en una fase irreversible en la evolución de su enfermedad, tuberculosis pulmonar. Su empeoramiento determina su traslado a la ciudad de Puerto Plata en varias ocasiones (ya antes se había retirado del Instituto de Señoritas). El padre, quien había regresado de París por la gravedad de Salomé, entra en conflicto con el gobierno del general Ulises Heureaux (Lilís). Francisco Henríquez y Carvajal había viajado a Francia por un acuerdo de ayuda económica con el gobierno de Heureaux, de cuyo hijo fungía como preceptor en aquel país. Lilís había sido elegido presidente por primera vez en 1882, siguiendo la línea liberal y democrática del Partido Azul, bajo el liderazgo del general Gregorio Luperón. Su primer gobierno se orientó en el mismo sentido que los anteriores gobiernos del Partido Azul, respetando las libertades públicas y permitiendo



General Ulises Heureaux (Lilís), presidente de la República Dominicana en los periodos 1882-1884 y 1887-1899.

el juego democrático de los partidos. Pero desde el poder captó a prominentes miembros del partido de los rojos y sentó las bases en el Partido Azul para desconocer el liderazgo de Gregorio Luperón e instaurar la dictadura.

Al regreso de Francisco Henríquez y Carvajal, Lilís es ya un dictador en pleno dominio del poder absoluto. Había derrotado todos los esfuerzos del sector liberal por desmontar su dictadura y chocaba de frente, de seguro, con el espíritu de un joven médico educado en París. Con motivo de algunos acontecimientos y presidios, como el de Generoso de Marchena, un opositor de Lilís, se vio envuelto en manifestaciones de repudio a la dictadura y tuvo que instalarse, en 1894, en Cabo Haitiano. Pero la enfermedad de Salomé y el nacimiento de Camila (abril de 1894) lo obligan a viajar permanentemente a Puerto Plata. El padre regresa a Haití en 1895 y Pedro se queda en Puerto Plata, “redactando siempre el periodiquito *La Patria*, escribiendo los articulitos de marras, y, por fin, organizando una sociedad, la cual, como todo lo nuestro, no salía de nuestro círculo: los socios éramos mis dos hermanos y yo”.³⁴ Antes había estado dos meses junto al padre en Cabo Haitiano, en la casa de la familia Lauranzón, y describe la ciudad llena de contrastes en una pincelada:

Estuve dos meses con mi padre en el Cabo, en la casa de la familia Lauranzón; y aquella extraña ciudad me interesó mucho: las correctas costumbres de sus habitantes cultos en contraste con el estado salvaje del bajo pueblo, que apenas si se viste; el buen gusto y la comodidad en el interior de sus casas, y sus espléndidas quintas de recreo, en contraste con sus calles

³⁴ *Ibíd.*, p. 42.

sucias, sin alumbrado, y cuyo empedrado del siglo XVIII ha deshecho el tiempo, sin que nadie lo reponga.³⁵

Todo este período será una amplia franja de inestabilidad familiar, viajando los integrantes de la familia Henríquez Ureña a Cabo Haitiano continuamente, y regresando a Puerto Plata, yendo a Santo Domingo y volviendo a Puerto Plata. Incluso la pequeña Camila participa de este peregrinar originado por la enfermedad de la madre y el miedo al dictador Lilís. Hay un curioso signo de errancia que acompaña el destino de los Henríquez Ureña, empujado por circunstancias políticas y sociales y por decisión personal. Es probable que este sea el inicio del mismo.

Salomé Ureña de Henríquez murió el 6 de marzo de 1897, “a la una del día”, apunta Pedro en sus *Memorias*, precisando el inicio exacto de una transformación profunda en su vida. El impacto de esta muerte queda plasmado en sus *Memorias* con una desgarradora confesión:

Las impresiones de aquellos dos meses y aquel día llenaron mi espíritu por largo tiempo. Mi madre había llegado a ser para mí la guía espiritual consultada a cada minuto; y todavía en Puerto Plata, después de dos años transcurridos durante los cuales no hizo un solo verso, había agregado dos estrofas a una composición comenzada en 1890, completándola y titulándola ‘Mi Pedro’ [...] Durante meses mi espíritu continuó en cierto estupor, del cual apenas salía sino para hacer recuerdos de mi madre. Todos los sábados iba al templo de la Merced a colocar flores sobre su tumba; concurrí a la velada

³⁵ *Ibíd.*

fúnebre, solemne, que en honor de su memoria organizó la Sociedad Amigos del País, y enseguida organizamos una velada íntima, de nuestra sociedad Siglo Veinte, y todavía después no hice sino escribir y pensar sobre ella [...] Comencé entonces una actividad literaria febril, cuyo centro era el recuerdo de mi madre; formé una antología de escritoras dominicanas, con biografías y juicios, en la cual figuraban las poetisas Encarnación Echavarría de Delmonte, Josefa Antonia Perdomo, Josefa Antonia Delmonte, Isabel Amechazurra de Pellerano, Virginia Ortea, la novelista Amelia Francasci; la joven puertoplateña Mercedes Mota, y las discípulas de mi madre: Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar, y Mercedes Anacaona Moscoso [...] Y escribí también otras cosas: algunos perfiles de escritores hispanoamericanos; algunas poesías, que ya tomaba más en serio, y traducciones, en prosa y en verso, del francés, idioma que desde tiempo atrás me había comenzado a enseñar mi padre y que ahora dominaba, tanto por hallarme en Haití, donde la gente culta lo habla, como por ser franceses en su mayoría los libros de mi padre.³⁶

Comenzó, además, el aprendizaje del piano, dirigido por Max.

La madre es un referente lleno de significación espiritual. Ella abre el mundo de sus saberes, colma el modelo ideal y despierta y satisface su curiosidad por el conocimiento. En Pedro Henríquez Ureña las mujeres van a tener un significado particularmente grandioso. Su madre, su tía Ramona y Leonor Feltz, una de las alumnas de Salomé, serán referentes idílicos a los cuales él recurrirá cuando se vea necesitado de invocar

³⁶ *Ibíd.*, p. 47.

paradigmas. Incluso la relación con el padre sufrirá un desbalance, al inclinarse definitivamente su interés por los estudios literarios. En ese desesperado activismo intelectual que lo invadió después de la muerte de Salomé, hurgando entre libros y teorías para tratar de unificar criterios y escribir la *Historia de la poesía dominicana*, que se había propuesto como un homenaje a ella, llega a exclamar:

Si mi madre hubiera vivido, todos estos problemas los habría sometido a su criterio; pero mi padre estaba siempre ocupado, y las horas que dedicaba a nosotros las ocupaba en darnos lecciones científicas; y además, veía con disgusto mi retraimiento y mi afición exclusivamente literaria, que me hacía descuidar la ciencia. Por esa razón, mi vida fue haciéndose bastante triste, ensombrecida por el recuerdo de la muerte y por la poca aprobación que encontraban mis tendencias.³⁷

Pocos meses antes de morir, Salomé Ureña de Henríquez agregó dos versos a una composición que había empezado a escribir en 1890. Este poema augurador es “Mi Pedro”, certera premonición de lo que la vida le tenía reservado al segundo de sus hijos:

*Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.*

³⁷ *Ibíd.*, p. 49.

*¡Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.*

*Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.*

*Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.*

*Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

*Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi terneza
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!*

En el porvenir quedó sembrado. Ese joven de trece años arrastrará su tristeza por el mundo, pero llevaba ya arraigados los elementos culturales y éticos que normarían su vida. Vocación de independencia y rigor intelectual, desinterés manifiesto

por las cosas materiales en todos los actos de su vida, erudición y racionalidad, trashumancia perpetua. El poema de la madre admirada es solo el frontispicio de su existencia, una aventura intelectual incomparable cargada de realizaciones espirituales. Fue como lo predijo el poema. En su estudio a las *Poesías completas* de Salomé Ureña de Henríquez, Diógenes Céspedes dice que “quienes conocen la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña, su personalidad y su influencia en la literatura dominicana, latinoamericana, norteamericana y europea, saben que el texto que su madre le dedicara obró en él como el sentido de una fuerza que le hizo hacer lo que el poema dijo que hiciera”.³⁸

De aquí en adelante, será todo proyecto.

³⁸ Salomé Ureña de Henríquez, *Poesías completas*, *op. cit.*, p. 55.

II

Cabo Haitiano, Santo Domingo, Nueva York

La arcadia del saber que significó el núcleo familiar quedó deshecha con la muerte de Salomé. Pero pese al escepticismo que lo abate, en su interior, el joven Pedro Nicolás Federico Henríquez Ureña era ya un proyecto. Lo formidable, lo que hizo de Pedro Henríquez Ureña un nuevo símbolo para la historia de la cultura hispanoamericana, fue su capacidad para construirse a sí mismo. Muy tempranamente, su devoción por la cultura era un proyecto de vida. Tal vez por eso, porque estaba volcado sobre sí mismo para lograrlo, el primer asombro con el que uno se topa en su existencia es su precocidad. Su infancia fue una manera de inventarse el futuro (que la madre entrevió en el poema) en todos sus sentidos, desde el más metafórico al más literal, porque parece una flecha arrojada hacia su blanco, que da en la diana cumpliendo su trayectoria sin ninguna desviación.

Su asomo a la trastienda de la historia se inicia así: un niño deslumbrado ante la maravilla de la palabra, perplejo frente a los mundos que la imaginación puede desatar, que gracias a su cultura, disciplina y esfuerzo se sumerge en la intrincada aventura de descifrarlos.

Primero será el alborozo del descubrimiento. Desde la niñez su afán primordial es descubrir, nombrar los secretos de la creación, y para concretar esta misión su arma será el pensamiento y la palabra. La muerte de la madre actuará como acicate. Durante unos meses permaneció en Santo Domingo y concurrió de nuevo al Liceo Dominicano; posteriormente, y recordando esta etapa, se describiría a sí mismo como “un mal alumno”. Estaba en medio del paroxismo intelectual, reuniendo los materiales para el proyecto de escribir la historia de la poesía dominicana, cuya introducción redactó entre diciembre de 1897 y enero de 1898. El padre decide llevárselo a Cabo Haitiano, y al poco tiempo lo envía de nuevo a Santo Domingo acompañado de su hermano mayor Fran, en febrero de 1898. Hay un hecho interesante en este viaje de regreso a Santo Domingo que el mismo Pedro Henríquez Ureña cuenta y tiene que ver con una definición de su estilo. Había estudiado los juicios del Abate Marchena y de Leandro Fernández de Moratín sobre Shakespeare, y no acertaba a explicarse por qué condenaban al dramaturgo inglés. A él le parecía que este rechazo tenía que ver con los cánones que el clasicismo había establecido, en relación con los cuales Shakespeare era imperfecto. Entonces narra lo siguiente en sus *Memorias*:

Al ir en camino a Santo Domingo, me detuve en Puerto Plata tres o cuatro días, en la casa de Dubeau, el amigo de mi padre, mientras llegaba el vapor que debía conducirme a mi ciudad;

allí encontré por acaso el extravagante libro de Víctor Hugo sobre Shakespeare, lo devoré ansiosamente, y llené mi cabeza con fantasmagorías sobre el genio. Aquel libro formulaba lo que yo íntimamente me había atrevido a desear: la destrucción de los cánones pseudo-clásicos; el endiosamiento de Shakespeare; una re-valoración literaria... Por supuesto, que no hice sino salir de una retórica ignorante y estrecha para caer en otra desordenada y no menos ignorante, pero más libre: en vez de la valoración según la cual Homero es el primer poeta de la humanidad, Virgilio el segundo, Tasso el tercero, Racine un modelo, Boileau un maestro, y, en cambio Shakespeare un bárbaro, Dante poca cosa, y los dramaturgos españoles unos descarriados, acepté la valoración que pone a Shakespeare en el lugar más alto, cerca de él a Homero, a Job, a Isaías, a Esquilo y a Dante, cerca de ellos a otros ocho autores escogidos al azar y en lugares planetarios a Virgilio, y demás autores de epopeyas artificiales; colocando en rincones oscuros a los pseudo-clásicos.

Siguiendo a Víctor Hugo, se dedicó a leer a quienes el novelista francés consideraba genios. Frecuentó a Esquilo, Cervantes, Juvenal, textos bíblicos (Job, las profecías, Isaías, Ezequiel, el Cuarto Evangelio y el Apocalipsis, así como las Epístolas de Pablo). Leyó también a Dante y al propio Hugo, sobre el cual escribió un ensayo. Entre 1898 y 1899 derribó, siguiendo a Hugo, el muro que imponía el referente de lo clásico y aventuró sus propios juicios construyendo un estilo ya propio:

Volví a ocuparme de la Historia de la Poesía Dominicana, pero con más descanso, sin el afán febril del año anterior [...] Escribí un capítulo sobre las costumbres y los balbuceos artísticos de los aborígenes de Santo Domingo; y otro sobre la

poesía que allí escribieron los españoles en los siglos XVI y XVII, utilizando los datos obtenidos por Menéndez y Pelayo y por Jiménez de la Espada [...] Comencé entonces a formarme estilo; esos capítulos están en prosa bastante sobria, distante de la influencia de Víctor Hugo, aunque con la peculiaridad de introducir con frecuencia, en frases que expresan nociones centrales, ideas incidentales de poco interés.³⁹

Recluido en la casa de su abuela, el Pedro Henríquez Ureña que nuevamente regresa al Liceo Dominicano, en Santo Domingo, es un muchacho más retraído, que se siente mal en el medio en que se desenvuelve porque sus intereses son ya otros. Las experiencias de su vida son diferentes, porque su mundo libresco no le brindaba un apoyo real para alardear de hombre, como ocurre con otros adolescentes. “Mis aficiones tranquilas —dice— tropezaban con la incultura ambiente”. Y entonces se aísla, solo su tía Ramona lo comprende y lo ayuda con sus indicaciones en los trabajos literarios. Ella llena el vacío que Salomé dejó, porque, según él mismo afirma: “Aunque ella nunca escribió para el público, había compartido en su juventud las aficiones literarias de mi madre, había leído los mismos libros y formado las mismas ideas y tenía el don de los consejos técnicos hijos del buen gusto”.⁴⁰

En estos años escribió versos indigenistas. Siguiendo las directrices del poema “El fuego” de Gastón Deligne, publica también su poema “Incendiada”, y se queja porque al pie de sus versos los editores consignan que el autor tiene apenas catorce años. Habla de Blanca, una adolescente a la que amó en

³⁹ *Memorias... op. cit.*, pp. 49 y 50.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 53.

silencio. Sus memorias y notas autobiográficas no son dadas a abundar en detalles sobre su vida íntima, pero a esta niña llamada Blanca la cita con dulzura y apunta que fue “un amor que comenzó en mayo de 1898, pero que se sintió acosado bien pronto, sin saber cómo”.

Francisco Henríquez y Carvajal, por su parte, seguía viviendo en Cabo Haitiano, mientras la situación política interna del país bajo el gobierno del dictador Lilís se deterioraba a la carrera. En 1899 contrajo matrimonio por segunda vez con Natividad Lauranzón, la misma joven que atendía a Salomé en Puerto Plata, y atemorizado por el curso que tomaban los acontecimientos en el país, mandó a buscar a sus hijos Fran y Pedro que continuaban en Santo Domingo.

Pedro recuerda la coincidencia de que el viaje a Cabo Haitiano lo realizaran Fran y él en el mismo barco en que viajaba el tirano Ulises Heureaux en visita oficial a Haití: “Volví, pues, al Cabo Haitiano, a la misma casa que había conocido dos años antes; y, ¡cosa curiosa!, hice el viaje en los buques de guerra del gobierno dominicano, y llegué al Cabo junto con el mismo Presidente Heureaux, que iba a Haití a celebrar entrevistas políticas”.

Las diligencias para que el viaje se hiciera en los buques que llevaban al dictador Lilís de seguro que fueron hechas por su primo Enrique Henríquez, uno de los ministros del tirano y acompañante en la gira. Pero, sin saberlo, el destino de Pedro Henríquez Ureña estaba ligado al fin trágico de ese siniestro personaje.

El 26 de julio de 1899 cayó el presidente Ulises Heureaux, asesinado en el poblado de Moca. En oposición a la prédica liberal de los azules, Lilís se había reelegido una y otra vez,

echando mano de todo tipo de fraude e intimidación. Con un gobierno enredado en una complicada madeja de embrollos financieros y quebrado por los numerosos empréstitos contraídos, con una moneda desacreditada (las famosas “papeletas de Lilís”), el disgusto cundió por todos lados, especialmente entre el sector comercial del Cibao, y se desencadenó la conspiración. Entre los conspiradores estaba el comerciante de la Línea Noroeste Juan Isidro Jimenes, quien había invadido el país en 1898 con la finalidad de derrocar a Lilís y, fracasado en el intento, se refugió en Francia. Después de muerto el tirano, los lilisistas pretendieron retener el poder, pero el general Horacio Vásquez capitaneó una revolución que marginó rápidamente a los seguidores del asesinado dictador.

Francisco Henríquez y Carvajal era amigo y consejero de Juan Isidro Jimenes, quien por su enorme prestigio en la lucha contra el dictador Heureaux fue proclamado candidato a la Presidencia, y a su paso por Cabo Haitiano le pidió que lo acompañara. Pedro Henríquez Ureña lo recuerda de esta manera:

Desde el Cabo, seguimos con febril interés este movimiento; y bien pronto nos tocó sentir de cerca su hálito: a raíz de la muerte de Heureaux, como el Cabo Haitiano se halla tan cerca de la frontera dominicana que desde él se divisa el Morro de Montecristi, comenzaron a pasar grupos de dominicanos expatriados que regresaban al país; primero para ayudar a la revolución que aún no triunfaba; después, para entrar en las nuevas actividades. Por fin, pasó por el Cabo Haitiano D. Juan Isidro Jimenes, candidato a la Presidencia de la República, y pidió a mi padre le acompañara.⁴¹

⁴¹ *Ibíd.*, p. 56.

Y luego agrega algo fundamental en la evolución de su personalidad de escritor: “La muerte de Heureaux me hizo escribir el que consideré mi primer artículo serio: era un breve esbozo de aquella siniestra personalidad”.⁴² Juan Isidro Jimenes pasó a ser presidente de la República, y Francisco Henríquez y Carvajal fue designado Secretario de Relaciones Exteriores del gobierno.

El 1899 es un año particularmente importante en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña, porque sus lecturas de este año definen lo que será después la línea fundamental de sus reflexiones: el americanismo. Él mismo aclara que “ese año no fue un año de producción literaria”, pero agrega que “el año 1900 fue en realidad año de grande lectura literaria. Puedo decir que este fue el año decisivo de mi gusto”.⁴³ Al calor de la vivienda de las Feltz, una de las cuales, Leonor, consideraba él que era la más ilustrada mujer del país,⁴⁴ se efectuaban diariamente tertulias literarias y lecturas comentadas de los más importantes autores hispanoamericanos del momento. Se leía de todo, en realidad: D’Annunzio, Georges Herelle, el teatro español, Tolstoi y una gran cantidad de autores franceses. Además, en la traducción castellana de MacPherson relevaron al amado Shakespeare. Pero lo más relevante de este período es el

⁴² *Ibíd.*

⁴³ *Ibíd.*, p. 59.

⁴⁴ A Leonor Feltz dedica su ensayo “Días alciónicos”, de su libro *Horas de estudio* (1910), rememorando en la distancia un año de lecturas y orientaciones recibidas en la tertulia que se escenificaba todos los días en la casa de las Feltz. Su admiración por esta maestra es una de las pocas devociones sentimentales que expresa, al impulsar un juicio que tenga que ver con la Cultura.

encuentro con el *Ariel* de José Enrique Rodó y el descubrimiento del teatro del dramaturgo noruego Henrik Ibsen.

La empatía con Ibsen fue automática, de él escribiría con pasión, y los personajes de sus dramas serían la encarnación del ser humano que prefiguraba su idea de la libertad. Refiriéndose al entorno en que los seres de Ibsen realizan la vida, escribe:

Esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me explicaba entonces cómo había quien encontrase raros estos dramas: ¡cuando yo conocía más de una Elena Alving —más de una mujer superior— veía a otras muchas en la situación de Nora, y presumía a las semejantes a Hedda Gables! En realidad, yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mi país, sobre todo, me había tocado conocer a todas las mujeres superiores.⁴⁵

Ibsen había conmocionado al mundo europeo con sus dramas en los cuales aparecían mujeres insurrectas, con una práctica en conflicto con la moral burguesa predominante, en lo que respecta al papel que las mujeres debían desempeñar en la sociedad. Es claro que para Pedro Henríquez Ureña esa concepción de la mujer no era nada nueva, puesto que con solo mirar hacia el ejemplo de su propia madre, de su abuela o de su tía, era suficiente. Además, la tertulia en la que se efectuó el descubrimiento del dramaturgo noruego, era dirigida por una mujer, Leonor Feltz, quien, según sus palabras, “poseía sólida cultura científica y lectura literaria mucho más vasta que la mía” y fue quien “nos guió en la interpretación de la literatura

⁴⁵ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 62.

según el más elevado gusto moderno, y en todo aquel tiempo nos guió también en la corrección de la forma de nuestros escritos”.⁴⁶

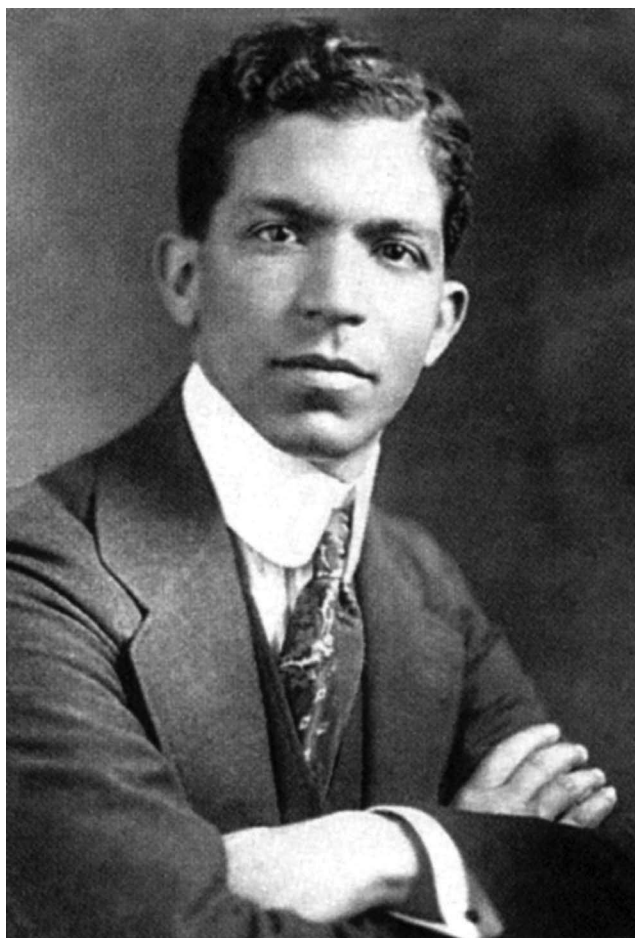
A Ibsen lo leía en francés, y se convirtió en su autor preferido. Llegó a saberse de memoria *Los espectros* y escribió más de un análisis de sus textos.

Con Rodó la empatía es más intelectual, atraviesa una corriente de afectos comunes por ser expresión de una búsqueda de identidad americana, y se mancuerna con esa especie de doctrina que el arielismo difundió en el continente, pregonando un idealismo estético como máxima esencial. Sobre Rodó volvía una y otra vez. Incluso ayudó a su difusión en el mundo americano porque lo había leído tempranamente, ya que la primera edición del libro del maestro uruguayo que se hizo fuera de su país fue la dominicana,⁴⁷ y porque la elegancia de su estilo le parecía muy afín al ideal de escritura que él tenía. En *Ensayos críticos*, el primer libro que publicará, en 1905, le dedica un estudio a *Ariel*. Y en 1910, en México, dictará su famosa conferencia sobre Rodó, que será recogida en las publicaciones del Ateneo de la Juventud. Después de estos estudios sobre Rodó, el arielismo se convertirá en una epidemia espiritual en América.

Pedro Henríquez Ureña culminará su bachillerato al final del año 1900, después de numerosos cambios de residencia y centro educativo. Entre esas instituciones educativas estuvo la

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 63.

⁴⁷ La influencia de José Enrique Rodó en la República Dominicana fue tan inmediata, que en 1901 Enrique Deschamps publicó la primera edición de *Ariel* que se hacía fuera del Uruguay.



Pedro Henríquez Ureña, 1917.

Escuela Normal, de Eugenio María de Hostos. Con Hostos compartió un corto tiempo, lo que lamenta en sus *Memorias* en un tono de admiración infinita hacia el maestro:

Concurrí también, pero pocas veces, a clases de la Escuela Normal, la cual había vuelto a la Dirección de Hostos, a quien se hizo volver al país tan pronto como cambió el régimen político; y hondamente deploro no haber sido más asiduo a aquellas lecciones y no haber sentido más de cerca la influencia de aquel espíritu genial.⁴⁸

Tenía dieciséis años y era bachiller. Sus juicios, a tan temprana edad, rozaban la erudición, y eran el asombro de muchos al conocer su juventud. Pero el padre era un obseso en la concepción de la educación que soñaba para sus hijos. Ese norte de perfección, que será luego máxima de Pedro Henríquez Ureña, acompañará hasta el final a Francisco Henríquez y Carvajal. Aprovechando que el gobierno dominicano lo envió a los Estados Unidos y a Europa, en su condición de Ministro de Relaciones Exteriores, a negociar un arreglo con los tenedores de bonos de la deuda pública que había dejado el gobierno de Lilís, se llevó a Fran y a Pedro con la finalidad de que se quedaran estudiando en Nueva York. Pedro dice que el padre quería que ellos permanecieran algún tiempo allí “estudiando y recibiendo la influencia de una civilización superior”.⁴⁹ Pero jamás pensó que este primer viaje fuera de la isla, inicio de su ya indetenible errancia, se prolongaría tanto tiempo. Salieron el 16 de enero de 1901 y llegaron a Nueva York el 30 del mismo

⁴⁸ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 58.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 64.

mes. La primera imagen de esa gigantesca ciudad la plasma en sus *Memorias* con destreza de pintor:

Había niebla, nevaba terriblemente, y las grandes masas grises de edificios, sobre los cuales se destacaban los enormes de la ciudad baja, ofrecían un conjunto enigmático. Dos impresiones, sin embargo, recibí ese día, que tardé en repetir: la primera, las casas campestres de ciertas poblaciones de la costa, que observamos antes de entrar en Nueva York: todas ellas me recordaban las moradas campestres que veía pintadas en los libros de cuentos franceses; la segunda, el singular aspecto de Bowery, por donde pasamos en coche. Durante meses juzgué engañosas esas primeras impresiones, pues ni fui al campo ni pasé nunca por el Bowery.⁵⁰

Este primer viaje de Pedro Henríquez Ureña a los Estados Unidos de Norteamérica durará hasta marzo de 1904, y la importancia que tiene en su vida intelectual reside en el hecho de que le permitió delinear la profundidad de sus juicios críticos, sometiendo al escarpelo todo lo que observaba, y ampliar de manera inconmensurable su universo cultural y lingüístico. Si algo caracteriza este período de su vida, es la inmensa actividad que lo embarga, y las experiencias de todo tipo que se ve obligado a enfrentar. Max Henríquez Ureña considera esta etapa particularmente creativa en la vida de Pedro, y señala que “además de la correspondencia continua y copiosa que enviaba, y de los libros que seleccionaba para él, enviaba también versos, que yo publicaba en una revista, *El Ideal*, que fundé con otros compañeros de una sociedad que tuvo corta vida, el Ateneo de

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 65.

la Juventud”.⁵¹ Es muy importante apuntar que entre las composiciones de Pedro Henríquez Ureña que Max publicó en *El Ideal* se encuentra “Flores de otoño”, que ha sido considerado, a partir del propio Max, como el primer poema modernista de la literatura dominicana. He aquí el poema:

*Crisantemas,
crisantemas como el oro,
crisantemas cual la nieve,
desplegad vuestras corolas,
las corolas como el sol de mediodía,
las corolas como el mármol inmortal.*

*¡Qué lucientes
en el rico invernadero
o entre límpidas vidrieras,
entre rosas como auroras,
entre vívidos claveles como sangre,
entre tímidas violetas como el mar!*

*¿Es que sueñan,
en atávicos ensueños
en olímpicas nostalgias,
con su país encantado,
con su patria luminosa que no han visto,
con Cipango,
con el lejano Japón?*

⁵¹ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 31.

*Desterradas,
sólo nacen con las nieblas,
sólo viven en otoño.
Flor de oro, flor de nieve,
ya ha pasado entre esplendores el estío,
¡ya es la hora, desplegad vuestro botón!*

Pero su visión de los Estados Unidos estará mediada, en un primer momento, por la influencia que ejercieron en él las ideas de Rodó sobre la sociedad norteamericana difundidas en su libro *Ariel*. Rodó erigió en el mundo americano un antiimperialismo pánfilo, oponiendo el ideal de la latinidad al modelo anglosajón. Ese rechazo a la “nordomanía”, como llamaba el maestro uruguayo al espíritu pragmático de los norteamericanos, penetró en las capas intelectuales, y la mirada lánguida que, en principio, echa sobre la sociedad industrializada el joven Pedro Henríquez Ureña, lleva también la suspicacia del prejuicio arielista. Él mismo dice que “no fue sino mucho después, al cabo de un año, cuando comencé a penetrar en la verdadera vida americana, y a estimarla en su valer”.⁵²

Muy rápidamente el padre les instruye con respecto al estudio del idioma inglés, alojándolos en la casa de huéspedes de la señora y el señor Fournier, en el 329 West 113th Street, quienes serán sus primeros maestros del idioma de Shakespeare. Pero tan pronto el padre parte a continuar su misión a Europa, la vida se le transforma en una prodigiosa aventura intelectual. Es una verdadera fiebre la que lo invade, parecería que nada se le podía escapar en materia de teatro, música o literatura:

⁵² *Memorias...*, *op. cit.*, p. 66.

En aquellos primeros días me dediqué con ahínco a los teatros: rara vez iba a los ingleses, pues no podía entender todavía a los actores, pero fui alguna vez a ver el *Hamlet* con Sthern y Virginia Herved, *El mercader de Venecia* con Nat Goodwin y Maxine Elliot, en el teatro alemán de Irving Place, vi *La dama de las camelias* con la vienesa Helena Odilon; y, sobre todo, vi a Sarah Bernhardt en *La dama de las camelias*, dos veces, en *L'aiglon* de Rostand, y hasta en una piececita de León Gozlan, *La pluie et le beau temps*, que hizo con Coquelin en una función del Metropolitan Opera House a beneficio del empresario; Coquelin, que la acompañaba en aquel *tournee*, hizo el Flambeau de *L'aiglon* y el Père Duval en *La dama*. Pero donde concurrí especialmente fue al Metropolitan Opera House, en cuya compañía figuraban ese año Jean de Reske, el tenor único, su hermano el bajo Edouard, La Nórdica, La Ternina, la Melba, la Schumann-Heink, el bajo Plancon, y otras cantantes de rango algo menor.⁵³

Son tantas las presentaciones musicales a las que acude en este año, y las representaciones teatrales, que sería prolijo continuar el hilo de sus *Memorias* y las crónicas que escribió entonces. Pero sí es importante destacar que el músico y compositor alemán Ricardo Wagner pasó a ser para él, en la música, el equivalente de lo que era Ibsen, en la literatura, en su rígida clasificación estética. De Wagner fue a ver *Tannhäuser*, *Lohengrin*, *Sigfrido*, *Las Walkirias*, *Tristán e Isolda*, piezas que impactaron de tal manera en el género, que influyeron decisivamente en el nuevo rumbo de la ópera. Sobre Wagner, con quien tenía cierta afinidad porque su hermano Max lo interpretaba cuando

⁵³ *Ibíd.*, pp. 67 y 68.

estudiaba piano, y porque él había leído las letras de sus dramas, escribirá varios ensayos, y usará su referencia para ilustrar su copiosa cultura musical.

En poco tiempo dominó el inglés, después de la asistencia a algunos cursos y las conversaciones frecuentes en la casa con la familia Fournier, y estudió el italiano. Inició, así, un ciclo de traducciones que enviaba al país para su publicación. Entre ellas una sobre Ibsen, de un artículo de William Archer, que hizo publicar en Santo Domingo en la revista que dirigía Enrique Deschamps.⁵⁴ Tradujo también escenas de Ibsen, en particular del drama *Cuando despertemos...*, cotejando el francés y el inglés, y escribió notas sobre presentaciones teatrales a partir de los programas de los grandes teatros.

Lo mismo ocurrió con la pintura. Nueva York lo deslumbró con su variedad de ofertas culturales, y su espíritu ávido aprovechó al máximo lo que esa ciudad le ofrecía. Visita en agosto la Exposición Panamericana y admite que “la exposición en sí no era muy extensa ni majestuosa”, pero le permitió pasar revista al arte pictórico norteamericano.

La exhibición norteamericana era espléndida: Whistler, con una maravillosa serie de Nocturnos, variaciones (gris y plata, azul y plata, color de carne y verde, un balcón japonés, el clou del lote), jardines, marianas y escenas venecianas, y un boceto: El herrero; Sargent, con sus vívidos retratos: entre ellos el delicadísimo *Retrato de un niño*; los paisajistas antiguos (ya muertos), George Innes, Martin Homer y Alexander Wyant; Abbey, con

⁵⁴ Enrique Deschamps dirigió, junto a Francisco Henríquez y Carvajal, el periódico *El Normalista*, y luego fundó la *Revista Ilustrada*, en la que Pedro Henríquez Ureña publicó algunos de sus trabajos iniciales.

su sorprendente *Martirio de Eleonora de Gloucester*; Elihu Vedder, con sus orientalismos simbólicos, de extraño colorido; Winslow Homer, con sus marinas antillanas; y William Chase, y John Alexander, y John La Farge, y Frederick Remington, y Horacio Walker, y Francis D. Millet, y George De Forest Brush, y Lockwood Forest, y Cecilia Beaux, y Henry Tanner, y Mary Cassatt, y Gari Melchers... En dibujos, pasteles y acuarelas, Kemyon Cox, Francis V. Du Mond, Howard Pyke, Gibson, el creador de la Girl, Maxfield Parrish... El lote de escultura, con no ser muy numeroso, ofrecía obras de Saint-Gaudens, de MacMonnies, de Charles Grafly, de Daniel Chester French, de Paul Bartlett, de Barnard... Era mi primera lección seria de artes.⁵⁵

Fue asiduo del Museo Metropolitano de Nueva York, y recorría tanto las exposiciones de los grandes salones, como las de las pequeñas salas marginales. Asistía a los grandes eventos de la ópera, pero también “a las temporadas de ópera barata que se ofrecen siempre en Nueva York cuando aún no comienza o ya ha terminado la del Metropolitan”,⁵⁶ y en la pintura tampoco discriminaba. Y siempre escribía un comentario, apuntaba una observación o adelantaba un juicio. En este primer viaje a los Estados Unidos su apreciable capacidad de abarcar grandes escenarios en la descripción se afina. Repletas de nombres y juicios sintéticos, sus notas críticas son siempre un fresco gigantesco que lo enumera todo. Parece que nada se le puede escapar. Pero de entre la multitud de nombres y obras que, como una esponja que todo lo absorbe, brota de sus crónicas,

⁵⁵ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 72.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 69.

él siempre destaca lo más sobresaliente, y apunta con precisión generalmente certera qué de lo nombrado quedará en el tiempo, cuáles figuras sobrevivirán.

Nueva York se presentó de pronto como el paraíso espiritual, nutriente poderoso de sus ansias de perfección. Pese a las decepciones iniciales, al final con quien terminará manifestando sus diferencias será con Rodó. Y si esa algarabía llegaba a la satisfacción, con la llegada de Max se transformó en exultación. En las notas que ambos escriben sobre el reencuentro este detalle se resalta. Pedro escribe: “Por fin, mi padre se decidió a enviar a Max a Nueva York; y su llegada y su gran interés por el movimiento teatral y musical me libraron del aislamiento en que se encontraban mis aficiones, pues mi hermano mayor ya se había alejado definitivamente de las cuestiones literarias”.⁵⁷ Y Max anota: “Mi padre regresó meses después y dispuso que yo me trasladara a Nueva York para continuar allí mis estudios de música, que, según su plan, debía completar en Europa. Grande fue mi alegría al reunirme de nuevo con mis hermanos y reanudar mis habituales lecturas y comentarios con Pedro, que siempre me servía de guía”.⁵⁸ Todo parecía sonreírles. Pedro iba de la ópera a la exposición de pinturas. De descubrir el teatro de Maeterlinck a zambullirse en la literatura escandinava. De traducir un texto al Salón de Artes Plásticas. De escuchar a los violinistas Fritz Kreisler y Jan Kubelik a leer a novelistas rusos y franceses. De admirar a Teresa Carreño a escribir un poema o una crónica sobre alguna presentación musical. De asistir a los conciertos sinfónicos de la Sociedad Filarmónica de

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 75.

⁵⁸ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 32.

Nueva York a leer, ya en inglés, a los novelistas modernos norteamericanos, Carlyle, Emerson, Ruskin, etc. Son incontables las experiencias artísticas que se suman a su sensibilidad, constituyendo una riqueza intransferible junto con lo que ya llevaba dentro desde su infancia. No existía ninguna preocupación por la reproducción de la vida material. El padre lo había dejado todo arreglado, y lo único que se tenía por delante era disfrutar a plenitud lo que esa ciudad ofrecía.

Pero las cosas cambiaron rápidamente, y a esas experiencias sublimes, Pedro Henríquez Ureña añadiría otra imprevista. Él lo cuenta de esta manera en sus *Memorias*:

De pronto, un suceso para nosotros inesperado cambió de manera definitiva nuestra suerte. Horacio Vásquez, el vicepresidente de Santo Domingo, se levantó en armas contra el presidente Jimenes, el 26 de abril de 1902; y a principios de mayo, el gobierno había cambiado. La noticia me llenó de estupor; y luego recibimos las cartas de mi padre en que nos decía que era necesario pensar en economías: mientras estuvo en el gobierno, gastó lo que su permanencia en Cabo Haitiano le había producido. Teníamos todavía algún dinero, que nos permitiría seguir viviendo en Nueva York hasta bien entrado el año de 1903; pero debíamos pensar en cambiar de vida, pues ya no nos podríamos dedicar al estudio, y desde luego debíamos cambiar de residencia.⁵⁹

El gobierno del presidente Jimenes había nacido lastrado por el peso de la deuda externa e interna que le había dejado el lilisismo, y por el choque de personalidades caudillistas que

⁵⁹ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 81.

suponía la presencia del general Horacio Vásquez como vicepresidente. Esto se hizo evidente desde el principio porque, mientras Jimenes gobernaba en la capital, Vásquez se había atrincherado en Santiago. El gobierno se había erigido sobre la base de la constitución de 1896 y debía permanecer hasta el año 1903. Pero lo agobiante de las tareas que tenía por delante en la renegociación de la deuda externa con los tenedores de bonos europeos y la Improvement, de capital norteamericano, así como la sucesión presidencial de 1903, aceleraron la conspiración del poderoso joven general Vásquez. El de Jimenes fue un gobierno cercado: los poseedores de bonos europeos pidieron la intervención de sus gobiernos para el pago de los capitales e intereses y presionaron para alcanzar soluciones de fuerza. Pero el gobierno estaba imposibilitado de pagarles porque las aduanas habían sido entregadas a la Improvement en el gobierno del general Heuraux, lo que obligó a una negociación leonina con la empresa norteamericana, y finalmente a una rescisión del contrato, sacando a la Improvement de la administración de las aduanas y entendiéndose directamente con los poseedores de bonos del Estado. Como es natural, esto adicionó la injerencia norteamericana en el conflicto, lo que sumado a las presiones de los Estados europeos que amenazaban con desembarcar tropas para cobrarse la deuda, hizo imposible el funcionamiento del gobierno del presidente Jimenes.

En estas gestiones de conciliación de las deudas del país andaba Francisco Henríquez y Carvajal cuando decidió que los hijos debían quedarse en Estados Unidos para que “recibieran la influencia de una civilización superior”. Pedro y Max se habían empapado de ella, sin ninguna preocupación por lo material, se la habían “bebido” con fruición. Sus vidas ya no serían

las mismas, y ni siquiera ante las dificultades económicas, sus afanes de superación se detendrían.

Pedro lo describe en sus *Memorias* de esta manera:

Una serie de dificultades estuvo a punto de impedirnos este último sencillo propósito (el de mudarse a otra casa); dificultades que puso Mrs. Fournier, antes, y todavía después, tan amable con nosotros, lo mismo que los encargados por mi padre de suministrarnos fondos. Pero no nos desanimamos grandemente; y convinimos en quedarnos en Nueva York, y ensayar trabajar comercio. Comenzó una lucha casi diaria; pero aún esto tuvo para nosotros interés y animación.⁶⁰

Y Max lo resume de la siguiente manera:

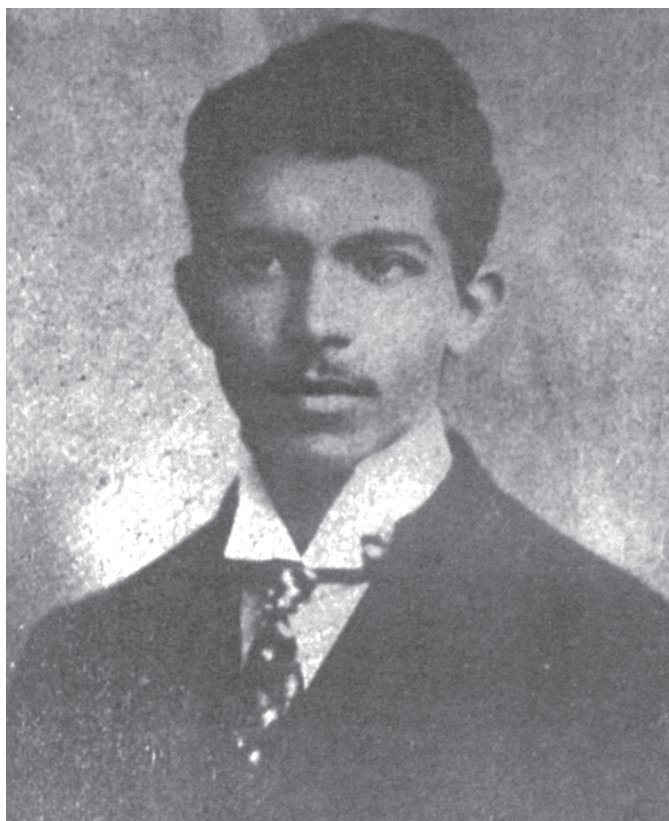
Mi padre se apresuró a comunicarnos que no podría mantenernos en Nueva York porque carecía de recursos para tal fin y se preparaba a trasladarse a Cuba en busca de un nuevo centro de actividad profesional.

Mis hermanos y yo decidimos buscar el modo de ganarnos la vida en Nueva York: Fran y Pedro encontraron trabajo como empleados de comercio y yo me coloqué temporalmente como pianista en un restaurant.⁶¹

De pronto, la vida se endurecía. Para obtener un minúsculo empleo de seis dólares semanales, tuvieron que hacer entrenamientos urgentes en destrezas administrativas en esta rama. Se inscribieron, Pedro y Fran, en un curso comercial de la

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 81.

⁶¹ Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 33.



Pedro Henríquez Ureña en sus años de juventud.

Escuela de Gaffey, situada en la calle 23, recibiendo clases durante cinco horas diarias. Pedro apunta que: “Antes de tres meses logré escribir rápidamente en máquina, escribir unas cien palabras por minuto taquigráficamente, en inglés, y conocer la teneduría de libros en detalle”.⁶² Con este entrenamiento obtuvo el empleo de seis dólares en la Nicholis Tubing Company, situada en la Décima Avenida, cerca de la calle 54. Por las condiciones excepcionales de Pedro rápidamente su sueldo fue aumentado primero hasta siete y luego hasta ocho dólares; pero el horario y el rígido sistema de trabajo lo apartaban con violencia de su objetivo central: “En ese tiempo, rara vez me alcanzó el tiempo para la lectura, ni menos para escribir” —dice pasándole inventario al infortunio—. Pero asistía asiduamente al teatro y anotaba juicios críticos muy agudos sobre las obras que presenciaba. Igualmente su actividad social, siempre vinculada a la cultura, al arte, mantuvo un ritmo creciente pese a las dificultades.

Lo más destacable es, sin embargo, su acercamiento al conflicto social, por la vía de las condiciones de trabajo en que se desenvuelve, y la postura que asume de abierta sensibilización con la justicia y de simpatía por los obreros. Describe esas condiciones sociales con plena parcialidad:

Pero las horas de trabajo eran largas, desde las siete y media hasta las seis, con solo media hora para el *lunch*, y el carácter del dueño era irascible y su educación casi nula. Era un Jerry Cruncher (*A tale of two cities*). Vi entonces de cerca la explotación del obrero; la mayoría de los allí empleados eran mujeres y niños; los pocos hombres que había eran casi todos italianos

⁶² *Memorias...*, *op. cit.*, p. 82.

que acudían a mí para hacerse entender; y el promedio de salario era cuatro dólares por semana.⁶³

Salió de ese trabajo, en julio de 1903, “molido de cuerpo y fatigado de espíritu”. El padre se había instalado en Cuba, primero en La Habana y luego en Santiago de Cuba, e insistía en que se le reunieran sus hijos allí. En Santo Domingo las cosas se habían enredado de tal forma que a Francisco Henríquez y Carvajal le arropaba la decepción más profunda, por lo que este viaje le parecía de carácter permanente. Horacio Vásquez fue rápidamente sacado del poder por una revolución sangrienta llevada a cabo por los grupos lilisistas, quienes eligieron a Alejandro Woss y Gil jefe político y llenaron de cadáveres la ciudad de Santo Domingo. Pedro Henríquez Ureña había tenido relaciones personales con Woss y Gil durante su exilio en Nueva York y frecuentado su casa, que juzgaba un ambiente de alto refinamiento, pero al analizar los acontecimientos escribió: “Aunque Woss y Gil es uno de los hombres cuya amistad ha sido para mí más interesante, debo confesar que su gobierno fue un desastre”.⁶⁴ Como la revolución se había hecho levantando la imagen del derrocado presidente Jimenes, y se creyó que habría elecciones libres para propiciar su vuelta al poder, su padre regresó brevemente a Santo Domingo, a instancias de algunos amigos que se lo pidieron. No pasaron tres meses sin que estallara otra revolución, esta vez contra Woss y Gil, alzando de nuevo el estandarte del ex presidente Jimenes, en la ciudad de Puerto Plata. A la cabeza

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 87.

estaba el ex sacerdote Carlos Morales Languasco. Uniendo a su alrededor a los antililistas, los jimenistas y los partidarios de Horacio Vásquez, Morales Languasco derrotó a las tropas de Woss y Gil e instaló un gobierno provisional en diciembre de 1903. Pero tampoco repuso en el poder a Jimenes, en nombre de quien supuestamente se iniciaban todas las revoluciones, y aunque se habían convocado elecciones en 1904 para cumplir con esta finalidad, Morales maniobraba con los horacistas para imponer su propia candidatura. “Unionista” se había denominado la revolución que tumbó el gobierno de Alejandro Woss y Gil, porque reunió a antiguos jimenistas y horacistas que habían combatido contra la dictadura de Lilís; y “antiunionista” se denominará la que estallaba en nombre del jimenismo, cuyos partidarios estaban hastiados de que se invocara el nombre de su líder para luego ser traicionados. Escaramuzas sangrientas e inestabilidad institucional eran la norma de convivencia.

Desengañado de una posibilidad de vida civilizada, Francisco Henríquez y Carvajal se instala en Santiago de Cuba. Estos acontecimientos, y los que protagonizará en el 1916 tras la primera intervención armada norteamericana al país, serán caldo de cultivo para la visión pesimista que le acompañará después. También influirán en la vida errante de Pedro Henríquez Ureña, quien en Nueva York veía llegar oleadas de dominicanos exiliados de esas guerras fratricidas:

El barrio en que vivíamos pululaba de dominicanos desterrados, que ahora se aventuraban hasta Nueva York —escribe y narra algunos sucesos lastimeros—. Hubo uno de ellos, Pedro Julio Gautreaux, que pasó por la metrópoli solo dos días, presenció las elecciones municipales y el gran entusiasmo



El general Carlos Morales Languasco encabezó un movimiento sedicioso en 1903.

nocturno, y embarcó inmediatamente para unirse a una expedición revolucionaria en la que debía morir.⁶⁵

La situación económica en Nueva York había empeorado para él a partir de julio de 1903, cuando pierde el empleo y no logra encontrar otro trabajo. Aunque esta circunstancia desafortunada, en el fondo, lo regocija porque le permite reanudar sus hábitos: “Volví a leer y escribir. Max formaba cada año un libro con los programas de los teatros y conciertos a que hubiera asistido, y en él escribíamos al final de la temporada un resumen de ésta, incluyendo la prensa. La temporada de 1901 a 1902 la resumí yo solo en ambas ramas, pues él pasó una buena parte de ese tiempo en Cuba”. Se refugia en la biblioteca Astor donde concibe un proyecto de escribir un libro con un estudio de tres escritores jóvenes europeos: D’Annunzio, Rudyard Kipling y Máximo Gorki. En Santo Domingo, 1903, le llega la noticia de la muerte de Hostos y se lamenta porque “en aquellos momentos de verdadera angustia ante la desastrosa situación del país, no escribí sobre él, sino un pálido artículo”.⁶⁶

A finales de 1903 era ya insoportable para él la vida en Nueva York: “El invierno llegó crudísimo; y en diciembre, tanto por el frío como por la fatiga de mi organismo, caí en cama con un reumatismo que durante quince días me impidió casi moverme. Después de tan larga serie de casos tristes que se habían aglomerado en los últimos meses de 1903, vi llegar el año de 1904 cuando me hallaba enfermo, inmóvil, y moralmente adolorido”.⁶⁷

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 89.

⁶⁶ *Ibíd.*

⁶⁷ *Ibíd.*

En marzo de 1904 el padre lo obliga a salir de Nueva York. En su despedida deja caer una mirada diferente a la de su llegada (como hemos visto, influida por el pensamiento de Rodó, de quien a estas alturas difiere), pero no se lamenta: “No dejé Nueva York con pena; sentía que la gran ciudad me había enseñado cuanto debía enseñarme y que ahora su enseñanza, moral e intelectual, debía servirme para vivir entre mis gentes”. Y se despide con unas pinceladas de alto vuelo literario, similares a las que le provocaron la primera impresión: “Al salir, recuerdo que vi con curiosidad cómo la metrópoli adquiría a la distancia una tonalidad gris, cómo se envolvía por fin en niebla gris, y cómo desaparecía al fin, perdiéndose entre el color del horizonte”.⁶⁸ Todo era, quizás, tan gris como su alma en ese momento.

Sin embargo, la plataforma cultural que Pedro Henríquez Ureña logra en esta etapa de su vida le permitirá aspectos fundamentales en su formación profesional: el cosmopolitismo y la universalización a la hora de emprender cualquier tarea crítica, la posibilidad de una cultura integradora, y la constatación de los movimientos y cambios que el arte y la cultura experimentan continuamente. A pesar de su juventud, se apropió de la vida cultural de los Estados Unidos. Criticó los movimientos artísticos y pictóricos, tradujo poetas y los difundió, leyó y escribió sobre su literatura, se vinculó a personalidades del mundo de la cultura y preparó crónicas muy sagaces de este tumulto de ofertas culturales. De aquí surge esa sorprendente capacidad suya de elaborar juicios que incluyen la música, el teatro y las corrientes literarias, amparado en todo el movimiento del arte y con el telón de fondo de la historia, como la filología reclama. Esta será la calistenia estilística que posibilitará la vasta obra crítica que emprenderá. El camino está ya abonado, el fruto maduro.

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 93.

III

La Habana, Veracruz

La Habana lo recibió entre la luz y los colores del trópico. Estaba aturdido, se reincorporaba a la maravilla del mundo caribeño comenzando por contrastar el gris de Nueva York con el resplandor de arco iris de las tardes habaneras. La ciudad, en cambio, lo intimida, la encuentra vulgar, aplanada, de calles estrechas. Pero siente que es ya dueño de todo lo que su vida tiene por delante. Tres días de viaje hasta alcanzar las costas habaneras han bastado para que entienda el designio frente al cual se encuentra.

Dado el prestigio familiar de los Henríquez y Carvajal en la sociedad cubana, por el viejo vínculo con José Martí y el aporte familiar a la causa de la Independencia, el padre había establecido sólidas relaciones sociales. Inmediatamente llegó, Pedro Henríquez Ureña fue introducido en esos círculos, codeándose con personalidades históricas como Máximo Gómez. Llegó en marzo y en abril entraba como empleado en la Casa de Silveira y Compañía, por recomendación del generalísimo Máximo Gómez. Este empleo estaba fuera del círculo de sus intereses



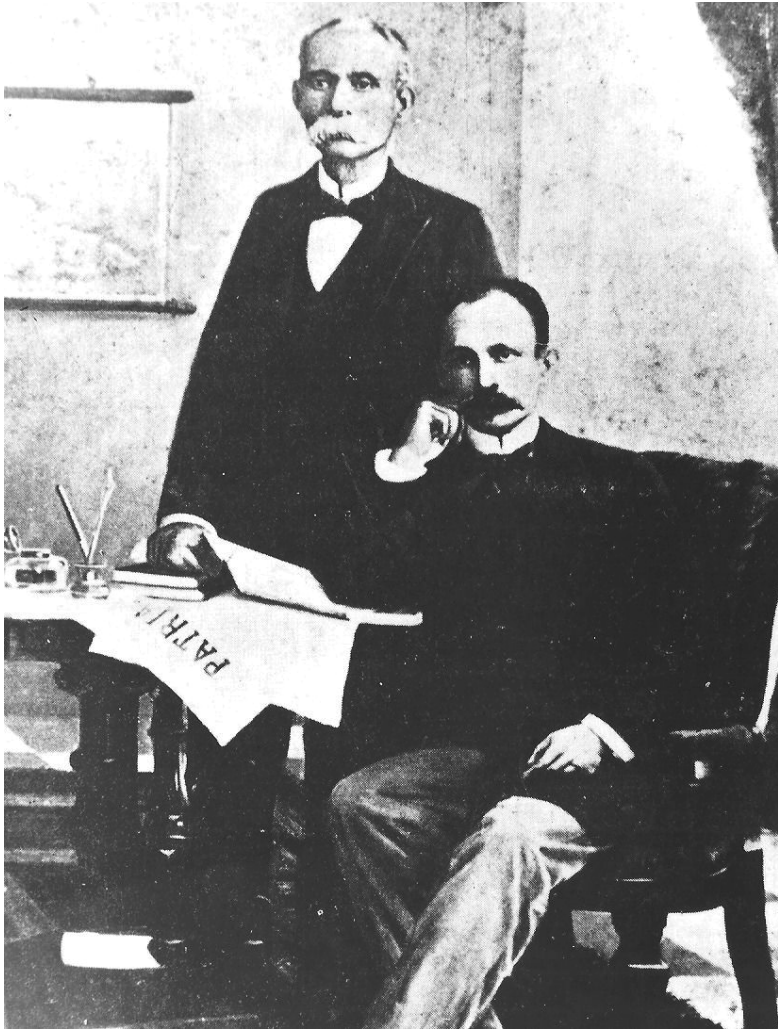
Parque central de La Habana, con el Teatro Nacional y el Hotel Nueva Inglaterra.

intelectuales, pero no era, en rigor, tan agobiante como el de Nueva York. Su padre y Max se habían establecido en Santiago de Cuba y, diligente como siempre, Max no tardó en fundar una revista, llamada *Cuba Literaria*.

Se puede afirmar que el Pedro Henríquez Ureña intelectual comenzó a conocerse, al menos para la República Dominicana, a partir de los artículos publicados en esta revista. *Cuba Literaria* salía semanalmente e incluía colaboraciones regulares de Pedro, que publicaba además en otras revistas. Escribió versos galantes, de esos que llamaban “postales”, muy de moda entonces, dedicados a muchachas hermosas, cubanas y dominicanas. Y numerosos ensayos sobre música y crítica literaria, tales como “Richard Strauss y la profanación de Parsifal”, publicado en la revista *Cuba Musical*; o los que publicó en *Cuba Literaria* sobre José Joaquín Pérez, Bernard Shaw, D’Annunzio, Rodó, etc. Igualmente mandaba colaboraciones a la revista *Cuna de América*, en Santo Domingo, con estudios tan conocidos hoy como el que escribió sobre Gastón Fernando Deligne o las referencias a Américo Lugo y su antología proyectada. Del mismo modo, colaboraba en la revista *La Discusión*, de La Habana, con trabajos como “La sociología de Hostos” o “El modernismo en la poesía cubana”.

Todas estas publicaciones repercutían en la República Dominicana, las que publicaba allí como las que publicaba en Cuba, y poco a poco se fue cimentando la fama de su erudición. Él mismo escribe: “Estos artículos, si en Cuba no eran muy leídos, sí lo fueron en Santo Domingo, donde comenzaron a ocuparse de mí”.⁶⁹ Para la época, su nombre y fotografía comenzaban a

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 95.



José Martí y Máximo Gómez, este último político y estratega militar dominicano. Ambos son considerados héroes de la independencia cubana.

salir en los periódicos cubanos y dominicanos. El periódico *El Figaro* había publicado un artículo elogioso de Tulio Manuel Cestero acompañado con su fotografía. Y corría de boca en boca en los pequeños círculos intelectuales de La Habana y Santo Domingo la fama que ya jamás le abandonaría.

“Solo que aquella situación, aunque segura, no me agradaba”, explicará él. La sociedad cubana le resultaba estrecha, no disfrutaba verdaderamente de los espectáculos musicales, ni tenía “verdaderas amistades literarias, salvo Lola Tió y su familia, a quienes visitaba de tarde en tarde y más social que intelectualmente; Juan Guerra Núñez y un corto grupo de sus amigos (Gonzalo Ruiz Zamora y Gabriel de la Campa eran jóvenes despiertos); y el poeta Pichardo, a quien muy de tarde en tarde veía”.⁷⁰

A mediados de 1905 Max abandonó la revista *Cuba Literaria*, que se editaba en Santiago de Cuba, y se estableció en La Habana. La presencia de su hermano, quien contaba con un amplio círculo de intelectuales amigos, le abrió a Pedro Henríquez Ureña la posibilidad de otros intercambios. Entre los amigos que conoció Pedro a través de Max estaba Arturo R. de Carriarte, a quien él califica de “turbulento y audaz”, pero que jugará un papel importante en la decisión que tendrá que tomar con respecto a su futuro. De los intelectuales jóvenes cubanos se separa porque, según él, “la juventud cubana da poco de sí”, pero entre los viejos afirma que “hay todavía eminencias indiscutibles y magníficos oradores”. Y cuenta que pudo oír hablar a tres principales: Sanguily, Montoro, González Lanuza; y a don Enrique José Varona, ante quien se inclina llamándole “el

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 96.

primer intelectual de Cuba”, a Alfredo Zayas y a Juan Gualberto Gómez, a quienes juzga con inmenso valor. Ni hablar de la figura de José Martí, sobre quien escribió artículos fundamentales de la bibliografía martiana, por los cuales algunos investigadores modernos lo consideran “precursor de las voces nuevas que en la década del 20 y del 30 iniciarían el rescate de Martí”.⁷¹

Pero La Habana lo asfixiaba. Su estancia en Cuba la vivió por contraste con la experiencia norteamericana, y el saldo fue negativo. Pese a que el trabajo no era tan exigente como en Nueva York, lo ahogaba la manera de producir el sustento en la Casa Comercial Silveira y Compañía, y le parecía chata la vida cultural y el mundo intelectual que conoció en la isla: “De todos modos me parecía estrecho campo el de Cuba; detalles de las costumbres y las tendencias cubanas me chocaban, y hacia fines de 1905 mi mayor deseo era salir de allí”.⁷² Ese espíritu cosmopolita, esa inteligencia indagadora había ya echado a andar, y sería implacable consigo mismo si se dejaba dominar por las exigencias de la vida material, que se le imponían en La Habana de 1905.

Había resuelto marcharse, no sabía adónde, pero en su interior la decisión estaba tomada, solo que ya en plena posesión de su madurez intelectual y dominio consciente de su destino. Su vida errante había empezado en la niñez: de Puerto Plata a Cabo Haitiano, de Cabo Haitiano a Santo Domingo, de Santo Domingo a Puerto Plata, de Santo Domingo a Nueva York, de

⁷¹ Diony Durán, *La flecha de anhelo*, Comisión Organizadora Permanente de la Feria del Libro, Santo Domingo, 1992, p. 31.

⁷² *Memorias...*, *op. cit.*, p. 98.



Las ideas del patriota cubano Enrique José Varona (1849-1933) también influyeron en la visión de Pedro Henríquez Ureña con respecto a Hispanoamérica.

Nueva York a Cuba, siempre siguiendo las peripecias existenciales del padre. Esta vez era su decisión, su propia aventura intelectual la que lo empujaba.

Optó por una ciudad de México, Veracruz, estimulado por una carta del literato Arturo R. de Carricarte, instalado en ese lugar y con quien había intimado, a través de Max, en Cuba. Ese espíritu “turbulento y audaz”, como él lo describe, le había pintado una situación inmejorable, halagüeña y promisoría. En realidad, su talante de “marinero intelectual” solo necesitaba el pretexto. Se alistó a partir, “sin avisarle a mi padre quien sabía yo que se opondría”.

El “crítico errante”⁷³ inicia aquí, a partir de enero de 1906, la primera aventura de su errancia interminable, decidiendo marcharse a un México desconocido que lo recibirá entre indiferente y hostil. Antes arma su tarjeta de presentación:

Deseaba al mismo tiempo publicar un libro, y reuní dinero y coleccioné trece artículos que publiqué en un folleto de ciento veinte páginas; los asuntos eran: D’Annunzio poeta; Tres escritores ingleses (Oscar Wilde, Pinero, y Bernard Shaw); El modernismo en la poesía cubana; José Joaquín Pérez; Rubén Darío; *Ariel* (la

⁷³ Para significar el sentido de la vida trashumante de Pedro Henríquez Ureña, el escritor mexicano Enrique Krauze acuñó en su libro ya citado una expresión definitoria: “el crítico errante”. Aunque la errancia de Pedro Henríquez Ureña se inicia en su propio país, y luego pasa a los Estados Unidos, y después a Cuba, estos primeros peldaños de sus andanzas estaban relacionados con la vida del padre, y no eran la manera de asumir su propia vida como proyecto. Es a partir de enero de 1906, cuando él mismo decide marcharse a Veracruz, México, que esta errancia será asumida como proyecto de vida. De aquí en adelante ese será su signo, incluso contra su voluntad, hasta su muerte.



El joven Pedro Henríquez Ureña, 1922.

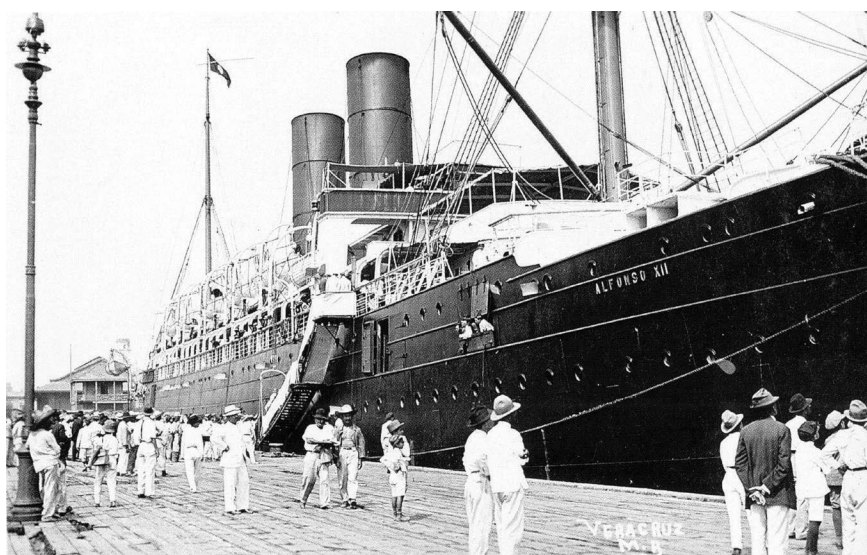
obra de Rodó); Sociología: La obra de Hostos y La evolución superorgánica de Enrique Lluria; La música nueva; La escuela italiana, y Richard Strauss y la profanación de Parsifal.⁷⁴

Su primer libro salió el 28 de diciembre de 1905, en La Habana. Se llama *Ensayos críticos* y es, aún hoy, una buena muestra de su erudición, un verdadero mosaico de temas literarios, musicales y de estudios sociales. Esta primera presentación de su trabajo intelectual es un indicador elocuente de la exigencia con que emprendía su aventura. Tipifica, sin ninguna duda, el modelo de perfección a que aspiraba, y era un rechazo rotundo de lo superficial y acomodaticio. Inaugura una etapa crítica en el mundo americano que entraña el máximo esfuerzo intelectual y prefigura la clara conciencia de su destino. El libro lo situó rápidamente en medio de las corrientes del pensamiento hispanoamericano. José Enrique Rodó celebró el hallazgo, singularizándolo:

Veo en usted un verdadero escritor, una hermosa promesa para nuestra crítica americana, tan necesitada de sangre nueva que la reanime. Me agradan mucho las cualidades de espíritu que Ud. manifiesta. Me agrada la solidez y ecuanimidad de sus criterios, la reflexiva serenidad que da el tono de su pensamiento, lo concienzudo de su análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva que se da en Ud., como en pocos. Y me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas.⁷⁵

⁷⁴ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 98.

⁷⁵ José Enrique Rodó, *Epistolario*, ed. París, pp. 42 y 43.



En Veracruz como en los múltiples lugares donde puso de manifiesto su capacidad intelectual, su labor también fue fructífera.

También en España Menéndez y Pelayo saludó la aparición de un pensador original y profundo.

Con su libro bajo el brazo, armado de la determinación y el empeño de superación como norte de su existencia, Pedro Henríquez Ureña emprendió viaje a Veracruz el de 4 enero de 1906. El padre había cableografiado desde Santiago de Cuba para que lo detuvieran, pero ya estaba en alta mar arrimado a sus sueños. En Cuba había publicado su primer libro, y había ayudado a definir el legado de José Martí y Eugenio María de Hostos. Perfiló los contornos de la verdadera importancia de Rodó, dio carácter universalista al ámbito de su crítica y se decantó por el ensayo frente a la poesía, que había sido su primer afán creativo. Inició, además, su fértil carrera en el periodismo cultural, una de sus facetas más prolijas. Pero sobre todo, enarboló un pensamiento optimista, por encima de la oleada derrotista que recorría el mundo americano.

Llegó a Veracruz el 7 de enero de 1906. Llevaba algún dinero que el dueño de la compañía Silveira Comercial, le había regalado y algunos magros ahorros. Vio el paisaje empinado sobre la barandilla del buque y le pareció hermoso. Pero cuando descendió a tierra lo asaltó la desazón: “No había coches, las calles casi se parecían a las de Cabo Haitiano, las casas eran en su mayoría del aspecto pobre, y en suma, todo el caserío tenía un aspecto de pobreza al cual no estaba yo acostumbrado”.⁷⁶ Se adentró en ese mundo desconocido, apesadumbrado por la primera impresión. Su amigo, el literato Arturo de Carricarte, cuyo entusiasmo le hizo iniciar la aventura, resultó ser, además, un fantasioso. La ciudad no lo recibía exhibiendo primores, y

⁷⁶ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 100.

él sentía el peso de la decepción rondándole el espíritu: “Y para colmo, la brillante situación pintada por Carricarte era fantasía; y ni siquiera había gentes con quién tratar de cuestiones intelectuales, pues los periodistas no son ilustrados y apenas si don José Luis Prado tiene la ilustración suficiente para que su conversación sea agradable a cualquier persona culta”.⁷⁷

Pese a las duras críticas a que Pedro Henríquez Ureña somete a Carricarte, hay que reconocer que el tipo era emprendedor y osado. No solo lo entusiasmó para que hiciera el viaje, sino que lo involucró en un proyecto de publicación de una revista y en la creación de una Asociación Literaria Internacional Americana, pese a la suspicacia y la decepción inicial. Incluso usando el poco dinero de que disponía para sobrevivir, y aunque, según él mismo escribe, “la idea tenía mucho de fantástica, en una ciudad como Veracruz y para un público tan poco crítico como el hispanoamericano”,⁷⁸ la *Revista Crítica* sacó su primer número en enero de 1906, como órgano de la Asociación Literaria Internacional Americana.⁷⁹ Traía un listado de personalidades de la cultura americana que fungían de corresponsales en el exterior, y un extenso programa que sustentaba la plataforma teórica de la Asociación. El espíritu alterado de Carricarte no dejó su circulación al azar, y Pedro Henríquez Ureña cuenta que “apenas estuvo listo el primer número, en la imprenta de *El Dictamen*, emprendió (y me hizo

⁷⁷ *Ibíd.*

⁷⁸ *Ibíd.*

⁷⁹ Sobre esta Asociación Literaria Internacional Americana ver Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 14-20.

emprender) una extensa labor de correspondencia: primero, a los periódicos de México, todos los cuales (excepto *El Imparcial*) dieron cuenta de la revista en términos elogiosos; luego, a una multitud de personajes, tanto de México como de América y aún de Europa”.⁸⁰ Incluyeron como corresponsales a personalidades a quienes no les habían hablado del asunto por lo que se apresuraron a escribirles, obteniendo respuestas de respaldo a la iniciativa de casi todos. Incluso le escribieron al presidente Roosevelt, y hasta el dictador Porfirio Díaz y su ministro de Educación Justo Sierra (intelectual positivista de renombre con quien después intimará) respondieron con elogios las correspondencias y el envío del primer número.

La *Revista Crítica* alcanzó tan solo dos números, y tanto su contenido como el programa de la Asociación Literaria Internacional Americana revelan el alto sentido americanista de sus principios. Dado el temperamento pomposo de Carricarte, “quien desparramó elogios a diestro y siniestro”, en oposición al carácter rígido y exigente de Pedro Henríquez Ureña, después del primer número, este último exigió que cada quien firmara sus artículos, “no me agradaba el sistema de elogios, convine en que desde el siguiente número pusiéramos cada uno nuestras respectivas iniciales al pie de nuestras notas”.⁸¹

Pedro Henríquez Ureña vivió tres meses y medio en Veracruz, desde el 7 de enero al 21 de abril de 1906. Durante este periodo, su figura se fue acrecentando paulatinamente en el continente. Analizando esta etapa en México, Alfredo Roggiano explica: “Además de la repercusión que tuvo la *Revista*

⁸⁰ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 100.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 102.

Crítica, sobre todo por lo que tocaba a México, el nombre de Pedro Henríquez Ureña fue adquiriendo cada vez más resonancia gracias a la apreciación, casi siempre favorable, que la crítica hizo de sus Ensayos críticos”.⁸² Autores y críticos como Luis de Vargas, de Madrid; Joaquín Aramburu, del *Diario de la Marina*, de Cuba; Carlos González Peña, de la *Revista Patria*, de México; Ruy Díaz, de *El Figaro*, de La Habana; José Escofet, del diario de la comunidad española de México; Ciro B. Ceballos, de *El Progreso Latino*, de México; Ricardo Gómez Robelo, de la revista *Savia Moderna*, de México; y hasta el mismo Arturo de Carricarte, quien publicó varios artículos laudatorios. Además, recibió numerosas correspondencias de los más importantes intelectuales hispanoamericanos, como el peruano Ricardo Palma; Juan Zorrilla de San Martín, de Montevideo; José Santos Chocano, desde Madrid; Ricardo Jaimes Freyre, desde Argentina; Numa Pompilio Llona, del Ecuador; José Enrique Rodó, de Montevideo; Justo A. Facio, de Costa Rica, etc. En fin, que a estas alturas el reconocimiento de las capacidades literarias del escritor dominicano era bastante amplio.

Lo que zozobraba era su economía. Él describe este trance en estos términos: “Pero, si mi éxito literario parecía asegurado, mi situación económica iba a ponerse complicada. Mi padre me escribió censurando mi partida; pero yo logré convencerle a medias, con razones, sobre todo diciéndole que mi idea no era quedarme en Veracruz, sino pasar a México, y acabó por contentarlo la aparición de la *Revista Crítica*”.⁸³

⁸² Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, Imprenta Esteban Fernández, La Habana, 1905.

⁸³ Ver Roggiano, *op. cit.*, p. 14.

En carta del 21 de marzo, Francisco Henríquez y Carvajal acusa recibo del primer número, al que llama “fascículo de tu revista”, y le advierte: “Te felicito por ella: está muy bien presentada y creo que tendrá un gran éxito literario, aunque no pecuniario. Y hay que atender a ambas cosas. Por lo tanto espero que me digas lo que valdrá la suscripción, para ver si aquí se consiguen algunos abonados”.⁸⁴ Pero por carta del 7 de abril se deduce que Pedro le ha solicitado ayuda económica: “Hoy he leído tu última carta, que me envió Max. Anticipándome a tus deseos y previendo a las circunstancias de hoy, envíe a Max hace días un recibo con \$15 que debe cobrar allá en La Habana, con recomendación de situártelos enseguida”.⁸⁵

La situación en Veracruz se tornaba, pues, desesperante. Su amigo Carricarte se había marchado a otro pueblo de México, y el dueño de *El Dictamen*, José Hinojosa, le encomendó la redacción de algunos artículos, con una retribución que denomina “cortísima”. Las notas que escribe en sus *Memorias* para dibujar este momento de dificultad son, sin embargo, una memorable exaltación de optimismo: “En Veracruz mi optimismo tampoco cedió; me hallaba en deplorable situación económica; sin la probabilidad de trasladarme a México, como deseaba; sin deseos de regresar a Cuba, puesto que de allí había querido alejarme, y mi regreso implicaría una derrota, y a falta de un puesto en La Habana, habría tenido que refugiarme con mi padre; no tenía aquí amistad que me estimulara intelectualmente; acababa de tener que

⁸⁴ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, tomo I, p. 288.

⁸⁵ *Ibíd.*, pp. 290 y 291.

desprenderme de una que llegué a estimar, y a de pesar ello, me reía del caso”.⁸⁶

En esas circunstancias surgió una ayuda inesperada, “de una de esas amistades de las que no se suele esperar grande ayuda”: un compañero de la redacción de *El Dictamen*, Arturo Mugica, conocedor de su valía, le escribió a un amigo en la capital mexicana para que intercediera ante el director de *El Imparcial*, Luis Lara Pardo, y quince días estaba decidido que iría a México como redactor de ese periódico. El padre le hizo llegar algún dinero, y en la noche del 21 de abril entraba en esa ciudad a bordo del Ferrocarril Mexicano, entornando los ojos porque la ciudad lo hería con su luz, y un aire de felicidad que tal vez nunca le fue destinado le rozaba la cara: “Rara vez he sentido tan intensa sensación de felicidad como ese día; si en Veracruz mi mala situación no me había quitado el optimismo, el llegar a México ya en buenas condiciones y sentirme —cosa peculiar— sin lazos con nadie ni más obligaciones que las que habría de imponerme mi trabajo periodístico me producía un placer lleno de tranquilidad”.⁸⁷

Su despedida de Veracruz, en el mismo periódico *El Dictamen*, es, pese a todo, emotiva: “Una frase de despedida. Al dejar a Veracruz, tras breve permanencia, llevo memorias que serán perpetuamente sugestivas, como memorias de días cuya influencia puede ser decisiva en una vida y en una carrera”.⁸⁸ Y el periódico lo despidió en sus páginas con una premonición

⁸⁶ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 104.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 105.

⁸⁸ Ver Roggiano, *op. cit.*, p. 32.

certera: “En un medio de mayor amplitud y de más intensa vida intelectual y artística, el señor Henríquez Ureña encontrará manera de hacer brillar sus dotes de escritor; que tan brillante renombre le han conquistado ya, en la primavera de la vida”.⁸⁹

Así fue. Caminando esa noche por las calles de Ciudad de México, esa extraña felicidad que todo viandante siente al entrar a una ciudad desconocida era la anticipación de un torbellino lejano.

⁸⁹ *Ibíd.*

IV

Ciudad de México

La primera etapa de la vida de Pedro Henríquez Ureña en México comprende el período que va de 1906 a 1914, con la interrupción de un viaje a Cuba en 1911. Es un momento particularmente importante en la historia de México, estremecido en sus cimientos por la Revolución de 1910, y también porque entonces se forman las figuras más notables de su cultura. El ambiente de 1906 es de ebullición permanente. Se inocular una inconformidad en la vida social que pone en solfa todas las creencias. Se vierte sobre los defectos recuperados el opio de la filosofía. Se exhibe el rostro de una rebelión que se mofa hasta de los altares. Es una sociedad que se zarandea, volcada en la representación de su mal. No oculta ninguna de sus miserias, ni siquiera la miseria de la fe. Está a punto de reventar, y sus pensadores y artistas tienen prisa por definirse.

Había una juventud que ardía de impaciencia por enfrentarse como generación a sus mayores. El lunes 23 de abril, el dominicano viajero entra a *El Imparcial*, y aunque nadie lo sospechaba ya era parte de esa juventud. Tenía conocidos, porque su libro

Ensayos críticos le había ganado admiración y respeto, suscitando artículos de reconocimiento entre esos jóvenes inquietos del México prerrevolucionario de 1906. Buscó, primero, a José Escofet, un joven escritor refugiado español que había publicado un artículo sobre su libro, y después al intelectual Carlos González Peña, entablado con ambos una gran amistad. Incluso se mudó de la pensión donde vivía a la casa de Escofet.

Conoció, además, a Carlos Dufoo y al poeta Luis G. Urbina, con quienes se fue abriendo de par en par las puertas del mundo mexicano. Entró en contacto con la *Revista Moderna* y su director Jesús E. Valenzuela, un abogado y escritor que lo incorporó de inmediato a la publicación. En sus páginas Pedro Henríquez Ureña tendrá una activa participación.

Pero la flor y nata de la intelectualidad emergente giraba entonces alrededor de la revista *Savia Moderna*, un intento de respuesta vigorosa, en el terreno del pensamiento, de los grupos juveniles que retaban a la prestigiosa intelectualidad positivista que merodeaba por el poder. La orientación intelectual de este grupo, con todo y sus abigarrados componentes, buscaba una diferenciación sustancial con la generación anterior, pretendía cambiar la mirada respecto de los paradigmas y las fuentes en que se formaron sus mayores. El rechazo al siglo XIX francés (Pedro Henríquez Ureña le dirá en una carta a Alfonso Reyes que él solo había mirado hacia la cultura francesa como referencia), la negación del absoluto positivista cuya hegemonía parecía inapelable, eran la nota distintiva de estos grupos. En cambio, se levantaba la literatura griega, el Dante, Shakespeare, Goethe, la literatura moderna inglesa, la filosofía de Nietzsche, Schopenhauer, Comte y Spencer, por el contrario, eran echados a un lado. El positivismo reculaba en el espíritu

levantisco de esta generación. Se comenzaba a hablar de pragmatismo y se amaba a Platón.

Savia Moderna reunía una verdadera pléyade de jóvenes intelectuales, encabezados por el poeta y escritor Alfonso Cravioto. Todo era ebullición. Pedro Henríquez Ureña describe el ambiente de esta manera:

[...] y en suma, al cabo de diez días conocía a los principales literatos jóvenes de México: Rafael López, Manuel de la Parra y Roberto Argüelles Bringas, tres poetas que me parecieron desde luego de lo más originales; Alfonso Reyes, hijo del ex-ministro de guerra y candidato a la Presidencia, general Bernardo Reyes, tenía entonces diecisiete años y llamó la atención en el círculo juvenil su ‘Oración pastoral’; Ricardo Gómez Robelo, quien me reveló, el primero, a cuanto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos, pues me habló, con familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, de Ruskin, de Oscar Wilde, de Whistler, de los pintores impresionistas, de la música alemana, de Schopenhauer...; Antonio Caso, a quien oí un discurso en la velada del Centenario de Stuart Mill, discurso que me reveló una extensa cultura filosófica y una manera oratoria incorrecta todavía, pero prometedora; el joven dramaturgo José J. Gamboa, los poetas Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colin, Jesús Villapando, y otros jóvenes que rondaban por las redacciones de *Revista Moderna* y *Savia Moderna* con aficiones más o menos intelectuales: Rodolfo Nervo, hermano de Amado; Benigno Valenzuela, Fernando Galván, y los pintores Gonzalo Argüelles Bringas, Gerardo Murillo, Diego Rivera, Francisco de la Torre, pues *Savia Moderna* acababa de hacer una exposición no deslucida.⁹⁰

⁹⁰ *Memorias...*, *op. cit.*, pp. 107 y 108.



Alfonso Reyes encontró en Pedro Henríquez Ureña la gran influencia intelectual de su vida. No solo fue su maestro: también un gran amigo.

En poco tiempo Pedro Henríquez Ureña pasó a ser secretario de *Savía Moderna*, que solo duró tres meses desde que asumiera el cargo. La publicación salió entre marzo y julio de 1906, pero si consideramos que él llegó a Veracruz en enero, habría que decir que en apenas seis meses escribió artículos y trabajó en dos periódicos, fundó una revista y dirigió otra, además de publicar varios ensayos en *Letras Modernas*, revista de los consagrados, o en vías de serlo. De esta manera, se ganó el respeto absoluto del mundo intelectual.

Su fama de culto y el papel de “guía espiritual” comenzaban a elevarlo al sitial de un joven maestro. De entre todos esos intelectuales el que más admiración le profesaba era Alfonso Reyes, quien será después su gran amigo de toda la vida. Este comenzó a llamarle entonces “joven maestro” y “Sócrates”, en alusión al maestro griego que enseñaba a pensar confrontando el pensamiento mismo. Era ya un pequeño líder de esa tropa aguerida. El fervor de estas tareas espirituales era como un anticipo de la revolución que estallará en 1910. Describiendo esa atmósfera él dice:

Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro gran maestro hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡Oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los



Eminentes discípulos del “Sócrates” dominicano: entre otros, Manuel Toussaint y Antonio Castro Leal (de pie, al centro y a la derecha), Alfonso Caso y Alberto Vázquez del Mercado (sentados), 1914.

académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos la tendencia de todo arte ‘Pompier’. Nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente a las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.⁹¹

Su mundo intelectual encuentra en ese México en llamas un caldo de cultivo apropiado para manifestarse y su activismo es casi inabarcable. Dicta conferencias, organiza cenas culturales, conmemora con una velada la infausta ocasión de la muerte de Ibsen, asiste a exposiciones pictóricas y escribe sobre ellas, hace crítica de teatro, discute en seminarios sobre filosofía, traduce y publica *Estudios griegos*, la obra de Walter Pater; va a conciertos y óperas y reseña con juicios penetrantes las ejecuciones de músicos, cantantes y directores; publica ensayos especializados en diferentes revistas al mismo tiempo, polemiza, adelanta informes de investigaciones, sugiere temas para estudios que se propone realizar más adelante; en fin, que parece tener el don de la ubicuidad.

Esta manera de legitimarse en la sociedad mexicana no estuvo exenta de conflictos y oposiciones, que se manifestaron con dureza en oportunidades diferentes. En este período el escritor José Juan Tablada intentó crucificarlo con su conocida ironía: “La erudición del crítico Pedro Henríquez Ureña era tan grande como su petulancia, que lo movió a poner cátedra en México al llegar de su país natal, Santo Domingo”.⁹² (En

⁹¹ Pedro Henríquez Ureña, “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1925, p. 125.

⁹² José Juan Tablada, *Humorismo y sátira*, México, 1943, p. 341.

sus *Memorias*, Pedro Henríquez Ureña dirá sobre este personaje lo siguiente: “Por entonces también conocí a Tablada, a quien tenía desconfianza por lo que de él me contaban; pero lo cierto es que mi amistad con él no me ha producido molestia”.⁹³)

Tuvo, además, conflictos con el director de *El Imparcial*, porque no expresó en una de sus crónicas de teatro una opinión que él quiso sugerirle, pero que no había entendido con claridad. De ahí en adelante lo acosó cargándolo de trabajo. Le encargó la pesada tarea de las traducciones y encima de eso lo enviaba a las calles a recoger noticias. De seguro, quería salir de él. Efectivamente, Pedro Henríquez Ureña dejó *El Imparcial* a fines de mayo de 1906, y su nombre fue proscrito por disposición expresa de su director, Rafael Reyes Espíndola.

Max había llegado a México y Pedro le había conseguido trabajo en *El Diario*, un periódico recién fundado, opositor rabioso de *El Imparcial*, y tras su salida de este último, entró él también en la redacción de *El Diario*.

Pero la labor de Pedro Henríquez Ureña en *El Imparcial* dio la soldadura final a su inmenso prestigio y delineó, por primera vez, sus puntos de vista respecto de la problemática americana, de la identidad propia en sus manifestaciones artísticas y literarias. Alfredo Roggiano resalta que estas ideas aparecen en la crónica que escribió sobre *La leyenda de Rudel*, del mexicano Ricardo Castro, en la que Pedro Henríquez Ureña afirma:

Muchas veces se ha discutido, lo mismo en la América latina que en la Sajona, si el arte de este Nuevo Mundo necesita, para adquirir carácter original y propio, inspirarse en la vida,

⁹³ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 110.

en la historia y hasta en el rudimentario arte de los indígenas. Esta tendencia, que podría llamarse ‘indigenista’, después que determinó la producción de obras poéticas tan admirables como el *Hiawatha* de Longfellow, y el *Tábaré*, de Zorrilla de San Martín, y de obras musicales tan valiosas como *El guaraní* del brasileño Carlos Gomes, va perdiendo terreno cada vez más, a pesar de que todavía se la defiende, con respecto a la música, en los Estados Unidos.

Hemos llegado a la convicción de que la originalidad artística la alcanzaremos con la evolución de nuestra cultura y no mediante procedimientos artificiales, como lo es el que quiere tomar como fuentes principales de nuestro arte la vida primitiva y la tradición lejana de una raza en vías de desaparecer, y lo que nos urge es dominar la técnica que hemos aprendido de los europeos, y desarrollar ideas nuestras, surgidas en nuestro ambiente y de nuestra vida actual.⁹⁴

En *El Imparcial* la tarea principal de Pedro Henríquez Ureña era escribir crónicas periodísticas de las presentaciones musicales y teatrales, pero sus juicios iban siempre más allá de la escueta información del cronista, profundizando con pericia aspectos técnicos y apreciaciones teóricas que lo diferenciaban del escritor de reseña. También protagonizó algunas polémicas, como la relativa a los restos de Colón, a raíz de un artículo publicado el 17 de mayo por Carlos J. Archevarld, quien había puesto en duda que se encontraran en Santo Domingo.

Esto dio pie para que Pedro Henríquez Ureña preparara una documentada reseña histórica de las vicisitudes que siguieron estos restos y para sostener que los mismos se encuentran en

⁹⁴ Ver Roggiano, *op. cit.*, p. 39.

Santo Domingo. Así lo hizo en su artículo titulado ‘Los restos de Colón. Famoso error histórico. Datos que comprueban la autenticidad de los restos existentes en Santo Domingo.’⁹⁵

Un acontecimiento célebre, por la singularidad del tipo de tumulto que originó, es el que se desencadenó con la reaparición de la *Revista Azul*. Pedro Henríquez Ureña lo narra de esta manera en sus *Memorias*:

Un periodista viejo, con pretensiones de crítico y poeta, Manuel Caballero, lanzó al público una *Revista Azul*, muy mal escrita y con un programa en que se atacaba a los escritores ‘modernistas’, pretendiendo así continuar la *Revista Azul* que dirigió Gutiérrez Nájera: la iniciadora, en México del movimiento ‘modernista’. La juventud se indignó, y organizó un acto de protesta: el 17 de abril en la tarde, se hizo una procesión desde el jardín de la corregidora Domínguez hasta Alameda Juárez; como insignia se llevaba un estandarte con el lema ‘Arte libre’, y nos acompañaba la Banda de un regimiento tocando marchas. Al llegar a la Alameda de Juárez, dijo una poesía Rafael López, un discurso Max, otro Ricardo Gómez Robelo, y leyó un soneto de D. Jesús E. Valenzuela, Alfonso Cravioto, que ya había regresado de Europa. La procesión fue seguida por una gran multitud estudiantil que vitoreó los discursos. En la noche se dio una velada en el Teatro Arbeu. Iba a hablar Urueta, y la excitación por oírle era grande. Así es que la música que se ejecutó fue oída sin mucha atención; ni tampoco se pararon largas mientes en el ‘Pax animae’ de Gutiérrez Nájera, leído por Luis Urbin Urbina, ni en los versos escritos para la ocasión por Roberto Argüelles Bringas. Al aparecer en escena

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 38.

Elena Marín, la soprana mexicana (a quien precisamente había atacado Manuel Caballero), radiante de elegancia, hubo un breve suspenso; la soprana cantó con entusiasmo, y con entusiasmo se le aplaudió. Y llegó entonces, por fin, Urueta: no dijo un nuevo discurso, sino que repitió uno pronunciado en honor de Gutiérrez Nájera años atrás; pero rara vez habrá dicho Urueta tan magistralmente. Las ovaciones a cada párrafo hacían estremecer el teatro, lleno de juventud revolucionaria. Por fin, cuando intercaló una frase llena de desdén para Caballero, aquello alcanzó proporciones de estrépito. Al día siguiente, *El Imparcial* habló entre mal y bien del acto; elogió mucho a Max, y pidió su discurso para publicarlo, pero Max lo negó, alegando no estar conforme con los ataques hechos a nuestros compañeros; otro detalle que enconó el rencor de Reyes Espíndola.⁹⁶

Este curioso incidente da una idea de la heroicidad concebida por Pedro Henríquez Ureña. Para él la cultura es un absoluto, y su concepción de “revolucionario” es cultural. Toda su idea de lo heroico es espiritual, no tiene nada que ver con lo bélico o con la toma del poder político. Ni siquiera con el poder factual, el poder económico. Por eso estuvo involucrado en otros hechos similares durante esta primera estadía en México, como la manifestación contra el doctor Francisco Vázquez Gómez, quien había escrito un folleto contra la enseñanza positivista en la Escuela Preparatoria, siendo secundado en su ataque por los diarios católicos *El Tiempo* y *El País*. Entonces se desató la de Troya, porque un grupo de jóvenes, encabezados por Antonio Caso, José María Lozano y Jesús Acevedo, organizaron una

⁹⁶ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 115.

manifestación contra el doctor Vásquez Gómez, y en defensa del intelectual Gabino Barreda, un patriarca positivista que había impulsado la reforma educativa en México. En esta manifestación participaron Alfonso Reyes y Max Henríquez Ureña, llegados exclusivamente del interior del país. Y estuvo presente Justo Sierra, figura prominente de la vida intelectual y ministro de Educación del porfiriato. Pedro hizo entonces un discurso brillante que una parte de la prensa elogió profusamente y otra atacó sin piedad, porque se trataba de un conflicto que tenía una relación directa con el poder. Lo curioso es que este grupo de jóvenes, evidentemente ya inclinados contra el positivismo, salieran en defensa de Barreda. Alfredo Roggiano dice que esto ocurrió “acaso por temor a una vuelta a la posición anterior a la reforma de Barreda”. Según él, “se creyeron en la obligación de señalar los méritos que la enseñanza científica del maestro todavía mantenía en vigencia”.⁹⁷ En el caso de Pedro Henríquez Ureña, que participó destacadamente en esta batalla, conocía este tipo de lucha ideológica contra la educación positiva, puesto que Salomé, su madre, había formado parte de la reforma hostosiana en la República Dominicana.

La vida intensa que llevaban Pedro y Max parecía no poder detenerse. Su casa era el centro de numerosas actividades de tipo cultural. Inmediatamente después de estos acontecimientos se lanzaron a organizar la Sociedad de Conferencias, que desarrolló un activo ciclo de disertaciones y actuaciones musicales y adquiriría una enorme significación en la vida cultural de México. Esta institución se dotó de un programa que pautaba una conferencia-concierto cada dos miércoles. El programa

⁹⁷ Ver Roggiano, *op. cit.*, p. 78.

se dividía, realmente, en una conferencia, una ejecución de piano y la lectura de un poema por un poeta invitado. Entre los intelectuales que participaron estaban Alfonso Cravioto, quien expuso sobre “Las obras pictóricas de Eugène Carrière” y Max Henríquez Ureña, quien interpretó al piano a Chopin. Esa noche el poeta Nemesio García Naranjo leyó su poesía. Antonio Caso tenía asignada la segunda conferencia del programa, versaba sobre “La influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno”, tema que apuntaba la tendencia que este grupo de intelectuales jóvenes estaba tomando en el terreno de la filosofía. También hablaron Ricardo Gómez Robelo, quien analizó “La obra de Edgar Alan Poe”, señalando de nuevo el cambio de influencia de esta generación con respecto a la anterior; Rubén Valenti, con un estudio sobre la evolución de la crítica literaria, y, por supuesto, Pedro Henríquez Ureña, quien habló de “Un clásico del siglo XX”, estudio sobre Gabriel y Galán. También entre los poetas que leyeron en la Sociedad de Conferencias, estaba Alfonso Reyes.

Las conferencias se repitieron en un segundo ciclo, participando siempre lo más selecto de la intelectualidad mexicana. Max y Pedro expresaban entusiasmo, en un ambiente que tenía un peligroso trasfondo social a punto de reventar, y en el que el juego de las ideas adquiría a veces matices de carácter político. Pero toda esta actividad cambió bruscamente cuando Max y Pedro tuvieron que abandonar *El Diario*, el periódico en que ambos trabajaban. Las *Memorias* de Pedro reflejan con amargura este hecho:

Pero esta actividad y esta alegría juvenil sostenida a través de conferencias y reuniones debía cesar bruscamente. *El Diario* no era lo que creíamos; Sánchez Azcona, como director no

era más que una apariencia, y a la empresa pareció demasiado gasto el de los sueldos y extras que se nos pagaban a Max y a mí, y decidieron que saliera yo de allí. Sánchez Azcona logró que Max fuera dejado en su puesto. Pero Max renunció inmediata e irrevocablemente, y quedamos los dos sin trabajo.⁹⁸

La carta de renuncia que Max envía a *El Diario* merece la pena reproducirse:

Desde el mes de febrero ingresé en *El Diario* y puedo decir muy alto que nadie ha servido a esa empresa con tanta lealtad como yo, y nadie ha tomado tan a pecho los intereses morales del periódico. He tenido, empero, la pena de ver que jamás se apreciaron ni se retribuyeron merecidamente mis servicios y que no siempre se me guardaron las consideraciones a que soy acreedor. Todo se lo hubiera tolerado porque llegué a tener afecto al periódico. Pero en vista de que la empresa acaba de cometer, en lo que a mí respecta, una inconsecuencia que me resisto a calificar, presento mi renuncia irrevocable, porque siempre he considerado que mi dignidad está por encima de mi estómago. De usted, atentamente. Max Henríquez Ureña.⁹⁹

Pedro volvió a caer en una situación similar a la que vivió en su estancia en Nueva York y Cuba, porque a los tres días consiguió un empleo en la Compañía de Seguros La Mexicana. Él lo consigna, de nuevo, con amargura: “Volví, pues, a entrar al

⁹⁸ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 117.

⁹⁹ Ver Roggiano, *op. cit.*, p. 60.

trabajo de oficina, con sus horas largas y sus impedimentos”.¹⁰⁰ Max, por su parte, fue a parar a *La Gaceta de Guadalajara*, y luego al *Monterrey News*, como editorialista. Más tarde volvería a Santiago de Cuba y luego a La Habana.

Era julio de 1907 cuando Pedro Henríquez Ureña entró a La Mexicana. Pese a que este es un período de dificultades e insatisfacciones espirituales, que se extiende de julio de 1907 a diciembre de 1909 —fecha en que, al fin, inicia el empleo que le había prometido varias veces el poeta Luis G. Urbina, pasando a ocuparse de la preparación de la *Antología del Centenario*— esta etapa es verdaderamente trascendente en la maduración y evolución de su pensamiento. Él lo consigna, en medio de sus lamentaciones:

En 1907 tomaron nuevos rumbos mis gustos intelectuales. La literatura moderna era la que yo prefería; la antigua la leía por deber, y rara vez llegué a saborearla. Pero, por la época de las conferencias, mi padre había ido a Europa, como delegado de Santo Domingo a la conferencia de La Haya; y le pedí me enviara una colección de obras clásicas fundamentales y algunas de crítica: los poemas homéricos, los hesíodicos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, los poetas bucólicos, en las traducciones de Leconte de Lisle; Platón, en francés; la historia de la literatura griega de Otfried Muller; los estudios de Walter Pater (en inglés), los *Pensadores griegos* de Gomperz, la *Historia de la filosofía europea* de Alfred Weber, y algunas otras. La lectura de Platón y del libro de Walter Pater sobre la filosofía platónica me convirtieron definitivamente al Helenismo. Como mis amigos (Gómez Robelo, Acevedo, Alfonso Reyes) eran ya

¹⁰⁰ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 117.

lectores asiduos de los griegos, mi helenismo encontró ambiente, y pronto ideó Acevedo una serie de conferencias sobre temas griegos: serie que hasta ahora no se ha realizado, pero que nos dio ocasión de reunirnos con frecuencia a leer autores griegos y comentadores.¹⁰¹

Rebuscó una gama muy diversa de autores que estudiaban el mundo de los pensadores griegos, y dio el salto:

En el orden filosófico, he ido modificando mis ideas, a partir, también, del mismo año 1907. Mi positivismo y mi optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill y Haeckel; las páginas que había leído de filósofos clásicos y de Schopenhauer y Nietzsche no me habían arrastrado hacia otras direcciones. Sobre todo, no trataba yo sino con gentes más o menos positivistas, o, de lo contrario, creyentes timoratos y anti-filosóficos. El positivismo me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica (palabra cuyo significado se interpretó mal desde Comte); y a nadie conocía yo que hiciera otra metafísica que la positivista, la cual se daba ínfulas de no serlo. Por fortuna, siempre fui adicto a las discusiones; y después que los artículos de Andrés González-Blanco y Ricardo Gómez Robelo me criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro *Ensayos críticos*), tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y Valenti esas mismas ideas, las discusiones fueron minando en mi espíritu las teorías que había aceptado. Por fin, una noche a mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 123.

del positivismo. Valenti alegó que aún la ciencia estaba ya en discusión, y con su lectura de revista italiana nos hizo citas de Boutroux, de Bergson, de Poincaré, de William James, de Papini... Su argumentación fue tan enérgica que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo.¹⁰²

La larga cita es justificada porque da respuesta a una interrogante que muchos se han hecho respecto del derrotero que tomó la vida intelectual de Pedro Henríquez Ureña en México. ¿Cómo explicar el hecho de que se convierta en un héroe antipositivista, cuando su formación inicial, la de su madre y la de su padre, respondían al positivismo transformador del mundo americano?

Primero es necesario establecer que la influencia del positivismo hostosiano le viene a través de la madre. Las pocas lecciones que escuchó del propio Hostos no pudieron influirlo grandemente. En aquel periplo inacabable que la muerte de la madre le obligó a vivir, asistió a la Escuela Normal, como ya hemos visto, y escribió: “Deploro no haber sido más asiduo a aquellas lecciones y no haber sentido más de cerca la influencia de aquel espíritu genial”.

Lo segundo es que el positivismo hostosiano se diferencia del positivismo mexicano. No es lo mismo asumir a Comte que a Spencer. No es lo mismo fundar una moral social que relativizarlo todo para justificar la tiranía. El positivismo dominicano hacía propuestas de regeneración social desde fuera del poder, el mexicano encarnaba el poder mismo.

En tercer lugar, él ya tenía una idea previa de hacia dónde se iba a orientar el cambio, por sus lecturas de los griegos (no

¹⁰² *Ibíd.*, p. 125.

olvidemos su traducción de Walter Pater, primera traducción castellana de una obra de este tipo), su amor por Shakespeare e Ibsen, sus vínculos con la cultura inglesa.

Y, por último, está su propia actitud de apertura hacia todo lo nuevo. Antes de consumir el cambio, giró hacia otros intereses su investigación y sus lecturas. Leyeron y comentaron a James, a Boutroux, a Bergson, a Jules de Gaultier. Se hundieron en los contenidos de una bibliografía angustiosamente reunida, y con esos elementos hicieron, para ellos primero, la crítica del positivismo. Fue, por lo tanto, un proceso.

En este período reduce ampliamente su círculo de amistades íntimas y crea una especie de tríada integrada por Alfonso Reyes, Acevedo y Antonio Caso. La situación política en México se había convertido en un volcán en erupción, y las confrontaciones entre quienes apoyaban la reelección del dictador Porfirio Díaz y quienes se le oponían, amenazaban con desencadenar una tragedia nacional. Pedro Henríquez Ureña se caracteriza por no inmiscuirse en actividades políticas de manera directa, pero su relación con Alfonso Reyes, cuyo padre dirigía un partido opuesto a la reelección, más su condición de extranjero, obligaban a una prudencia extrema. Por este motivo se enfrió su amistad con Caso, a quien los reeleccionistas lograron persuadir para que hablara en un mitin porfirista, consiguiendo luego que asumiera la dirección de un periódico reeleccionista, todo lo cual aceptó después de que Pedro le indicara la conveniencia de seguir siendo independiente. Al propio Pedro intentaron sonsacarlo, aprovechándose de su situación económica, para que escribiera por buena paga, encargándose de la sección literaria de la *Revista Universal*, dirigida por Manuel Puga y destinada a apoyar la reelección de Porfirio Díaz. Rechazó el

ofrecimiento, pese a la desesperada urgencia económica. En su vida entera, el imperativo ético determinará sus actos, es esto lo que lo caracteriza. Además, tenía un prurito moral por su amistad con Alfonso Reyes, cuyo padre parecía una opción de poder; acusado de ‘reyista’ resultaba sencillamente injustificable que se sumara al reeleccionismo.

Con todo, Pedro Henríquez Ureña entró a formar parte del periódico *El anti-reeleccionista*, dirigiendo su sección literaria y publicando colaboraciones de sus más íntimos amigos. En su *Diario*¹⁰³ habla de los comentarios que levantaba su página en *El anti-reeleccionista*:

Es curioso el caso de mi página literaria en ‘El anti-reeleccionista’. Han dado, los concurrentes a la redacción, en discutirla; los cultos, como Vasconcelos y Fernando Galván, la aprueban; los demás la encuentran ininteligible. La insistencia en este sentido es ya fatigosa. Comprendo que encontraran difícil el primer trabajo de Alfonsito, firmado, Teodoro Malio; acaso el segundo; pero ahora les hice un trabajito ligero sobre ‘Los mejores libros’ a propósito de la selección del doctor Eliot, de Harvard, y todavía claman. Yo creo que ya se trata de prejuicio, y que sin leer declaran no entender, pero me figuro que ya desearían que cesara la página literaria (por lo menos en mis manos) pues creen que ‘su público’ se va a disgustar. Estas gentes que creen conocer al público y lo suponen inmensamente bruto, no piensan que quien se decide a leer la página literaria de

¹⁰³ Las *Memorias* de Pedro Henríquez Ureña se interrumpen en el mes de julio de 1909 y reaparecen como *Diario* el 5 de agosto del mismo año. La edición citada del Fondo de Cultura Económica incluye ambas, más unas notas de viaje.

un periódico ha de estar algo acostumbrado a lo que ellos llaman ‘ininteligibilidad’.¹⁰⁴

El anti-reeleccionista fue impedido de circular el 29 de agosto de 1909, porque el porfiriato endureció la represión, encarcelando a todos los redactores y funcionarios que encontró en el edificio. Vasconcelos y González Garza tuvieron que esconderse por un tiempo, y el propio Pedro Henríquez Ureña tenía ciertas dudas de si se había girado orden de captura contra él. Todavía trabajaba en la compañía de seguros La Mexicana, pese a muchos intentos no hallaba otra plaza que se ajustara a su perfil intelectual y le permitiese ganar el sustento. Dos acontecimientos van a cambiar la situación: la fundación del Ateneo de la Juventud y el trabajo que, por fin, le consigue el poeta Luis G. Urbina, para preparar la que será después famosa *Antología del Centenario*. Y, por supuesto, la publicación en Francia de su segundo libro, *Horas de estudio*, que recoge una parte importante de su producción intelectual de este período.

El hoy muy famoso Ateneo de la Juventud se fundó el 28 de octubre de 1909 y fue, desde el punto de vista del pensamiento, el preámbulo de la Revolución mexicana de 1910. La relación entre los cambios políticos y sociales y el Ateneo de la Juventud no deja dudas si echamos un vistazo a sus integrantes, particularmente a sus figuras señeras. En su *Diario* Pedro Henríquez Ureña se refiere a este acontecimiento de la siguiente forma: “Se instaló anoche, en el incómodo Salón de Actos de la Escuela de Jurisprudencia, el Ateneo de la Juventud, inventado por Caso, y para el cual invitamos Rafael López, Acevedo,

¹⁰⁴ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 148.

Alfonsito y yo. Concurrieron Ignacio Bravo Betancourt, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Isidro Fabela, Manuel De la Parra, Juan Palacios, Vasconcelos, Jenaro Fernández, Eduardo Pallares, Emilio Valenzuela, Alfonso Cravioto, y Guillermo Novoa”.¹⁰⁵ Había gente de diversas afiliaciones políticas, pero todos juntos eran signo de los cambios que se habían producido en el pensamiento. El Ateneo de la Juventud es, hasta hoy, la más importante institución cultural de México; duró desde 1909 hasta 1914, y en el año de 1912 cambió su nombre por el de Ateneo de México. Su directiva original estuvo integrada por Antonio Caso, presidente, Ignacio Bravo Betancourt, tesorero, y Pedro Henríquez Ureña, secretario. Estaba destinado a estimular las actividades culturales y a propiciar el desarrollo intelectual del país, difundiendo los nuevos puntos de vista en literatura, historia y pensamiento social. No es casual que la primera conferencia con que se abrió el Ateneo de la Juventud fuera “La filosofía moral de Eugenio María de Hostos”, pronunciada por Antonio Caso. Los nombres de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet y José Vasconcelos dan una idea del nivel de las intervenciones en ese foro, al que casi siempre asistía el ministro de Educación Pública, el insigne intelectual Justo Sierra, cuya muerte, en 1912, reunió a todos los ateneístas en una velada solemne, pues, pese a ser un hombre del porfiriato, gozaba de una alta estimación entre los jóvenes intelectuales.

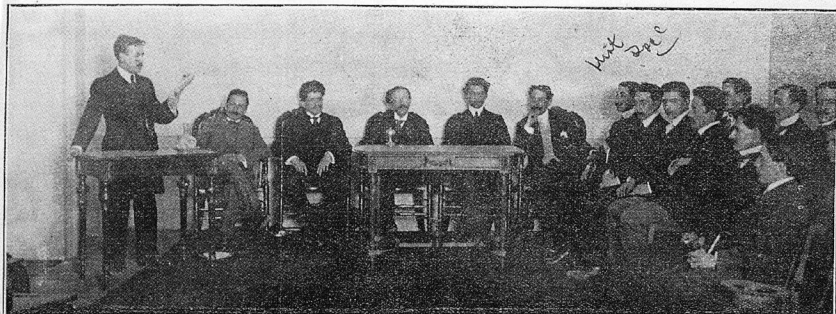
Es importante señalar que en este marco Pedro Henríquez Ureña pronuncia su famosa conferencia sobre José Enrique Rodó, que abrió el ciclo del arielismo en el mundo americano.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 156.

CER NACIOMAS, SEÑOR... serie de conferencias literarias, encomendadas á seis de sus socios (cuyos retratos figuran en la plana anterior). La primera estuvo á cargo del señor licenciado Antonio Caso. Por desgracia, y debido á las exigencias del oficio, no tuvimos el gusto de asistir á esa conferencia, de la cual tenemos muy halagadoras noticias. Pero quedamos indemnitzados con la asistencia á la segunda, celebrada el lunes 15, la que estuvo á cargo del señor don Alfonso Reyes, quien

poetas bucólicos á quienes en sus versos narran amores pastoriles, y describen una «vida del campo», que no existe, y que sólo han visto en su imaginación y al través de la enorme distancia que separa su estudio de los campos, entonces seguramente que nuestro poeta no es bucólico; pero si con este calificativo señalamos á los poetas que admiran la Naturaleza como es, que escuchan y repiten en sus cantos los ruidos de la selva, y para quienes los personajes que pue-

ñar por más tiempo la conferencia del señor Reyes, y por lo tanto, termino esta crónica. Al hacer el conferenciante su resumen, hizo notar los cuatro ideales que se destacan en la obra poética de Othón: el amor al hogar, el amor á la Naturaleza, el amor al deber y el amor á su Dios; con estos cuatro elementos y la elegancia de su lenguaje, el cantor potosino fué uno de los más grandes poetas de habla española.



EL SEÑOR LICENCIADO EZEQUIEL A. CHAVEZ PRESIDENDO LA SEGUNDA CONFERENCIA DEL "ATENEO DE LA JUVENTUD"

12
1917

El Ateneo de la Juventud ofrecía conferencias y conciertos en las voces de una nueva generación de intelectuales: José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Manuel M. Ponce y Julio Torri, entre otros.

También en estas sesiones dictó otras conferencias importantes, como la que pronunció, con motivo de la visita del intelectual español Rafael Altamira, sobre Pérez de Oliva, y la que leyó en noviembre de 1911 sobre “La decadencia de la literatura descriptiva”, que originó una discusión sobre el realismo artístico en la que terciaron Carlos González Peña, en defensa de la tesis realista, y Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, en contra de ella. La conferencia fue publicada simultáneamente en *Argos*, revista semanal de México dirigida por el poeta Enrique González Martínez, en la edición del 5 de enero de 1912, y en *La Cuna de América* de Santo Domingo, el 14 de enero de 1912. La conferencia, además del interés que tiene para deslindar posiciones estéticas de diversos miembros del Ateneo, alcanzó repercusión internacional. Charles Lesca trató de replicar a Pedro Henríquez Ureña en la parte en que este tocaba los fueros del realismo francés, seguido en México por Carlos González Peña. Lesca publicó sus observaciones en *Mundial Magazine*. Pedro Henríquez Ureña le envía una carta el 30 de abril precisando sus puntos de vista y corrigiendo interpretaciones de Lesca. En esta misiva, el dominicano señala refiriéndose a Lesca: “Este utiliza dicha carta sólo en los fragmentos que adapta a sus intereses; por lo que la polémica termina”.¹⁰⁶

La creación del Ateneo de la Juventud originó, también, algunos ataques personales contra Pedro Henríquez Ureña. Escribía entonces crónicas teatrales para *Actualidades*, un periódico opuesto a los del antiguo director de *El Imparcial*, Espínola; y un reportero de *El Heraldo* intentó ofenderlo haciendo una burla de su origen y hasta de su color: “Me han atacado

¹⁰⁶ Roggiano, *op. cit.*, p. 129.



José Vasconcelos, 1911.

cambiando mi nombre por el de ‘Menox’, por contraposición al de mi hermano Max”. Él piensa que Núñez y Domínguez, el poeta y reportero que lo atacó, está resentido “porque no se le invitó al Ateneo, y, atribuyéndome la omisión, me insultó al hablar en *El Heraldo* de la fundación de la sociedad, llamándome Menox y escritor haitiano”.¹⁰⁷ A muchos otros ataques de este tipo sabrá reponerse, aunque, ciertamente, la gran mayoría, y lo mejor, de la intelectualidad mexicana siempre lo apoyó.

El trabajo que le había prometido Urbina se concretó a partir del 19 de noviembre de 1909. Lo importante es que el salario le permite salir de La Mexicana, y bajo la dirección de Urbina, se instala con Nicolás Rangel en la Biblioteca Nacional para preparar los dos tomos de lo que sería la *Antología del Centenario*. Desde la salida del primer tomo, la acogida es apoteósica. Cartas de los más renombrados intelectuales y artículos analíticos de los contenidos se suceden cada día. El título general de la obra es *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de la Independencia*. La dirigió, en su calidad de ministro de Educación, Justo Sierra, y llevaba, además, un proemio escrito por él. Esta *Antología* permite por primera vez crear una periodización crítica de la literatura mexicana. Alfonso Reyes escribe un artículo, con el título “Antología del Centenario”, que le dio una dimensión nacional al acontecimiento. En él afirma:

Muy rara fortuna es definir los primeros valores de una época y de una generación literaria, en el simbólico momento en que el espíritu de todo un país parece reconcentrarse en la

¹⁰⁷ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 158.



Salón de lectura de la Biblioteca Nacional de México, 1920.

contemplación de su historia, y querer afirmar su conciencia cívica por medio de una síntesis de tanto recuerdo diseminado. Así la *Antología* tiene un indiscutible valor de oportunidad. Pero hay más que esto. Los primeros valores de una época y de una generación literaria he dicho que se definen en este libro, porque los aislados artículos y los pocos ensayos de crítica nacionales con que hasta ahora contábamos, por lo mismo que escasean y andan sueltos en los prólogos de los libros y en las revistas, han seguido su natural ventura en un ambiente donde las obras de esta especie no pueden causar hondo recuerdo, si no es cuando se ayudan con la aparición misma de trabajo voluminoso y congruente.¹⁰⁸

La *Antología* inauguró la historiografía contemporánea de la literatura mexicana, iniciando una época, y la capacidad ordenadora, el poder de síntesis que acompañaban los juicios de Pedro Henríquez Ureña, junto a su profundidad intelectual reconocida, están allí como testimonio de su labor en ese país. Se sabe con certeza que Pedro Henríquez Ureña escribió los trabajos sobre Fray Manuel de Navarrete, J. M. Sartori, José Agustín de Castro, Anastasio de Ochoa, Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, Luis de Mendizábal, José Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel de Lardiazábal y Uribe, José Miguel Guridi y Alcocer, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Francisco Ortega y un índice biográfico de la época.

En 1910 aparece también su libro *Horas de estudio*, publicado en París por la casa Ollendorf. Esta obra, que le permite alcanzar el primer estadio de su madurez intelectual, se organiza como un resumen de la evolución ideológica que se efectuó

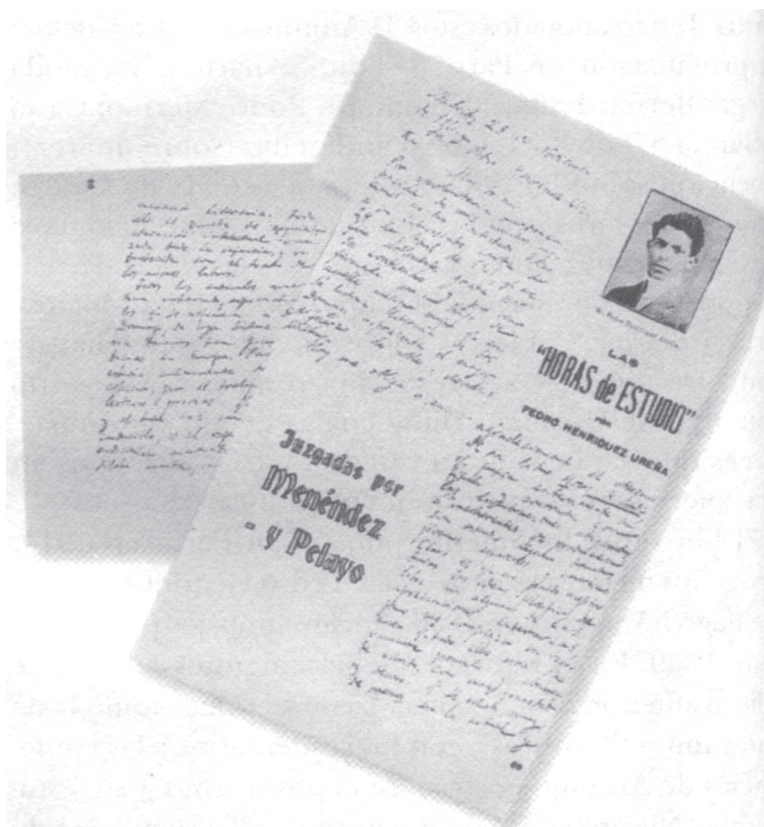
¹⁰⁸ Roggiano, op cit., p. 131.

en el seno de la generación de intelectuales mexicanos con los cuales compartió. Ya en una carta a su hermano Max, de julio de 1909,¹⁰⁹ describe el plan de la obra:

García Calderón me escribe ofreciéndome hacerme publicar un libro en la casa Ollendorf y diciendo que Gibbes habla de nosotros elogiosamente [...] Insisto en que me pienses uno o varios títulos que puedan dar interés al conjunto de artículos. Pienso ahora distribuirlos así: I.- Literatura española y americana (Gabriel Galán, Deligne, Darío, Cuestiones métricas). II.- Cuestiones filosóficas (Nietzsche y el pragmatismo; el positivismo de Comte: largo artículo que acabo de escribir para la *Revista*, con examen minucioso de diversos críticos filosóficos, refutando las conferencias de Caso; El positivismo independiente: artículo que escribiré tan pronto como Caso dé el resto de sus conferencias: Mill, Spencer, Taine, etc.; La sociología de Hostos). III.- Marginalia: que comprenderá todos los artículos más cortos. Tengo anotados estos: D'Annunzio contra Goethe; La profanación de Parsifal; Edith Wharton; La moda griega; Bernard Shaw; Unamuno, Rodó; Meriño; Carta a García Godoy; El nuevo indígena (sobre Juárez); Alocución sobre Barreda; *La leyenda de Rudel* de Castro; Las cien mejores poesías; La catedral; Días alcióneos; Carlos González Peña; Las conferencias de 1907; Un libro sobre el feminismo; El último folleto de Rodó; una carta a García Calderón sobre la vida intelectual de Santo Domingo; y acaso la guía romántica de Santo Domingo de Guzmán. Dime cuáles deben suprimirse. ¿Crees que vayan bien La catedral y Días alcióneos en una colección casi exclusivamente crítica?¹¹⁰

¹⁰⁹ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, op. cit., pp. 515-517.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 517.



Su libro *Horas de estudio* se publicó en París en 1910 y fue bien recibido por la crítica.

El libro que finalmente publicó en París, en 1910, recoge los mejores escritos de ese Pedro Henríquez Ureña que llegó a Veracruz en 1906 e incluye trabajos publicados hasta 1909. En él figuran, además, algunos escritos de su libro anterior, *Ensayos críticos*. Tiene secciones como la de “Cuestiones filosóficas”, con los comentarios a las conferencias de Antonio Caso sobre el positivismo, y sus estudios de “Nietzsche y el pragmatismo” y “La sociología de Hostos”, así como “El espíritu platónico”. Incluyó, también, aquel discurso sobre Barreda que le causó tantos problemas en el país. Hay, pues, modificaciones en relación con la idea original que le anuncia a Max, pero el resultado será enteramente positivo.

Alfredo Roggiano reseña la acogida que el libro tuvo de esta manera:

La crítica recibió el libro con unánime aplauso. Del extranjero llegaban, y se reproducían en periódicos mexicanos, los elogios publicados en *Nuestro Tiempo*, de Madrid (Año X, No. 143, noviembre de 1910, pp. 275-6), firmados por Luis de Terán, quien —dicho sea de paso— considera a Pedro Henríquez Ureña como mexicano, por Manuel Ugarte (*Nuestro Tiempo*, agosto de 1911), Federico García Godoy lo elogia en *Ateneo de Santo Domingo* (Nos. 11 y 12, diciembre de 1910), y M. Márquez Sterling, en *El Figaro* de La Habana (17 de julio de 1910), en tanto que Francisco García Calderón lo da a conocer en Francia y Europa a través de la *Revue de Métaphysique et de Morale*, en la sección ‘Livres Nouveaux’ (septiembre de 1911). Mientras tanto, dos de las figuras más destacadas del pensamiento y de la cultura europea, el filósofo francés Emile Boutroux y el erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo, le envían sendas cartas, que Pedro

Henríquez Ureña hace difundir profusamente en diarios de México.¹¹¹

El libro se consolida rápidamente como una muestra valiosa de la llamada “Generación del Centenario” o del Ateneo, en México, donde también la acogida es una manifestación de unánime reconocimiento a su talento. En un artículo publicado en *El Mundo Ilustrado*, de México, Carlos González Peña proclama: “Henríquez Ureña ha vivido con nosotros –los de la nueva generación literaria– muy hermosos momentos. Más aún: ha contribuido con su más notable entusiasmo a la formación de este grupo joven que en México persigue ahora altos ideales de saber y de belleza. [...] En *Horas de estudio* veo al mismísimo autor de los *Ensayos críticos*. La visión es ahora más amplia, ciertamente; el saber más grande. Pero, en el fondo, creo descubrir al que no ha muchos años nos habló de D’Annunzio, de Bernard Shaw y de Strauss”.¹¹² Y José Escofet afirma: “Así, *Horas de estudio*, el producto de sus días alcióneos –alentadora evocación de la serenidad griega– no es un esfuerzo; es la consecuencia natural de sus estudios magistrales, el fruto maduro de una juventud dignificada con siglos de inteligencia”.¹¹³

En este año de 1910 inicia Pedro Henríquez Ureña sus estudios académicos formales. Aunque parezca increíble, el sólido intelectual que ya era, con 26 años de edad, no había tenido tiempo de iniciar los estudios de leyes, hacia los que su padre siempre le había orientado. Pensando en futuras perspectivas

¹¹¹ *Pedro Henríquez Ureña en México, op. cit.*, pp. 135-144.

¹¹² *Ibid.*, p. 139.

¹¹³ *Ibid.*, p. 142.



Reunión de intelectuales y hombres de cultura del porfiriato: Manuel M. Ponce, Federico Gamboa, Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña (arriba a la derecha) y Antonio Caso (junto a Pedro), 1910.

de docencia, se inscribe en la Escuela Profesional de Jurisprudencia y cursa su primer año con gran éxito y reconocimiento, aunque en su *Diario* consigna algunas críticas a los programas de estudio: “No hubiera yo emprendido estos estudios tan largos y tan poco fructuosos, si no fuera porque teniendo tiempo ahora de hacerlos, me ha parecido conveniente realizar la carrera que mi padre me propuso y obtener siquiera un título, que aquí, por desgracia, sólo es de Licenciado en Derecho”.¹¹⁴

El espíritu crítico de Pedro Henríquez Ureña y su superior preparación intelectual de seguro que hicieron de él un alumno incómodo. Somete a juicios de calificación a casi todos sus profesores, y guarda su opinión de cada uno en un resumen magistral tanto de sus saberes como de sus deficiencias. Con excepción de Antonio Caso, quien conociendo sus capacidades no le exigió los requerimientos propios de un estudiante de grado, para todos tiene un señalamiento, un reparo, con respecto a las cualidades que, según él, debía tener un expositor en el aula universitaria.

Antonio Caso pasó a ser secretario de la Universidad, y Pedro Henríquez Ureña logró un puesto de oficial mayor. Era funcionario y estudiante de la Universidad, al tiempo que iniciaba la carrera docente, de la que ya jamás se apartará. Terminó los estudios de jurisprudencia en el año 1913, aunque su título de abogado fue expedido el 14 de marzo de 1914, por estar en receso por vacaciones la universidad. Título su tesis “La universidad”, y fue aprobada a unanimidad por sus examinadores, aunque el diploma no le fue entregado sino en julio de 1916, debido a la ilegitimidad del gobierno, en un

¹¹⁴ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 184.



Título de abogado de Pedro Henríquez Ureña, 1914.

período de inestabilidad institucional en México, por el ciclo revolucionario.

El 13 de abril de 1911, Pedro Henríquez Ureña partió hacia La Habana. Era un viaje varias veces postergado, pues los acontecimientos de México habían preocupado al padre de manera tal, que en todas las cartas insistía en la necesidad de que Pedro volviera a Santo Domingo o se instalara en La Habana. En una carta a Max, de agosto de 1909, le señala: “Insisto en que Pedro salga ya de México. O podrá venir a Santo Domingo o instalarse en La Habana”.¹¹⁵ Y en varias cartas sucesivas al propio Pedro en México, le reitera que se traslade a La Habana para que vea a Camila, o para que inicie estudios académicos formales junto a Max: “Creo que nada cuesta que vengas a ver a tu hermana, que es una señorita, y a pasar algunos días en su compañía (28 de agosto, 1909)”. “Es indispensable que vengas a La Habana, a ver a Camila, el principal fin de esa entrevista sería el de instruirla e influir en su educación de un modo decisivo (16 de octubre, 1909)”. “Insisto en que una reconcentración de la familia se impone, en La Habana, pero que para realizarse, necesitamos de tu presencia en dicha ciudad. En ella se pueden emprender estudios con mayor facilidad que en México y este centro, a pesar de algunos inconvenientes, ¿dónde no los hay?, es mucho más accesible en sus buenas posiciones para nosotros que México (30 de noviembre, 1909)”.

Dejó sus libros y sus muebles con Alfonso Reyes, Antonio Caso y Martín L. Guzmán, y se montó en un tren que pasaba por Veracruz, desde donde embarcó rumbo a La Habana. De paso, describe en su *Diario* el Veracruz que lo vio llegar en

¹¹⁵ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, tomo I, *op. cit.*, p. 522.

1906: “Veracruz, a pesar del asfalto y de los tranvías eléctricos, conserva su desagradable aspecto de ciudad provisional, donde no se vive, sino que se ‘pasa’”.¹¹⁶ Lee en la travesía algunos textos clásicos de la literatura francesa, Racine y Molière, y *La gloria de Don Ramiro*, el libro de Larreta que le divierte y al cual juzga excelente.

A La Habana llegó el 17 de abril de 1911. Max y el poeta dominicano Osvaldo Bazil lo esperaban en el muelle. Era, en realidad, un viaje de exploración. México se había complicado con una revolución que apenas comenzaba, y la insistencia del padre lo empuja a volver a las raíces. Pero en su vida, ni siquiera un viaje de este tipo dejaba de tener importancia cultural. Tan pronto llega asiste a la conferencia de Enrique José Varona, un patriarca de la cultura cubana a quien admiraba. En más de una oportunidad escribirá sobre las ideas de renovación social de este filósofo y ensayista a quien llamará “Maestro de Cuba”. Sobre esta conferencia escribe unas notas paradójicas en su *Diario*: “El deseo de oír esta conferencia fue una de las causas que me impulsaron a tomar el vapor de la línea Ward, cuando hubiera podido esperar el *Alfonso XIII*, que hace el viaje de Veracruz a La Habana no en cinco días, sino en dos o tres, saliendo de Veracruz el domingo, llega aquí mañana en la tarde, o pasado, temprano. Me interesaba el tema: ‘Mi escepticismo’. Es decir, Varona iba a hablar de sí mismo, cosa que en América no se sabe hacer, pero que yo esperaba que él hiciera magistralmente”.¹¹⁷

Pasa revista rápidamente a toda la cultura cubana de la época. Estrecha sus relaciones con Jesús Castellanos, asiste a las

¹¹⁶ *Memorias...*, *op. cit.*, p. 192.

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 194.

clases de derecho de Pablo Desvernine Galdós, describe el tipo de vestimenta de los estudiantes universitarios, da una conferencia en el Ateneo de La Habana, va a los teatros habaneros acompañado de Max, opina sobre la forma de hablar de los cubanos, asiste a las clases de Derecho Penal que el profesor González Lanuza dicta en la Universidad de La Habana, visita el periódico *Figaro*, saluda de paso a Carricarte (el mismo que lo animó para viajar a Veracruz), y hasta se topa con una antigua enamorada, Rosa Anders Causse, a quien en su primera estancia en La Habana le había escrito el poema “Todo lo que pasa es bello”. Como un pintor, describe con breves paletazos los estragos que el tiempo ha hecho en la Musa que le inspiró esos versos: “Tendrá apenas veinticinco años, pero ha enflaquecido, tiene manchas en la cara, usa lentes, y el brillo del pelo rubio se ha opacado”.¹¹⁸

Pero es despiadado con la cultura cubana de la época, particularmente con los intelectuales más jóvenes. Los rechaza por superficiales y salta en el tiempo, nuevamente, para reivindicar la genealogía de los patricios cubanos: “Ha existido otra Cuba. Otra Cuba mejor, que yo no he conocido, ciertamente, pero cuya tradición es conocida en toda América: la de Heredia, Domingo del Monte, Saco y Luz y Caballero; la que todavía perdura en Varona, en Montero, en González Lanuza, esos hombres a quienes la gente, que en nada cree, tacha de pesimistas y desanimadores”.¹¹⁹ También describe el bullicio de la ciudad y los carnavales con sus bailarores y sus ritmos.

¹¹⁸ *Ibíd.*, p. 196.

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 197.



Camila Henríquez Ureña.

A Santiago de Cuba llegó en el Ferrocarril Central, el día 5 de mayo, pero no lo esperaba nadie en la terminal porque el telegrama que había enviado no llegó a tiempo. Encontró al padre en cama, con fiebre, imposibilitado de asumir el cargo de Ministro de Santo Domingo en Haití, para el que lo habían designado con la finalidad de resolver el problema de los límites fronterizos. Conoce a los hijos del segundo matrimonio de su padre y se asombra de la estatura de Camila. Allí se encuentra con diversas personalidades, entre ellas el ex presidente Alejandro Woss y Gil, con quien conversa en varias oportunidades. Pero encuentra poca cosa sobre la cual escribir, y hasta le parece trivial un pequeño grupo de literatos que capitanea su primo Sócrates Nolasco, a quien trata con dureza en sus notas. Finalmente se embarca hacia Santo Domingo, acompañado de Camila, y pisa tierra luego de montar en un bote en la rada, en medio de la lluvia, porque el barco no podía entrar en el río Ozama.

Se hospeda con su abuela materna y su tía Ramona y llueven de inmediato las visitas a la casa, atraídas por una personalidad que es ya un nombre sonoro de la cultura nacional. Hay una verdadera algarabía con motivo de su llegada. En particular, acuden a saludarlo los familiares, los intelectuales, los periodistas, el mundo político. Él visita, primero, la tumba de Salomé en la iglesia de Las Mercedes y, como es natural, la casa de Leonor y Clementina Feltz. Incluso reanudan lecturas de Oscar Wilde y Edith Wharton. Asiste, además, al Club Unión y al Casino de la Juventud. Es como si quisiera aprovechar el tiempo al máximo.

El país está en calma. El presidente Ramón Cáceres, electo para un periodo de seis años en 1905, ha logrado imponer

la paz, combinando la mano dura con algunas estrategias de persuasión. Su gobierno conjuró la inestabilidad política y creó cierta base en la organización social y en el aparato productivo, lo que propició un moderado florecimiento económico y un funcionamiento más efectivo de las instituciones del Estado. Es por eso que el padre, tan suspicaz con el destino del país, ha aceptado un puesto diplomático y permitido que el hijo visite la tierra en que nació. El 26 del mismo mes llegó también Francisco Henríquez y Carvajal a Santo Domingo, convirtiéndose la casa en un verdadero hervidero humano. La ciudad, sin embargo, aturde a Pedro Henríquez Ureña por su aspecto de aldea. Echándole un vistazo a la memoria escribe:

Aunque he salido poco, puedo decir que ya me he dado cuenta nuevamente de la ciudad. Las calles han mejorado (las del centro están niveladas, y hay alcantarillas), hay un buen número de casas nuevas –estilos a veces extravagantes, a veces sencillos como los de La Habana– y subsisten las casas viejas pintadas de colores, al modo antillano. No queda gran cosa de arquitectura vieja –menos de lo que yo esperaba– pero sí hay cosas interesantes. El detalle más notable de ornamentación antigua es el de ‘La Casa del Cordón’. Hay muchos árboles: desde el mar la ciudad se ve envuelta en árboles y rodeada de vegetación. Pero lo que da aspecto pobre a la ciudad es la poca altura de las casas, que rara vez, cuando son de un piso, pasan cinco metros de altura.¹²⁰

El 22 de junio de 1911 volvía a México en el vapor cubano *Julia*. Su espíritu se ha fortalecido. Confirma, para sus

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 212.

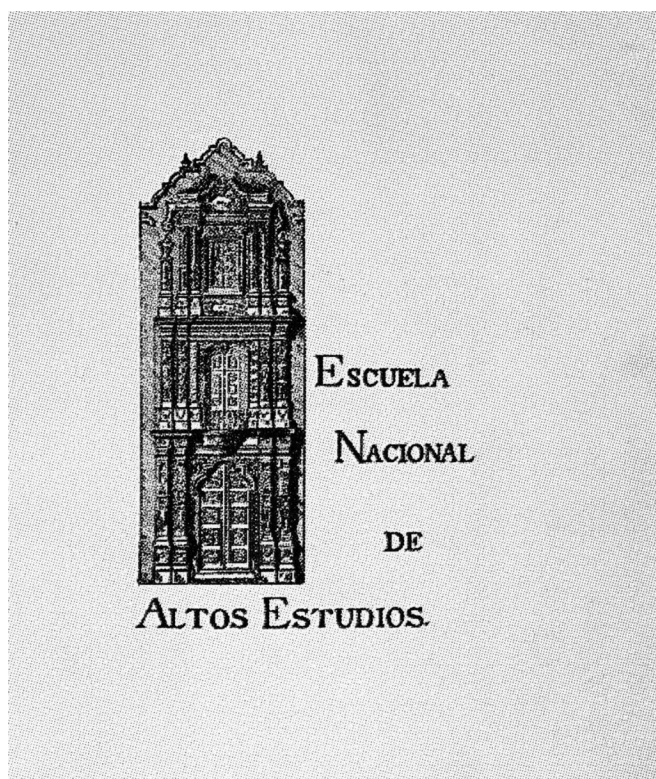


Ramón Cáceres (1866-1911), presidente de la República Dominicana en el periodo 1905-1911.

adentros, que su trabajo intelectual ha impactado, aunque apenas comienza. Pasa, de nuevo, por Cuba, y echa una mirada lánguida a las palmeras. Dicta una conferencia en la Sociedad de Conferencias, nuevo nombre del Ateneo cubano, y tan pronto llega a la tierra azteca se vuelca en sus obligaciones académicas.

México sigue siendo una sociedad en llamas, que arde por el conflicto social que ha desencadenado el proceso revolucionario que comenzó en 1910. Pero su clase intelectual es muy activa y ante la historia en movimiento crea nuevas instituciones educativas destinadas a elevar el nivel de la instrucción pública. Es claro que el papel de don Justo Sierra es decisivo en la orientación de estas transformaciones, en particular, el fortalecimiento que imprimió a la nueva Universidad y a sus dependencias especializadas, en algunas de las cuales Pedro Henríquez Ureña impartió docencia. En esta etapa dictó clases en la Escuela de Altos Estudios, en la Escuela Nacional Preparatoria, en la de Jurisprudencia y en la Escuela Superior de Comercio y Administración. De febrero a abril de 1912 impartió Idioma Castellano en la Escuela Superior de Comercio y Administración Pública. De abril de 1912 a agosto de 1913 fue profesor de Literatura Española e Hispanoamericana. Y a finales de abril de 1913, y hasta que termina el año, se desempeñó como profesor de Literatura Inglesa en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de México. Igualmente, hasta fines del mismo año 1913, fue profesor de Historia de la Lengua y la Literatura Castellanas en la Escuela de Altos Estudios.

Definitivamente, si en los años anteriores a 1912 se ha ido formando un Pedro Henríquez Ureña empinado sobre un ideal de perfección, de 1912 en adelante surgirá el Pedro Henríquez



Pedro contribuyó fervorosamente a la consolidación de la Escuela de Altos Estudios de México, que décadas más tarde se convertiría en la Facultad de Filosofía y Letras.

Ureña académico. El magisterio es algo que forma parte de su personalidad, de su idea del saber, y que él vio objetivado en el paradigma mayor de su vida: Salomé. La entrada en esta nueva etapa de su fértil andanza está marcada por ese magistral discurso que pronunció en 1914, al inaugurarse el año escolar en la Escuela de Altos Estudios, y que se publicará después con el nombre de “La cultura de las Humanidades”. Texto destinado a resaltar el papel de los intelectuales, y hasta el suyo propio, en los acontecimientos que le ha tocado vivir de 1906 a 1912, es sin embargo una oportunidad de demostrar su capacidad expositiva, la plasticidad abarcadora de su prosa y, como siempre, su erudición que es ya proverbial.

Son estos años, también, de abierto activismo cultural. El viejo grupo del Ateneo funda la Universidad Popular, en 1912, democrática y contraria a todo tipo de discurso oficial. Incluso Pedro Henríquez Ureña escribe de ella, con inocultable entusiasmo, que “en sus estatutos figuraba la norma de no aceptar nunca ayuda de los gobiernos”. Y Alfonso Reyes, hablando de aquella gesta gloriosa del espíritu, confirma: “Accede a la dirección de Altos Estudios don Ezequiel Chávez, congrega valientemente a los jóvenes, y se crea una Facultad de Humanidades enteramente gratuita para el público y para el Estado, donde por primera vez se oyen los nombres de estas asignaturas: Estética, por Caso; Ciencia de la Educación, por Chávez; Literatura Francesa, por Gonzalo Martínez; Literatura Inglesa, por Henríquez Ureña; Lengua y Literatura Española, por Reyes [...]”. Refiriéndose a la Universidad Popular, en su ensayo “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, Pedro Henríquez Ureña vuelve a apuntar:

Esta institución duró diez años, atravesando ilesa las peores crisis del país, gracias al tesón infatigable de su Rector, Alfonso Pruneda, y contó con auditorios muy variados. Entre los obremos difundió, en particular, conocimientos de higiene; y de sus conferencias para el público culto nacieron libros importantes, de Caso y de Mariscal, entre otros.¹²¹

La labor de la Universidad Popular ha sido lo suficientemente estudiada en la vida cultural de México, no solo en lo atinente a la difusión de la cultura y la instrucción, sino a la formación de grandes personalidades del pensamiento y la cultura mexicana, y el dominicano errante puso también allí su granito de arena.

Un acontecimiento lamentable que envuelve la figura de Pedro Henríquez Ureña ocurrirá también en estos momentos. Se trata del incidente que con motivo de una licencia del poeta Luis G. Urbina, en la cátedra de Literatura Española y Mexicana, se presenta en la Escuela Preparatoria. Urbina había recomendado a su amigo Pedro Henríquez Ureña para sustituirlo, y el diario *La Prensa*, adelantándose a los acontecimientos, publicó un suelto en el que denunciaba que “los profesores de literatura de nuestra Escuela Preparatoria se han visto lastimados, al ver que para dar las clases de Literatura Nacional y Española se recurra a extranjeros”. Al otro día, *El Imparcial* desmentía la nota, pero *El Intransigente*, bajo el título de “Pedro Henríquez Ureña, patagón”, publicaba un insulto estructurado en un diálogo imaginario, en el que se le acusaba

¹²¹ “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México”, *art. cit.*, p. 126. Este incidente se relata con gran detalle en el libro de Alfredo Roggiano.

de haber escrito contra México en periódicos extranjeros y de ser un analfabeto. El escándalo se reflejó profusamente en la prensa mexicana y se le acusó de tener múltiples sueldos, de ser un lacayo de Vasconcelos, un disertador locuaz, un trashumante al que se le tenía poco cariño, un usurpador. Se le volvió a llamar “Menox” (en contraposición al nombre de su hermano Max) como cuando pronunció el discurso sobre Barreda; se hizo juego irónico con su nacionalidad, llamándole “portorriqueño”, “costarricense”, etc. Incluso, se publicaron notas que informaban de que había sido repudiado por los alumnos de la Preparatoria, cuando ni siquiera todavía había tomado el puesto para el que iba a ser recomendado por Urbina.¹²² En fin, que lo colocaron en la picota pública. Él se defendió enviando cartas muy comedidas, en las cuales alegaba que jamás había escrito nada contra México y que, por el contrario, sus textos eran una exaltación a la tradición cultural mexicana. Y aclaró que jamás había escrito una línea sobre política mexicana, algo que no solo era en extremo verdadero, sino que lo cumplió de forma tan estricta que sorprende.

A los pocos días las cosas se fueron aclarando. *El Imparcial*, en textos probablemente escritos por el mismo Urbina, comenzó a edificar con verdades la estirpe del profesor designado; los propios alumnos de quinto año de la Preparatoria desmintieron las informaciones sobre protestas en contra de él, y sus amigos intelectuales salieron a ponderar las cualidades que adornaban su personalidad e intelecto.

Pedro Henríquez Ureña, al final, entró en la cátedra sustituyendo a Urbina, y el resultado de su trabajo práctico fue

¹²² Roggiano, *op. cit.*, pp. 153-162.

tan beneficioso que todavía hoy se discuten como actuales sus propuestas sobre la enseñanza de la literatura, emanadas de las directrices que escribió como orientación para impartir sus clases.

De inmediato, cuestionó la preceptiva como metodología de enseñanza de la literatura, sometiendo a análisis los recursos retóricos y dando prioridad a la lectura del texto literario mismo y al comentario creativo de lo leído. Alfredo Roggiano describe lo ocurrido:

Por varias fuentes nos hemos informado de que Pedro Henríquez Ureña propició, con la aprobación de Urbina, una reforma radical en la enseñanza de la literatura. Para ello esbozó un plan teórico-práctico y escribió una especie de texto-guía que expuso primero en una conferencia leída en el Ateneo de México en octubre de 1912, en momentos en que se había propuesto la revisión del plan de la enseñanza de la lengua y literatura en la Escuela Preparatoria. Esta conferencia fue escrita en septiembre de 1912 y publicada en la *Revista Mexicana de Educación*, en el número de diciembre de 1912 y enero de 1913; fue reproducida en la revista *Nosotros* (febrero de 1913), y publicada en folleto, junto con las *Tablas cronológicas de la literatura española* (Edición de la Universidad Popular Mexicana).¹²³

Estas propuestas se concretizaron en la creación de una Subsección de Estudios Literarios, dentro del plan de la reforma educativa, para la formación de profesores e historiadores de arte y literatura. Pero sobre todo, permitieron la reintroducción de los estudios humanísticos en la Escuela Nacional

¹²³ *Ibíd.*, p. 163.

Preparatoria, que habían sido disminuidos por la propuesta de los positivistas.

El folleto que escribió analiza los diferentes métodos de enseñanza de la literatura y, aun hoy, sirve para explicar la especificidad de los estudios literarios. Se ha publicado infinidad de veces con el título de *La enseñanza de la literatura*, y fue recibido como una novedosa propuesta de modificación de una práctica que hacía aburrida y repetitiva la enseñanza de la literatura. La prensa americana y española publicó numerosas crónicas elogiosas de este libro. Las *Tablas cronológicas de la literatura española*, inspiradas en las que a su vez había preparado el francés Gustavo Lanzón en su *Histoire de la Littérature Française*, son un instrumental conocido por los profesores de letras hispánicas. Pedro Henríquez Ureña las propone añadiéndoles indicaciones útiles, como guías que dan acceso al estudio más profundo de la naturaleza particular de cada periodo. Las tablas incluyen autores de otras lenguas de la península y autores hispanoamericanos de singular importancia. Son, sin ninguna duda, uno de los resúmenes más empleados por el magisterio y permiten organizar en el aula el discurso, acompañado de la lectura correspondiente.

Tanto las proposiciones de *La enseñanza de la literatura* como las de las *Tablas cronológicas de la literatura española* adelantan la capacidad de producir grandes síntesis y juicios audaces, que caracterizará las críticas de Pedro Henríquez Ureña.

Su papel como profesor universitario en México, a partir de 1912, se desarrollará sin contratiempos. Cuando Alfonso Reyes se marcha a París y abandona la cátedra que impartía en la Escuela de Altos Estudios, por recomendación del propio Reyes, se nombra en el puesto a Pedro Henríquez Ureña. Igualmente,

en 1914, cuando Urbina se retira de la cátedra es él quien ocupará el puesto vacante. Todo esto se hace sin objeciones, con un reconocimiento casi unánime de la prensa de la época, y solo en virtud de su merecimiento.

Es en 1913, también, cuando escribe su discutido ensayo sobre la mexicanidad de Juan Ruiz de Alarcón, tesis audaz que ponía en entredicho un lugar común en los estudios literarios, según el cual el autor de *La verdad sospechosa* nada debía a la patria de origen. Respondía, asombrosamente, a Menéndez y Pelayo, uno de los críticos que más influencia tenía en él, y a otros españoles, para quienes el origen mexicano de Alarcón no se reflejaba en su obra, por lo que lo refundían en las letras españolas del siglo XVII sin ningún miramiento. Oponiéndose a esta tesis, que era pacientemente aceptada incluso por la intelectualidad mexicana, plantea que, por el contrario, Alarcón lleva a la literatura española rasgos que únicamente se explican por la cultura mexicana del autor. Según Pedro Henríquez Ureña, estos rasgos son lo propio de su atmósfera, dentro de las letras españolas, y se identifican en ese “matiz crepuscular, el tono velado, la cortesía exagerada y distanciadora, y el sentimiento discreto”. Lo que rechaza es que el lugar donde Alarcón nació y pasó parte de su vida sea una mera referencia anecdótica, y sustenta la tesis de que esos rasgos están ahí, en la obra del dramaturgo que modificó la escena heredada del teatro clásico español.

La conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón fue impartida el 6 de diciembre de 1913, dentro del ciclo de conferencias desarrolladas en la Librería General, y se enmarca en un movimiento reflexivo de búsqueda de la mexicanidad. El texto es un espaldarazo a la mexicanidad que aflora. Son cientos y cientos las

referencias bibliográficas posteriores a este ensayo emblemático de la cultura mexicana. Numerosas, las tesis de grado, los estudios culturoológicos, las refutaciones o reafirmaciones de los estudiosos del teatro español y americano. Casi despidiéndose de la escena, en su primera estadía en México, los juicios con los cuales cincela estas ideas obligan a todo el mundo intelectual azteca a inmiscuirse en la discusión. La conferencia fue publicada en México en 1913 y se volvió a publicar, por segunda vez, en La Habana, en 1915. De ahí en adelante se transforma en un clásico del pensamiento filológico americano, hasta llegar a la publicación de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, de 1928, ese libro archifamoso de Pedro Henríquez Ureña en el que se recoge como muestra de ese afán por definirle una identidad propia al mundo americano.

Sería imposible resumir, en estas breves notas biográficas, el conjunto de actividades que realiza ese maestro de América en esos años. Su labor magisterial se convirtió en paradigma apostólico, prolongándose fuera de las horas de clase; impartía cursos libres, desarrollaba trabajos de investigación en cada una de las cátedras que tuvo a su cargo, fortalecía los estudios literarios específicamente mexicanos publicando ensayos como “Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la Independencia (1800-1821)” y “La métrica de los poetas mexicanos en la época de la Independencia”; ingresaba a la Sociedad Mexicana de Geografía, publicaba estudios sobre los autores mexicanos contemporáneos más importantes y pedía “la edición definitiva de Sor Juana”. Pero, además de las letras, escribía sobre las artes en general, la música, la arquitectura, la pintura. Sin contar su labor de animador cultural, divulgador y conferencista obligado de casi todas las actividades importantes de la vida mexicana.



Un general de mirada hosca y truculento historial usurpaba la Presidencia de México.



Pedro sintió que ya no tenía nada que hacer en el México violento.



Victoriano Huerta y sus seguidores convirtieron, en 1913, el México ateneísta de Henríquez Ureña en una selva por momentos inhabitable.

Ya en 1914 el México ardiente de la revolución le resultaba altamente peligroso. Victoriano Huerta había impuesto su personalidad autoritaria en el escenario y la contrarrevolución triunfaba. No en sus escritos, que jamás versaron sobre temas políticos en México, pero sí en sus cartas, en particular las que enviaba a Max, se deja ver la preocupación que lo embargaba por el curso de los acontecimientos. El primero de abril de 1914 se marchará del país hospitalario que lo recibió en 1906, dirigiéndose hacia Cuba, en tránsito a los Estados Unidos. Atrás queda una labor gigantesca, un desgarrón del espíritu, un dolor, una confusión, una luz y una tiniebla. Él, el hijo de Salomé Ureña de Henríquez, es ya otra cosa. En su yo interior sabe que volverá, quizás si pensó en su isla desguarnecida. Pero él sabía que era la hora de marcharse. Experto en peligros, salió con todos los amigos en el corazón. Después, resumiendo estos años, afirmará que los transcurridos de 1913 a 1916 fueron “años terribles”. Mientras que evocándolo, José Vasconcelos dirá: “En el fondo, el alma de Pedro era un caso raro de reaparición del estoicismo. Tenía de la honradez un concepto viril. Frente a las situaciones políticas, era de tanta exigencia y limpieza, que no pudo resistir en México el ambiente de Victoriano Huerta y se trasladó a los Estados Unidos”.¹²⁴ Y Enrique Krauze, resumiendo estos años de su vida en México, proclama: “Entre 1907 y 1914, Henríquez Ureña fue el centro de un movimiento que abrió y transformó la vida intelectual mexicana por lo menos en tres direcciones: influyó en la juventud induciendo nuevas corrientes filosóficas opuestas al positivismo, renovó el

¹²⁴ José Vasconcelos, “Vivió entre amigos”, *Letras de México*, 1946.

gusto literario, y reintrodujo las humanidades a los currículos académicos”.¹²⁵

Pero es Alfredo Roggiano quien sintetiza en forma magistral el resultado espiritual de esta estación de la vida:

Después de todo lo que hemos visto, podemos asegurar que la venida de Pedro Henríquez Ureña a México fue una decisión singular, necesaria para determinar el destino de una vida. Pedro Henríquez Ureña encontró en México lo que iba buscando: una afirmación de su propio ser dentro de un ámbito cultural que le permitiese una valoración más alta y segura que la que hubiera podido lograr en países de menor tradición y significación histórica que México. Al mismo tiempo halló aquí lo que después fue el desiderátum de todas sus búsquedas y el contenido esencial de su obra: un sentido de la América Hispánica.¹²⁶

¹²⁵ *El Crítico Errante*, *op. cit.*, p. 16.

¹²⁶ Roggiano, *op. cit.*, p. 180.

V

Washington, Minnesota, México

La errancia indetenible lo clava en Cuba desde abril a noviembre de 1914. A diferencia del primer viaje de 1905, o incluso del de 1911, esta vez la prensa lo recibe como una figura cimera de la cultura hispanoamericana. Es una personalidad respetada, leída, celebrada. Casi todas las publicaciones consideran un honor albergar algún trabajo suyo en sus páginas, y la juventud intelectual cubana revolotea durante ese tiempo alrededor de él. Serán pocos meses, pero suficientes para influir en la vida cultural cubana. Escribe en *El Figaro*, en la *Revista Bimestre Cubano*, en *Letras*, en *Cuba Contemporánea*, entre otras publicaciones del país.

Desde Santiago de Cuba, el padre insiste en que se vaya a Europa y le proporciona alguna ayuda económica para desenvolverse en La Habana. Incluso le planifica el viaje, que según él debería ser a París, y le ofrece su patrocinio.¹²⁷ Pedro también piensa en Europa, pero en Londres, que es más afín con su

¹²⁷ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, op. cit., p. 61.

formación y preferencia intelectual, y solicita al padre explorar la posibilidad de una representación en Europa por parte del gobierno dominicano.¹²⁸

Se cartea con Max, quien está en Santiago pero no puede acudir a La Habana durante todo este periodo, y ejerce sin piedad la crítica del primer libro de versos de su hermano: *Ánforas*, publicado ese mismo año. Anima un grupo pequeño de escritores a quienes atribuye algún valor, especialmente José María Chacón y Calvo, Pancho Castellano y, sobre todo, Mariano Brull, de quien despliega juicios laudatorios explícitos y tajantes, y por cuyo futuro apuesta con toda seguridad. Justamente a Mariano Brull lo consagrará después, en *Las corrientes literarias en la América hispánica*, como el creador de la “jitanjáfora”, un procedimiento de escritura fundado en la preponderancia del sonido sobre el sentido, en busca del disfrute del ritmo.

Pero los planes de ir a Europa se truncan porque la Primera Guerra Mundial estalla en territorio europeo, y el mundo ve confirmada la atmósfera que se denominó “la ascensión de los peligros”. Entonces acepta irse a Washington como corresponsal de *El Heraldo de Cuba*, cargo que el director, Manuel Márquez Sterling, le había ofrecido. Igual que cuando se marchó a Veracruz, antes de partir publica su libro *Estudios sobre el Renacimiento en España. El maestro Hernán Pérez de Oliva*. Luego sale hacia la capital norteamericana, adonde llegará a mediados de noviembre.

El frío le pisaba los talones cuando entró en la majestuosa ciudad de Washington. Era un viandante, estaba acostumbrado a las llegadas y a las despedidas, pero la atmósfera

¹²⁸ *Ibíd.*

sobrecogedora lo turbó. En el poco tiempo que vivirá en esta ciudad no ocultará su desagrado, a veces casi antipatía, por esa urbe a la que llama “falsa capital”. Se le sale el desdén, tal vez viejo resabio de su maestro Rodó, por esos nuevos ricos, ya casi dominadores del mundo. De nuevo, ante sus ojos se abría un porvenir incierto. Solo que ya no es un desconocido, como en su primer viaje. Ahora el semanario *Las Novedades* reseña su llegada, a su paso por Nueva York, destacando que “es una de las plumas más representativas de la América Latina”.

Comienza a trabajar en el mismo barco, escribiendo un artículo sobre la travesía en el que se queja por las deficiencias y los malos servicios que atribuye al monopolio que maneja la compañía de transporte marítimo. Lo firma E. P. Garduño, el seudónimo que utilizará para calzar sus crónicas periodísticas desde Washington. Y escribe otro reporte de inmediato, con el tema del tercer centenario de la ciudad de Nueva York, solicitando que los cubanos estudien la forma de atraer hacia Cuba el turismo norteamericano.

Durante esta época viajó frecuentemente a Nueva York y escribió, además, para otros periódicos y revistas especializadas, tanto de Cuba como de otros países. Sus crónicas para *El Heraldo de Cuba* continuarán durante cuatro meses. En ellas enfoca todo tipo de tema, desde la marcha de la política doméstica norteamericana, incluyendo su relación tortuosa con el mundo americano, pasando por las reseñas de los espectáculos artísticos, a los cuales acude con la asiduidad y el espíritu crítico del primer viaje, pero con mejor formación intelectual; las informaciones de carácter económico, las exposiciones de pintura, los congresos de las naciones del continente, el seguimiento a los acontecimientos de la República Dominicana, cercada ya por Estados Unidos, en

víspera de la intervención de 1916; su preocupación por México y la injerencia norteamericana. También manifiesta su apoyo al voto femenino, basándose en un discurso de Varona, vicepresidente de Cuba, y a quien él conocía como un gran intelectual (en este artículo ofrece una verdadera cátedra sobre igualdad de los sexos, anticipándose al movimiento feminista).

El periodismo que desarrolla en *El Herald de Cuba* tiene solo un parangón en el que ejerció José Martí durante los años que vivió en “las entrañas del monstruo”. Lo más probable, dado el hecho de que Martí es una de sus figuras tutelares, es que sea su modelo. Periodismo que más allá de la información, analizando, interpretando los hechos, fundado en una base cultural y una prosa diáfana que atrapa al lector. Primaron los textos políticos, interés primordial de la empresa, pero él siempre daba una nota particular a la crónica, un giro refinado con toques de erudición a todo lo que salía de su pluma.

Fue corresponsal de *El Herald de Cuba* desde noviembre de 1914 a marzo de 1915, periodo en el que escribió cuarenta y seis artículos de fondo. En mayo el padre lo encuentra en Washington sin empleo. Ha llegado a esa capital con una comisión dominicana que realiza gestiones diplomáticas a solicitud del gobierno de Jimenes (quien ha vuelto al poder), y cuya misión es discutir una salida a la situación del país respecto a la interpretación que hacen los Estados Unidos del tratado de 1907. En carta a Max del 29 de mayo le comunica: “Desde mi llegada está conmigo Pedro. Lo encontré sin empleo. Le prometieron a la vez uno en *Las Novedades* y otro en la Legación dominicana. Ambas son promesas vagas”.¹²⁹

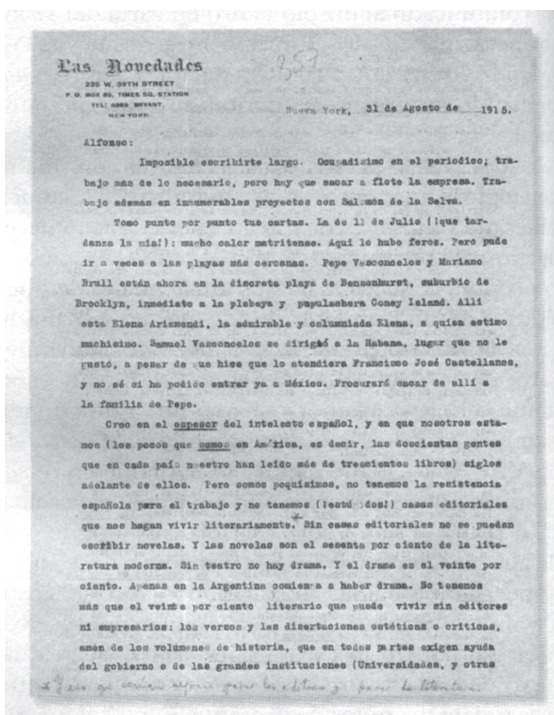
¹²⁹ *Ibíd.*, p. 77.

Pero Francisco Henríquez y Carvajal era amigo de Francisco J. Peynado, quien había comprado la empresa periodística de *Las Novedades* de Nueva York, según le había comunicado al propio Pedro en carta del 13 abril. De manera que desde el mismo mes de mayo, Pedro Henríquez Ureña entra como redactor a *Las Novedades*, continuando su trabajo de periodismo interpretativo y cultural.

Las Novedades lo presentó a sus lectores con una nota harto elogiosa, que entre otras cosas dice: “La labor crítica, literaria y filosófica de este joven escritor no necesita de ujier que la presente al público, desde el momento en que es conocida de los más altos intelectuales de nuestra América y de una porción de los que en España marchan en la hora presente a la cabeza del movimiento literario de la península”.¹³⁰ Siguió escribiendo con el seudónimo E. P. Garduño, y abarcó una gama de temas más amplia aún que la que desarrolló en *El Herald de Cuba*. Alfredo Roggiano explica lo siguiente en relación con la diversidad de facetas que cubría en este semanario:

En realidad don Pedro escribía casi todo lo que se publicaba en *Las Novedades*. Sin firma tuvo a su cargo las secciones denominadas ‘Instituciones, leyes y costumbres’ y ‘Libros e ideas’. También sin firma publicaba las crónicas de conciertos, exposiciones artísticas, funciones teatrales y toda otra noticia de actualidad cultural. A veces redactaba notas de presentación de algún autor inglés (Alice Meynell, Richard Middleton), a las que acompañaba la traducción de algún texto del autor presentado. Con el seudónimo E. P. Garduño escribió editoriales

¹³⁰ Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, Editorial Cultura, 1961, p. XXXVIII.



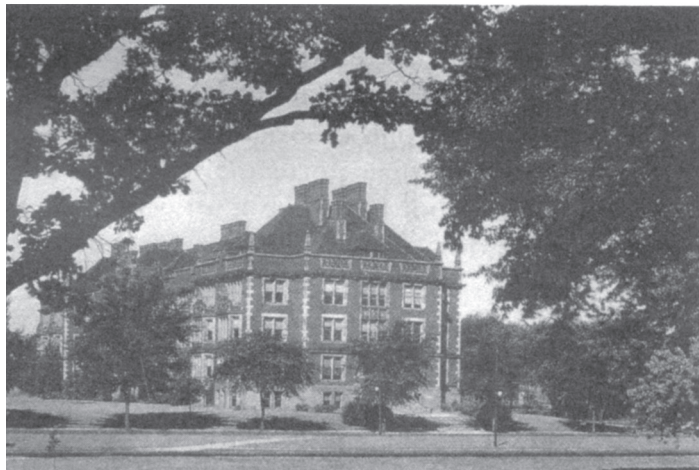
Misiva a Alfonso Reyes desde Nueva York, 31 de agosto de 1915.

de carácter político e interés internacional, y con su verdadero nombre y apellidos sus obras de creación, como poesías, prosas poemáticas, y la pieza teatral *El nacimiento de Dionisos*, así como los artículos de mayor importancia artística, literaria o filosófica.¹³¹

Cabe destacar la aparición de esta obra teatral, *El nacimiento de Dionisos*. Ya durante su estancia en Cuba, le había anticipado a Max su decisión de trabajar en la literatura de creación, que había abandonado desde su primera estadía en ese país para dedicarse al ensayo y la crítica. Tampoco descuidó sus colaboraciones en otras publicaciones extranjeras, como su conocido “Poetas de los Estados Unidos”, publicado en *El Figaro*, de La Habana. Y escribió en inglés para publicaciones norteamericanas, entre ellas la revista *The Forum*, un nicho elitista de la cultura anglosajona. Destacable es, también, la crónica que escribe sobre el poeta Salomón de la Selva, quien se enfrentó al presidente Roosevelt en un acto celebrado en el Club Nacional de las Artes, protestando por el hecho de que su país de origen, Nicaragua, había sido invadido por las tropas norteamericanas. Es natural la simpatía que siente por De la Selva, un poeta aclamado en los Estados Unidos, puesto que, de alguna manera, es su propio caso.

En agosto de 1916 deja el semanario *Las Novedades* y marcha a la Universidad de Minnesota, donde asume la doble condición de profesor y estudiante. La solidez de su hoja de vida en el plano puramente intelectual es ya un atractivo para las entidades académicas norteamericanas. Fue el profesor J. D. M.

¹³¹ *Ibíd.*



En 1916, la Universidad de Minnesota lo recibió como profesor y alumno. Entre ires y venires, en 1918 obtuvo el Doctorado en Filosofía.

Ford quien lo recomendó,¹³² siendo aceptada de inmediato su incorporación al centro docente. A partir de aquí profundizará en sus estudios, tensará el rigor académico y abordará como objeto de su preocupación e investigación temas lingüísticos, literarios e históricos, en los cuales dejará huellas imborrables. Por ejemplo, este será el caso de su tesis doctoral. Esta decisión de irse a Minnesota revela, además, su concepción de la vida como proyecto, que desde su infancia no sufrirá ninguna desviación en la consecución del “ideal de perfección” a que aspira. Pese a que alcanza un salario de 1,250 dólares, liga su estadía en la Universidad de Minnesota al objetivo de obtener el doctorado.

Su llegada es un acontecimiento celebrado tanto por el profesorado como por los núcleos estudiantiles, quienes destacan el nivel del profesor recién reclutado por la entidad. El periódico estudiantil de la Universidad, *The Minnesota Daily*, reseña en una nota biobibliográfica su precocidad característica, al publicar su primer libro antes de los veinte años, y festeja la traducción del libro de Walter Pater y la reciente publicación de su obra teatral *El nacimiento de Dionisos* como las más recientes muestras de su fertilidad intelectual.¹³³

En la Universidad de Minnesota ocupó las posiciones siguientes: “Professorial Lecturer”, del 1ro. de agosto de 1916 al 3 de junio de 1917, con un sueldo de 1,400 dólares por un año lectivo, y del 13 de junio de 1917 al 3 de julio de 1918, con un sueldo de 1,600 dólares por un año lectivo; “Instructor”, del 6 de julio de 1918 al 21 de mayo de 1919, con 2,000 de

¹³² *Ibid.*, p. XL.

¹³³ *Ibid.*, p. XLI.

suelo. En esta fecha su salario aumentó a 2,400 dólares. Entre septiembre de 1919 y junio de 1920, no impartió clases en la Universidad de Minnesota, parece ser que por diferencia en el ajuste de su categoría profesoral y salarial, y fue invitado en el verano de 1919 a la Universidad de Chicago a dictar dos cursos, uno sobre el teatro español de los siglos XIX y XX, y otro sobre la lírica española. Regresó a Minnesota en 1920, esta vez como “Assistant Professor”. Enseñó diversos cursos sobre Composición Avanzada, basado en autores hispanoamericanos, para estudiantes de doctorado; Literatura Hispanoamericana e Hispánica, lecturas en español, Cervantes, conversación en español, etc.¹³⁴ Cuando es nombrado “Assistant Professor” había ya culminado sus estudios doctorales, en junio de 1918, con una tesis magistral cuyo rigor académico y dominio conceptual sorprendió agradablemente al ambiente universitario norteamericano, hispanoamericano y español. La capacidad de este hombre no puede ser entendida a cabalidad en el mundo contemporáneo, porque si se enumeran las múltiples investigaciones que desarrolló en el ámbito de la Universidad de Minnesota,¹³⁵ la calidad y el número de cursos que impartía en su condición de profesor, los artículos y ensayos que publicaba,

¹³⁴ *Ibid.*, pp. XLV-XLVI.

¹³⁵ Su actividad en los Estados Unidos, recogida en el estudio de Alfredo Roggiano, es sorprendente, sobre todo al cumplir la triple condición de ser estudiante de doctorado, profesor y conferencista frecuente. Y lo curioso es que su hondura, erudición y rigor no perdían nada, enfrentado él a tantos compromisos simultáneos. Además del texto de Roggiano hay otros testimonios y escritos sobre este periodo, y en todos sorprende la capacidad de multiplicarse que tenía Pedro Henríquez Ureña para la producción de conocimientos.

las conferencias en que participaba, los cursos que dictaba, la correspondencia que escribía a sus amigos en el mundo, etc.; y se concluye con el nivel de su tesis titulada *La versificación irregular en la poesía castellana*, ni siquiera su inflexible dedicación sería suficiente para explicar el fenómeno.

En 1917 había viajado a Madrid para dar inicio formal a su relación de amistad y profesional con don Ramón Menéndez Pidal, figura emblemática de los estudios filológicos, filosóficos y lingüísticos del mundo hispánico, con el que se había carteadado desde 1913. Se vincula al Centro de Estudios Históricos de Madrid y entabla amistad con figuras de la talla de Américo Castro y Tomás Navarro Tomás. En Madrid no era un desconocido porque, además de su vieja amistad epistolar con Menéndez y Pelayo y con Menéndez Pidal, Américo Castro había escrito sobre él en la prensa madrileña, a propósito de su tesis sobre Juan Ruiz de Alarcón, y sus libros y artículos habían sido leídos por los sectores más destacados de la intelectualidad española.

Rápidamente, y en contra de lo esperado por sus amigos, vuelve a Minnesota. Escribe algunos artículos en la prensa norteamericana sobre la España que hace un esfuerzo para ponerse a la altura de los tiempos, y habla, además, sobre los cursos de verano del Centro de Estudios Históricos, en los cuales había participado. Parecía que España iba a ser un nicho definitivo. Se había encontrado con su gran amigo mexicano Alfonso Reyes, quien le había comunicado, en carta fechada en Madrid el 10 de diciembre de 1916, las opiniones tan favorables que tenía Azorín sobre él, y cómo sus juicios eran tan respetados en España,¹³⁶ y después

¹³⁶ Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo, 1906-1916*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1983, p. 31.



Pedro Henríquez Ureña (sentado a la derecha) se pasea por Madrid en 1917, cuando ya era profesor de la Universidad de Minnesota.

de verlo partir tan abruptamente queda conmocionado por el estado y la tensión en que lo encuentra:

Me ha quedado un recuerdo muy doloroso de Pedro –le escribe a Julio Torri–. Estuvo aquí como envuelto en un sonambulismo constante. O Pedro se ha fatigado mucho, o ya no puede con los dolores físicos y morales de su vida. De los morales, ya lo sabes, apenas habla, y casi es inútil intentar consolarlo. De los físicos se quejaba el pobre todo el día. ¿Qué hace Pedro? En lugar de descansar de un modo completo y dedicarse a pasear (aquí tiene buenos y leales amigos) [...] en lugar de eso se puso también a trabajar. A esto añade que Pedro no descansa a ninguna hora, porque en los momentos en que el resto de los hombres nos dedicamos a comer o a dormir, o a charlar vaciedades, él lee libros o discute asuntos serios. Pedro va en carrera lanzada al agotamiento, si continúa así.¹³⁷

El juicio es nada más y nada menos que de Alfonso Reyes, la figura intelectual más completa de México. Ese Pedro trashumante y ensimismado que percibe en “un sonambulismo constante”, le preocupa. Reyes es un hombre que tiene dónde anidar; Henríquez Ureña, en cambio, arrastra su vida errante, casi como un carné de identidad.

Regresó a Madrid en 1920, reconociendo que su primera visita a España la hizo con prejuicios. Su estadía durará casi un año esta vez. Publica un ensayo sobre “El endecasílabo castellano”, adelanta apuntes de investigaciones, dicta conferencias, da a la prensa algunos trabajos y, de nuevo, vuelve a los Estados Unidos. Pasa por Francia, donde asiste a numerosas presentaciones

¹³⁷ Julio Torri, *Tres libros*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

teatrales y óperas, y escribe entusiasmado a su amigo del alma, Alfonso Reyes, describiéndole, y sometiendo a crítica rigurosa, los espectáculos teatrales del París mítico (como en la carta del 13 de septiembre de 1920, en la que traza un mapa de la variedad de presentaciones que encontró en la capital de Francia, y orienta al amigo respecto de los contenidos y la calidad de cada una de ellas). Además, compra libros por encargo de la Universidad Nacional de México, que lo ha comisionado para adquirir los acervos de las bibliotecas de los Departamentos y de Bellas Artes. Es un hombre en plena productividad, que llegará a la cúspide intelectual con la publicación de su tesis doctoral.

La versificación irregular en la poesía castellana se publicó en Madrid, en 1920, como uno de los primeros libros del Centro de Estudios Históricos, entidad que, como ya hemos dicho, dirigía Ramón Menéndez Pidal. Se puede decir que la publicación de este libro abre la etapa erudita del crítico dominicano, no sólo por el elevado cuerpo expositivo y el dominio temático, así como las referencias bibliográficas que se despliegan en la tesis con toda naturalidad y hasta elegancia, sino porque el espaldarazo que recibe en la misma España constituye un envión al más alto peldaño de la intelectualidad en lengua castellana. La tesis se compone de una “Introducción” y de cinco capítulos detallados como sigue: “La versificación irregular en la poesía de la Edad Media”, “Orígenes de la poesía rítmica en castellano”, “Evolución de la poesía rítmica”, “El apogeo de los metros irregulares en la poesía culta” y “Desaparición y aparición de la poesía rítmica”. Cada capítulo analiza un determinado periodo de la poesía rítmica, desde la Edad Media hasta su época, y se acompaña de abundantes notas explicativas y de apoyo bibliográfico. La escribió entre 1916 y 1917, retocándola

entre 1918 y 1919, y actualizando la bibliografía. Justamente, en su primer viaje a Madrid, en 1917, recibió asesoría de Menéndez Pidal, de Tomás Navarro Tomás (figura fundamental en la lengua castellana en este tipo de estudios), Alfonso Reyes y otros. De manera que ya en 1920 el libro era un texto sólido, raro ejemplar de estudio solo comparable al de los grandes pensadores de la lengua. El prólogo lo escribió el propio Menéndez Pidal, lo que equivale a una consagración definitiva, y las palabras del versado filólogo español van más allá del elogio, confirmando la penetración del juicio, el rigor y la sapiencia del crítico dominicano.

Para tener una idea de lo que significó esta tesis de grado en el ámbito particular de la academia norteamericana, vamos a reproducir lo que escribe Alfredo Roggiano en su libro *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*:

Sin exageración podemos decir que su tesis doctoral hizo época y sirvió de modelo a futuros estudiantes e investigadores, especialmente hispanoamericanos, a quienes por entonces se les miraba con cierto recelo y poco favorable estimativa. Gracias a Pedro Henríquez Ureña, y poco después a otro distinguido hispanoamericano, el chileno Arturo Torres Rioseco, quien también se doctoró en Minnesota con una tesis ejemplar, las universidades de Estados Unidos fueron abriendo sus puertas, cada vez más, a estudiantes y profesores de la América Hispánica. Y hoy casi no hay universidad de este país que no tenga algunos o varios profesores hispanoamericanos enseñando en sus aulas. Don Pedro fue el *pioneer* que abrió caminos de respeto y de gloria para todos nosotros. Por este mérito y por el de su obra escrita sobre la cultura de la América Hispánica, su nombre se venera hoy casi como a un

ídolo y su ejemplo alienta la vocación y el esfuerzo de miles de hispanoamericanistas de las dos Américas.¹³⁸

En este periodo se produce la ocupación por parte de los Estados Unidos del territorio dominicano. El presidente de la República era el viejo amigo de Francisco Henríquez y Carvajal, Juan Isidro Jimenes, quien se vio desbordado por las cada vez más apremiantes exigencias del gobierno norteamericano —que pedía el reconocimiento oficial de un interventor financiero y la disolución de la Guardia Republicana para crear una policía controlada por los Estados Unidos— y por el acoso de los líderes caudillistas, particularmente del sector perteneciente al caudillo Horacio Vásquez. En contra de lo que dispuso el Congreso de la República, rechazando la figura del interventor financiero que solicitaba el gobierno norteamericano para controlar los ingresos del Estado y cobrarse la deuda directamente, los Estados Unidos impusieron el funcionario y pasaron a controlar las aduanas y la emisión de cheques, recortando significativamente la soberanía del país. Debilitado al máximo el gobierno de Jimenes, las insurrecciones militares comenzaron a cundir por todo el territorio, destacando particularmente la de su ministro de Guerra, el célebre general Desiderio Arias. Jimenes envió una Comisión Oficial a Washington, en la que, como ya hemos visto, figuraba el padre de Pedro Henríquez Ureña, para tratar de hacerles entender a los norteamericanos la gravedad de la situación y procurar más recursos para aliviar la situación económica del país; pero el gobierno norteamericano hizo oídos sordos a las explicaciones

¹³⁸ Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, *op. cit.*, p. LXXXI.

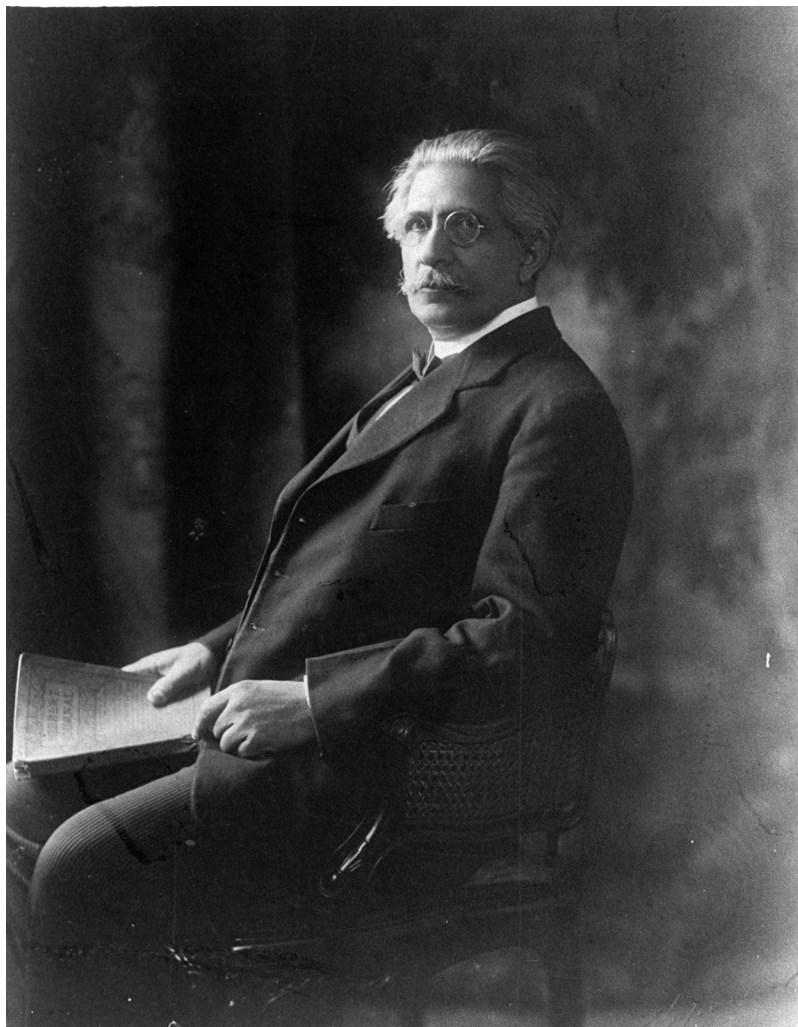


Oficinas recaudadoras en la época de la intervención estadounidense en Santo Domingo, 1916.

de Jimenes, cuya autoridad decía apoyar, y siguió insistiendo en sus reclamos.

Desiderio Arias y sus partidarios, después de rebelarse contra el gobierno de Jimenes, reunieron al Congreso para forzar su destitución. Contaban con una mayoría de legisladores seguidores de Horacio Vásquez y de Arias, pero los Estados Unidos llamaron a Jimenes y le ofrecieron tropas para enfrentar la rebelión. Jimenes se negó a aceptarlas y el 7 de mayo de 1916 renunció a la Presidencia de la República. El país quedó gobernado por un Consejo de Secretarios y los norteamericanos siguieron presionando para que el general Arias entregara las armas y se rindiera.

Con el Congreso en sesión para elegir un nuevo presidente de la República, el gobierno norteamericano inició la ocupación el día 16 de mayo e hizo saber a las Cámaras que cualquiera que fuera el resultado de la elección mantendría la ocupación si no se aceptaban sus exigencias. Después de descartar a otros candidatos, el Congreso finalmente eligió a Francisco Henríquez y Carvajal presidente de la República, y éste regresó al país el 31 de julio de 1916 para juramentarse ante el Congreso Nacional. La situación era confusa porque los Estados Unidos no reconocían la elección si no era aceptada la demanda de legalizar la presencia del interventor financiero y la creación de una guardia nacional comandada por los norteamericanos, lo que el presidente recién juramentado rechazaba, alegando que era un acto violatorio de la Constitución de la República y manteniéndose apegado a la integridad de la soberanía. El gobierno de Francisco Henríquez y Carvajal fue desconocido, proclamándose la ocupación plena el 26 de noviembre, y convirtiéndose el presidente *de jure* en un símbolo itinerante de la dignidad nacional.



Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1936), presidente *de jure* de la República Dominicana (31 de julio de 1916-29 de noviembre de 1916).

Como era natural, la presencia en la Universidad de Minnesota del hijo del presidente destronado por las tropas norteamericanas se convirtió en una fuente de información: la prensa de la época publica abundantes notas sobre su atractiva figura de profesor destacado de una universidad norteamericana y, al mismo tiempo, hijo de una víctima de las tropas de ese país. Alfredo Roggiano da abundantes informaciones al respecto en su libro *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*¹³⁹ y desmonta contundentemente algunas afirmaciones de radicales, quienes pretendían que el destacado humanista abandonara el territorio de los Estados Unidos y sus estudios y su cátedra en la Universidad de Minnesota. Aun en medio de un gigantesco dolor, continuó sus estudios y fue un estudiante sobresaliente, y como profesor brilló de manera tan rotunda que su paso por la Universidad de Minnesota se considera como el inicio del reconocimiento de las capacidades de los latinoamericanos, por parte de los Estados Unidos, como profesores de planteles de educación superior. Y, encima de todo eso, se enfrentó a la intervención con las armas de que disponía: su formación jurídica y el periodismo político de denuncia, así como las conferencias en diferentes recintos del propio Estados Unidos.

Su papel en esa lucha casi solitaria que emprendieron por el mundo su padre y la Comisión Dominicana, no ha sido estimado en su justa medida. Tan pronto se consumó la intervención, desarrolló un activo trabajo de producción de artículos y correspondencias, enviando colaboraciones y protestas a cuantos periódicos se lo permitían. Aprovechó de inmediato la publicidad que su figura concitaba, fijando su posición vertical frente

¹³⁹ *Ibíd.*, pp. LXVI-LXXV.

a los acontecimientos en los diarios de Minneapolis. Solo el día primero de octubre, el *Minneapolis Tribune* publica una aclaración suya y le hace una entrevista sobre los acontecimientos dominicanos. El 28 del mismo mes escribe a *The Minneapolis Journal* una carta rectificadora de algunas informaciones sobre esos sucesos y comienza a enviar artículos a la prensa mexicana, como “El despojo de los pueblos débiles”, que publicó la *Revista Universal* y luego *El Tiempo*, de Santo Domingo. Dio, además, una conferencia informativa sobre la situación dominicana, en el Folwell Hall de la Universidad de Minnesota, y se trasladó a Washington para auxiliar a su padre en la argumentación jurídica de oposición al hecho consumado de la intervención norteamericana.

En *Hermano y maestro*, Max Henríquez Ureña describe el papel de Pedro en estas circunstancias:

Mi padre decidió ausentarse del país para, en su calidad de presidente ‘de jure’, emprender una campaña en pro de la reintegración de la soberanía dominicana. Lo acompañé a los Estados Unidos, y en Nueva York nos reunimos con Pedro, que era profesor de la Universidad de Minnesota desde hacía pocos meses. Un periódico de Minneapolis había hecho resaltar la circunstancia de que un ciudadano dominicano estuviera en ese cargo, interpretando ese hecho como una demostración de preferencia por los Estados Unidos. La respuesta de Pedro fue breve y categórica: su país, pequeño y desventurado, era el suyo y era, por lo tanto, el de su invariable predilección.¹⁴⁰

¹⁴⁰ *Hermano y maestro*, op. cit., pp. 443 y 444.

Pedro había propuesto al padre la creación de una comisión internacional que denunciara la situación, y Francisco Henríquez y Carvajal le responde en carta del 28 de septiembre de 1916, indicándole que sus ideas habían sido tomadas en cuenta y que se estudiaba la oportunidad de ponerlas en práctica en lo relativo al viaje a Washington, porque no quería “dejar a la República acéfala por un plazo algo largo, cuando su gobierno apenas si existe”.¹⁴¹ Y en carta a Alfonso Reyes del 20 de septiembre le informa: “Acabo de escribir y echar al correo un duro artículo contra la política de Wilson en Santo Domingo. En castellano. Son las 12 de la noche, y tengo la mano cansada; pero la cabeza quiere continuar y puede más”.¹⁴² Este artículo, que es una fuerte recriminación contra la política norteamericana en la América Latina, sostiene que las decisiones que históricamente ha tomado el ejecutivo norteamericano han perjudicado a los pueblos del continente y confía en la intervención del Senado en el caso dominicano. Todavía tiene una posición de carácter legal y echa mano de argumentaciones jurídicas como abogado que es. Pero ya en una carta del 10 de enero de 1917, contándole la evolución de los acontecimientos a Alfonso Reyes, dice amargamente:

Mi padre tuvo que abandonar el país, notificando al Congreso, pues la ocupación americana le ató las manos. Se publicará un folleto con los hechos y las notas. Esta gente, este gobierno yanki, es una infamia. Te podría contar y no acabar. Prefiero no hacerlo. Yo creí que Papá había podido renunciar y abandonar las molestias; veo que no ha renunciado y que quizás

¹⁴¹ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, *op. cit.*, tomo II, pp. 92 y 93.

¹⁴² *Epistolario íntimo*, *op. cit.*, p. 5.

aún vuelva. Pero puede ser que durante su ausencia se celebren elecciones y así acabe su responsabilidad.¹⁴³ Incluso hasta el año 1919 escribió reclamaciones al Congreso de los Estados Unidos, en contra de las decisiones del Presidente, como el Memorándum que quiso entregar al senador Cabo Lodge, publicado más tarde en México.¹⁴⁴

Su amargura se reflejará en sus escritos, en cualquier tipo de estudio que emprenda en este periodo le saldrá a camino el problema dominicano, y poco a poco, su análisis irá saltando del terreno legalista que esgrimía, a la comprensión de la estrategia de dominación norteamericana, puesto que para esos mismos años los Estados Unidos habían invadido Haití y Nicaragua, endurecido las condiciones de dominación en Puerto Rico y mediatizado la independencia cubana. Aunque se ha mantenido en territorio norteamericano, su conciencia moral se resiente y clama con dureza en sus escritos como castigándose autocríticamente. Recula en su visión de los procesos sociales y se refugia en un idealismo moral que apela a los viejos paradigmas del maestro José Enrique Rodó.¹⁴⁵ Ahora retorna la antinomia rodosiana de que lo germánico es la barbarie y la latinidad la civilización. Pese a que fue él uno de los promotores del pensamiento arielista, su relación con esta disyuntiva

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 39.

¹⁴⁴ Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, op. cit., p. LXXVII.

¹⁴⁵ En su primera estadía en los Estados Unidos se había apartado de los criterios del maestro Rodó, reconociendo otros valores en la civilización que representaba la “nordomanía” a que se refería el maestro. Pero el abatimiento espiritual que le produjo la intervención a su país lo retrotrae a las viejas consideraciones del antinorteamericanismo páñfilo de Rodó.

espiritual había sido puramente intelectual. Frente al hecho concreto del atropello a su propio país, regresa a estas reflexiones, a la brega por definir el destino de los pueblos enfrentados al yanqui invasor. No cree posible soportar un año más en ese país: “Dudo sobrevivir, al menos moralmente, a un tercer año aquí”.¹⁴⁶ Estados Unidos se le revela como un lugar donde se realiza “el progreso sin espíritu”. Cuestiona la determinación de la existencia que lo ha llevado a buscar títulos: “La absurda necesidad de adquirir títulos ha sido mi ruina”.¹⁴⁷ Y queda marcado espiritualmente en forma definitiva por ese acontecimiento desventurado: “Ninguna experiencia hubiera sido más importante y aleccionadora para Pedro Henríquez Ureña que esta que vivió en los Estados Unidos de Norteamérica durante la Primera Guerra Mundial y la intervención de Santo Domingo. Ninguna hubiera dejado el rastro de escepticismo tan marcado y tenaz”.¹⁴⁸ Su crítica humanista al imperialismo será ya un signo distintivo de su pensamiento y la búsqueda del americanismo como diferencia, un ideal. Es sobre la especificidad de ese mundo americano que se arroja. Hacia las profundidades de ese ser golpeado por las tumultuosas historias de sus pueblos mira con ira y ternura, y ya nada lo apartará de ese camino. Es probable que a partir de este hecho el americanismo como ideal se convirtiera en la obsesión de su vida.

Minnesota lo asfixia, también. En carta a Alfonso Reyes de febrero de 1921 le comenta: “En verano voy a California. Después, no sé. México, Lima, Yale, Nueva York... De todos

¹⁴⁶ *Epistolario íntimo, op. cit.*, p. 195.

¹⁴⁷ *Ibíd.*

¹⁴⁸ *La flecha de anhelo, op. cit.*, p. 112.

modos, tengo la esperanza que no sea Minnesota”.¹⁴⁹ Y en carta de abril del mismo año le exhibe su desesperación: “Claro está que yo no puedo seguir aquí. No es posible residir lejos de todo el mundo y pretender vivir por correspondencia”.¹⁵⁰ Entre tanto, en México las cosas habían cambiado. Ese ciclo despótico que se abrió con la figura de Huerta y su gobierno, y la revolución que volvía con Carranza, comenzaba a cerrarse en 1920. La inestabilidad comenzaba a conjurarse. Su amigo ateneísta José Vasconcelos asumió la rectoría de la Universidad y le pidió que regresara al país azteca. Entre la oferta de Salomón de la Selva de quedarse en Nueva York dirigiendo una revista literaria y la que inesperadamente le ofrece Vasconcelos, no lo piensa dos veces y se decide por México. En una carta del 19 de junio de 1921 le explica a Alfonso Reyes el mecanismo que empujó su decisión:

¿Que cómo me convencí de que debía ir a México? Es extraño: no me costó ningún trabajo. Hace un año no lo había podido aceptar. Pero un año de paz, y la impresión de que todo irá bien en el futuro, y la creencia de que no sufriré molestias porque voy cambiado y sabré tratar a los mexicanos sin molestarlos y al mismo tiempo, como dirían los viejos ‘darme mi lugar’, todo contribuyó a que la decisión fuera instantánea cuando recibí la tentadora oferta primera de Pepe. Ya imaginarás a qué paroxismo había llegado mi deseo de no vivir en los Estados Unidos.¹⁵¹

¹⁴⁹ *Epistolario íntimo, op. cit.*, p. 194.

¹⁵⁰ *Ibíd.*

¹⁵¹ *Ibíd.*, p. 196.

Regresó, pues, a México en 1921, aunque de este país, realmente, nunca se había separado. Son numerosos los artículos y ensayos que escribió sobre la situación mexicana durante su estadía en los Estados Unidos. En *El Herald de Cuba* agotó un ciclo sobre esta problemática y en *Las Novedades* destacó frecuentemente las peculiaridades del arte y la cultura mexicanos. Sus ensayos “La Revolución y la cultura en México” y “La cultura de las humanidades” resumen magistralmente la evolución del pensamiento y la cultura del México contemporáneo. No había una publicación de algún intelectual mexicano importante que él no comentara. Sus cartas a Alfonso Reyes, además, son el testimonio más fehaciente de sus vínculos indisolubles con ese México contradictorio en el cual se desplegó su espíritu de investigador y su intelecto. Su posición frente a las continuas intervenciones de los Estados Unidos en los asuntos internos de México fue clara y definida, y su pluma tronó más de una vez contra la política norteamericana de intervención y despojo de México. No hay más que leer su artículo “Vanidad nacional” o su pequeño trabajo “¿Cuál es el remedio?”,¹⁵² para darse cuenta de que su labor periodística de esos años de ausencia lo inclinaba amorosamente a favor de la nación azteca. Más aún: este regreso se producía después de la intervención norteamericana a su propia nación, República Dominicana, con lo cual compartía el mismo destino del país que llamará después “el hermano definidor”.¹⁵³

Vasconcelos lo colocó al frente de los Cursos de Verano que, a semejanza de los que organizaba en Madrid el Centro de Estudios Históricos de Menéndez Pidal, iniciaría la Universidad

¹⁵² Ver Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México, op. cit.*, pp. 197 y 198.

¹⁵³ *Ibíd.*, pp. 200-202.

Nacional de México. Y le encargó la dirección del Departamento de Intercambios. Los antiguos ateneístas estaban en el poder, y particularmente Vasconcelos sabía la utilidad que podía sacar de un hombre como Pedro Henríquez Ureña. Volvía, además, con su inmenso prestigio auestas. El Pedro Henríquez Ureña que salió de México en 1914 había quedado atrás. Su nombre era ahora un argumento de autoridad, no solo en el mundo americano, sino en España.

Como era de esperarse, la Escuela de Verano y los dos primeros cursos que iniciaron sus actividades fueron todo un éxito. Estaban organizados como los que se impartían en Madrid y se destinaban a estudiantes extranjeros, especialmente norteamericanos, quienes recibían clases magistrales de arqueología mexicana, arte, literatura, geografía, conversación en español, lectura en voz alta y fonética. Participaban como profesores figuras muy destacadas de la vida intelectual y universitaria de México y también, por supuesto, Henríquez Ureña.

En 1921 los cursos de la Escuela de Verano abrieron con un éxito económico notable y una aceptación nacional muy alta. Los dos ciclos programados se llenaron y hasta hubo que agregar un curso extra de español para extranjeros. Esto llenó de regocijo a las autoridades universitarias, y a los cursos del año siguiente, 1922, asistió una delegación de la Universidad de Georgetown, con un nutrido grupo de estudiantes y un diploma de reconocimiento para la Universidad Nacional de México. Pedro Henríquez Ureña habló en inglés en el acto de apertura de este curso y explicó los objetivos que perseguía la Universidad con la creación de la Escuela de Verano.¹⁵⁴

¹⁵⁴ *Ibíd.*, p. 207.

Pese al éxito que estos cursos tuvieron, parece que el periódico *El Universal* atacó algunas fallas administrativas y montó una pequeña campaña de descrédito. En el informe que el dominicano escribe para el rector de la Universidad Nacional de México, con motivo de la apertura del tercer curso, explica lo siguiente:

A pesar de la campaña que durante el año 1922 se hizo contra la Escuela de Verano, especialmente por el diario *El Universal*, y a pesar de que en realidad los ciclos de 1922 tropezaron con ciertas dificultades debidas a escasez de locales y a la presencia inesperada de muchos principiantes para quienes no se habían anunciado cursos en aquel año, la opinión de la enorme mayoría de los estudiantes de entonces nos fue altamente favorable y nos sirvió de excelente propaganda en los Estados Unidos, como lo demuestran la multitud de cartas que nos dirigieron y no pocos artículos que publicaron en periódicos norteamericanos.¹⁵⁵

Los cursos fueron realmente exitosos desde todo punto de vista, pero los ataques de *El Universal* no cesaron. De hecho, no participaban de algo casual. Aunque el espíritu revolucionario había cuajado ya con la pequeña burguesía en el poder, y el gobierno de Alvaro Obregón empujaba la institucionalización del país, el nacionalismo emergente rechazaba a veces la preponderancia de extranjeros en puestos públicos y, escudándose en ello, se podían levantar objeciones airadas por problemas estrictamente personales. Incluso en un caso como el de Pedro Henríquez Ureña, vinculado profundamente al pensamiento mexicano que cuestionó los cimientos del poder dictatorial, y

¹⁵⁵ *Ibíd.*, pp. 208 y 209.

cuyo mexicanismo era sangre y lágrima de su espíritu. Pero ya estaba en esa etapa de su vida que consignó Jorge Luis Borges, en la cual “el dilatado andar por tierras extrañas, el hábito del destierro, había afinado en él esa virtud...”,¹⁵⁶ la de no responder apresuradamente, absteniéndose de censurar a hombres o pareceres equivocados. Y no respondió. A diferencia del periodo anterior en México, cuando contestaba a todas las referencias personales que le hacían, esta vez le dice a Alfonso Reyes en una carta de fecha 14 de febrero de 1922: “Yo no las he leído, porque no leo ‘ese periódico’; he decidido no leer ni *El Universal* de Palavicini ni el *Excelsior*, porque siempre insultan a alguien o se insultan entre sí”.¹⁵⁷

No obstante, la campaña de *El Universal* tocó los más retorcidos fondos de la condición humana. En dos casos en particular. El primero fue a propósito de la figura del pintor Diego Rivera. Pedro Henríquez Ureña había invitado a Rivera a que hablara a los alumnos de la Escuela de Verano, porque la Secretaría de Educación Pública y Bellas Artes, bajo la rectoría de Vasconcelos, lo había contratado para pintar murales en las instituciones educativas. Tratándose de una figura tan destacada, Pedro lo presentó con algunas palabras explicativas de la trascendencia del artista. Después, la revista *Azulejos*, de México, publicó la conferencia con una gran cantidad de ilustraciones. Y a los pocos días, bajo el título de “Letras y monos”, *El Universal* saca una crónica con la pretensión de denigrar al intelectual dominicano, y entrevista, para

¹⁵⁶ *Obra crítica de Pedro Henríquez Ureña* (prólogo de Jorge Luis Borges), Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1960, p. VIII.

¹⁵⁷ *Epistolario íntimo*, op. cit., p. 207.

indisponerlo, al mismo pintor. “Del ultraje zafio para la obra de Rivera, se pasa sin transición al elogio dogmático, doctoral y desapoderado de Henríquez Ureña”, escribe *El Universal*. Y luego le pregunta a Diego Rivera: “¿Le satisfacen a usted los elogios de Henríquez Ureña?” Y aquel respondió: “Pedro Henríquez Ureña ha visto y ha amado las mismas obras de arte que yo; ha visto lo que el lenguaje pintado puede decir como precedente y justificación de mi trabajo. Conozco su gusto depurado y sé que es hombre incapaz de traicionar su propia sensibilidad. Un juicio favorable sobre mi trabajo, emitido por él, me satisface”.

El trabajo de *El Universal* se acompañaba de una máscara desfigurada con la imagen de Pedro Henríquez Ureña, pero es claro que la intención de denigrar se le frustró con la respuesta de Diego Rivera.

El otro caso fue el de la delegación de la Secretaría de Educación que debía viajar a Brasil y a Argentina. Vasconcelos había incluido en ella a Pedro Henríquez Ureña, en su calidad de funcionario, y *El Universal* desató una ofensiva diciendo cosas como estas: “Y como no se deciden a solicitar las clases los altos espíritus, que se encierran obstinadamente en despachos particulares y consultorios, asalta las nóminas de la Universidad, con muy honrosas excepciones de jóvenes entusiastas y sabios, una turbamulta que sólo ve en las cátedras el medio de completar un presupuesto, y que constituye un verdadero aquelarre oficial de inquietud en el que danzan, como profesores de literatura y como Secretario de la Universidad, negros de Haití y hasta bachilleres fracasados [...]”.¹⁵⁸ Sucesivamente,

¹⁵⁸ Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México, op cit.*, p. 249.

El Universal acusaría a Pedro Henríquez Ureña de todo cuanto se le ocurriera, llamándolo frecuentemente “negro haitiano”, “bachiller fracasado”, “escritor sin imaginación”, “extranjero devorador del presupuesto”, etc. Y hasta llegó a exclamar en un editorial, dizque alertando a la juventud: “Huid de Henríquez Ureña como de la peste”.¹⁵⁹ Finalizado el viaje, *El Universal* publicó una crónica repulsiva, estereotipando los epítetos con los cuales se refería a Pedro Henríquez Ureña, como decir que la delegación estuvo “infectada por el espíritu de negrillos haitianos [...] que pretendían hablar por la sabiduría y la conciencia de la raza”.

Hay que señalar que esta campaña tuvo un origen puramente personal. Se inició porque el Consejo Universitario rechazó la propuesta de otorgar un doctorado honoris causa al señor Palavicini, dueño de *El Universal*. En su condición de director de la Escuela de Verano, Pedro Henríquez Ureña era miembro del Consejo, y Palavicini lo hizo blanco de todo su enojo, porque, además, era Lombardo Toledano quien se había opuesto en el seno del Consejo al nombramiento de Palavicini. Como Lombardo Toledano tenía una relación de parentesco con Pedro,¹⁶⁰ aquel la emprendió contra él encarnizadamente. Sin duda, era, en apariencia, el eslabón más débil: extranjero, sin habilidades para responder a la intriga de baja ralea, lleno de ocupaciones académicas y de investigaciones, y la bajeza con

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 251.

¹⁶⁰ Probablemente muchos de los problemas de Pedro en México se pueden atribuir a su solidaridad familiar con su cuñado Vicente Lombardo Toledano. Especialmente en este incidente él no tuvo ninguna intervención activa, aunque siendo el eslabón más débil fue atacado con verdadera saña.

que Palavicini lo atacó rebasó todos los límites de la decencia. Como el dueño de *El Universal* poseía además otras publicaciones, los ataques contra Pedro fueron cerrados y múltiples.

José Vasconcelos piensa que fueron estos ataques despiadados y rastros los que precipitaron su segunda salida de México, y en la autobiografía que aparece en sus *Obras completas* recuerda lo siguiente:

Por deseos suyos lo llevé a la excursión diplomática de la América del Sur. Este viaje le sirvió para entablar relaciones con las universidades argentinas. Proyectaba desde entonces establecerse en Sudamérica, porque los periódicos de la capital de México lo molestaban bajamente; le criticaban su nacionalidad dominicana, su tipo amulatado, su carácter atrabiliario, nervioso. Aunque su capacidad nunca la pudieron negar.¹⁶¹

Vasconcelos relata en sus memorias los incidentes que lo llevaron a un alejamiento de Lombardo Toledano, Antonio Caso y Pedro, y narra un episodio que saca a flote un costado desconocido de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña. Ocurrió en Río de Janeiro: un miembro de la delegación, de apellido Cuéllar, según cuenta Vasconcelos, pretendía desfilar en la parada militar vestido de charro mexicano. Para impedir el ridículo, Vasconcelos lo mandó arrestar, ordenando su encierro al jefe militar de la delegación. Cuéllar parece que tenía cierta relación de amistad con Pedro, y este se indignó acudiendo de modo intempestivo al dormitorio en que se encontraba Vasconcelos, y diciéndole: “¿En qué ley te fundas para mandar

¹⁶¹ José Vasconcelos, *Obras completas*, tomo I, Libreros Unidos, México, pp. 1247-1351.

arrestar a un mexicano en tierra extranjera? Cuéllar no es militar; no toleraré tus abusos; me quedaré en Buenos Aires; no regresaré contigo”.¹⁶²

Es cierto que la evolución de la lucha social en México terminó definiendo las posiciones de los antiguos miembros del Ateneo, y que Vasconcelos se irá descascarando en el trajín azaroso de la política, pero hay que decir que frente a los ataques inmisericordes contra Pedro Henríquez Ureña se mantuvo firme y defendió su idoneidad, aprovechando al máximo su colaboración. Pero ese incidente, que el escritor de *La Raza Cósmica* narra con desdén, sería el inicio de la separación definitiva y antagónica del viejo grupo de intelectuales, aunque meses después, con motivo del matrimonio de Pedro con Isabel Lombardo Toledano, José Vasconcelos actúe como testigo civil, aún con el rango de ministro¹⁶³ y siendo todavía Pedro uno de sus colaboradores más destacados. El hecho, de todas maneras, pone en evidencia el rechazo al autoritarismo, la determinación personal frente al poder despótico y la firmeza de carácter del apacible profesor dominicano.

Pero el viaje al sur de América tendrá una significación por encima de las minucias de *El Universal*, y más allá de las disputas con Vasconcelos. En cierto sentido, abre una nueva dimensión de su ser, y no solo por lo que encuentra, sino por lo que lleva. Al estudiar las consecuencias del viaje, particularmente su estancia en Argentina, en esta etapa de la vida de Pedro Henríquez Ureña, Diony Durán escribe:

¹⁶² *Ibid.*, p. 1259.

¹⁶³ *Epistolario íntimo, op. cit.*, p. 236.

JOSÉ VASCONCELOS

LA RAZA CÓSMICA

MISION DE LA RAZA
IBEROAMERICANA

NOTAS DE VIAJES
A LA AMÉRICA DEL SUR

AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA
PARÍS — MADRID — LISBOA

Pedro Henríquez Ureña compartía una visión similar a la que José Vasconcelos expuso en *La Raza Cósmica*.

Allí encuentra un movimiento de agitación intelectual y social que lo seduce en su primera impresión. Hipólito Irigoyen acaba de terminar su primer mandato; un intenso movimiento de masas se produce en aquellos momentos. En el ámbito intelectual, Manuel Ugarte atacaba al imperialismo; Alfredo Palacios hacía otro tanto desde posiciones que querían trascender el democratismo liberal, sin realmente soltar amarras; José Ingenieros, la máxima figura del panorama argentino en aquel tiempo, se había adelantado, hidalgamente a saludar el advenimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, considerando la Revolución de octubre como algo parecido a la Revolución de mayo en la Argentina, pero exaltando su dimensión histórica; Ricardo Rojas (profesor desde 1912) estaba en plena batalla por la argentinidad y fuerzas diversas conmovían el mundo universitario, concitándolo a una reforma que alborozadamente se había iniciado en Córdoba en 1918.

En medio de aquel inquieto e intenso panorama, la delegación mexicana traía la buena nueva de una revolución democrática, cuyo carácter legendario había cruzado ya todas las fronteras. Como embajadores de esa renovación social y política fueron agasajados los mexicanos.¹⁶⁴

Al calor de este ambiente intelectual y de transformación radical de la enseñanza universitaria que se respiraba en Argentina, Pedro Henríquez Ureña produjo varios discursos y conferencias. En el acto de recepción de la delegación mexicana, hablando después que lo habían hecho Vasconcelos y José Ingenieros, inició sus reflexiones refiriéndose al papel de América en el mundo moderno y a la necesidad de la

¹⁶⁴ *La flecha de anhelo, op. cit.*, pp. 119 y 120.

unión de los pueblos continentales. Rememorando a Bolívar exclamó:

Bolívar dijo que quien pretendiera unir a los pueblos de la América española araría el mar; y bien: lo que hubiera parecido milagro se está realizando; nuestros barcos vienen arando en el mar. La salvación de nuestra América, para que llegue a cumplir pura y fuerte su misión espiritual, está en la unión, y yo deseo que la Argentina se afirme cada vez más y más en su papel de guía, para que en el futuro no lejano sea una realidad el lema de la Universidad de México: ‘Por mi raza hablará el espíritu’.¹⁶⁵

También este viaje se destaca porque en su transcurso Pedro Henríquez Ureña leyó su trabajo “La utopía de América”, donde desenvuelve la madeja de su estrategia que busca diferenciar el mundo americano de la hegemónica tradición europea, que será lo más definitorio de su producción intelectual, y por supuesto también subraya la diferencia con “la otra América”, la anglosajona, que él conocía perfectamente. “La utopía de América” se publicará después como libro en 1925. De aquí en adelante, su concepción universalista de la cultura y el trasfondo historicista sobre el que reposan sus investigaciones culturales estarán destinados a resaltar las particularidades y la especificidad de la expresión espiritual de “su” América. La palabra “utopía” y su carga ilusoria, que reaparecerán desde entonces una y otra son solo el signo bajo el que todo el democratismo liberal del siglo XIX envolvió sus aspiraciones de superación. Lo interesante es que fue en el ambiente de una Argentina inflamada por las

¹⁶⁵ Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México, op. cit.*, p. 256.

ventiscas de la Reforma de Córdoba y sacudida por un pensamiento cuestionador, donde él sintió que descendía sobre su pensamiento la claridad soñada, y que todo confluía en la cristalización de algo que por tan soñado, parecía inalcanzable. La utopía de América será su tema preponderante después de este viaje e incluso sus estudios lingüísticos y filológicos estarán marcados por esta preocupación de darle sustentación a la diferencia que significaba el mundo americano. Diferencia que entraña nuestra propia aventura espiritual, nuestra identidad. Por eso Argentina se transforma, tal vez sin saberlo (pese a lo que dice Vasconcelos), en el próximo y último puerto de su errancia infinita.

Este segundo periodo en México es, a pesar de las amarguras, un momento de grandes realizaciones para Pedro Henríquez Ureña, en lo personal y en lo intelectual. Enrique Krauze detalla el alborozo de su alma en 1921:

Nunca como en 1921 pensó en echar raíces, fincar en tierra firme, quemar las naves, descansar. Compró junto con Vasconcelos un terreno en la semidesértica calle de Londres; se casó con Isabel, una de las hermosas hermanas de Vicente Lombardo Toledano, y nació Natacha, su primera hija. Era la última oportunidad de detenerse, ya no en el exilio, ahora en el hogar. De su amado Platón desempolvó la palabra ‘utopía’. Su utopía personal –la utopía de pertenecer– se inscribía en una utopía más amplia que lo tocaba muy cerca y lo justificaba: la utopía educativa.¹⁶⁶

Y estos aires que le rozaban el rostro como si fueran los que lo vieron nacer (¡Oh, Dios, esa utopía de pertenecer!) se

¹⁶⁶ *El crítico errante, op. cit.*, p. 225.



La esposa, Isabel Lombardo Toledano, 1917.

vertieron en un activismo frenético en la sociedad mexicana. Además de los cargos oficiales que desempeñaba como director de la Escuela de Verano y encargado del Departamento de Intercambios de la Universidad, era catedrático de gramática y de literatura mexicana e impartía cátedras de filosofía, ética y doctrinas filosóficas en la Facultad de Altos Estudios. Perteneció también al Grupo Solidario del Movimiento Obrero, influido por su cuñado Lombardo Toledano, y dio numerosas conferencias y asesorías a estos grupos populares. Como siempre, sus conferencias fueron una constante desde 1921. Se multiplicaba por todos lados. Agotó un ciclo de charlas patrocinadas por la Academia de Literatura y Ciencias, de septiembre a octubre de 1921; habló sobre Sor Juana Inés de la Cruz en la Escuela Nacional Preparatoria; impartió pequeños cursos de literatura, dio conferencias por la radio, editó una serie bibliográfica de clásicos de la literatura universal, organizó los conciertos populares de la Orquesta Sinfónica de México, creó un programa de estímulo a la lectura, dictó una conferencia sobre investigación, escribió su ciclo de artículos bajo el título general de “En la orilla”, asistió a reuniones técnicas del Ministerio de Educación; incluso, iba de excursión con los estudiantes de la Escuela de Verano, algunos de los cuales, muchos años después, escribirán sus impresiones resaltando la dicha singular de haber sido alumnos de un hombre tan eminente. Alfredo Roggiano reproduce el vívido recuerdo de Arnaldo Orfila Reynal:

En el brillante paisaje espiritual del México de esos días, un hecho sorprendente nos atrajo y los sedujo: entre el centenar de delegados de cuarenta naciones, había uno que estaba por sobre todos los demás en su personalidad inconfundible. Más

maduro que nosotros, que la mayoría de todos, no podíamos percibir cómo era posible que un hombre tan evidentemente sobresaliente por su sabiduría, por su prodigiosa cultura, pudiera ocupar, al lado nuestro, los escaños de la Escuela Preparatoria, compartiendo los debates, conviviendo la hirviente inquietud estudiantil de aquellos días tan esperanzados del mundo de postguerra. Ocurría que él era un estudiante inquieto y animoso como los demás; estudiante-maestro como lo había sido desde su adolescencia y lo sería hasta su muerte; estudiante de todo lo universal y humano, maestro de todas las sabidurías.¹⁶⁷

Orfila hablaba del Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en México en el marco de las conmemoraciones del Centenario de la Independencia, y en el cual Pedro Henríquez Ureña asumió la representación de la República Dominicana, porque ningún estudiante pudo viajar dadas las condiciones de ocupación del país. Su curiosa dualidad de estudiante-maestro llamó poderosamente la atención, pero el objetivo era denunciar la permanencia de la ocupación de la República Dominicana por parte de las tropas norteamericanas. Así, en su primera intervención agradeció al representante centroamericano por haber denunciado la situación de atropello en que vivía su pueblo. Su participación, en realidad, fue ampliamente recogida por la prensa y los debates que se suscitaron, tanto en el fondo como en la forma, dieron una idea cabal de la profundidad de su pensamiento. Objetó que el Congreso se declarara partidario de la filosofía de Bergson o del pragmatismo, arguyendo “que era ilógico adherirse a

¹⁶⁷ *Pedro Henríquez Ureña en México, op. cit.*, p. 220.

un dogmatismo pedagógico cuando se lucha contra ellos”.¹⁶⁸ Aunque no dio seguimiento a la organización estudiantil derivada de las resoluciones del Congreso, terminó formando parte de la Directiva elegida y quedó en la memoria de muchos hombres de América que luego serían grandes (Miguel Angel Asturias, Daniel Cosío Villegas, Héctor Ripa Alberdi, Manuel Gómez Morín estaban en el Congreso).

De las notas biográficas que se puedan escribir de Pedro Henríquez Ureña, muy pocas aludirán a su vida íntima. En su *Autobiografía* y sus *Memorias* son escasísimas las referencias a las intimidades que rodean su existencia, y la seriedad de su carácter hacía impenetrable cualquier resquicio de su vida sentimental. Hay un solo rastro efusivo de su relación amorosa con Isabel Lombardo Toledano y aparece en la correspondencia que sostiene con su amigo invariable Alfonso Reyes. En el barco *Coahuila*, que lo lleva al sur de América, le escribe el 12 de agosto de 1922: “Es posible que ya sí me case, al regresar del Brasil. La cosa tiene algo de locura, porque la chica es diez y nueve años menor que yo; pero me gusta demasiado para dejar que eso sea una objeción. Se llama Isabel Lombardo, y es hermana de Vicente Lombardo Toledano, a quien supongo que identificas (ex discípulo mío, uno de los siete sabios, autor de una *Ética*, director actual de la Escuela Preparatoria, veintinueve años de edad)”. Pero el matrimonio tuvo que esperar hasta mayo de 1923. En carta al mismo Alfonso Reyes, de fecha 17 de mayo de 1923, le comunica el acontecimiento: “Me caso la semana entrante. Con poco dinero; sin ceremonia. Nuestros testigos civiles son: Pepe Vasconcelos, Antonio Caso (Alfonso Caso está

¹⁶⁸ *Ibíd.*, p. 216.



Apóstol intelectual de tiempo completo, “Sócrates” le secretea alguna enseñanza al señor secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, 1921.

casado con María Lombardo, hermana de mi novia), Xavier Icaza y Daniel Cosío. Los padrinos en la iglesia son Vicente Lombardo, mi cuñado, y su esposa; mi padre, representado por Antonio, y mi tía Ramona, que vive aquí”.¹⁶⁹

El matrimonio se celebró el 23 de mayo de 1923; hubo ceremonia civil y religiosa, con una asistencia reducida a los íntimos (“Hicimos el matrimonio más escandalosamente sencillo que se haya visto en México” —le dice a Alfonso Reyes). La ceremonia religiosa es curiosa para un espíritu tan librepensador como el suyo. Sin ninguna duda, esta es la etapa más llena de felicidad del crítico errante, como lo llama Krauze. Incluso el tono pesimista de su correspondencia con Reyes varía, y hasta ensaya el poema: “El lunes fui con Isabel hasta Charcas, en el estado de San Luis, a ver el eclipse total de sol. Tres minutos y medio de oscuridad; sombra azul y horizontes de plata; golondrinas asustadas”. Alfonso Reyes, siempre tan fraternal, se regocija. Desde lejos, primero durante la estancia de Pedro en los Estados Unidos, y luego en ese México que le iría cerrando poco a poco las puertas, le dolía su trashumancia. Por eso piensa que este matrimonio es la manera de echar anclas, de fijarse a la tierra, al hogar.

Pero esa ráfaga de felicidad se mantiene en medio de innumerables mortificaciones. Los acontecimientos políticos se están precipitando en México y él presiente que algo se avecina. Lo nota, además, Alfonso Reyes, quien le reclama desde su legación española, en carta del 25 de mayo de 1923: “No des la razón a nuestros enemigos. No seas débil. Es la primera vez que advierto en ti un asomo de claudicación intelectual”.¹⁷⁰ Solo que

¹⁶⁹ *Epistolario íntimo*, pp. 236 y 237.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 243.

los largos años de errante trajinar no pasan en vano. Con ánimo anticipatorio, apenas unos días después de efectuado su matrimonio, le escribe de nuevo a Reyes, el amigo del alma:

Américo Castro –me dicen de Buenos Aires– va a la Universidad de la capital, invitado por Ricardo Rojas, a organizar el Instituto de Filología. Yo hablé con Rojas sobre el asunto, y le dije que el jefe no podía ser sino un hombre del Centro de Estudios. Vagamente hablamos de la posibilidad de que yo fuera de segundo.

Si todavía tienes influencia sobre Américo [...], dile que influya en que se me llame. Dile, además, que en las explicaciones que haga sobre mí no haga distingos, porque –en la mente argentina de Rojas y otros universitarios– podrían interpretarse mal.¹⁷¹

Rápidamente, todo el cuadro se descompone, parece que el mundo se le viene encima. Herida porque el matrimonio le quitó al sobrino, la tía Ramona se marcha del hogar y regresa a La Habana.¹⁷² Durante un largo tiempo era el único pariente que le había acompañado, prodigándole los cuidados que desde niño le ofrecía. Su vida tenía ahora, con el matrimonio, una comunidad de destino con la figura de Vicente Lombardo Toledano. Con motivo de unos confusos incidentes políticos en los cuales se vieron envueltos Lombardo Toledano y Alfonso Caso, Pedro Henríquez Ureña presentó su renuncia en solidaridad con ellos. Su cuñado, alto dirigente de la Confederación Obrera y director de la Escuela Nacional Preparatoria, entró en conflicto con

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 245.

¹⁷² Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, tomo II, p. 155.

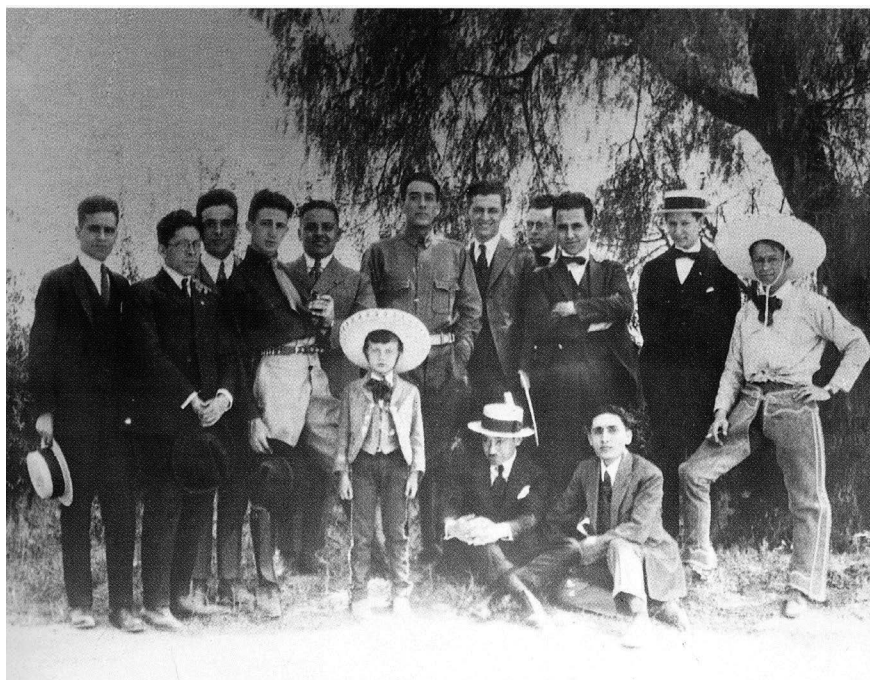
Vasconcelos al modificar los programas de estudios de la Preparatoria y procurar mayor independencia de la Universidad, que era una institución dependiente de la Secretaría de Educación. Por este motivo fue cancelado y los obreros se manifestaron contra Vasconcelos; en la refriega hubo un muerto y varios heridos, de modo que fue un hecho de mucha resonancia. Pedro no estuvo directamente involucrado en el suceso, pero asumió que las contradicciones con Vasconcelos eran ya insalvables, y en respaldo de sus amigos presentó la renuncia el 21 de agosto de 1923. Está recién casado, pierde el empleo e Isabel espera un hijo. Según carta a Alfonso Reyes, del 5 de diciembre de 1923, la situación es desesperante, aunque se proclama feliz:

¿Quieres noticias y cosas nuestras? Todo es aquí tan desagradable que prefiero no contestarte nada. He tenido que pelearme con Vasconcelos y con Martín: apenas tengo mi clase de Altos Estudios, esa me la quitarán probablemente en enero, y un trabajo mal remunerado que me ha dado Genaro en Relaciones [...]

Con Vasconcelos he acabado de romper sin proponérmelo: hubo una velada, de la Secretaría de Educación Pública, en memoria de Héctor Ripa Alberdi, y hablé yo, aludiendo a la revolución universitaria argentina en 1918, porque en ella colaboró Héctor. Vasconcelos dicen que se consideró aludido y ofendido por las cosas que dije [...]

Como ahora no tengo oficinas, me paso el día con Isabel: rara vez salgo solo, y estoy como tú en la época de tu retraimiento, pero más feliz. No creí poder ser tan feliz entre tantas molestias.¹⁷³

¹⁷³ *Epistolario íntimo, op. cit.*, p. 253.



Por diferencias con Vasconcelos, Henríquez Ureña marchó a Puebla con su cuñado, el gobernador Vicente Lombardo Toledano, para ocuparse de la educación pública del Estado.

Las asonadas militares y las tensiones políticas no cesan en México. A raíz de algunas conspiraciones, como la de Adolfo Huerta y Guadalupe Sánchez, en Veracruz, se produjo la destitución y apresamiento del gobernador de Puebla, quien estaba listo a levantarse, y Vicente Lombardo Toledano fue designado gobernador de ese Estado, el 10 de diciembre de 1923. Pedro marcha a Puebla con su cuñado, integrando un gabinete de elite que incluía, además, a Antonio Caso. Se le encarga la cartera educativa; en su breve gestión hizo énfasis en las modificaciones del sistema educativo y preparó un estudio profundo sobre el estado de la educación en el territorio de Puebla. Ordenó la lectura directa de los textos clásicos por parte de los alumnos, habló en la Academia de las Bellas Artes en dos oportunidades y organizó las áreas administrativas. Junto con el gobernador Lombardo Toledano inauguró museos y bibliotecas, imprimiéndole una dinámica sorprendente al área. Alfredo Roggiano dice que además tuvo tiempo “para recorrer los pueblos del Estado y de otros Estados vecinos, dejando muchas notas sobre lo que observó en esos viajes. Sobre todo recogió canciones populares, vocabularios, elementos de pronunciación, que dieron lugar a estudios posteriores sobre el español de México y sobre su habla, su música, sus artes populares”.¹⁷⁴

El gobierno de Lombardo Toledano en Puebla duró tan solo hasta marzo, lo que supuso para Pedro Henríquez Ureña tres meses de distracción de sus preocupaciones. Volvió a Ciudad de México, sin empleo, con la presencia desbordante de su primera hija, Natacha, nacida apenas un mes antes, el 26 de febrero. Era un nuevo hombre, estremecido por los

¹⁷⁴ *Pedro Henríquez Ureña en México, op. cit.*, pp. 261-264.

acontecimientos, en medio de la vorágine de la existencia que, ahora con un nuevo miembro en la familia recién constituida, dilataba sus preocupaciones. Entonces regresó a la posibilidad de irse a Argentina, como había previsto que podía ocurrir en la carta enviada a Alfonso Reyes. Escribió a varios amigos, incluso al borde de la desesperación, cartas como la que dirige a Arrieta y que este recoge en su artículo de la *Revista Iberoamericana*: “Le agradezco infinito sus gestiones y quisiera poder irme enseguida [...] Las circunstancias que me detienen son éstas: la primera es que precisamente a principios de marzo espero al primogénito. Si pudiéramos emprender el viaje inmediatamente la dificultad no sería tan grande y el niño sería argentino. Pero de momento no veo modo de reunir dinero para el viaje [...]”.¹⁷⁵

El viaje se realizó a fines del mes de junio de 1924, después de haber nacido la niña (no el niño, como escribía él), y el dinero, según cuenta Roggiano, se lo facilitó Genaro Estrada, un amigo mexicano que le había conseguido algunas ocupaciones ocasionales en otras oportunidades. Desde Argentina, Rafael Alberto Arrieta le brindó la oportunidad del traslado:

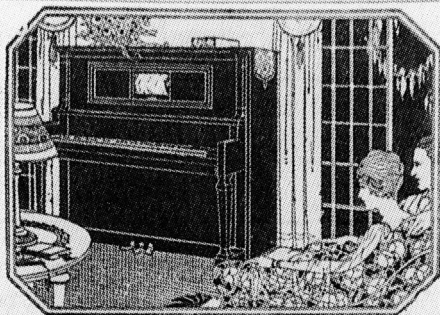
Me escribió una carta angustiosa; recién casado, quedaba sin apoyo económico, en un medio hostil y con sus amigos también desalojados y desvalidos. Necesitaba salir de México y pensaba con más vehemencia que nunca en la Argentina. Pero ¿cómo vivir en ella? ¿Podría conseguir algún puesto público, alguna cátedra para contar con un sostén inicial?

¹⁷⁵ Rafael Alberto Arrieta, “Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina”, en *Presencia de Pedro Henríquez Ureña*, Editorial Ciguapa, Santo Domingo, 2001, p. 146.

Felizmente estábamos empeñados en la reforma del plan de estudios del Colegio Nacional Platense y yo formaba parte del Consejo Superior Universitario. El presidente de la Universidad, doctor Benito Nazar Anchorena y el rector de aquel establecimiento, mi ex alumno doctor Luis H. Sommariva, acogieron mi pedido con simpatía y recta comprensión: el humanista dominicano podía ser un colaborador valioso. Tuve, pues, la alegría de ofrecer a mi lejano amigo tres cátedras secundarias de lengua castellana.¹⁷⁶

Durante esta estadía en México, de 1921 a 1924, Pedro Henríquez Ureña publicó los libros *Los favores del mundo*, de Juan Ruiz de Alarcón, y *En la orilla. Mi España*, y como siempre, los juicios críticos fueron decididamente entusiastas. Ambos textos son una continuidad temática de las grandes preocupaciones que caracterizarán su pensamiento: lo hispánico y el americanismo. El tema de España lo arropará sobre todo en su primera etapa. Libros y artículos como el de Hernán Pérez de Oliva, sus *Tablas de la literatura española*, la tesis de grado en la Universidad de Minnesota, *La versificación irregular en la poesía castellana*, e incluso algunos pequeños estudios sobre literatura clásica española, que atravesarán el período argentino que es su etapa de madurez plena. Pero esa España es “mi” España, la que él ve desde “su orilla”, la de los clásicos, la España de los dos Marcelino, de Juan Ramón Jiménez, la de Unamuno y Baroja, la de Pérez Galdós y la de Giner y Diez Canedo. Es desde esa España, que no carece de vida y tiene un pueblo lleno de ingenio, con Juan Ruiz de Alarcón, desde donde centrará los objetivos de sus investigaciones hacia América,

¹⁷⁶ *Ibíd.*



EL PIANO REPRODUCTOR

KNABE - AMPICO

No es un Piano Automático,
ni un Piano Eléctrico, es un piano inteligente

QUE EQUIVALE A UN ARTISTA. Solamente oyéndolo se convencerá
usted. Audiciones diarias de 6 a 7 p. m. **Unicos Agentes:**

DE LA PEÑA GIL, Hnos.

Avenida Juárez, 46.

Apartado Postal, 1014.

México, D. F.

PROXIMAMENTE

se pondrá a la venta un nuevo libro de las
EDICIONES MEXICO MODERNO

Pedro Henriquez Ureña
EN LA ORILLA MI ESPAÑA

Admirablemente Presentado

\$ 2.00 Ejemplar

La estela de sus viajes por la península Ibérica fue el libro *En la orilla. Mi España.*

ya como obsesión, ya como estrategia cultural para delinear la diferencia.

También publicó en este periodo los *Cuentos de la Nana Lupe*, una agradable selección de narraciones juveniles que aparecieron sin su firma en *El Mundo*, entre septiembre y noviembre de 1923, y que en el año 1966 dio a la luz como libro la Universidad Nacional Autónoma de México.

Continuando una marcha que solo detendrá la muerte, Pedro Henríquez Ureña abandona México, dejando duplicada la estela de sembrador que inició en el 1906. Como la otra vez, México seguirá siendo un referente vital de su vida y telón de fondo de su universo espiritual. Nunca más volverá a tierra azteca. Los ecos de su muerte repercutirán lastimeros cuando su vida física desaparezca, y cantando “en coro la gloria inmarcesible de este hombre callado y simple, hondo y sincero, sabio y gentil, que lo dio todo para los demás, con generosa imprudencia, ingenuidad sin cálculo...”.¹⁷⁷ México lo llorará como propio.

En *Grata compañía*, ese libro de evocaciones de Alfonso Reyes, las dos estancias de su vida en México quedarán esculpidas así:

México reclama el derecho de llorarlo, por suyo. Pocos, sean propios o extraños, han hecho tanto en bien de México. Aquí transcurrió su juventud [...] aquí enseñó entre sus iguales, sus menores y sus mayores; y en corto plazo, hizo toda la carrera y ganó el título de abogado. Aquí gobernaba con intimidad y sin rumor aquellas diminutas y sucesivas pléyades, cuyas imágenes van convirtiéndose ya en focos orientadores a los ojos de la mocedad más promisoría. Aquí se incorporó en las

¹⁷⁷ Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, op. cit., p. 265.

trascendentales reformas de la educación pública. Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender, y por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo de su paisaje vital, la ilusión secreta y constante de todas sus meditaciones.¹⁷⁸

De muy pocos extranjeros, los mexicanos han escrito algo semejante.

¹⁷⁸ Alfonso Reyes, “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, en *Presencia de Pedro Henríquez Ureña*, *op. cit.*, pp. 468-477.

VI

La Plata, Santo Domingo, Buenos Aires

S iguiendo el relato de Rafael Alberto Arrieta, Pedro Henríquez Ureña llegó a la Argentina en condiciones económicas críticas. Describiendo las azarosas circunstancias que rodearon su llegada, se presenta el marco de privaciones en que se inicia su adaptación al país sudamericano: “Pedro había gastado en el largo viaje todo su dinero y se vio obligado a afrontar, durante los primeros meses, una situación penosa, sobre todo por su delicadeza moral. Deseaba instalarse en alguna pensión familiar, y la buscamos juntos. Se decidió por una situada en la calle Bernardo de Irigoyen, bastante próxima a la estación Constitución, y empezó a viajar diariamente; algunas veces lo hacíamos en el mismo tren”.¹⁷⁹

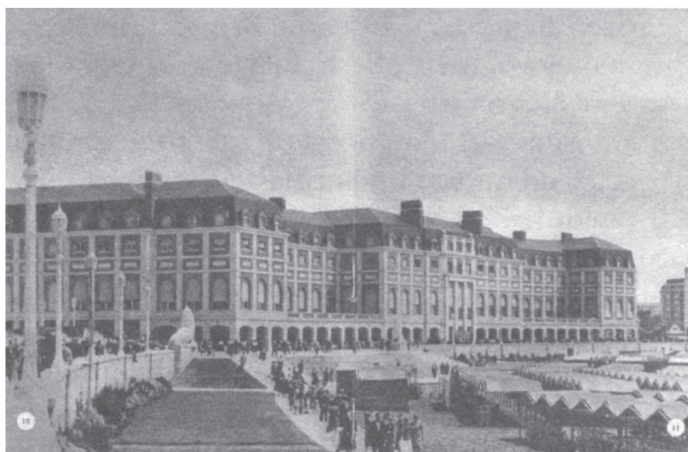
Dados su carácter y la vida frugal que desarrollaba antes del matrimonio, Pedro había acumulado algunos ahorros en

¹⁷⁹ Arrieta, “*Pedro Henríquez Ureña profesor en la Argentina*”, *art. cit.*, p. 147.

México. Esa etapa de inestabilidad previa al viaje a la Argentina la había afrontado con sus propios recursos, y el resto de sus ahorros lo tenía invertido en unos terrenos, comprados en asociación con José Vasconcelos, y que después se convertirán en un verdadero dolor de cabeza para él (hay abundantes referencias al caso en la correspondencia con Alfonso Reyes, y se conoce el malestar que le causó a Pedro la pérdida definitiva de su inversión). La adaptación atravesaba, por lo tanto, no solo la dificultad de introducirse en un medio diferente, sino de hacerlo en condiciones económicas precarias. Tenía, eso sí, su enorme prestigio, carta de triunfo en el mundo intelectual argentino, donde ya era conocido. Pero aun esto podría convertirse en un motivo de mortificación. Arrieta cuenta que, en efecto, las condiciones favorables en que fue acogido por las autoridades produjeron ciertos recelos entre los demás profesores: “Fue recibido con gentileza por las autoridades del colegio, pero varios profesores de la misma asignatura que él enseñaba, mostraron cierto desapego hacia el nuevo colega; tal vez encono para el ‘extranjero’ recién venido que había logrado una posición envidiable, no alcanzada por ellos en largos años de ejercicio docente; quizás la sequedad un poco hosca del compañero ilustre, que debieron de interpretar como signo de superioridad despectiva, cuando no era sino reserva natural y hasta apocamiento en el trato social”.¹⁸⁰

Poco a poco, sin embargo, va incorporando su ritmo natural de trabajo a las actividades en La Plata y definiendo el campo de sus intereses intelectuales. Isabel y Natacha son el centro de su preocupación inicial. Aunque ya es un verdadero maestro

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 147.

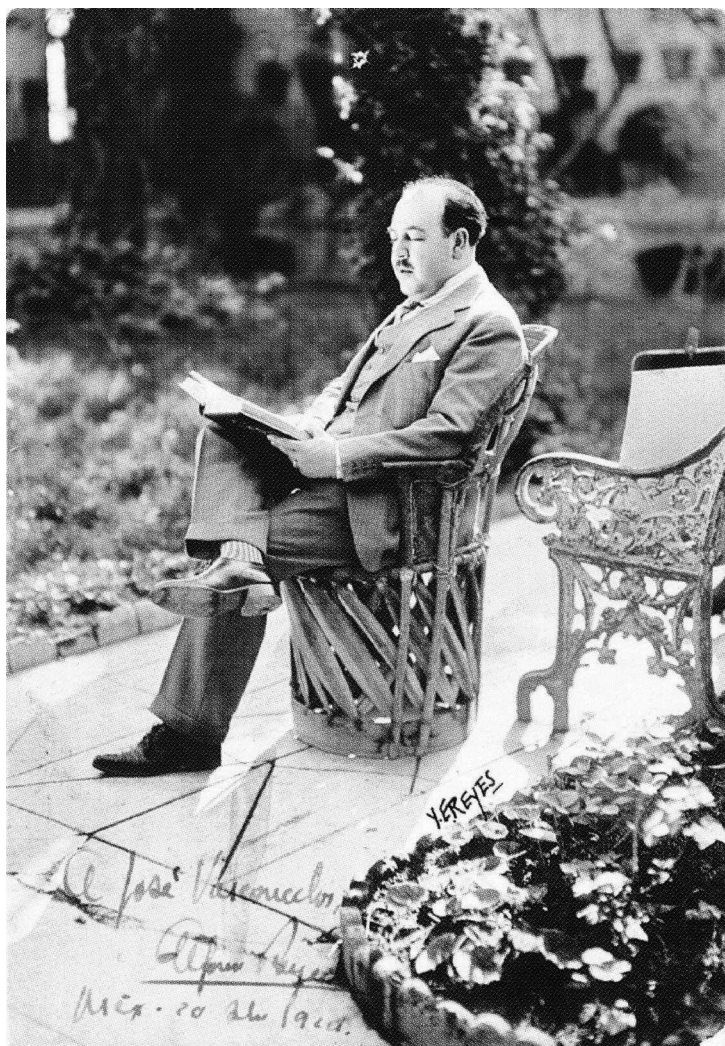


Ya en Argentina, Pedro Henríquez Ureña comenzó a dar clases en una modesta secundaria de la elegante ciudad balneario de Mar del Plata (vista de 1945).

del desarraigo, que ha domesticado su nostalgia, por momentos se siente preso de la incertidumbre. Le comunica a Alfonso Reyes, como siempre, la impresión de desasosiego que lo abate, en una carta fechada en La Plata el 6 de enero de 1925: “Aquí me tienes en la incertidumbre mayor de mi vida. Mi viaje a la Argentina fue obra de la razón, y el sentimiento ha sido la víctima [...] Y si ocurre conmigo ¡qué no ocurrirá con Isabel! Lo que la pobre ha sufrido no tiene descripción. Hemos pasado –y pasamos– alternativas intensas de felicidad, por lo mucho que nos queremos, y de gran tristeza por lo mucho que nos falta”. Incluso, en la misma carta, se pregunta si debería volver a México: “Y mi problema es: ¿Debo quedarme? ¿Se acostumbrará Isabel algún día? ¿Seremos felices aquí? ¿O debo regresar a México, pues otra cosa no se presenta? ¿Seré yo feliz en México, o siquiera viviré tranquilo? ¿Habrá de qué vivir? Lo más serio no es eso, lo más serio es Natacha. ¿Le conviene ser mexicana o argentina? Desde que llegó a la Argentina mejoró, se ha puesto fuerte y gruesa, y la oigo dar voces de alegría. Decidirán los dioses [...]”.¹⁸¹

En esa misma carta, no obstante, describe a su amigo sus proyectos de trabajo intelectual: “Ahora por ser vacaciones, puedo preparar libros. Con Arrieta, el poeta, preparo una antología hispanoamericana, del tipo que tanto discutimos en Madrid: será el primero de una serie de libros pedagógicos. Estoy escribiendo un pequeño manual sobre filología, pero ese quiero mandarlo a España: estuve enseñando –privadamente, a pedido de muchachos estudiosos– filología, y me entró al fin la comezón de escribir”.

¹⁸¹ *Epistolario íntimo, op. cit.*, pp. 265-266.



Alfonso Reyes, 1930.

Es un dato revelador el que Pedro Henríquez Ureña le comunica a Reyes en medio de infinitas preocupaciones, porque la casi totalidad de su obra lingüística y filológica el maestro dominicano la escribe en la Argentina. A pocos meses de llegar define sus metas, ni siquiera las grandes preocupaciones materiales y espirituales que lo embargaban lo desvían de ese ideal de perfección que acompaña su vida. Igualmente, y en esa misma primera carta a Reyes (parece que escribió otras antes, pero este no las recibió), deja caer una observación aguda sobre la sociedad argentina: “Aquí no se cuenta sino en pequeñísima escala con las clases ricas para las cosas de América: los ricos son europeístas. Pero hay, desde hace cinco o seis años, un latinoamericanismo intenso, en muchos intelectuales, y a la juventud le preocupa la cosa”.¹⁸²

En realidad, la Argentina era un país casi mayoritariamente integrado por emigrantes europeos, que vivía un momento de particular apertura hacia el mundo americano. Con el gobierno de Hipólito Irigoyen, e incluso antes con el de Roque Sáenz, una activa intelectualidad americanista se plantea tareas de re-encuentro con sus raíces. La tradición del pensamiento en ese país exaltaba los modelos de vida europeos e imitaba el paradigma de desarrollo del viejo continente. Las interpretaciones de figuras como Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y Domingo Faustino Sarmiento habían ejercido una influencia tan determinante sobre el comportamiento social y la ideología, que lo común era distanciarse del mundo americano. Pedro Henríquez Ureña siente que esa tradición estaba perdiendo terreno, le gusta el ambiente y promete a Reyes que ayudará a

¹⁸² *Ibíd.*, p. 266.

“mexicanizar” a la Argentina. Lo que le escribe a Reyes quedará confirmado en el mes de marzo de 1925, cuando José Ingenieros y Alfredo Palacios, dos de las nuevas figuras intelectuales de aliento americanista, formen la organización Unión Latinoamericana, con la idea de organizar un Congreso Intelectual de la América Española. Aunque él no integra este comité, es claro que comparte sus ideas y su práctica, porque tienen la intención de difundir la particularidad del mundo americano fundando bibliotecas, dando cursos y conferencias en un medio en el cual el pensamiento europeo había primado.

Como en estos momentos su quehacer se centraba en la docencia en el Colegio Nacional de La Plata, para actuar en consonancia con el activismo que lo caracterizaba, en el año 1925 publica en esa ciudad su célebre conferencia “La utopía de América”, que él había pronunciado durante el viaje con Vasconcelos en presencia de algunas de las personalidades intelectuales del momento. En cierto sentido, en este libro está definido el contenido del americanismo que sustenta, que en esta etapa de su vida vincula a la historia particular y azarosa del Continente y al papel de sus pensadores. Es, quizás, uno de los textos más citados de su producción general, si exceptuamos *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, que aparecerá en 1928. Son estas páginas las que resumen su madurez intelectual y existencial y definen al hombre de pensamiento frente a la historia: “El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que solo aspira a su propia perfección intelectual”, escribirá en ese libro, adoptando el punto de vista de José Martí, pero rubricándolo con su propio ejemplo. Y perfilando la especificidad americana dirá: “Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro

cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia”. Signo impenitente este de su creencia mil veces reiterada de que “la cultura salva a los pueblos”.

También publica *La revolución y la cultura en México*, un texto que le permite vincular, ya en forma definitiva, las etapas de la revolución mexicana con el proceso de pensamiento que la precede, y con los intelectuales que se van formando a su alrededor. Es importante volver a insistir en que ha prometido a Reyes “mexicanizar” ese ambiente de ebullición que encuentra en Argentina, y que ello significa señalar un camino a los bríos desatados en pro del americanismo. El ejemplo de México le es, por lo tanto, fundamental, porque su generación, la del Ateneo de la Juventud, lo que realmente significó en México fue el descubrimiento de la mexicanidad, el nacimiento de una reflexión diferente respecto de lo propio.

En los primeros años de su estadía en la Argentina su correspondencia se reduce enormemente. Algunas, poquísimas en realidad, cartas a la familia. El padre se queja desde Santiago de Cuba. Max sale fuera del foco de su monólogo epistolar; y Camila, que ejerce en La Habana el magisterio, recibe de vez en cuando una carta que, a su vez, envía a Santiago de Cuba para que el padre se entere de las vicisitudes del hermano. Solo es fluida la correspondencia con Reyes, e incluso, inusitadamente larga. El tema será México, las cuitas inmensas, sus tesis casi adoloridas sobre el carácter del mexicano, el dolor por el problema del terreno con Vasconcelos (“No faltarán quienes se figuren que yo juzgo a Pepe con pasión. No niego la pasión, pero afirmo la exactitud del juicio. Debo confiarte

que Pepe me ha hecho víctima de un fraude escandaloso, sin otro fin que el de hacerme daño [...]”), las amarguras por haber descubierto tardíamente las perversidades de Martín Luis Guzmán. Pero Alfonso Reyes evade el bulto, no lo quiere sumir en la amargura, y elude referirse directamente al asunto que lo atosiga. Responde también con cartas largas y compadece al amigo que no tiene menudos para devolver, y es tan torpe odiando que se atortoja describiendo la pócima breve de la maldad del mundo que le ha tocado beber. Es un ser confundido, extraviado, que juzga sus penas como una expiación de no sabe qué pecado: “A veces –mi noción del cumplimiento de las leyes naturales se me vuelve noción moral y hasta religiosa– creo que lo ocurrido es el castigo que merezco por no haber rechazado, o abandonado, desde antes, la amistad de hombre tan impuro y cruel”.¹⁸³

El malestar lo hunde en una vuelta a sus orígenes, por primera vez siente el desarraigo como una ausencia. Alertando a Reyes sobre el sentimiento de desolación que experimenta quien no tiene un sitio propio adonde ir, le escribe una carta el 21 de abril de 1925: “Comprendo tu angustia ante la perspectiva de no saber dónde vivir ya definitivamente. Muchos no se lo figuran: yo vivo pensando en cómo podría regresar a Santo Domingo, y hasta Isabel, a quien le resulta poco interesante la Argentina, así lo querría [...] Pero, ¿qué quieres? Allí dominan siempre, desde hace años interminables, o los yanquilandeses, o los enemigos: y estos enemigos son del género estúpido, y no me dejarían servir de nada al país”.¹⁸⁴

¹⁸³ *Ibid.*, p. 286.

¹⁸⁴ *Ibid.*, pp. 288-289.



Martín Luis Guzmán, 1925.

Ha pensado en regresar a la media isla que es su nostalgia escondida, el tesoro guardado para las horas de su desamor. Así, naufragando en la incertidumbre, por primera vez lo confiesa. Es hacia la isla que mira, hacia la lejana porción de tierra que lo vio nacer, de la que es un expulso acongojado. Este anhelo le sobrevendrá siempre en momentos de crisis, y lo realizará en 1931, convirtiéndose en frustración innumerable.

Pero la Argentina vivía un período de auge económico extraordinario y de gran estabilidad política, que durará hasta la década de los años treinta, y ello permitió que la situación económica de Pedro variara favorablemente. En la carta del 21 de abril le explica a Reyes el cambio de situación:

Yo no cumplo un año aquí, y ya mis entradas equivalen a unos 400 dólares mensuales, lo que nunca gané en yanquilandia (acabo de obtener una nueva cátedra, ahora en Buenos Aires). Se gasta mucho, eso sí, y nosotros apenas salimos a flote; pero ya sabes lo que cuestan los nenes, y encima hemos puesto casa, y no se podía poner con demasiada pobreza. Así y todo, para noviembre espero haberlo pagado todo, y emprenderemos el viaje a Europa. Se gasta, pero todo se paga con facilidad; todo se vende a plazos, desde la casa y el automóvil hasta la ropa y los zapatos. Y en caso de apuros, se pide dinero prestado al Banco, y se paga en dos años.¹⁸⁵

Lo que describe es la irrupción del capital financiero en la vida argentina, nivel de desarrollo del capitalismo que no había observado en México, y al cual se incorporará, más

¹⁸⁵ *Ibíd.*, p. 290.

adelante, cuando el editor Losada funde la empresa en la cual trabajará e invertirá algún dinero.

También va penetrando en los círculos intelectuales y recomponiendo su actividad de conferencista. Habla en la Asociación de Amigos del Arte, en un ciclo que incluye a Lugones. Expone en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires su conferencia “Tipos americanos de organización social”, una crítica al modelo monopólico de la economía imperante en los Estados Unidos y a las consecuencias del individualismo liberal. Como en México, comienza a asumir lo que parece ser el don de la ubicuidad, porque dondequiera su participación aparece.

Ya a principios de 1925 escribe su muy reconocido y discutido ensayo “El supuesto andalucismo de América”, que aparecerá en los Cuadernos del Instituto de Filología y se publicará ampliado en Buenos Aires con el título de *Sobre el problema del andalucismo dialectal de América* (Instituto de Filología, 1932). Solo este tema coloca a Pedro Henríquez Ureña en un sitial preponderante en los estudios lingüísticos americanos, y pese a todo lo que se ha discutido sobre el mismo, Amado Alonso dice: “A Pedro Henríquez Ureña cabe el honor de haber sido el primero en plantear la interpretación genética de los principales caracteres del español americano sobre bases realistas y críticas, sin los prejuicios impresionistas que lo daban como mera prolongación del lenguaje de los andaluces; y el primero también en describir y ordenar su complejidad regional, anulando la idea simplificadora que de él se hacían hasta entonces los lingüistas”.¹⁸⁶ Este periodo argentino es, sin ninguna duda,

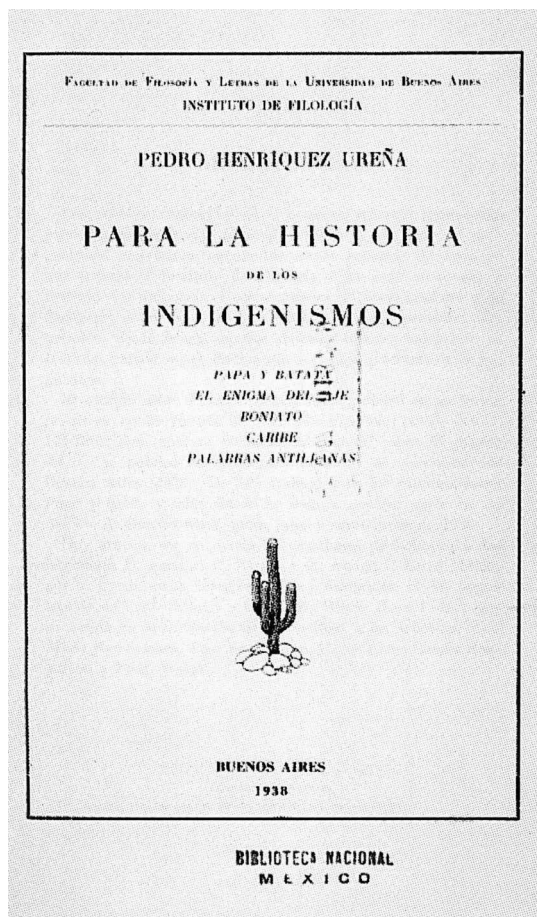
¹⁸⁶ Amado Alonso, “Pedro Henríquez Ureña investigador”, *Sur*, Buenos

el de su plenitud intelectual absoluta, porque la acumulación de saberes y experiencias vividas, aneja a su capacidad de exposición y escritura, le permiten producir las grandes síntesis del pensamiento americano de la época. En este caso específico de los estudios lingüísticos y filológicos, su producción inicial es de 1921, con un pequeño trabajo ya clásico, *Observaciones sobre el español de América*, donde comienza por establecer zonas de estudio, de acuerdo con la evolución particular e historicidad específica de las características de los hablantes de cada región. Tema virgen entonces, la utilidad de sus observaciones le servirá para enfrentar la amplia gama de investigaciones que desarrollará bajo el patrocinio del Instituto de Filología de Buenos Aires, que dirigía don Dámaso Alonso.

En este renglón se inscriben sus estudios sobre dialectología, publicados en la reconocida Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, que constituyen una recolección y clasificación muy ricas de materiales lingüísticos, interpretados en consonancia con las modalidades de expresión propias, desde la lengua hablada, y acordes con la cultura de cada pueblo. Es el caso de textos como *Observaciones sobre el español de México*, de 1934; *Palabras antillanas en el Diccionario de la Academia*, 1935; *El español en la zona del Mar Caribe*, 1937; *El español en México y sus vecindades*, 1937; *Estudios y notas a el español en México, los Estados Unidos y la América Central*, 1938. Y, por supuesto, su último estudio dialectal, publicado en el año 1940: *El español en Santo Domingo*. Son todos recopilaciones meticulosas de investigaciones lingüísticas integradas al medio particular en que se han desarrollado, “comprobadas y discernidas según su distribución

Aires, núm. 141, julio de 1946, pp. 28-83.

geográfica y su uso social” –según afirma Amado Alonso–. La finalidad práctica de estos estudios, desde el punto de vista filológico, consiste en verificar la particularidad del mundo americano incluso en su uso del instrumental lingüístico. Como un hallazgo fundamental, Pedro Henríquez Ureña puede verificar que “Nuestros modos de hablar varían naturalmente según la localidad: no hay unidad de ‘español americano’ que oponer al ‘español de España’, donde las variaciones locales son todavía mucho mayores”. Pero esa diversidad no atenta contra la unidad sustancial de la lengua, que debe incluir las expresiones americanas, como parte de esa unidad en la diversidad. Dentro de este grupo caben también sus monografías, recogidas por el Instituto de Filología de Buenos Aires bajo el título *Para la historia de los indigenismos* (1938); un conjunto de estudios sobre vocablos referidos a alimentos americanos integrados al espacio cultural de la conquista española: “papá”, “batata”, “ñame”, “boniato”, etc. Esta obra goza de un estricto trabajo filológico, en el sentido en que Wolf concebía la filología, escarbando desde la palabra escrita las manifestaciones culturales con que ella se relaciona, el trasfondo de la historia, porque la filología es hija del historicismo. Cada palabra, en el análisis de Pedro Henríquez Ureña, traza su aventura particular en el encuentro que se produce, como resultado del proceso de colonización, entre indígenas y españoles. Examina la relación entre la palabra y la cosa nombrada, sus deformaciones, sus vínculos con las estrategias del colonizador para lograr su alimentación en un medio hostil, recién descubierto, que la palabra de que era portador el español peninsular no estaba preparada para nombrar. El mejor ejemplo de la pertinencia de estos estudios puntuales es la monografía llamada “El enigma del aje”, referida a un



Esta obra contiene un conjunto de estudios sobre nombres de alimentos americanos integrados al espacio cultural de la conquista española.

vegetal nombrado abundantemente por las crónicas españolas hasta el siglo XVIII, pero sin que se supiera de qué planta se trataba. El cerco historicista tendido sobre la palabra misma va poco a poco definiendo a qué alimento específico se referían las notas apresuradas de los cronistas, empleando textos escritos y asociación culturológica. Método filológico que empleará incluso en estudios pioneros sobre aspectos del habla americana, como el “voseo”, y cuyas “observaciones sobre el español de América” contienen las primeras notas sistemáticas para el estudio de este giro dialectal.

Igualmente se debe destacar en este apartado su estudio sobre el vocablo “caribe”, un término de amplísima difusión mitológica desde el mismo siglo XVI, sobre el que muchas leyendas europeas edificaron un anatema americano vinculándolo a la palabra “caníbal”. Se da por sabido el contenido de espanto que acarreaba este término a los espíritus renacentistas de la Europa del siglo XVII, y el símbolo que encarnó se comprende perfectamente leyendo el uso que se hace de él desde Shakespeare a Rodó, pasando por el propio Pedro Henríquez Ureña, hasta Roberto Fernández Retamar en nuestros días, quien intenta despojarlo de esa carga negativa que le inyectó la visión europeizante. Es la expansión de este vocablo lo que él estudia, y las condiciones históricas que lo propician, fundándose en referencias literarias y relaciones históricas que arrojan luz sobre su valor específico.

El último trabajo de tema lingüístico que emprende es *El español en Santo Domingo*, un libro enjundioso, fundado en aportes propios y ajenos, destinado a sacar a flote las características del habla dominicana. En esta investigación la orientación filológica es plena, porque el libro cuenta con un texto

complementario que explica, a través de los hechos de la lengua, la propia cultura. Lo que se intenta demostrar es la individualidad del español dominicano, recurriendo a explicaciones sobre formas expresivas del habla halladas en la lengua viva. Rasgos morfosintácticos y variables fonéticas y fonológicas que tipifican los giros propios, los abundantes arcaísmos del léxico dominicano, los recursos del refranero como estructura de pensamiento en el habla popular, las frases proverbiales, las supresiones de letras y las características por región. Todo, como manda la concepción filológica, con el telón de fondo de acontecimientos históricos y culturales que permiten comprender las formas finales en que cuajan estos arquetipos lingüísticos particulares, a partir del instante en que la lengua del español peninsular llega a la Isla. Incluso, para ampliar aún más el estudio particular del caso dominicano, Pedro Henríquez Ureña había publicado, en 1936, en Buenos Aires, su libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, un compendio detallado del desarrollo de las manifestaciones culturales del espíritu hispánico, y del esplendor de las artes y las letras en el escenario de la primogénita ciudad del Nuevo Mundo. En la edición de 1940 de *El español hablado en Santo Domingo*, él explica que ambos libros se iban a publicar juntos, y que así debían ser concebidos, porque el carácter filológico del estudio hacía de *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* un complemento de su investigación lingüística.

La extraordinaria fertilidad intelectual de Pedro Henríquez Ureña durante su estancia en la Argentina, en relación con los estudios lingüísticos, aportó además su estudio sobre Rufino José Cuervo, unas breves notas que ubican la obra de este maestro de las investigaciones lingüísticas en el continente, a

las que volverá repetidas veces. Igualmente, su pequeño texto *En busca del verso puro*, con aquellas preocupaciones métricas que siempre estudiará. Y, sobre todo, la *Gramática castellana*, que escribe en colaboración con Amado Alonso, un texto de enseñanza de las estructuras gramaticales de la lengua, en dos tomos, cuyo primer volumen se publicó en 1938, y el segundo en 1939. Este tipo de publicaciones especializadas con objetivos didácticos lo inició Pedro Henríquez Ureña en la Argentina cuando publicó *El libro del idioma*, en colaboración con Narciso Binayán, un texto simple para propiciar el estudio de la lengua de forma diferente en la escuela.

En cambio, la Gramática que escribe junto a Amado Alonso es una propuesta de superación práctica del método logicista imperante, usando los conocimientos de la lingüística moderna y tomando de la antigua gramática de don Andrés Bello muchas de las descripciones de las funciones y las categorías, con las cuales funda el maestro venezolano su sistema de enseñanza tan propio. Siguiendo a Bello, pues, Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso reelaboran, ampliándolo, el concepto de oración, redefinen el artículo y sus funciones, dan una visión diferente al verbo y al pronombre, y articulan otros componentes a nociones como las de fonética y entonación. Ellos conocían de primera mano las transformaciones que la lingüística había sufrido desde principios de siglo, pues habían leído y traducido a Ferdinand de Saussure, Bally, Meillet, y otros; y al escribir su texto destinado a la enseñanza secundaria, le introducen ese aire de renovación que despojó la gramática de incómodas reglas binarias que había que atravesar para apropiarse del instrumental lingüístico.

El empleo de la *Gramática castellana*, de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, originalmente concebido para la

enseñanza secundaria en la Argentina, se extendió a muchos países americanos, y todavía hoy, según mis datos, se sigue utilizando en algunos países sudamericanos para la enseñanza en los distintos cursos de la educación secundaria.

Toda la obra lingüística y filológica de Pedro Henríquez Ureña, casi íntegramente escrita en la Argentina, es un producto de su plena madurez intelectual. La inició en su etapa erudita, abierta en España con la publicación de su tesis doctoral *La versificación irregular en la poesía castellana*, en 1920. Su llegada a la Argentina coincidió con la fundación del Instituto de Filología de Buenos Aires, en 1924, y ello permitió que encontrara un canal adecuado para producir sus libros y ahondar sus investigaciones, algunas de las cuales había insinuado en apuntes previos y artículos dispersos por el mundo. En el primer cuaderno que publica esta institución aparece una colaboración suya, y ya a partir de 1930 se le considera, junto a Amado Alonso, una de las dos cabezas de ese prestigioso equipo de investigación lingüística que tantas obras de estudios especializados sobre el español de América produjo. Si hoy hablamos de que Pedro Henríquez Ureña despliega su obra en dos grandes campos: la literatura y la lingüística, ello se debe a la labor que desarrolló con carácter sistemático en el Instituto de Filología de Buenos Aires. En una evolución casi natural, armado de su poderosa erudición, habiendo bebido en Menéndez y Pelayo, uno de los espíritus que más ayudaron a su formación crítica, y recibido el beneficio de la orientación científica de Menéndez Pidal, el rigor que se autoexigía no podía menos que generar la personalidad caudalosa que legó a la posteridad americana un ramillete ineludible de sus obras fundadoras.

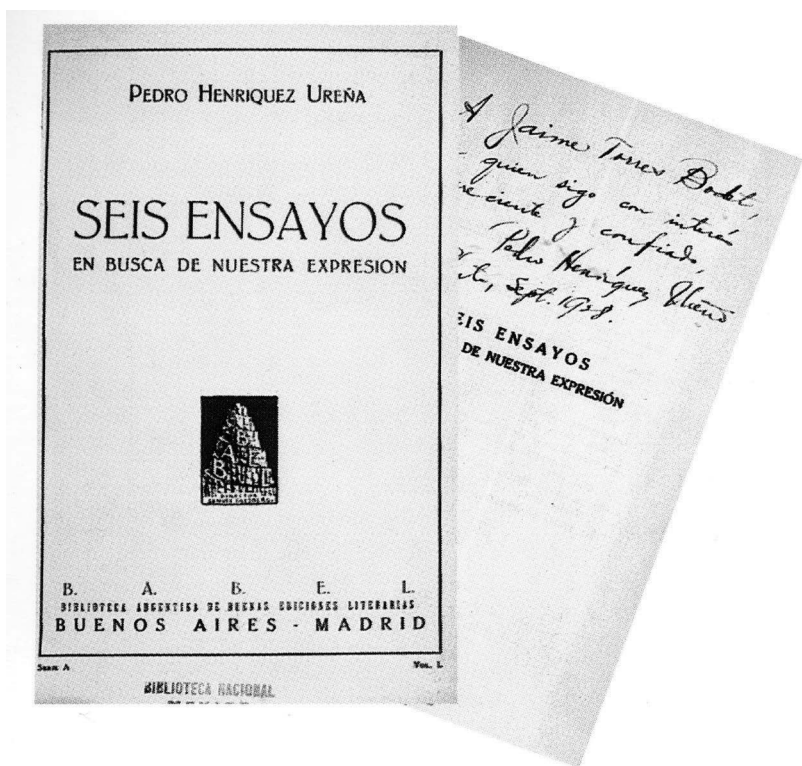
Pero en esta etapa argentina aparece también el más emblemático de todos sus libros, el libro resumen de su considerable producción intelectual, el libro escudo de sus afanes americanistas, el libro que plasma un estilo de impecable producción ensayística, el libro que le dio la fama continental y el título de maestro de América: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, de 1928.

Emilio Carilla, en su libro *Pedro Henríquez Ureña, signo de América*, dice:

Es importante reparar en el año de 1928, año de este libro fundamental en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña, y que, desde nuestra perspectiva, aparece como centro irradiador, hacia atrás y hacia delante. Hacia atrás por lo que recoge de una línea que comienza casi con sus primeros escritos. Y, hacia delante, por el hecho de que las ideas que se exponen en los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* permanecerán como gérmenes fecundos en importantes obras de Henríquez Ureña posteriores a 1928.¹⁸⁷

Más aún: nosotros pensamos que esa formidable capacidad de síntesis que el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña logró plasmar en este libro (característica por demás muy común en su prosa) liquida en el plano teórico las viejas discusiones sobre la identidad que habían estremecido desde el siglo XIX la vida intelectual de América, poniéndolas en un plano diferente. Es un arribo y un punto de partida que en los registros de sus propias ideas aparece tanto en sus primeros escritos, como

¹⁸⁷ Emilio Carilla, *Pedro Henríquez Ureña, signo de América*, Organización de los Estados Americanos, 1988, p. 56.



Seis ensayos en busca de nuestra expresión es el más emblemático de todos sus libros, el libro de todos sus afanes americanistas.

en los que vendrán después. Permite, además, entender la totalidad de su obra, haciendo que encaje cada pieza en el recio marco de la erudición con que fue labrando el edificio de sus ideas. Después de este libro nada queda disperso, nada permanecerá a la intemperie.

Seis ensayos en busca de nuestra expresión comienza por deslindar, especificándolos, los caminos que han pretendido explicar nuestra propia aventura espiritual. El análisis de las diversas fórmulas de americanismo no es, sin embargo, excluyente. Cada quien expresará un momento, una determinada porción de existencia real que no atrapa la riqueza infinita de nuestro verdadero ser. Los criollistas tendrán sus razones: “Mundo virgen, libertad recién nacida, repúblicas en fermento, ardorosamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habían de crearse nuevas artes, poesía nueva. Nuestras tierras, nuestra vida libre, pedían su expresión”.¹⁸⁸ Es la vívida naturaleza de nuestra existencia, lo que él llama “independencia espiritual”, que va más allá de la independencia económica o política y cerca con angustia los atisbos de nuestra mismidad. Solo que, “a los pocos años surge otra nueva generación, olvidadiza y descontenta”, que mira hacia Europa en un gesto de insuficiencia, y que solo valora los paradigmas provenientes del viejo continente. Cercándolos, asume su legado y salva la especificidad de lo propio: “Todo aislamiento es ilusorio [...] Tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca, siempre que esto no estorbe el aflorar de la energía nativa ni el ansia de perfección”.¹⁸⁹ Pero a su vez amplía el marco de la confrontación: “Existieron, sí,

¹⁸⁸ *Obra crítica, op. cit.*, p. 241.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 250.

existen todavía los europeizantes, los que llegan a abandonar el español para escribir en francés, o, por lo menos, escribiendo en nuestro propio idioma ajustan a moldes franceses su estilo y hasta piden a Francia sus ideas y sus asuntos. O los hispanizantes, enfermos de locura gramatical, hipnotizados por toda cosa de España que no haya sido trasplantada a estos suelos”.¹⁹⁰ Y luego describe las causas de nuestros afanes: “Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos urgencia romántica de expresión. Nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulte no sabemos qué inminente diluvio”.¹⁹¹

Dilema que se enreda en la lengua misma con la cual construimos los mundos imaginados, porque el nuevo continente habla la lengua del conquistador, y su vida espiritual misma así como sus instituciones son el resultado de un hecho de fuerza: el proceso de descubrimiento, conquista y colonización. Lo diferente, lo propio del mundo americano, tendrá que ser repujado con originalidad desde una lengua que es nuestra y ajena: “No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda”.¹⁹²

Es desde esa lengua que América debe buscar el acento propio, haciendo un esfuerzo supremo, desterrando la pereza, la

¹⁹⁰ *Ibíd.*, p. 243.

¹⁹¹ *Ibíd.*, p. 244.

¹⁹² *Ibíd.*, p. 246.

falta de rigor, la ausencia de disciplina. Ni un optimismo desbordado, ni un pesimismo enterrador; lo único que nos puede salvar es el ansia de perfección:

Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir con ansias de perfección.

El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar [...] Nuestros enemigos, al buscar la expresión de nuestro mundo, son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura, o la vida en perpetuo disturbio y mudanza, llena de preocupaciones ajenas a la pureza de la obra: nuestros poetas, nuestros escritores, fueron las más de las veces, en parte son todavía, hombres obligados a la acción, la faena política y hasta la guerra, y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores de pueblos.¹⁹³

El libro está compuesto por un conjunto de ensayos, algunos publicados antes y modificados para esta edición; suman más de seis porque a las dos secciones originales de tres ensayos cada una tituladas “Orientaciones” y “Figuras” —que encarnan el punto más alto de “nuestra expresión”—, se agregan “Dos apuntes argentinos” y el “Panorama de la otra América (Veinte años de literatura en los Estados Unidos)”, más las “Palabras

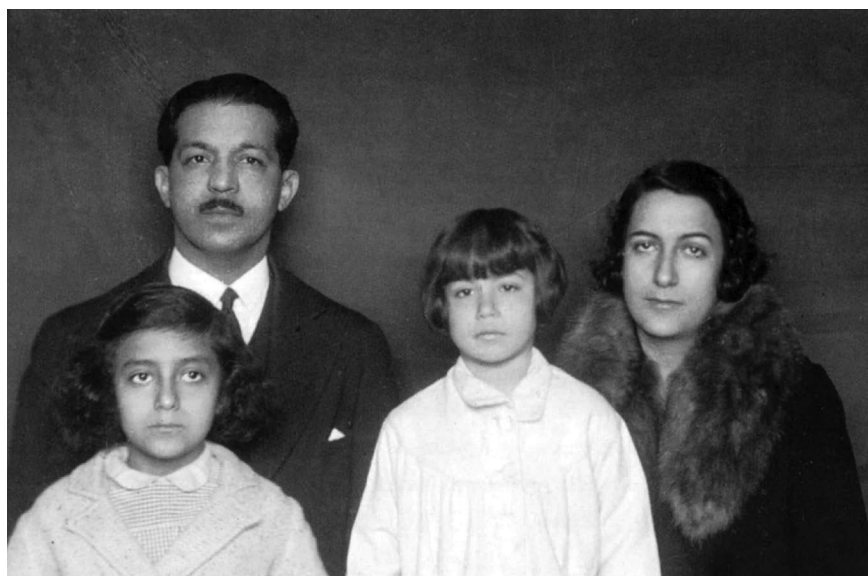
¹⁹³ *Ibíd.*, pp. 251-252.

finales”, que permiten inventariar los objetivos. La estrategia del libro es provocar el pensamiento creativo y empinarse sobre la historicidad particular de nuestra vida espiritual. El segundo de los Henríquez Ureña teje sus juicios tan bellamente que incluso la dureza con que los usa pasa inadvertida. América y las vicisitudes de sus manifestaciones literarias es su tema. En particular, los primeros tres ensayos se regaron como la pólvora, y sobre todo el primero (“El descontento y la promesa”), desgajado del conjunto, pasó a ser uno de los textos más citados de la historia de la literatura hispanoamericana.

Con el telón de fondo de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, la totalidad de la obra de Pedro Henríquez Ureña adquiere el sentido de un cuerpo unitario: la búsqueda de esa diferencia, las manifestaciones que afinan la opción de construir un universo propio, las particularidades sobre las que el mundo americano edificará su prosapia. Y es este libro, sin ningún género de dudas, el que le dio mayor fama literaria y lo convirtió en un referente obligado. Cada página que escribió en su vida, todos sus juicios críticos, el empeño por fundar una dialectología que explicara las particulares formas de cada región en su uso de la lengua española, todas las horas de reflexión destinadas a darle forma y continuidad al pensamiento del continente, cada línea sobre España, sus estudios sobre las grandes figuras, el esfuerzo canónico de organizar los distintos periodos de la historia de la literatura, la voluntad de analizar “la otra América” como algo diferente, la minuciosidad de acompañar con el trasfondo de la historia particular americana las etapas fundamentales del surgimiento de sus manifestaciones artísticas, el objetivo de construir “la alta cultura” como un resultado histórico de esa masa social que emerge de la disolución de la colonia y erige

repúblicas, el afán de explicar las formas de asimilación del pensamiento europeo, el detalle preciso a la hora de analizar el Barroco americano, la paciencia de inventariar, una por una, las hazañas del espíritu y no las de la guerra se explican ahora tras desplegar su saber implícito en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* y se articulan en una totalidad, en un sistema. Es más que un libro, es la clave de todos sus libros. Sus obras anteriores se le parecen, las que vendrán saldrán de él, como desenrollando un rollo chino. Después de un costoso trabajo de reflexión y análisis de la realidad americana en los planos cultural, social, filosófico, lingüístico e histórico, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* se transforma en la agenda del porvenir, y el tópico de la identidad se sitúa, definitivamente, en otro plano.

La Argentina es un nicho curioso en la vida de Pedro Henríquez Ureña. Navega en la angustia, pero se refugia en el trabajo. Es una etapa de su vida llena de lamentaciones, amargas y decepciones espirituales, pero al mismo tiempo es su periodo de mayor profundidad y más alta producción. Escribe en los periódicos, viaja a Buenos Aires tres o cuatro veces por semana y regresa a La Plata el mismo día. Dicta conferencias, escribe ensayos sobre lingüística, se multiplica en las cátedras. El 10 de abril de 1926 nace Sonia, su segunda hija, pero Isabel sigue siendo una preocupación adicional porque, en realidad, no ha terminado de adaptarse a la Argentina. En una lastimera carta que escribe a Reyes el 15 de mayo de 1926, apenas un mes después de haber nacido Sonia, le aclara: “Te decía que soy capaz de renunciar a todo, porque antes que nada quisiera cumplir con mi primer deber: hacer feliz a Isabel. Yo creí que nuestra felicidad quedaría asegurada dejando a México [...], pero Isabel al sentirse separada de los suyos, perdió toda gana de



La familia Henríquez Ureña-Lombardo Toledano: Pedro y su esposa Isabel, con sus hijas Sonia (a la izquierda) y Natacha, en Santa Fe, Argentina, 1928.

vivir: un año llevaba en la Argentina sin quererle acostumbrar a nada. Ya ha renunciado a la idea de volver a México, pero no la ha sustituido íntimamente con la de quedarse. ¡Y no tengo con qué sustituirle lo que le he quitado!”¹⁹⁴ En esa carta, transida de dolor por los acontecimientos de México, vuelve sobre lo del terreno con Vasconcelos, obsesión que lo acompañará hasta 1928. Y apura el cáliz mordiendo, incluso, la decepción generacional: “Una de tus últimas letras, en que me hablabas de la lucecita, me hizo sentir que ya nos habíamos acabado. De aquellos cuatro, que fuimos, Caso se ha hundido en su egoísmo (egoísmo: incapacidad de mover un dedo por los demás), complicado de vanidad y pereza, Pepe se ha hundido en el rencor (capaz de altruismo, de generosidad, pero capaz de hacer el mal y guardar rencor a los que se le oponen). Yo no creía haberme hundido sino en la pobreza, de la cual siempre se cree poder salir. Pero aquellas letras tuyas me hicieron verte hundido en el placer, y pensé que yo —¿será demasiada literatura?— me hundo, no en la pobreza, sino en el dolor”.¹⁹⁵ Sin quererlo, pasa inventario a la Generación del Ateneo, de ese México que lo sigue atormentando, y juzga a los que, para él, son las cuatro figuras fundamentales. Hay un vacío a su alrededor, su entorno está lleno de ruidos de niñas, son otras las preocupaciones de la existencia, pero él piensa en México. Apenas escribe a sus familiares en Santo Domingo y Cuba, hay que luchar por el sustento material de una familia que se ha multiplicado.

Pero la Argentina se complica. Desde el punto de vista económico, todo el mundo capitalista se ha estremecido con la

¹⁹⁴ *Epistolario íntimo, op. cit.*, pp. 318-319.

¹⁹⁵ *Ibíd.*, p. 318.



Antonio Caso y José Vasconcelos (al centro), compañeros de Pedro en el Ateneo de la Juventud.

crisis de 1929. Aquella Argentina que él le describía a Reyes en sus cartas, donde el dinero abundaba y la estabilidad económica y política sorprendían, se está eclipsando a golpe de un desconcierto universal. Soplan aires de fronda, y los países como la Argentina, basados en una economía de exportación, proveedora de cárnicos y productos agrícolas a los grandes centros metropolitanos, sienten ya el efecto de la recesión en 1930. En lo político, la década de los años treinta se inicia con el golpe de Estado contra Irigoyen, que abre un amplio capítulo de más de una década de dominio conservador. El ambiente está, ciertamente, enrarecido, y él, que ha alcanzado ya una verdadera maestría en desarraigo, vuelve, nuevamente, la vista al país natal.

Para lograr la reproducción de la vida material en la Argentina se multiplica de manera increíble. Detallándole a Alfonso Reyes las cosas que hace, describe: “Novedades: trabajo mucho. Tengo mis tres cátedras (15 horas semanales) en el Colegio de La Plata, dos semicátedras (literatura argentina y americana y literatura inglesa, en el Instituto del Profesorado, de Buenos Aires, 6 horas), el trabajo del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires (soy secretario) y el trabajo de una nueva cátedra (6 horas) de filología castellana en la Universidad de La Plata. Todo suma, al mes, \$1,465.00. Además, ayudo a Binayán y Pirovano, cuyo negocio promete enormidades”.¹⁹⁶ Para poder atender semejante volumen de actividades se mudan a Buenos Aires, y comienzan los viajes de Buenos Aires a La Plata.

En una carta de 1931 a su hermano Max, quien había entrado ya a colaborar con Rafael Leonidas Trujillo, el futuro

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 290.

dictador, Pedro comienza a indagar la posibilidad de irse a vivir con la familia a la República Dominicana. “Te escribí desde Montevideo para preguntarte si creías posible mi traslado a Santo Domingo. Supongo que recibiste la carta, que yo recomendé, para echar al correo aéreo, a mi cuñado Vicente, porque tuve que venirme a prisa antes de que terminara el Congreso Universitario”. En la misma carta ruega a Max que le pinte la situación general del país, “lo que allí se gana y se gasta. Mi único deseo es asegurar entradas que me permitan vivir cómodamente, cosa que allí no será difícil, y hacer de cuando en cuando algún viaje; tú comprendes que si hago el sacrificio de llevarme a mis hijas al país, es con la esperanza de que de cuando en cuando puedan salir a ver otros países, otras culturas”.¹⁹⁷ Esta carta del 8 de mayo de 1931 contiene, además, algunas sugerencias sobre reformas educativas, incluyendo la supresión de los exámenes, como, según dice él, se estilaba en Europa. Y culmina sugiriéndole a Max la implantación de un sistema de pensiones y jubilaciones para maestros.

El 18 de junio de 1931 vuelve a escribirle a Max, y como este no le ha contestado las otras cartas, supone que la posibilidad de su regreso es escasa. Pero le detalla los motivos que tiene para marcharse de la Argentina:

Mis motivos para ir:

1. Servir al país;
2. Dejar este trabajo mecánico de aquí, en que sirvo muy poco a la Argentina y que me impide trabajar en cosas mías; mi influencia es menor de lo que ha sido en México, mucho menor, y de lo que podría ser en Santo Domingo; y no porque aquí

¹⁹⁷ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, op. cit., pp. 192-193.

no hagan falta —sí la hacen— tales influencias; sino porque muy pocos se dan cuenta de la falta; y mi obra propia se vuelve demasiado escasa;

3. Este país está anticuado y no veo que mis niñas vayan a hacer vida muy feliz ni provechosa aquí donde todavía los únicos valores que realmente rigen son los mundanos; claro que eso podría cambiar pronto, pero no estoy seguro;

4. La camarilla que domina en las universidades, reforzada por el actual régimen, es enemiga del que trabaja, así es que mi avance ha sido estorbado sistemáticamente, salvo el resquicio —que no ha llegado a ser hueco— de la Universidad de La Plata, en la Facultad de Humanidades; y no sé cuándo se modificarán estas condiciones. El año pasado llegué a estar muy bien, pecuniariamente, pero la entrada como titular de cátedra universitaria siguió sin resolverse. Este año he empujado pecuniariamente —como la mayoría, es verdad—; y las perspectivas de ocupar mi verdadera jerarquía son nulas por el momento. Nadie sabe cuánto durará este gobierno, ni lo que vendrá después.¹⁹⁸

Está completamente ajeno a la naturaleza del régimen trujillista; solo piensa, en ese momento, zafarse de las dificultades que ve acercarse a todo galope a la sociedad argentina, y encontrar las condiciones propicias para seguir desarrollando su obra. Trujillo había escalado el aparato del Estado usando la fuerza del ejército para amedrentar a sus opositores, y rápidamente concentraba en sus manos todo el poder real de la nación y la riqueza pública. Siendo un hombre de tercera, según la categoría social que se usaba entonces, se apoyó en un numeroso grupo de intelectuales prestigiosos que se encaramaron en la vertiginosa

¹⁹⁸ *Ibíd.*, pp. 195-196.

movilidad social que propició el régimen. Rápidamente cundió el espejismo de que su régimen, en realidad producto directo de la intervención norteamericana de 1916, encarnaba el nacionalismo esperado. Las antiguas jerarquías sociales se derrumbaron, pero Trujillo instauró un cierto respeto al poder del saber, y a las figuras consagradas del acontecer dominicano que se acercaban a su régimen, siempre y cuando reconocieran la dimensión absoluta de su voluntad. La familia Henríquez Ureña reunía dos condiciones atractivas para contribuir a la solidificación de la ilusión inicial del trujillismo: alcurnia intelectual, unánimemente reconocida, y leyenda nacionalista.

Además, en su estrategia de imponer el poder absoluto de manera relampagueante, el prestigio de los Henríquez Ureña le servía al dictador para atenuar la mala imagen que se había ganado al expulsar al vicepresidente y secretario de Relaciones Exteriores, Rafael Estrella Ureña. Este intelectual de fuste, que provenía de una familia prestigiosa, había acompañado a Trujillo en la aventura golpista del 23 de febrero de 1930, y por su renombre en todos los órdenes Trujillo recelaba abiertamente de él. Obligado a marcharse al exilio, fue sustituido en la Secretaría de Relaciones Exteriores por Max Henríquez Ureña, quien ocupaba, casi desde los inicios del régimen, la Superintendencia de Educación, y tenía mayor reputación intelectual e igual prosapia. Hay documentación abundante que demuestra que Trujillo utilizó a los Henríquez Ureña en el plan concebido para deshacerse de Rafael Estrella Ureña,¹⁹⁹ y es en esta

¹⁹⁹ En el *Epistolario* de los Henríquez Ureña, parece que Trujillo primero propuso a Francisco Henríquez y Carvajal algunos cargos, y luego dio a Max la Superintendencia para tenerlo como reserva contra Estrella Ureña. Pero es claro que desde el primer momento, él estuvo interesado en ins-

jugada maestra en la que, sin saberlo, entra Pedro Henríquez Ureña desde su residencia argentina. El intermediario será Max, quien informará a Trujillo del interés de Pedro, y le dará a leer sus cartas, particularmente la del 8 de mayo de 1931, que contiene un pequeño programa de reforma.

Ya el 29 de agosto de 1931, Max le había enviado un telegrama ofreciéndole la Superintendencia General de Enseñanza,²⁰⁰ y él le escribe a Alfonso Reyes diciéndole que había aceptado el cargo. Pero no renunció a sus cátedras en la Argentina, precavidamente situado en medio de una aventura desconocida: por primera vez intentaba la vuelta definitiva al lar nativo. El 8 de septiembre Reyes le contesta afirmando: “Tu regreso a Santo Domingo hará un inmenso bien a tu país y a tu vida personal, en todos sentidos”.²⁰¹ Pero el viaje sufrirá varios percances, entre ellos un ataque de apendicitis de Isabel, que obligó a una intervención quirúrgica de emergencia. Finalmente, el 16 de noviembre salen rumbo a Río y el 29 están en Trinidad. El día 5 de diciembre llegan a Nueva York, donde permanecerán hasta el 10, y Pedro le escribe a Reyes sus impresiones de aquella ciudad que acogió sus primeras andanzas: “Nueva York está gigantesca –nunca imaginé que llegara a tanto–, pero triste y fea. Muchos de los rascacielos, en vez de buscar efectos propios, los que nacen de su tamaño, tratan de culminar en torres orientales”.²⁰²

trumentalizar el prestigio de los Henríquez Ureña. Ver: Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, *op. cit.*, pp. 187-188.

²⁰⁰ *Epistolario íntimo*, *op. cit.*, p. 425.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 427.

²⁰² *Ibid.*, p. 430.

El martes 15 de diciembre de 1931 llega a la rada del río Ozama, en el vapor *Coamo*, y es recibido con todos los honores por estudiantes, profesores, intelectuales y autoridades. El acto, dada la realidad del proceso histórico que se vivía, era de por sí una provocación, puesto que solo Trujillo podía alcanzar tales homenajes. En él participaron, sin embargo, intelectuales del redil trujillista de la categoría de Fabio A. Mota y Ramón Emilio Jiménez, y, por supuesto, su hermano Max. La prensa de la época reseña la caravana que acompañó al ilustre dominicano hasta el recinto de la Universidad, donde los discursos oficiales inflamaron el ambiente con loas al tirano en ciernes y parabienes por la feliz ocasión de su llegada. Cuando le tocó el turno de hablar, a sus labios acudieron frases de uno de sus maestros, José Martí, y esgrimió la idea de una patria a la que se regresa con intención de ayudar y movido por un ideal de superación: “Al regresar a la patria, después de larga ausencia, cada minuto ha sido para mí de pensamiento y emoción. Yo sólo sé de amores que hacen sufrir, y digo como el patriota: Mi tierra no es para mí triunfo, sino agonía y deber”.²⁰³

Comenzó a trabajar oficialmente el día 1.º de enero de 1932, en un ambiente que, además del factor político que entrará en juego de inmediato por la personalidad tan absorbente de Trujillo, se presentaba deprimente debido a los daños causados por el ciclón San Zenón, que había arrasado la ciudad de Santo Domingo el 3 de septiembre de 1930. Describe a Reyes las circunstancias en que se encuentra su espíritu, en carta del 15 de enero de 1932:

²⁰³ Pedro Henríquez Ureña, “En mi tierra”, *Repertorio Americano*, diciembre de 1934, p. 331.

Hace un mes justo que llegamos aquí [...] El trabajo es enorme, y difícil, porque falta dinero, y mucha gente busca empleo, y se necesitan muchas cosas materiales. El pesimismo de las gentes es muy grande, a pesar de que –con ciclón y crisis y todo– el nivel de la vida es más alto que en 1911 [...] Sin embargo, aquí en la capital lo que más deprime es el daño causado por el ciclón: una cuarta parte de la ciudad está todavía en ruinas y lo demás está deteriorado. La parte nueva –pequeño Río de Janeiro– es la más destruida, porque las casas eran más frágiles. De la parte vieja, una de las casas destruidas fue la mía, porque le cayó arriba otra medio arruinada desde tiempo atrás.²⁰⁴

La situación es sencillamente difícil, pero en contraste resalta el activismo cultural que observa en la ciudad: “En cambio, intelectualmente hay gran animación: hay tres asociaciones que organizan conferencias y conciertos. He hablado en dos de ellas: en una estoy dando un curso sobre el teatro y Américo Lugo da uno sobre un periodo colonial ignorado: 1535-1691”.²⁰⁵ Y termina la misiva a Reyes con una nota preocupante: “De salud no estoy bien, Isabel tampoco: padece una crisis tremenda de histeria, como nunca, después unos días de gran contento. Mi esfuerzo para poder seguir adelante es espantoso”.²⁰⁶

Ese último grito parece tener la subterránea convicción de la derrota. Reyes lo sabía, porque en una carta del 6 de marzo de 1931, con apenas dos meses en el país, le adelanta: “Nieves

²⁰⁴ *Epistolario íntimo, op. cit.*, p. 433.

²⁰⁵ *Ibíd.*

²⁰⁶ *Ibíd.*, p. 436.

cree que tú piensas en volver a Buenos Aires”.²⁰⁷ Tiene 47 años de edad y el país que ama, al que ha regresado lleno de grandes pensamientos, le resulta extraño. Gobernado por un tirano ensoberbecido, colgado de la voluntad omnímoda de una sola persona, ese ambiente tenía que repugnar a quien estaba acostumbrado a la vida democrática y de confrontación de ideas. A los pocos días de llegar está convencido de que su vida errante no ha terminado (“Desde que llegué comprendí que tenía que volver” –escribe en secreto a Alonso–), pero era necesario actuar con cautela porque su familia (Francisco Henríquez y Carvajal, Fran y, sobre todo, Max) estaba involucrada con el régimen. Trujillo, además, era un hombre peligroso, lleno de rencor, y con una gran capacidad para hacer el mal, cosa que él comprendió de inmediato.

A pesar de todo su malestar espiritual, inició la organización del sistema educativo dominicano. Produjo ordenanzas destinadas a modernizar la concepción del trabajo pedagógico, y pautó esquemas de prácticas educativas acordes con la experiencia de los países donde había vivido. En particular, parece que copió algunas de las disposiciones adoptadas en el período de Vasconcelos en México, que él conocía muy de cerca porque las había ayudado a elaborar. Planteó la enseñanza de la lengua con una base diferente de la gramática como núcleo mayoritario de los contenidos, y exigió la lectura de los textos directos por parte de los alumnos. Implantó como libro de texto un compendio de los escritos de José Martí y bosquejó una pequeña organización de bibliotecas escolares. Demandó el aumento de la matrícula de profesores. Creó el Consejo Nacional de Educación, y lo amplió

²⁰⁷ *Ibíd.*

con personalidades de la vida intelectual dominicana, y probablemente fue el artífice de la “Ley General de Estudios”, promulgada por Trujillo en 1932 con la finalidad de transformar la educación. También estimuló la creación del Ateneo, que el propio Trujillo inauguró con un discurso célebre, al tiempo que introducía los métodos positivistas de enseñanza de la ciencia, y publicaba la *Revista de Educación*.

Igualmente, impartía cursos y conferencias, aprovechando sus viajes de inspección en su calidad de Superintendente de Educación, así como en los programas de organizaciones como Acción Cultural,²⁰⁸ o como la Universidad de Santo Domingo, donde dictó un curso sobre Literatura Española, que permitió la creación de la Facultad de Filosofía y Letras. También solicitó la abolición de los exámenes para los alumnos destacados y disminuyó los períodos lectivos, así como extendió los horarios de clase. En fin, que en medio de una situación de limitaciones extremas y poder absoluto intentó echar a andar las reformas. En realidad, para un espíritu educado en la expresión liberal del pensamiento, llevar a cabo una reforma educativa en el seno de un régimen que ejecutaba un proceso de imposición autoritaria, resultaba una tarea improbable. Todo indica que él lo supo desde el principio y se movió cuidadosamente para no perjudicar a sus familiares.

En junio de 1933 se marchó del país, envuelto en un silencio que lo acompañó por el resto de su vida. Había mandado

²⁰⁸ Acción Cultural fue una agrupación cultural fundada en los primeros años del gobierno de Trujillo, el 31 de agosto de 1931, integrada por un número considerable de los más prestigiosos intelectuales dominicanos y presidida por Manuel Arturo Peña Batlle. Tuvo una vida efímera y entró en contradicción con la política cultural del régimen.



Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo, cuando era Superintendente General de Enseñanza, junto a Julio A. Mota, Salvador Colombino, Enrique García, Andrés Avelino, Ramón Báez López-Penha, Hernán Mejía, Silvain Coiscou, Rafael Onofre Marmolejos, Juan V. Gómez Oliver, Osvaldo Báez Soler, y las damas Miriam G. Mejía, Abigaíl Mejía de Fernández, Emilia Villanueva y Josefa Almánzar.

a su mujer y sus dos hijas a París, con el pretexto de visitar al abuelo Francisco que era jefe de la legación dominicana en Francia, y alegando enfermedad se les unió, embarcando por Puerto Plata el día 29, en el vapor francés *Macorís*. Esa “materia errante” en que se había convertido su vida miraría con ojos de benevolencia las aguas del Atlántico puertoplateño, que nutrieron de yodo los pulmones de Salomé, y lo habían visto a él, un niño todavía, iniciar su vida de extranjería perpetua. Ahora sí, únicamente regresaría hecho despojos mortales, pensaría empujado sobre la baranda del vapor, extasiado en la roja arena que se dibujaba en la playa bañada por las aguas del Atlántico.

Pero Trujillo no perdonó el desplante y reaccionó de inmediato. El mismo día que Pedro llegó a París, el 19 de julio, su padre recibió un telegrama informándole que la legación sería reducida, lo que le pareció un plan que se cumplía paso a paso.²⁰⁹ Francisco Henríquez y Carvajal cuenta que no le comunicó nada a Pedro esa noche “por no echar una gota de ajeno en medio de su alegría”. Pedro intenta quedarse en Europa con la familia, probando posibilidades en España, pero el ofrecimiento de trabajo que consigue solo alcanza para cuatro o cinco meses. Trujillo ha seguido molesto y el 30 de julio Francisco Henríquez y Carvajal le escribe a Max, de nuevo, preocupado, aunque “quizás la situación no sea tan agudamente grave para nosotros, la situación en Santo Domingo, y nos permita prepararnos mejor a la organización de un mejor plan o sistema de vida”.²¹⁰ Solo que la situación sí era grave, puesto que para Trujillo renunciarle a un cargo implicaba una ofensa personal,

²⁰⁹ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, *op. cit.*, p. 253.

²¹⁰ *Ibíd.*, pp. 258-260.

una altanería. En el trujillismo cuidaban con esmero el manejo de los mecanismos de humillación como parte de la concepción del poder, y aunque Pedro Henríquez Ureña lo ignoraba, ponerse por encima de la general abyección de los mortales que servían al régimen, incluyendo a su propio hermano, era un acto de provocación. El 8 de agosto Francisco Henríquez y Carvajal fue destituido con la excusa de “poderosas razones económicas”, pero ese mismo día, en Santo Domingo, Trujillo hacía declaraciones al periódico *Listín Diario* en las que afirmaba que “a pesar de la competencia del ilustrado Dr. Pedro Henríquez Ureña, éste no pudo realizar con éxito la obra intensa de reforma pedagógica que él le había confiado; y en consecuencia, ahora encomienda la misma labor a Ramón Emilio Jiménez, que ya había desempeñado el cargo de Superintendente con toda propiedad y acierto”.²¹¹ Fran, quien ocupaba un cargo secundario en otra legación extranjera, también fue cancelado, y solo Max permaneció al servicio del régimen, sujeto a prueba de fidelidad continua, según el método que Trujillo impuso. Fue trasladado poco después, justamente a la Argentina, y más adelante, a Francia.

El padre, quien ha vivido físicamente alejado del país y desconoce que ese es un típico procedimiento trujillista, no logra explicarse la magnitud de la embestida: “Yo no me explico qué ha podido pasar, si es que esta atmósfera asfixiante en que se nos quiere ahogar arranca del conflicto surgido con Federico, o si existe otro motivo, desconocido para nosotros. Es triste que esté uno dando pruebas de lealtad, de capacidad, de consagración a la labor que se le encomienda, y a cambio de tales

²¹¹ *Ibíd.*, p. 263.



Max Henríquez Ureña.

cosas reciba desconsideraciones o injusticias”.²¹² Pocos meses después se retiró a La Habana, y luego a Santiago de Cuba, con la carga de una numerosa familia por la que siempre daba la cara. De sus constantes apremios económicos por darle una formación académica a cada uno de sus hijos, o por proporcionarle el sostenimiento a Fran, quien durante un largo tiempo dependió económicamente de él, hay pruebas abundantes en el intercambio epistolar que sostuvo con Pedro, y sobre todo con Max, quien había sido trasladado a la Argentina como jefe de Legación. Pidiéndole colaboración a Max para afrontar todos los gastos de una parentela numerosa que educaba con gran esmero, y reventando la consulta médica hasta más no poder, murió el día 6 de febrero de 1935, en medio de apremios económicos agobiantes. Recibió todos los honores de un Presidente y, llevado en hombros hasta el cementerio por dominicanos y cubanos, fue exaltado por la firme trayectoria de su vida frente a las más disímiles circunstancias.

Desde junio de 1933, fecha en que regresó a la Argentina, Pedro Henríquez Ureña no articuló una sola palabra para condenar o alabar el régimen de Trujillo. Se mantuvo en silencio, evasivo, cercado por el temor de que cualquier cosa que dijera perjudicaría a su familia. Hubo incluso provocaciones que él rechazó invocando una extraña moral que le prohibía hablar de los gobernantes de su país fuera de este.²¹³ Cumplió de esta manera, y sin saberlo, con un precepto fundamental de la

²¹² *Ibíd.*

²¹³ Carta a José García Monge, Costa Rica, 16 de julio de 1936, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, Cuba (citado por Diony Durán en *La flecha de anhelo*, *op. cit.*, p. 146).

legitimación trujillista: el código del silencio, lo que permitió que Trujillo le restituyera algunos dones a sus familiares, y que a él mismo le ofreciera la legación argentina. Incluso hizo más: firmó aquella ridícula solicitud para que le otorgaran el Premio Nobel de la Paz a Trujillo. En carta del 6 de abril de 1936, que envía a Max, le comunica: “Rodríguez Demorizi me escribe que Trujillo me ha concedido una condecoración. No sé qué disparate será. Creo que será en pago de haber firmado la petición del Premio Nobel, cosa inocua a que no podía negarme. En esos días se había firmado el cambio de nombre de la capital, y nadie quería firmar”.²¹⁴ Quizás Pedro Henríquez Ureña ignoraba el grado de megalomanía de Trujillo, pero la solicitud de otorgamiento del Nobel, pedida en un memorial por los catedráticos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santo Domingo con motivo de los acuerdos fronterizos firmados por Trujillo con el presidente haitiano Stenio Vincent, formaba parte de un proceso de endiosamiento del dictador que llegaría al mito, y era un tema particularmente sensible de su personalidad engreída. De modo que el gesto se le agradecerá. Unos meses después se desencadenaría la masacre de haitianos de 1937, y lo del Nobel se esfumaría como un sainete trágico ante los ojos del mundo. Pero después de esa farsa Trujillo hizo gestos de acercamiento para atraer hacia su régimen a una figura que era ya reconocida a nivel mundial como uno de los pensadores de mayor importancia en la historia del continente americano. En el trujillismo ninguna figura dominicana que se destacara en cualquier disciplina quedaba fuera del aparato del Estado. Es natural que dadas las dimensiones que había

²¹⁴ Familia Henríquez Ureña, *Epistolario*, *op. cit.*, pp. 319 y 320.



Rafael Leonidas Trujillo, el tirano que gobernó el país con mano férrea, controló a su antojo a todos los sectores de la sociedad, pero nunca contó con la simpatía de la familia Henríquez Ureña.

adquirido Pedro Henríquez Ureña, y la finísima prudencia con que había manejado los ataques a sus familiares y a él mismo después de su renuncia a la Superintendencia de Educación en el 1933, se convirtiera en una presa apetecible para darle cierto brillo a un régimen internacionalmente acosado.

En una carta a Max enviada a Londres el 19 de junio de 1936, Pedro le comunica la intención de Trujillo de nombrarlo jefe de la legación dominicana en Buenos Aires: “El día 9 me avisó Alvarez Aránguiz que había recibido telegrama del Presidente Trujillo preguntándole si yo aceptaría la Legación en Buenos Aires. Como casualmente tenía pendientes aquí varios problemas, pedí diez días para arreglarlos. No se han arreglado del todo, pero de cualquier manera ayer se telegrafió diciendo que yo podía aceptar. Todavía hoy no se ha recibido respuesta”.²¹⁵ Pero el 25 de junio vuelve y le escribe otra carta a Max en estos términos: “Gran sorpresa habrá de producirte —supongo que pronto te enterarán de Santo Domingo, si no lo han hecho ya— la noticia de que al fin no he podido aceptar la legación. Después de haber dicho que sí, a instancias de Isabel y de otras personas, aunque mis asuntos aquí no habían quedado arreglados, tuve que decir que al fin no podía. Por fortuna, ni el nombramiento estaba hecho, porque iba a hacerse a principios de julio, ni el plácet se había pedido aquí”.²¹⁶ Después de esta evasiva para rechazar el nombramiento sin afectar a su familia, que había vuelto a tener algunos cargos en el gobierno trujillista (sobre todo Max, quien seguirá siendo una figura de primer orden, en el aspecto intelectual, para el régimen; y Fran,

²¹⁵ *Ibid.*, pp. 320-321.

²¹⁶ *Ibid.*, pp. 324-325.

que mantendrá relaciones con el régimen desde La Habana), Pedro Henríquez Ureña se distanciará del gobierno de Trujillo. En esos mismos días, tras la muerte de la tía Ramona Ureña Díaz, Trujillo le envía un telegrama de condolencia. Luego pretenderá atraerlo para que dicte algunas conferencias en el país. La correspondencia revela que poco antes de su muerte su rechazo al régimen era abierto. En una carta a Max del 20 de septiembre de 1944, le comenta lo siguiente: “Ya en tiempos de Gilberto Sánchez Lustrino me hicieron una invitación para conferencias en Río. Yo había aceptado la idea, en conversación con él, pero con la suposición de que la invitación sería de la Universidad. Cuando al fin escribí —a Pedro Troncoso— la invitación era del gobierno; yo debía contestar para que se formalizara. Siendo del gobierno hice decir que no. Hace cosa de dos meses me transmitió —Carlos Sánchez y Sánchez— una invitación para ir a la Universidad de Santo Domingo (y otra a Angel Rosenblat); también dije que no”.²¹⁷ Al momento de su muerte, su separación era radical con respecto al régimen trujillista,²¹⁸ aunque siempre con el temor de afectar a sus familiares, conocedor, además, de la capacidad de respuesta del trujillismo, cuyo amargor había probado con motivo de los acontecimientos del 1933, después de su renuncia del cargo de Superintendente de Educación.

Tras su llegada a la Argentina, en 1933, Pedro Henríquez Ureña se insertó en la dinámica de la vida académica, en el

²¹⁷ *Ibíd.*, pp. 379-380.

²¹⁸ Ver artículo de Pericles Franco Ornes, “Pedro Henríquez Ureña y su patria dominicana”, *Ponencias*, Semana Internacional en Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1996, pp. 421-427.

debate intelectual promovido por el grupo de la revista *Sur*, en la producción editorial (coopera con *Sur*, trabaja en Espasa-Calpe y luego en Losada); lo que se sumaba a la presión que suponía mantener una familia (Isabel y Natacha, sobre todo, eran muy enfermizas) en un nivel de vida decoroso. Era, en realidad, una tensión inenarrable que él afrontaba multiplicándose de mil maneras. Un aspecto doloroso fue la definición de su estatus profesoral, que estuvo sujeta a que asumiera la nacionalidad argentina, puesto que una disposición indicaba que para ser titular en las universidades era necesario ser argentino. A esto se sumaban las disposiciones que limitaban el número de cátedras permitidas para un docente que, como en su caso, disponía además de un cargo técnico (como sabemos, era secretario del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires). Se negó a optar por la nacionalidad argentina, manteniendo su nacionalidad dominicana, apegado a la nostalgia entrañable de su isleta lejana (que Jorge Luis Borges dice que transformó en una metáfora de América para poder sobrevivir en su errancia infinita), y murió siendo un profesor de categoría inferior a la que correspondía a sus méritos y nombradía internacional. Aunque en 1937 fue nombrado profesor suplente de la Universidad de Buenos Aires (“sin curso y sin sueldo” –le comunica él a Camila, en una carta del 21 de enero de 1937), su radio de acción cotidiana para mantener el trabajo profesoral en La Plata y Buenos Aires, con esa categoría, era claramente inhumano. Su agotamiento físico era tan evidente que llegó a alarmar a Alfonso Reyes (durante el período argentino de Pedro, el mexicano fue dos veces jefe de la legación mexicana en la Argentina) en forma desmesurada. Pero siempre mantuvo sus cátedras, incluso a la hora de su muerte pensaba en la



Alfonso Reyes con el antiguo uniforme de gala diplomático, 1930.

media jubilación (la jubilación entera no le era aplicable porque sus muchas ausencias, en cursos y conferencias en el extranjero, más el período de superintendente en República Dominicana, no le computaban los veinte años requeridos de servicio, y porque no era argentino) para dedicarse al trabajo editorial y a escribir, sin que le alcanzara la vida para hacerlo. Cuando murió cargaba el maletín con las notas del profesor abrumado, y los apuntes de clase de sus alumnos, que llevaba como siempre con un rigor y una observación personalizada.

Su otro frente, el de asiduo frecuentador de las tertulias y agrupamientos de los integrantes de “la alta cultura”, se desplegó en la Argentina alrededor del grupo exclusivo de la revista *Sur* (quienes serían el equivalente de los jóvenes del Ateneo, en México) formado, entre otros, por Eduardo J. Bullrich, Jorge Luis Borges, Francisco Romero, Eduardo Mallea, Enrique Bullrich, Victoria Ocampo, Norah Borges, Silvina Ocampo, Oliverio Girondo, María Rosa Oliver, Guillermo de Torre, Adolfo Bioy Casares, Ramón Gómez de la Serna. Según los estudios del director Pedro Luis Barcia sobre el papel de Pedro Henríquez Ureña en este cenáculo de celebridades, sus intervenciones orales eran esperadas con sumo interés por los participantes en los debates que la revista *Sur* organizaba. Barcia estudia un aspecto de suma trascendencia en la obra total de Pedro Henríquez Ureña: el influjo de su oralidad. Son muchos los ex alumnos del maestro dominicano que afirman que su capacidad expositiva era un deleite y, de hecho, quizás la parte más importante de su fecunda existencia fue su magisterio. En el prólogo a la *Obra crítica*, Jorge Luis Borges señala los rasgos finos de su oralidad erudita y el sesgo ingenioso que adoptaba para responder los yerros de los otros. Y para expresar el gozo que era verlo y escucharlo hablar, cuenta la historia del judío “que fue al

pueblo de Mezeritz, no para escuchar al predicador sino para ver de qué modo éste se ataba los zapatos”, porque en ese maestro –como en Henríquez Ureña–, “todo era ejemplar, hasta los actos cotidianos”. Y es, por ejemplo, en sus actos cotidianos como profesor donde Enrique Anderson Imbert logró capturar, desde la oralidad, una obra como las notas sobre Bernard Shaw, extraídas directamente de los apuntes de cátedras en la Universidad de La Plata. Barcia, en cambio, va desgranando lo que de su oralidad ha quedado, sacándolo de las versiones taquigráficas en que se recogían los debates organizados por la revista *Sur*. Desde 1940 hasta 1945 sus intervenciones en el grupo de esta revista le labran un bien ganado prestigio a su erudición. Refiriéndose a su participación en el seno de este grupo fundamental de la cultura argentina, su inspiradora y guía, Victoria Ocampo, escribe:

La presencia de Pedro cuando había extranjeros a quienes era necesario explicar qué es América, o contra los cuales urgía defenderla, obraba milagros. Estábamos seguros de que iba a saberlo todo, a encontrar para todo la respuesta inmediata, y a cantarle las verdades al más pintado con perfecta cortesía. Nunca perdía su aplomo ni su presencia de espíritu. Nos gustaba provocar estas justas, cuando no se organizaban espontáneamente en el curso de la conversación. Pedro era siempre el más sereno, el más hábil y el más informado. Oírle hablar de América, cuyo pasado y presente parecía conocerse de memoria, como pocos escritores en el mundo entero, era de un interés inagotable. [...] Quizá él ignoraba hasta qué punto era una felicidad y un orgullo el contarle entre los amigos fieles de *Sur*.²¹⁹

²¹⁹ Pedro Luis Barcia, “Pedro Henríquez Ureña y los debates de la revista *Sur*”, *Ponencias*, *op. cit.*, p. 141.

Formó parte del Consejo de Redacción de la revista *Sur* y orientó a su directora Victoria Ocampo. Respondía con su firma muchas de las correspondencias y escribía frecuentemente en sus páginas. Está de más insistir en lo que ha significado en la historia de la cultura argentina esta revista, pero si hubiera que repartir méritos, es claro que Pedro Henríquez Ureña puso en ella un grado de altura y preocupación rigurosa que ayudó a convertirla en el referente que es hoy.

En cuanto a su trabajo editorial, se inició con Espasa-Calpe argentina, pero la intromisión del franquismo en la política de selección de textos lo obligó a abandonar la empresa. Junto a él salieron Amado Alonso y Gonzalo Losada, el antiguo gerente de Espasa-Calpe, y fundaron la Editorial Losada, un nombre ya consagrado en el mundo editorial. Esta ruptura con Espasa-Calpe es una de las pocas ocasiones en las que Pedro Henríquez Ureña argumenta asuntos políticos para justificar una decisión. Dirigiéndose a su amigo Alfonso Reyes, a quien los dueños de Espasa-Calpe le habían pedido autorización para publicar su versión del *Cid*, le advierte que “esa es una empresa que tiene que obedecer a los dictados franquistas”,²²⁰ y muestra una clara repulsa por el dictador español Francisco Franco.

Su trabajo en la Editorial Losada es ampliamente conocido: dirigió la colección “Cien obras Maestras”, selección de los textos clásicos que tuvo un éxito editorial inmediato, y de los cuales por lo menos veinte llevan sus prólogos o estudios. También difundió las obras de Sor Juana, Kafka, Lorca y numerosos autores, y con Losada bordeó la posibilidad de producir a un escritor profesional mediante contratos serios y respetuosos.

²²⁰ *Epistolario íntimo, op. cit.*, pp. 447-449.



Pedro Henríquez Ureña (sentado, a la izquierda) en una presentación de la revista *Sur*, acompañado de Jorge Luis Borges, Francisco Romero, Ramón Gómez de la Serna, Victoria Ocampo, entre otros, 1931.

Su vuelta a la Argentina, luego de la frustración en la Superintendencia de Educación de la República Dominicana, lo volcó frenéticamente hacia el estudio de su país de origen. Desarrolló casi un compendio de sus expresiones espirituales, abarcando los modos más característicos del ser dominicano, y profundizó la particularidad lingüística. En 1936 publicó su libro *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, y en 1940 *El español en Santo Domingo*. Y entre uno y otro fue escribiendo sobre temas dominicanos armado de su erudición y capacidad de investigación, labor que prosiguió hasta su muerte. Todo lo abarcó, en un afán angustioso de impregnarse de sus propios orígenes: historia, política, filosofía, música, dialectología, personajes de la cultura española que pasaron por la isla y dejaron su estela bienhechora, edificaciones coloniales, primogenituras de universidades, cabildos, lengua y religión; sorprendentes destellos culturales que hablan por sí solos de esa aventura espiritual que lo conmueve.

Los últimos años de su vida son agotadores, es cierto; pero culminan su plenitud intelectual de manera rotunda, ratificando aquella precocidad anunciadora que lo convirtió en proyecto de sí mismo desde los primeros años de su existencia. Desde 1938 es accionista de Losada, imparte sus cátedras de La Plata y Buenos Aires, compila una *Antología clásica de la literatura argentina*, junto a Jorge Luis Borges; realiza sus investigaciones para el Instituto de Filología, escribe en periódicos y revistas especializadas de Argentina y otros países, participa de debates y conferencias y sale al extranjero a dictar cursos de verano (como a Chile y Estados Unidos), por lo que puede mejorar su situación económica. Pero el costo es muy alto para su salud. En una carta de 1939 le confiesa a Alfonso Reyes que: “Cada



Con Jorge Luis Borges, además de cultivar una buena amistad, compiló la *Antología clásica de la literatura argentina* en 1938.

día se hacen más apretados los años, y cada día me encuentro con menos tiempo para todo. Contra las reglas de previsión de las compañías de seguros, trabajo más mientras más avanzo en edad”.²²¹ Lo que no impide que un año después produzca las dos formidables síntesis de su pensamiento y sus juicios críticos sobre América que son *Las corrientes literarias en la América hispánica* e *Historia de la cultura en la América hispánica*.

Las corrientes literarias en la América hispánica es un libro producto de una circunstancia extraordinariamente especial, la invitación que le giró la Universidad de Harvard para ocupar la cátedra Charles Eliot Norton, en la cual dictó un curso en idioma inglés (para entender la dimensión que Pedro Henríquez Ureña había alcanzado hay que ver las actividades que realiza al mismo tiempo. Ver la carta que envía a Alfonso Reyes detallándolo todo, el 25 de abril de 1941). La invitación lo convirtió en el primer hispanoamericano que asumió esta cátedra, antes frecuentada por figuras de talla mundial como Gilbert Murria, Albert Einstein e Igor Stravinsky. Durante todo el año lectivo de 1940-1941 Pedro Henríquez Ureña desarrolló sus clases en el Fogg Museum of Art, y las ocho conferencias que lo integraban se publicaron en idioma inglés en Cambridge, en 1945, con el título de *Literary currents in Hispanic America*. Después de su muerte, en 1949, con traducción de su amigo Joaquín Diez-Canedo apareció una edición mexicana con el título que hoy conocemos: *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Libro reconocido hasta la saciedad, su impronta queda como una de las grandes síntesis de nuestra historia particular. En cierto modo, es una continuidad de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (él

²²¹ *Ibíd.*, p. 467.



Pedro Henríquez Ureña y el historiógrafo dominicano Emilio Rodríguez Demorizi en la Universidad de Harvard, 1941.

mismo advierte, en la introducción del libro, que el curso se anunció como “En busca de nuestra expresión”, y establece este nexo ineludible) y da el toque final al edificio de ideas que sobre el mundo americano erigió su pensamiento indagador. Refiriéndose a este libro, Emilio Carilla establece: “*Las corrientes literarias...* es el final de un largo proceso que alcanza su meta —adivinamos— en el momento oportuno. Es decir, cuando casi una vida dedicada al tema lo obligan a concretar finalmente esta obra de síntesis y larga sedimentación”.²²²

Igualmente, como síntesis magistral de su pensamiento, en estos días finales de su vida, Pedro Henríquez Ureña escribe su libro *Historia de la cultura en la América hispánica*. Max dice, en *Hermano y maestro*, que “la terminó tres días antes de que lo sorprendiera la muerte”,²²³ como si bregara contra su designio y le urgiera dejarla como testamento. Se publicará póstumamente en 1947 y, junto a *Las corrientes literarias en la América hispánica*, se convertirá en obra medular de todo su pensamiento americanista. Ambos libros conjugan un conjunto de datos, fechas y nombres, bailando alrededor de las obras artísticas y literarias de los más significativos momentos creativos del continente con la música de la historia. Es un fresco gigantesco, casi increíble, de acontecimientos, obras y personajes, que se despliegan sobre un telón de fondo explicado en atención a su formación particular y su resultado espiritual. Empleando uno de los rasgos de su estilo más conocido, estas dos obras de su madurez plena fundan el juicio en la erudición, pero con una prosa tan diáfana, tan fluida, que apunta a la divulgación. Siglos

²²² Pedro Henríquez Ureña, *signo de América*, *op. cit.*, p. 94.

²²³ *Hermano y maestro*, *op. cit.*, p. 48.

angustiosos de vida espiritual atraviesan su verbo creador: la colonia, ese espacio en el que se asientan en el mundo americano el alma y el espíritu del conquistador europeo; el período de la Independencia, etapa en la que proclamamos señorío e iniciamos la otra independencia, la espiritual, que llena sus afanes intelectuales, y que él busca sacar a flote en su especificidad. Y, finalmente, esas sublimes etapas de bruteza en las que reina la anarquía y sobreviene el caos; hasta alcanzar la organización de un mundo que ha batallado por su definición, y desde el penacho de su historia convulsa muestra lo propio. Es tan abundante el material informativo (las fechas, los estudios puntuales, las obras y los nombres de grandes figuras de las artes y la literatura, los numerosos acontecimientos que maneja), que todavía hoy causa admiración su sorprendente maestría al engarzar las piezas fundamentales de los períodos de nuestra historia espiritual. Desde estos dos libros esenciales, se puede decir sin exageración, se organizaron las periodizaciones de la historia de la literatura hispanoamericana y la historia de la cultura. Su palabra fue palabra canónica, porque todavía hoy, son esas figuras que él nombró los clásicos de nuestra cultura, y esos períodos que él organizó desde el caos de la historia, nuestras referencias obligadas; y esas obras en las que él introdujo el escalpelo, los escalones primarios de nuestro andar. Su visión fue siempre de antologista, con la puntería de quien sacaba a flote lo valioso y verdaderamente perdurable. Todo en un cuerpo sintético, porque, según él mismo proclamó, “la síntesis, no el análisis, debe ser el fin supremo del crítico”.

Por el inicio de los años cuarenta publicó también su conocido libro *Plenitud de España*, volviendo en esta etapa de madurez a uno de sus temas centrales, pero con una idea diferente a la

que había vertido en su libro *En la orilla. Mi España*, de 1922. Aquí se plasma una visión aguda del valor de los clásicos de la lengua, medievales e integrantes del llamado “Siglo de Oro”, y reitera su afiliación, incluso crítica a través de la figura sobre-determinante en él de Menéndez y Pelayo, a la cultura hispánica. Son piezas publicadas ya en periódicos y revistas, pero que alcanzan un gran valor al verlas integradas. Alfonso Reyes se lo comenta en carta del 13 de julio de 1940: “Me ha dado mucho gusto recibir tu ‘Plenitud de España’. Creo indispensable recoger las cosas, organizarlas, ponerlas en valor, porque escribimos para públicos desatentos y negligentes”.²²⁴ Su gran amigo, el mexicano más universal, se había ya aposentado en su país de origen e iniciaba eso que le recomendaba a Pedro, el errante sin fin. Tenía casa nueva y brillo de astro sideral, una obra impresionante y una formación humanística que llegaba a la erudición. Era un intocable, un lucero distante, más allá del bien y el mal, aunque le dolieran las cosas del mundo y se compadeciera del amigo lejano. El dominicano, en cambio, seguía siendo un viandante.

En 1941, de regreso de sus conferencias de Harvard, va a Cuba para ver a sus familiares, pero —le informa a Reyes desde el vapor *Santa Elena*— “me fue imposible intentar siquiera el viaje a México”. Mira las mismas aguas azules que abrieron su sentido a la aventura, en aquel lejano 1906, y apura el cáliz de la memoria. Pero siente los aires de la familiaridad, porque en Cuba ve a “sus dos hermanos, Fran y Camila, y a mis tres medios hermanos, y a mis cuatro cuñadas”, y a toda la larga parentela derivada de la prole del padre. Y aunque “fui a descansar, di

²²⁴ *Epistolario íntimo, op. cit.*, pp. 471-472.



Pedro Henríquez Ureña, 1940.

nueve conferencias y media”, y se regocija porque le han dado un calor inmenso, en particular esos a quienes llama “amigos infinitamente fieles, como Lizaso y Brull, para quienes mi llegada [...] fue una inyección de vitamina contra su malestar”.

Tiene que regresar a la Argentina y ya está atormentado por el ritmo de trabajo a que se tendrá que incorporar. Le hubiera gustado quedarse unos días en Lima pero “no creo que podré, porque eso significaría perder días de trabajo en Buenos Aires, y ya debo reintegrarme a mis clases”.²²⁵ Es su signo, la intensidad de su existencia la que lo conmina a la acción. Hablando de ese designio, Enrique Krauze escribe:

La contraparte de un destino errante es la intensidad. Si todo es frágil y provisional, hay que robar horas a la noche y días a la semana. No descansar nunca, no dejar nada al azar o al desorden; no diferir. Henríquez Ureña desplegó su misión en cada resquicio que le permitió el exilio. Nunca desperdiciaba ocasión de guiar, enseñar, aconsejar. Su vasto sacerdocio intelectual tuvo dos vertientes claras y complementarias: el magisterio y la crítica. El primero pudo provenir de las remotas catacumbas dominicanas. Su vocación crítica fue de origen posterior.²²⁶

Aquel 11 de mayo de 1946, cuando tomó el portafolio con las notas y se dirigió a la Editorial Losada, para luego irse a La Plata a impartir sus clases de literatura, ese signo errante se sellaba con el absoluto de la muerte, y se convertía –en lo cóncavo del espacio y el tiempo, como diría Borges– en metáfora de

²²⁵ *Ibid.*, p. 475.

²²⁶ *El crítico errante, op. cit.*, p. 35.

sí mismo. Iba a dar sus lecciones habituales en La Plata, tomó el tren en la estación Constitución de Buenos Aires y se quedó viajando para siempre, eternamente esperado por sus alumnos en La Plata, y corrigiendo por toda la eternidad las fichas de clase. El profesor Augusto Cortina, que viajaba habitualmente con él, vivió los últimos minutos de su vida, y los narra de la siguiente manera:

El sábado 11 de mayo de 1946 había tomado yo asiento en el tren a La Plata. Eran las 12 y 15. Don Pedro llegó, como de costumbre, al minuto. Antes de sentarse a mi lado, colocó su sombrero en la repisa del tren. Me dijo: —¿Quiere que coloque el suyo?, y la acción siguió a la palabra. Tomó asiento tranquilamente. —¿Cómo le va? —le pregunté. Entonces se llevó a la frente el dorso de la diestra semicerrada, y se desplomó a mi lado. Lo miré sorprendido: pensaba que, como otras veces, se proponía dormir un rato. Advertí entonces su rostro ligeramente descompuesto. Después, por cortos momentos, un leve ronquido.

Se agolparon los pasajeros, que a esa hora son muchísimos. Mientras lo sostenía, pedí que buscaran un médico. Lo hallaron y vino, pero todo fue inútil. Nuestro amigo no dio ninguna otra señal de vida. El diagnóstico: síncope cardíaco [...] Todo había concluido en menos de quince minutos.²²⁷

Así moría Pedro Henríquez Ureña, en un tren, rumbo a su cátedra, poseído de la urgencia de nombrar las realizaciones espirituales de un continente perdido en su propia virginidad expresiva. Aferrado a un rigor moral, dueño de un insobornable

²²⁷ Augusto Cortina, “Cómo murió Pedro Henríquez Ureña”, *Ponencias*, *op. cit.*, pp. 409-411.

sentido de la honradez y de la justicia, su vida se empinó como realización sobre un ideal ético inflexible. Vivió errante y murió errante, y todavía hoy, las relaciones de fuerza de su país natal, la República Dominicana, no han sentido vergüenza por ello, esa burguesía que jamás se ha legitimado en la cultura. Nadie se había exigido a sí mismo tanto, nadie tensó y sacrificó su propio espíritu en aras de la perfección asumida como un ideal. Aquel hombre sencillo, humilde, bondadoso y sabio, que moría aferrado al maletín de tareas, dejaba escapar en el símbolo de su muerte la metáfora de su propio trajinar en la vida. Y allí quedó. No era la muerte la que lo vencía, es que el tren nunca llegó a su destino.



Bibliografía Activa

- A Concise History of Latin American Culture.* Traducción y capítulo complementario de Gilbert Chase. New York, Praeger, 1967.
- Antología clásica de la literatura argentina.* Con la colaboración de Jorge Luis Borges. Buenos Aires, Kapelusz, 1937.
- Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común.* La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1930. (Cuadernos de Temas para la Escuela Primaria, 20).
- Apuntaciones sobre la novela en América.* La Plata, Humanidades, 1927.
- Cien de las mejores poesías castellanas.* Selección de Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, Kapelusz, 1929.
- Cuentos de la Nana Lupe.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966.
- Desde Washington.* La Habana, Casa de Las Américas, 1975.
- Don Juan Ruiz de Alarcón.* Conferencia pronunciada en la Librería General, la noche del 6 de diciembre de 1913. México, Nosotros, 1914.

- El endecasílabo castellano*. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1944.
- El español en México, los Estados Unidos y la América Central*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1938. (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo IV).
- El español en Santo Domingo*. Buenos Aires, Facultad de Filología y Letras, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología, 1940.
- El libro del idioma. Lectura, gramática, composición, vocabulario*. En colaboración con Narciso Binayán. Buenos Aires, Kapelusz, 1927.
- El nacimiento de Dionisos*. Nueva York, Las Novedades, 1916.
- El supuesto andalucismo de América*. Buenos Aires, Universidad, 1925.
- El teatro de la América Española en la época colonial*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Estudios de Teatro, 1936. (Cuadernos de Cultura Teatral, 3).
- En la orilla. Mi España*. México, Editorial México Moderno, 1922.
- Ensayos*. Selección y prólogo de José Alcántara Almánzar. Santo Domingo, Taller, 1976. (Biblioteca Taller, 67).
- Ensayos críticos*. La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1905.
- Ensayos en busca de nuestra expresión*. Introducción de Alfonso Reyes y Ezequiel Martínez Estrada. Buenos Aires, Raigal, 1952.
- Estudios de versificación española*. Compilación de Ana María Barrenechea y Emma S. Speratti. Buenos Aires, Departamento Editorial de la Universidad de Buenos Aires, 1961.
- Estudios mexicanos*. Edición de José Luis Martínez. México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1984.

- Gramática castellana*. En colaboración con Amado Alonso. Buenos Aires, Losada, 1971.
- Historia de la cultura en la América Hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1947.
- Historia de la cultura en la América Hispánica*. La Habana, Gente Nueva, 1979.
- Horas de estudio*. París, Ollendorf, 1910.
- Humanismo de América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Juan Ruiz de Alarcón, dramaturgo mexicano*. México, Instituto Guerrerense de la Cultura, 1989.
- La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. Buenos Aires, Facultad de Filología y Letras, Instituto de Filología, Universidad de Buenos Aires, 1936.
- La enseñanza de la literatura*. México, Universidad Popular, 1913.
- La utopía de América*. Buenos Aires, La Plata Estudiantina, 1925.
- La utopía de América*. Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot; compilación y cronología de Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.
- La utopía de América. La América española y su originalidad*. México, Centro de Estudios Latinoamericanos/Facultad de Filosofía y Letras. Coordinación de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México (UDUAL), 1978.
- La versificación irregular en la poesía castellana*. Madrid, Hernando, 1933.
- Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. México, Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Literary Currents in Hispanic America*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University, 1945.

- Literatura dominicana*. New York/París, Revue Hispanique, 1917.
- Memorias, Diario, Notas de viaje*. Introducción y notas de Enrique Zuleta. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Obra crítica*. Edición, bibliografía e índice onomástico por Emma S. Speratti Piñero; prólogo de Jorge Luis Borges. México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Obra dominicana*. Prólogo de Juan Jacobo de Lara. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1988.
- Obras completas*. 10 tomos. Selección y prólogo de Juan Jacobo de Lara. Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976-1980.
- Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*. Compilación y prólogo de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1977.
- Páginas escogidas*. Prólogo de Alfonso Reyes; selección de José Luis Martínez. México, Secretaría de Educación Pública, 1946.
- Páginas juveniles*. Compilación de Emilio Rodríguez Demorizi. Bogotá, Espiral, 1949.
- Para la historia de los indigenismos. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato. Caribe. Palabras antillanas*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1938. (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo III).
- Plenitud de América. Ensayos escogidos*. Compilación y nota de Javier Fernández. Buenos Aires, Peña Del Giúdice Editores, 1952.
- Plenitud de España. Estudios de la historia de la cultura*. Buenos Aires, Losada, 1941.
- Romances tradicionales en México*. En colaboración con Bertran D. Wolfe. Madrid, Sucesores de Hernando, 1924.

- Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Babel, 1928.
- Selección de ensayos*. Selección y prólogo de José Rodríguez Feo. La Habana, Casa de Las Américas, 1965.
- Sobre el problema del andalucismo dialectal en América*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1937. (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Anejo I).
- Sobre la historia del alejandrino*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología, 1946.
- Tablas cronológicas de la literatura española*. Boston (Massachusetts), Heath, 1920.
- Universidad y educación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección General de Educación Cultural, 1969.

Bibliohemerografía Pasiva

LIBROS

- Álvarez, Soledad: *La magna patria de Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo, Taller, 1981.
- Carilla, Emilio: *Pedro Henríquez Ureña (Tres estudios)*. Tucumán (Argentina), Universidad Nacional de Tucumán, 1956.
- _____: *Pedro Henríquez Ureña, signo de América*. Santo Domingo, Corripio, 1988.
- Cosío Villegas, Daniel. *Memorias*. Joaquín Mortiz, 1976.
- _____: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo y notas de Juan Hernández Luna. México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1962.
- Durán, Diony: *La flecha de anhelo*. Santo Domingo, Comisión Permanente Feria Nacional del Libro, 1992.
- Favaloro, René G.: *Don Pedro y la educación*. Buenos Aires, Centro Editor Fundación Favaloro, 1994.
- Ferreira, Joao Francisco: *Rumo a utopia: uma introdução ao pensamento americanista de Ureña*. Porto Alegre (Brasil), Hytholodeus, 1974. (Incluye bibliografía).

- Goico Castro, Manuel de Jesús: *Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.
- Guitarte, Guillermo: *Sobre el andalucismo de América*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1960.
- _____: *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña. Discursos pronunciados en el acto académico del 29 de junio de 1946*. Santo Domingo, Pol Hermanos, 1947.
- _____: *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*. Ciudad Trujillo [Santo Domingo], Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1947, volumen L.
- Henríquez Ureña, Max: *Hermano y maestro*. Ciudad Trujillo [Santo Domingo], Librería Dominicana, 1950.
- Jiménez Grullón, Juan Isidro: *Pedro Henríquez Ureña: realidad y mito*. Santo Domingo, Librería Dominicana, 1969.
- Krauze, Enrique: *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*. México, Siglo XXI Editores, 1976.
- _____: *El crítico errante*. México, Conaculta, 1999.
- _____: *Pedro Henríquez Ureña*. México, Conaculta, 1999.
- Lara, Juan Jacobo de: *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra*. Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975.
- Lemman, Carlos Alberto: *El poeta creador*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.
- Lida, Raimundo: *Letras hispánicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Nolasco, Flérida de: *Pedro Henríquez Ureña, síntesis de su pensamiento*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1966.
- Pucciarelli, Eugenio: *Pedro Henríquez Ureña. Humanista*. Buenos Aires, Centro de Estudios Filosóficos, 1984.

- Rodríguez Demorizi, Emilio: *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*. Ciudad Trujillo [Santo Domingo], Pol Hermanos, 1947.
- Roggiano, Alfredo: *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. México, Cultura, 1961.
- _____: *Pedro Henríquez Ureña en México*. México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, 1989.
- Sábato, Ernesto: *Pedro Henríquez Ureña*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967.
- Sánchez, Luis Alberto: *Historia comparada de las literaturas americanas*. Buenos Aires, Losada, 1973.
- Torri, Julio: *Tres libros*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Vargas, José Rafael: *La integridad humanística de Pedro Henríquez* (antología). Santo Domingo. Editora de la UASD, 1984.
- Varios autores: *El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña*. Tomo II. Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1984.
- Vasconcelos, José: *Ulises criollo*. México, Ediciones Botas, 1935.

ARTÍCULOS

- Alatorre, Antonio: “Para la historia de un problema”, *Anuario de Letras*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, t. IV, 1964.
- Alonso, Amado: “Pedro Henríquez Ureña investigador”, *Sur*, a. XV, No. 141, julio de 1946, pp. 28-33. Discurso pronunciado en el acto de homenaje del Colegio Libre de Estudios Superiores, el 10 de julio de 1946.

Anderson Imbert, Enrique: “De la stirpe americana de los patriarcas”, *La Nación*, 31 de mayo de 1981, p. 3. Discurso con motivo de la expatriación de los restos de Pedro Henríquez Ureña.

_____: “Pedro Henríquez Ureña 1884-1946. El conocimiento y la acción”, *La Nación*, domingo 1º de julio de 1984, 4a. sec., p. 1.

_____: “Homenaje a Pedro Henríquez Ureña”, *Sur*, Buenos Aires, a. XV, No. 141, julio de 1946.

_____: “Tres notas sobre Pedro Henríquez Ureña”, en su *Estudios sobre escritores de América*, Buenos Aires, Raigal, 1954.

_____: “Notas sobre Pedro Henríquez Ureña”, en su *Estudios sobre letras hispánicas*, México, Libros de México, 1974.

_____: “Un juicio póstumo sobre las generaciones literarias”, *Realidad*, a. II, vol. IV, No. 12, noviembre-diciembre de 1948, pp. 354-356.

Anónimo: “Reseña de *Cien mejores poesías castellanas*”. *Nosotros*, a. 24, t. 68, No. 251, abril de 1930, pp. 136-137.

Anónimo: “Reseña de *En la orilla. Mi España*”, Martín Fierro, No. 20, 5 de agosto de 1925, s. p.

Anónimo: “Rindióse homenaje a Pedro Henríquez Ureña en el vigésimo aniversario de su muerte”, *La Prensa*, 19 de mayo de 1970. (Reproduce palabras de Victoria Ocampo y de Roberto Giusti.)

Arias, Augusto: “Poesía de Henríquez Ureña”, *El Comercio*, Quito, 1ro. de noviembre de 1959.

Arrieta, Rafael Alberto: “Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina”, en *Lejano Ayer*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1966, pp. 117-130.

- _____: “Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina”, *Revista Iberoamericana*. Iowa, edición homenaje a Pedro Henríquez Ureña 1884-1946, a los diez años de su muerte, vol. XXI, enero-diciembre de 1956, Nos. 41-42, pp. 85-97.
- _____: “Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina”, *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.
- Avelino, Andrés: “Pedro Henríquez Ureña”, *Anales de la Universidad de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo [Santo Domingo], Nos. 37-38, enero-junio de 1946.
- Bartholomew, Roy: “Imagen de Pedro Henríquez Ureña”, *Revista de la Universidad*, La Plata, UNPL, No. 2, octubre-diciembre de 1957, pp. 144-146.
- _____: “Nuestra América, sí”, *México en la Cultura*, 1957, No. 22, p. 8.
- _____: “Nuevo adiós a don Pedro”, *La Nación*, Buenos Aires, domingo 3 de mayo de 1981, 4a. sec., p. 3.
- _____: Reseña de *Las corrientes literarias...*, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, a. III, 1949, pp. 197-200.
- _____: “Vigencia de Henríquez Ureña”, *La Nación*, Buenos Aires, domingo 6 de enero de 1980, 4a. sec., p. 6. Reseña de *La utopía de América* (Ayacucho).
- Battistessa, Angel J.: “Pedro Henríquez Ureña 1884-1946”, *Revista de Filología Hispánica*, a. VIII, Nos. 1 y 2, enero-junio de 1946, pp. 194-196.
- Borges, Jorge Luis: “El sueño de Pedro Henríquez Ureña”, en *El oro de los tigres*. Buenos Aires, Emecé, 1972, p. 133.
- _____: “El sueño de Pedro Henríquez Ureña”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 1129.

- _____: "Prólogo", en Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña, obra crítica", en su *Prólogos con un prólogo de prólogos*, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1975.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña", *México en la Cultura*, No. 22, enero-marzo de 1957, p. 5.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña", prólogo a la *Obra crítica*. Edición, bibliografía e índice onomástico de Emma Susana Speratti Piñero. México, F.C.E., pp. VII-X.
- Caillet-Bois, Julio: "Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña", *Letras*, a. I, No. 4, diciembre de 1946.
- _____: "Bibliografía de Pedro Henríquez Ureña", *Revista de Filología Hispánica*, a. VII, Nos. 1 y 2, enero-junio de 1946, pp. 196-210.
- Carilla, Emilio: "Pedro Henríquez Ureña", en *Pedro Henríquez Ureña: Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña. Biografía comentada", *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, No. 3, julio-septiembre de 1977, pp. 227-239.
- _____: "El tema esencial de Pedro Henríquez Ureña", *Thesaurus*, Bogotá, No. XXXV, 1980, pp. 122-135.
- Caso, Alfonso: "Pedro Henríquez Ureña", *Letras de México*, México, 15 de julio de 1946.
- Castagnino, Raúl H.: "El nacimiento de Dionisos. Tragedia esquilana de Pedro Henríquez Ureña", *Nuestra América*, México, No. 10, enero-abril de 1984, pp. 97-99 y 102.
- Castellanos, Carmelina de y Castellanos, Luis Alberto: "Notas", en *Pedro Henríquez Ureña*. Prólogo de Ernesto Sábato.

Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967. Selección y notas de los profesores. Además de la selección de textos, cada sección está presentada con una introducción y notas de coordinación.

Castro Leal, Antonio: "Pedro Henríquez Ureña, humanista americano", *Boletín Bibliográfico Mexicano*, México, 31 de julio de 1946.

Cortina, Augusto: "Cómo murió Pedro Henríquez Ureña", *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 15 de diciembre de 1951.

Cúneo, Dardo: "Pedro Henríquez Ureña: guía de búsquedas", en su *Aventura y letra de América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1975.

Cúneo, Santiago: "Pedro Henríquez Ureña en Minnesota, 1916-1921", *Universidad de México*, México, XII, No. 8, abril de 1958.

De Beer, Gabriela: "Pedro Henríquez Ureña en la vida intelectual mexicana", *Cuadernos Americanos*, México, XXXVI, No. 215, noviembre-diciembre de 1977.

Di Pasquale, Roberto: Reseña de *Las corrientes literarias...*, *Sur*, No. 188, junio de 1950, pp. 78-80.

Edelberg, Betina: "Permanencia de Pedro Henríquez Ureña", *México en la Cultura*, No. 22, enero-marzo 1957, p. 12.

Fernández, Javier: "El maestro definidor", *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 15 de junio de 1953.

_____: "Nota preliminar" a *Pedro Henríquez Ureña. Plenitud de América. Ensayos escogidos*. Selección y nota preliminar de J. F. Buenos Aires, Peña Del Giúdice Editores, 1952, pp. 7-10.

Ferreira, Joao Francisco: "Ureña: passos duma experiência americanista", en *Cebela*, Porto Alegre (Brasil), 1, No. 1, 1965.

- Galleti, Alfredo: "Un humanista americano", *Sagitario*, Buenos Aires, abril-junio de 1955.
- Ghiano, Juan Carlos: "Los comienzos literarios", *La Nación*, Buenos Aires, domingo 26 de junio de 1977, 3a. sec., p. 4. Reseña sobre el tomo I de las *Obras completas*. (Santo Domingo).
- _____: "Pedro Henríquez Ureña, maestro de nuestra América", en Pedro Henríquez Ureña: *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*. Compilación y prólogo de J. C. O. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, MCMLXXVI, pp. XIII-L; Serie Estudios Lingüísticos y Filológicos, 1.
- _____: "Una página inédita de Pedro Henríquez Ureña", *La Nación*, domingo 23 de mayo de 1976, 3a. sec. p. 1. Se refiere al denso balance de vida, c. 1944, que Pedro Henríquez Ureña dejó manuscrito.
- Giusti, Roberto: "Discurso en el sepelio de Pedro Henríquez Ureña", en *Cursos y conferencias*, a. XVI, Nos. 169-170, 1946.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña", *México en la Cultura*, No. 22, enero-marzo 1957, p. 9.
- _____: "Un humanista moderno", *La Prensa*, Buenos Aires, 12 de febrero de 1961, 2a. sec., s. p. Reseña de *Obra crítica* (FCE).
- González Lanuza, Eduardo: "El español en América", *La Nación*, Buenos Aires, domingo 26 de junio de 1977, 3a. sec., p. 4. Reseña de *Observaciones sobre el español de América* (Academia Argentina de Letras).
- Guerrero, Luis Beltrán: "Pedro Henríquez Ureña", en su *Prosa crítica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1983, pp. 351-358.

- Gutiérrez Girardot, Rafael: "La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña. Promesa y desafío", en *Aproximaciones. Ensayos*, Procultura, Bogotá, 1986, pp. 65-86.
- Henríquez Ureña, Max: "Hermano y maestro", *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.
- _____: "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", *Juventud Universitaria*, Ciudad Trujillo [Santo Domingo], II, No. 15, julio de 1946. Colaboraciones de L. E. Piña Puello, Flérida de Nolasco, Carlos Federico Pérez y Manuel de Jesús Goico.
- _____: "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", *Letras*, Buenos Aires, año 1, No. 4, diciembre de 1946. Colaboraciones de María Hortensia Lacau, Raúl Moglia y Enrique Pezzoni.
- _____: "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", *México en la Cultura*, Buenos Aires, No. 22, enero-marzo de 1957. Colaboraciones de Jorge Luis Borges, Roy Bartholomew, Roberto F. Giusti, Sonia Henríquez Ureña de Hlito y María Rosa Oliver.
- Jiménez Rueda, Julio: "Pedro Henríquez Ureña, profesor en México", *Revista Iberoamericana*, México, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.
- Leal, Luis: "Pedro Henríquez Ureña en México", *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña, crítico de la literatura hispanoamericana", *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, vol. XXVII, No. 3, julio-septiembre de 1977.
- Lida, Raimundo: "Cultura de Hispanoamérica", *Cuadernos Americanos*, México, VI, 1947.

- Lizaso, Félix: "Pedro Henríquez Ureña, primado de la cultura americana", en *Cursos y conferencias*, Buenos Aires, 1947.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña y sus presencias en Cuba", *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.
- Matute, Álvaro "Henríquez Ureña, ateneísta", *Los Universitarios*, México, No. 16, agosto de 1984.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña y la Universidad de México", *Revista de la Universidad de México*, No. 42, octubre de 1984, pp. 14-18.
- Mejía Sánchez, Ernesto: "Pedro Henríquez Ureña, crítico de Rubén Darío", en su *Cuestiones rubendarianas*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1970.
- Montenegro, Ernesto: "El humanismo de Pedro Henríquez Ureña", *La Prensa*, Buenos Aires, domingo 27 de noviembre de 1966, la. sec., s. p.
- Morínigo, Marcos: "Pedro Henríquez Ureña y la lingüística indigenista" en *Programa de filología hispánica*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, pp. 107-114.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña y la lingüística indigenista", *Revista Iberoamericana*, Iowa, edición homenaje a Pedro Henríquez Ureña, a. XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 72-79.
- Ocampo, Victoria: "Presencia de ausentes", en *Soledad sonora. Testimonios. Segunda serie*. Buenos Aires, Sudamericana, 1950, pp. 265-269.
- _____: "Presencia de ausentes", *Sur*, No. 151, mayo de 1947, pp. 91-94.
- _____: "Sobre Henríquez Ureña", en *Testimonios. Séptima serie. (1962-1967)*, *Sur*, Buenos Aires, 1967, pp. 158-160.

- Oliver, María Rosa: "Maestro y amigo", *México en la Cultura*, No. 22, enero-marzo 1957, p. 16.
- Pezzoni, Enrique: "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", *Letras*, a. 1, No. 4, diciembre de 1946, p. 77.
- Pucciarelli, Eugenio: "América en la obra de Pedro Henríquez Ureña", *Testigo*, No. 4, octubre-noviembre de 1966, pp. 8-16.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña, humanista", en *Segundo Cuaderno de La Plata*, La Plata, 1969, pp. 3-22.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña y la filosofía", *Revista de la Universidad*. La Plata, UNPL, Nos. 20-21, 1967 (enero 1966-julio 1967), pp. 422-433.
- Reyes, Alfonso: "Evocación de Pedro Henríquez Ureña", en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, t. XII, pp. 163-171.
- _____: "Pasado inmediato", en *Obras completas*, t. XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 175-278.
- Rodríguez Demorizi, Emilio: "Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña", en *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, Ciudad Trujillo [Santo Domingo], Universidad de Santo Domingo, 1947, pp. 17-86.
- Roggiano, Alfredo: "Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos de Norteamérica", estudio preliminar en *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. México, 1961, pp. IX-XCIII.
- _____: "Pedro Henríquez Ureña o el pensamiento integrador", *Revista Iberoamericana*. Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, Iowa, a. XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 171-194.
- Romero, Francisco: "Un humanista de nuestro tiempo", en *Ideas y figuras*, Buenos Aires, Losada, 1949, pp. 58-69.

Discurso pronunciado en el acto del Colegio Libre de Estudios Superiores el 10 de julio de 1946.

_____: “Un humanista de nuestro tiempo”, *Sur*, a. XV, No. 41, julio de 1946, pp. 18-27.

Romero, José Luis: “En la muerte de un testigo del mundo”, *Cabalgata*, No. 1, 10 de octubre de 1946.

_____: “Una voz”, *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.

Sábato, Ernesto: “Henríquez Ureña”, *Cabalgata*, Buenos Aires, No. 1, 1º de octubre de 1946.

_____: “Significado de Pedro Henríquez Ureña”, *Aula*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 3, Nos. 12-13, enero-junio de 1975.

Sánchez, Luis Alberto: “En memoria de Pedro Henríquez Ureña”, *La Tribuna*, Lima, 6 de junio de 1946.

_____: “Notas sobre Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.

Sánchez Raulet, Aníbal: “Pensamiento y mensaje de Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.

Selva, Salomón de la: “In memoriam Pedro Henríquez Ureña”, *Letras de México*, México, 15 de julio de 1946.

_____: “Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.

Torres-Rioseco, Arturo: “Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña”, *Revista Iberoamericana*, México, XXI, Nos. 41-42, enero-diciembre de 1956.

Torri, Julio: “Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña”, *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, No. 23, julio-diciembre de 1946.

Vitier, Medardo: “Pedro Henríquez Ureña y el ensayo”, en su *Del ensayo americano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

Índice Onomástico

- Abbey: 80
Acevedo, Jesús: 122, 126, 127, 129, 131
Aguiar, Mercedes Laura: 55, 61
Alatorre, Antonio: 293
Alcántara Almánzar, José: 27, 28, 286
Alejandro: 62
Alexander, John: 81
Alfonseca, Juan Francisco: 42
Alfonsito, (véase Reyes, Alfonso):
Alighieri, Dante: 67, 112
Alix, Juan Antonio: 45,
Almánzar, Josefa: 257
Alonso, Amado: 230, 232, 236, 237, 255, 270, 287, 293
Alonso, Dámaso: 231
Altamira, Rafael: 134
Alvarez, Soledad: 291
Alvarez Aránguiz: 264
Alving, Elena: 72
Amechazurra de Pellerano, Isabel: 61
Anders Causse, Rosa: 148
Anderson Imbert, Enrique: 269, 294
Angulo Guridi, Alejandro: 43
Angulo Guridi, Francisco Javier: 43
Aramburu, Joaquín: 107
Archer, William: 80
Archevarld, Carlos J.: 120
Argüelles Bringas, Gonzalo: 114
Argüelles Bringas, Roberto: 114, 121
Arias, Augusto: 294
Arias, Desiderio: 182, 184

- Arrieta, Rafael Alberto: 214, 219, 220, 222, 294
 Asturias, Miguel Angel: 207
 Avelino, Andrés: 257, 295
 Azorín: 177
- Báez, Buenaventura: 14
 Báez López-Penha, Ramón: 257
 Báez Soler, Osvaldo: 257
 Bally, Charles: 236
 Barcia, Pedro Luis: 268, 269
 Barnard: 81
 Baroja, Pío: 215
 Barreda, Gabino: 123, 139, 141, 157
 Barrenechea, Ana María: 286
 Bartlett, Paul: 81
 Bartholomew, Roy: 295, 299
 Battistessa, Ángel J.: 295
 Bazil, Osvaldo: 147
 Beaux, Cecilia: 81
 Bello, Andrés: 236
 Bergson, Henri: 116, 128, 129, 206
 Bernard Shaw, George: 95, 100, 139, 142, 269
 Bernhardt, Sarah: 79
 Betances, Ramón Emeterio: 40
 Binayán, Narciso: 236, 248, 286
 Bioy Casares, Adolfo: 268
- Blanca: 68, 69
 Boileau, Nicolás: 67
 Bolívar, Simón: 202
 Bonó, Pedro Francisco: 43
 Borges, Jorge Luis: 195, 266, 268, 271, 272, 273, 280, 285, 288, 295, 299
 Borges, Nora: 268
 Boutroux, Etienne Emile Mari: 116, 128, 129, 141
 Boyer, Jean Pierre: 38
 Bravo Betancourt, Ignacio: 132
 Brehnm (doctor): 54
 Brull, Mariano: 280, 168
 Bullrich, Eduardo J.: 268
 Bullrich, Enrique: 268
- Caballero, Manuel: 121, 122, 148
 Cáceres, Ramón: 150, 152
 Caillet-Bois, Julio: 296
 Campa, Gabriel de la: 97
 Carilla, Emilio: 238, 276, 291, 296
 Carlyle, Thomas: 83
 Carranza, Venustiano: 191
 Carreño, Teresa: 82
 Carricarte, Arturo R. de: 97, 100, 104, 105, 106, 107, 108, 148
 Carrière, Eugène: 124
 Carvajal, Clotilde: 34

- Caso, Alfonso: 117, 207, 210, 296
- Caso, Antonio: 114, 122, 124, 127, 128, 129, 131, 132, 133, 134, 139, 141, 143, 144, 146, 155, 156, 198, 207, 213, 246, 247
- Cassatt, Mary: 81
- Castagnino, Raúl H.: 296
- Castellano, Pancho: 168
- Castellanos, Jesús: 147
- Castellanos, Carmelina: 296
- Castellanos, Luis Alberto: 296
- Castillo Ledón, Luis: 114, 132
- Castro, Américo: 177, 210
- Castro, José Agustín de: 138
- Castro, Ricardo: 119
- Castro Leal, Antonio: 217, 297
- Castro Ventura, Santiago: 48
- Ceballos, Ciro R.: 107
- Cervantes, Miguel de: 67, 176
- César, Julio: 51, 62
- Céspedes, Diógenes: 27, 64
- Cestero, Tulio M.: 97
- Coiscou, Silvain: 257
- Colin, Eduardo: 114
- Colombino, Salvador: 257
- Colón, Cristóbal: 19, 55, 120, 121
- Comte, Augusto: 28, 112, 127, 128, 139
- Coquelin: 79
- Cortina, Augusto: 281, 297
- Cosío Villegas, Daniel: 207, 209, 291
- Cox, Kemyon: 81
- Cuéllar, José Tomás de: 198, 199
- Cuervo, Rufino José: 235
- Cúneo, Dardo: 297
- Cúneo, Santiago: 297
- Cravioto, Alfonso: 114, 121, 124, 132
- Croce, Benedetto: 116
- Cruncher, Jerry: 87
- Chacón y Calvo, José María: 81
- Chase, William: 81
- Chase, Gilbert: 285
- Chávez, Ezequiel: 155
- Chopin, Federico: 124
- Cruz, Juana Inés de la (Sor): 162, 205, 270
- D'Annunzio, Gabriel: 71, 91, 95, 100, 139, 142
- Darío, Rubén: 32, 100, 139, 300
- De Beer, Gabriela: 297
- De Forest Brush, George: 81
- De Forest Brush, Lockwood: 81
- Deive, Carlos Esteban: 40
- Deligne, Gastón F.: 45, 68, 95, 139

- Del Monte, Domingo: 148
 Delmonte, Josefa Antonia: 61
 Delmonte y Tejada, Antonio: 45
 Deschamps, Enrique: 73, 80
 Desvernine Galdós, Pablo: 148
 Di Pasquale, Roberto: 297
 Díaz, Porfirio: 30, 106, 129
 Díaz, Ruy: 107
 Díaz de Ureña, Gregoria: 34
 Diez-Canedo, Joaquín: 215, 274, 287
 Dubeau, José: 66
 Dufoo, Carlos: 112
 Du Mond, Francis V.: 81
 Durán, Diony: 98, 199, 261, 291
 Duval, Pére: 79
 Echavarría de Delmonte, Encarnación: 61
 Edelberg, Bertina: 297
 Einstein, Albert: 274
 Eliot (Dr.): 130, 274
 Elliot, Maxine: 79
 Emerson, Ralph Waldo: 83
 Enriquillo: 34, 43
 Escofet, José: 107, 112, 132, 142
 Espíndola, Juan: 134
 Esquilo: 67, 126
 Estrada, Genaro: 211, 214
 Estrella Ureña, Rafael: 251
 Eurípides: 126
 Ezequiel: 67
 Fabela, Isidro: 132
 Facio, Justo A.: 107
 Favaloro, René G.: 291
 Feltz (las): 71
 Feltz, Clementina: 150
 Feltz, Leonor: 55, 56, 61, 71, 72, 150
 Feltz, Ramona: 61
 Fernández, Javier: 288, 297
 Fernández, Jenaro: 132
 Fernández, Josefa: 53
 Fernández de Lizardi, José Joaquín: 138
 Fernández de Moratín, Leandro: 66
 Fernández Retamar, Roberto: 234
 Ferreira, Joao Francisco: 291, 297
 Flambeau: 79
 Ford, J. D. M.: 173, 175
 Fournier, familia: 80
 Fournier, Mrs.: 85
 Fournier, señora y señor: 78
 Francasci, Amelia: 61
 Franco, Francisco: 270
 Franco Ornes, Pericles: 265
 French, Daniel Chester: 81

- Gables, Hedda: 72
- Gabriel y Galán, José María: 124, 139
- Galleti, Alfredo: 298
- Galván, Fernando: 114, 130
- Galván, Manuel de Jesús: 43, 44
- Gamboa, Federico: 143
- Gamboa, José J.: 114
- Garduño, E. P. (seudónimo de Pedro Henríquez Ureña): 169, 171
- García, Enrique: 257
- García, José Gabriel: 45
- García Calderón, Francisco: 141, 139
- García Godoy, Federico: 141, 139
- García Lorca, Federico:
- García Monge, José: 261
- García Naranjo, Nenesio: 114, 124
- Gaultier, Jules: 129
- Gautreaux, Pedro Julio: 89
- Ghiano, Juan Carlos: 288, 298
- Gibbes, Lucas T.: 139
- Gibson: 81
- Giner de los Ríos, F.: 215
- Girondo, Oliverio: 268
- Giusti, Roberto: 294, 298, 299
- Goethe, Wolfgang F.: 112, 114, 139
- Goico Castro, Manuel de Jesús: 292, 299
- Gomes, Carlos: 120
- Gómez, Juan Gualberto: 98
- Gómez, Máximo: 93, 96
- Gómez de la Serna, Ramón: 268, 271
- Gómez Morín, Manuel: 207
- Gómez Oliver, Juan V.: 257
- Gómez Robelo, Ricardo: 107, 114, 121, 124, 126, 127
- Gomperz: 126
- González-Blanco, Andrés: 127
- González Garza: 131
- González Lanuza, Eduardo: 97, 148, 298
- González Martínez, Enrique: 134
- González Peña, Carlos: 107, 112, 132, 134, 139, 142
- Goodwin, Nat: 79
- Gorki, Máximo: 91
- Gozlan, León: 79
- Grafty, Charles: 81
- Gregoire, Henri: 50
- Guarocuya: 34
- Guerra Núñez, Juan: 97
- Guerrero, Luis Beltrán: 298
- Guitarte, Guillermo: 292
- Guridi y Alcocer, José Miguel: 138
- Gutiérrez Girardot, Rafael: 287, 299

Gutiérrez Nájera, Manuel:	97, 100, 108, 119, 121,
121, 122	122, 123, 124, 125, 126,
Guzmán, Martín Luis: 146,	136, 139, 141, 146, 147,
227, 228	148, 157, 165, 168, 170,
	173, 187, 226, 248, 249,
Haeckel, Ernesto: 127	251, 252, 253, 255, 258,
Henriques o Henríquez (los):	259, 260, 261, 262, 264,
34	265, 276, 292, 299
Henríquez, Enrique: 69	Henríquez Ureña, Pedro
Henríquez, Noel: 34	Nicolás: 11, 13, 14, 18,
Henríquez Lombardo,	19, 20, 21, 22, 23, 24, 27,
Natacha: 203, 213, 220,	29, 30, 32, 34, 35, 36, 40,
222, 245, 266	42, 45, 46, 48, 49, 51, 52,
Henríquez Lombardo, Sonia:	53, 54, 55, 56, 57, 59, 60,
12, 244, 245, 299	62, 63, 61, 64, 65, 66, 68,
Henríquez Ureña, familia: 19,	69, 70, 71, 72, 73, 74, 75,
50, 60, 108, 139, 146, 167,	76, 77, 78, 80, 82, 83, 84,
188, 210, 245, 249, 251,	85, 86, 88, 89, 92, 93, 95,
252, 258, 262, 263	97, 99, 100, 101, 104, 105,
Henríquez Ureña (los): 19, 55,	106, 107, 108, 110, 111,
60, 243, 251, 252	112, 113, 114, 115, 116,
Henríquez Ureña, Camila: 24,	118, 119, 120, 121, 122,
59, 60, 146, 149, 150, 226,	123, 124, 125, 126, 128,
266, 278	129, 130, 131, 132, 133,
Henríquez Ureña, Francisco	134, 138, 141, 142, 143,
(Fran): 21, 22, 23, 48, 66,	144, 145, 146, 151, 153,
69, 75, 85, 255, 259, 261,	154, 155, 156, 157, 158,
264, 278	159, 160, 161, 162, 164,
Henríquez Ureña, Max: 12,	165, 166, 167, 170, 171,
18, 19, 20, 21, 22, 23, 24,	176, 177, 178, 179, 181,
48, 51, 52, 53, 54, 61, 76,	182, 186, 187, 188, 189,
77, 79, 82, 84, 85, 91, 95,	190, 192, 193, 194, 195,

- 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 206, 207, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 217, 218, 219, 220, 221, 224, 229, 230, 232, 234, 235, 236, 237, 238, 243, 244, 245, 247, 249, 252, 253, 257, 258, 259, 261, 262, 264, 265, 266, 268, 269, 270, 271, 274, 275, 276, 278, 279, 280, 281, 285, 288, 291, 292, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 301, 302, 303
- Henríquez y Carvajal, Federico: 23, 32, 36, 37, 46, 55
- Henríquez y Carvajal, Francisco: 15, 16, 18, 21, 23, 24, 42, 57, 59, 69, 70, 71, 75, 80, 84, 88, 89, 108, 151, 171, 182, 184, 185, 188, 251, 255, 258, 259
- Henríquez y Carvajal, (los): 93
- Heredia, José María: 148
- Herelle, Georges: 71
- Hernández Luna, Juan: 291
- Herned, Virginia: 79
- Herminia (seudónimo de Salomé Ureña de Henríquez): 25
- Heureaux, Ulises (Lilís): 31, 57, 58, 59, 60, 69, 70, 71, 75, 84, 89
- Hinojosa, José: 108
- Hoetink, Harry: 13, 38, 42, 43
- Homer, Martin: 80
- Homer, Winslow: 81
- Homero: 67
- Hostos, Eugenio María de: 15, 16, 20, 28, 29, 31, 41, 42, 75, 91, 95, 102, 104, 128, 132, 139, 141
- Huerta, Adolfo: 213
- Huerta, Victoriano: 164, 165, 191
- Hugo, Víctor: 67, 68
- Ibsen, Henrik: 27, 52, 72, 73, 79, 80, 118, 129
- Icaza, Xavier: 209
- Ingenieros, José: 30, 201, 225
- Innes, George: 80
- Irigoyen, Hipólito: 201, 224, 248
- Isaías: 67
- Jaimes Freyre, Ricardo: 107
- James, William: 116, 128, 129
- Jimenes, Juan Isidro: 70, 71, 83, 84, 88, 89, 170, 182, 184
- Jiménez, Juan Ramón: 215

- Jiménez, Ramón Emilio: 253, 259
 Jiménez de la Espada, Marcos: 68
 Jiménez Grullón, Juan Isidro: 292
 Jiménez Rueda, Julio: 299
 Job: 67
 Juárez, Benito: 139
 Juvenal: 67

 Kafka, Franz: 270
 Kant, Enmanuel: 116
 Kipling, Rudyard: 91
 Krauze, Enrique: 14, 100, 165, 203, 209, 280, 292
 Kreizler, Fritz: 82
 Kubelik, Jan: 82

 Lacau, María Hortensia: 299
 La Farge, John: 81
 Lanzón, Gustavo: 159
 Lara, Juan Jacobo de: 288, 292
 Lara Pardo, Luis: 109
 Lardiazábal y Uribe, Manuel de: 138
 Larreta, Enrique: 147
 Lauranzón, familia: 59
 Lauranzón, Natividad: 69
 Leal, Luis: 299
 Leconte de Lisle, Ch. M.: 126
 Lemman, Carlos Alberto: 292

 Lesca, Charles: 134
 Lida, Raimundo: 292, 299
 Lizaso, Félix: 280, 300
 Lodge, Cabo: 189
 Lombardo Toledano, Isabel: 199, 203, 204, 207, 209, 211, 220, 222, 227, 230, 244, 245, 252, 254, 264, 266
 Lombardo Toledano, María: 209
 Lombardo Toledano, Vicente: 197, 198, 203, 205, 207, 209, 210, 212, 213, 249
 Longfellow, H. W.: 120
 López, Rafael: 114, 121, 131
 López, Vicente Fidel: 224
 Losada, Gonzalo de: 230, 266, 270, 272, 280
 Lozano, José María: 122
 Lugo, Américo: 95, 254
 Lugones, Leopoldo: 230
 Luperón, Gregorio: 14, 40, 57, 59
 Luz y Caballero, José de la: 148
 Llona, Numa Pompilio: 107
 Lluria, Enrique: 102

 MacMonnies: 81
 MacPherson: 52, 71
 Maeterlinck, Mauricio: 82
 Malio, Teodoro: 130

- Mallea, Eduardo: 268
 Marchena, Generoso de: 59
 Marchena, Abate: 66
 Marín, Elena: 122
 Mariátegui, José Carlos: 30
 Mariscal, Federico: 156
 Marmolejos, Rafael Onofre: 257
 Márquez Sterling, Manuel: 141, 168
 Martí, José: 32, 36, 93, 96, 98, 104, 170, 225, 253, 255
 Martínez, Gonzalo: 155
 Martínez, José Luis: 286, 288
 Martínez Estrada, Ezequiel: 286
 Matute, Alvaro: 300
 Meillet, Antoine: 236
 Mejía, Abigaíl: 257
 Mejía, Félix Evaristo: 51, 52
 Mejía, Hernán: 257
 Mejía, Miriam G.: 257
 Mejía Sánchez, Ernesto: 300
 Melba (la): 79
 Melchers, Gari: 81
 Mendizábal, Luis de: 138
 Menéndez Pidal, Ramón: 177, 180, 181, 192, 237
 Menéndez y Pelayo, Marcelino: 32, 68, 104, 141, 160, 278, 177, 237, 278
 Menox (despectivo con que trababan a Pedro Henríquez Ureña en México): 136, 157
 Meriño, Fernando Arturo de: 18, 25, 27, 28, 139
 Meynell, Alice: 171
 Middleton, Richard: 171
 Mill, John Stuart: 28, 114, 127, 139
 Millet, Francis D.: 81
 Mitre, Bartolomé: 224
 Moglia, Raúl: 299
 Molière: 147
 Mon: 50
 Montero: 148
 Montenegro, Ernesto: 300
 Montoro: 97
 Morínigo, Marcos: 300
 Mota, Fabio A.: 253
 Mota, Julio A.: 257
 Mota, Mercedes: 61
 Morales Languasco, Carlos: 89, 90
 Moscoso, Mercedes Anacaona: 55, 61
 Moya Pons, Frank: 43
 Mugica, Arturo: 109
 Muller, Otfried: 126
 Murillo, Gerardo: 114
 Murria, Gilbert: 274
 Nana (Ramona Ureña Díaz): 50

- Navarrete, Fray Manuel de: 138
 Navarro Tomás, Tomás: 177, 181
 Nazar Anchorena, Benito: 215
 Nervo, Amado: 114
 Nervo, Rodolfo: 114
 Nietzsche, Federico: 112, 116, 124, 127, 139, 141
 Nolasco, Flérída de: 292, 299
 Nolasco, Sócrates: 150
 Nora: 27, 72
 Nórdica, (la): 79
 Novoa, Guillermo: 132
 Núñez y Domínguez: 136

 Obregón, Alvaro: 194
 Ocampo, Silvina: 268
 Ocampo, Victoria: 268, 269, 270, 271, 294, 300
 Ochoa, Anastasio de: 138
 Odilon, Helena: 79
 Oliver, María Rosa: 268, 299, 301
 Orfila Reynal, Arnaldo: 205, 206
 Ortea, Viginia: 61
 Ortega, Francisco: 138

 Pablo: 67
 Palacios, Alfredo: 201, 225
 Palacios, Juan: 132
 Palavicini: 195, 197, 198
 Pallares, Eduardo: 132
 Palma, Ricardo: 107
 Papini, Giovanni: 128
 Parra, Manuel de la: 114, 132
 Parrish, Maxfied: 81
 Parsifal: 95, 102, 139
 Pater, Walter: 118, 126, 129, 175
 Pellerano, Luisa Ozema: 55, 56, 61
 Penson, César Nicolás: 56
 Peña Batlle, Manuel A.: 256
 Perdomo, Josefa Antonia: 55, 61
 Pérez, Carlos Federico: 299
 Pérez, José Joaquín: 32, 45, 54, 56, 95, 100
 Pérez de Oliva, Hernán: 134, 168, 215
 Pérez Galdós, Benito: 215
 Peynado, Francisco José: 171
 Pezzoni, Enrique: 299, 301
 Pibín (apodo familiar de Pedro Henríquez Ureña): 21, 50
 Pichardo, Manuel S.: 97
 Pinero, Arthur Wing: 100
 Piña Puello, L. E.: 299
 Pirovano: 248
 Place, Irving: 79
 Plancon: 79
 Platón: 114, 116, 126, 203

- Poe, Edgar Alan: 124
 Poincaré: 128
 Pomposo Fernández, Agustín: 138
 Ponce, Aníbal: 30
 Ponce, Manuel M.: 133, 143
 Prado, José Luis: 105
 Prud'homme, Emilio: 55, 56
 Pruneda, Alfonso: 156
 Pucciarelli, Eugenio: 292, 301
 Puello, Ana Josefa: 61
 Puga, Manuel: 129
 Pyke, Howard: 81

 Racine, Jean: 67, 147
 Rama, Angel: 287
 Rangel, Nicolás: 136
 Remington, Frederick: 81
 Reske, Edouard de: 79
 Reske, Jean de: 79
 Reyes, Alfonso: 12, 20, 112, 114, 115, 116, 123, 124, 126, 129, 130, 132, 136, 146, 155, 159, 172, 177, 179, 180, 181, 188, 190, 191, 192, 195, 207, 209, 210, 211, 214, 217, 218, 220, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 229, 244, 248, 252, 253, 254, 266, 267, 270, 272, 274, 278, 286, 288, 301
 Reyes, Bernardo: 114
 Reyes Espíndola, Rafael: 119, 122
 Ripa Alberdi, Héctor:
 Rivera, Diego: 114, 195, 196
 Rivero Alvisa, Daisy: 31
 Rodó, José Enrique: 72, 73, 78, 82, 92, 95, 102, 104, 107, 132, 139, 169, 189, 234
 Rodríguez Feo, José: 289
 Rodríguez Demorizi, Emilio: 262, 275, 288, 293, 301
 Roggiano, Alfredo: 105, 106, 107, 109, 119, 120, 123, 125, 134, 138, 141, 156, 157, 158, 166, 171, 176, 181, 182, 186, 189, 192, 196, 202, 205, 213, 214, 217, 293, 301
 Rohan, Ernesto de: 53
 Rojas, Ricardo: 201, 210
 Rojas Requena, Iliana: 31
 Romero, Francisco: 268, 271, 301
 Romero, José Luis: 302
 Roncoroni: 51
 Roosevelt, Theodore: 106, 173
 Rosenblat, Angel: 265
 Rostand, Edmundo: 79
 Ruiz de Alarcón, Juan: 160, 161, 177, 215, 285, 287
 Ruiz Zamora, Gonzalo: 97

- Ruskin, John: 83, 114
- Sábato, Ernesto: 293, 296, 302
- Saco, José Antonio: 148
- Sáenz, Roque: 224
- Saint-Gaudens, A.: 81
- Sánchez, Guadalupe: 213
- Sánchez, Luis Alberto: 293, 302
- Sánchez Azcona: 124, 125
- Sánchez de Tagle, Francisco Manuel: 138
- Sánchez Lustrino, Gilberto: 265
- Sánchez Raulet, Aníbal: 302
- Sánchez y Sánchez, Carlos: 265
- Sanguily, Manuel: 97
- Santos Chocano, José: 107
- Sargent, John Singer: 80
- Sarmiento, Domingo Faustino: 224
- Sartori, J. M.: 138
- Saussure, Ferdinand de: 236
- Schopenhauer, Arturo: 112, 114, 116, 127
- Schumann-Heink, (la): 79
- Selva, Salomón de la: 173, 191, 302
- Shakespeare, William: 51, 52, 53, 66, 67, 71, 78, 112, 129, 234
- Sierra, Justo: 31, 106, 123, 132, 136, 153
- Sócrates (nombre que daban a Pedro Henríquez Ureña algunos de sus amigos mexicanos): 116, 117, 208
- Sófocles: 126
- Sommariva, Luis M.: 215
- Spencer, Herbert: 28, 112, 127, 128, 139
- Speratti Pinero, Emma S.: 286, 288, 296
- Sthern: 79
- Stravinsky, Igor: 274
- Strauss, Richard: 95, 102, 142
- Tablada, José Juan: 118, 119
- Taine, Hipólito: 139
- Tanner, Henry: 81
- Tasso, Torcuato: 67
- Terán, Luis de: 141
- Ternina (la): 79
- Tiío, Lola: 97
- Tolstoi, León: 71
- Torre, Francisco de la: 114
- Torre, Guillermo de: 268
- Torres-Rioseco, Arturo: 181, 302
- Torri, Julio: 133, 179, 293, 303
- Toussaint, Manuel: 117
- Troncoso Sánchez, Pedro: 265

- Trujillo, Rafael L.: 36, 248, 250, 251, 252, 253, 255, 256, 258, 259, 261, 262, 263, 264, 265
- Ugarte, Manuel: 141, 201
- Unamuno, Miguel de: 139, 215
- Urbina, Luis G.: 112, 126, 131, 136, 143, 156, 157, 158, 160
- Urbina, Luis Urbin: 121
- Ureña Díaz, Ramona: 34, 35, 51, 55, 61, 68, 150, 209, 210, 265
- Ureña de Henríquez, Salomé: 18, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 27, 30, 31, 45, 48, 50, 57, 59, 60, 61, 62, 64, 65, 68, 69, 123, 150, 155, 165, 258
- Ureña de Mendoza, Nicolás: 25, 32, 33, 34, 46
- Urueta, Jesús: 121, 122
- Valenti, Rubén: 124, 127, 128
- Valenzuela, Benigno: 114
- Valenzuela, Emilio: 132
- Valenzuela, Jesús E.: 112, 121
- Vargas, José Rafael: 293
- Vargas, Luis de: 107
- Varona, Enrique José: 97, 99, 147, 148, 170
- Vasconcelos, José (Pepe): 130, 131, 132, 133, 135, 157, 165, 191, 192, 193, 195, 196, 198, 199, 200, 201, 203, 207, 208, 211, 212, 220, 225, 226, 246, 247, 255, 293
- Vásquez, Horacio: 70, 83, 84, 88, 89, 182, 184
- Vásquez del Mercado, Alberto: 117
- Vásquez Gómez, Francisco: 122, 123
- Vedder, Elihu: 81
- Villanueva, Emilia: 257
- Villapando, Jesús: 114
- Vincent, Stenio: 262
- Virgilio Marón, Publio: 67
- Vitier, Medardo: 303
- Wagner, Ricardo: 79
- Walker, Horacio: 81
- Weber, Alfred: 126
- Wharton, Edith: 139, 150
- Whistler, James Abbot: 80, 114
- Wilde, Oscar: 100, 114, 150
- Wilson, Woodrow: 188
- Wolf: 232
- Wolfe, Bertran D.: 288
- Woss y Gil, Alejandro: 88, 89, 150
- Wyant, Alexander: 80

Zayas, Alfredo: 98

Zorrilla de San Martín, Juan:
107, 120

Zuleta, Enrique: 13, 288

Publicaciones UNAPEC

- *El derecho de huelga: estudio comparativo*, Porfirio Hernández Quezada, 1982.
- *Cien años de miseria en Santo Domingo. 1600-1700*, Frank Peña Pérez, 1985.
- *Y nadie sabe quién es su legislador. Coloquio experiencias del sistema electoral: evaluación y perspectivas*, Leonel Rodríguez y Joachim Knoop (ed.), 1986.
- *La inmigración dominicana en los Estados Unidos*, José del Castillo y Christopher Mitchel (editores.), 1987.
- *Barreras: estudio etnográfico de una comunidad rural dominicana*, Víctor Ávila Suero, 1988.
- *Cuba y la República Dominicana: transición económica en el Caribe del siglo XIX*, Roberto Marte, 1989.
- *Gestión financiera y administrativa de la pequeña industria en la República Dominicana*, Sonia Lizardo, 1989.
- *Discursos desde la Rectoría*, Leonel Rodríguez, 1991.
- *El Quintana de Oro*, Evalina Estrella (recop.), 2000.
- *Estaba escrito*, Dennis Rafael Simó Torres, 2000.
- *Bajo la cruz del sueño*, Mariano Lebrón Saviñón, 2002.
- *El huracán de la ignorancia*, Dennis Rafael Simó Torres, 2002.
- *Cancionero de vida*, Dennis Rafael Simó Torres, 2003.
- *Relaciones humanas*, María del Carmen Genao, Ana Pérez y Rosa Castro, 2003.
- *Vida y obra de don Mariano Lebrón Saviñón*, Carlos T. Martínez, 2003.

- *Lenguaje, identidad y tradición en las letras dominicanas. De Javier Angulo Guridi a Manuel Salvador Gautier*, Bruno Rosario Candelier, 2004.
- *Ensayos sobre lingüística, poética y cultura*, Diógenes Céspedes, 2005.
- *Los árboles de UNAPEC. Un monumento de la naturaleza*, Ricardo García, Francisco Jiménez y Ángel Haché, 2005.
- *Los intelectuales y el poder*, Guillermo Piña Contreras (ed.), 2005.
- *Usted no lo diga y otros temas de lingüística*, Mariano Lebrón Savinón, 2008.
- *Max Henríquez Ureña en el Listín Diario. 1963-1965. Desde mi butaca*, Tomo I, Diógenes Céspedes (ed.), 2009.
- *El control de constitucionalidad como garantía de la supremacía de la Constitución*, Hermógenes Acosta de los Santos, 2010.
- *El habla de los historiadores y otros ensayos*, Andrés L. Mateo, 2010.
- *Estudios lingüísticos, literarios, culturales y semióticos*, Diógenes Céspedes, 2010.
- *30 años de coloquios jurídicos*, Alejandro Moscoso Segarra (comp.), 2011.
- *Los días alcionios*, Manuel Núñez, 2011.
- *Los intelectuales y el poder II*, Diógenes Céspedes (ed.), 2011.
- *La barca y el gavilán, arengas del alba y la lengua*, Tony Raful, 2012.
- *Lecciones de cálculo superior. Ecuaciones diferenciales y métodos matemáticos*, Francesco Semerari, 2012.
- *Responsabilidad penal de los administradores en los delitos societarios*, Francisco Manzano, 2013.
- *En la universidad*, Justo Pedro Castellanos Khoury, 2014.

- *Relaciones humanas*, María del Carmen Genao, Ana Pérez y Rosa Castro, 2014
- *Formas del ascenso. Estructura mitológica en Escalera para Electra de Aída Cartagena Portalatín*, Rey Andújar, coedición con Editorial Isla Negra, Puerto Rico, 2014.
- *Primera jornada científica Universidad-Empresa-Desarrollo 2012*, Aida Roca y Matías Bosch (eds.), 2015.
- *Un año de cultura tradicional dominicana. Una muestra*, Edis A. Sánchez R., 2015.
- *Santa Teresa de Jesús y el misticismo español*, Antonio Ramos Membrive, rev. padre Alfredo de la Cruz, Andrés L. Mateo, Diógenes Céspedes y Manuel Maceiras Fafián, 2015.
- *Métodos y técnicas de conservación de las obras de arte (I)*, Simona Cappelli, 2015.
- *Antología I. Taller Literario Mariano Lebrón Saviñón*, miembros del Taller, 2015.
- *La primera defensa de los Derechos Humanos en el Nuevo Mundo*, Manuel Maceiras Fafián, María Antonietta Salamone Savona, Jesús Cordero Pando, Graciano González R. Arnáiz, Luis Méndez Francisco y David Méndez Coca, 2015.

Serie Metodología de la Enseñanza Superior

- *Evaluación en el aula*, Héctor Manuel Rodríguez, 1978.
- *Metodología de la enseñanza universitaria*, Héctor Manuel Rodríguez, 1978.

Colección UNAPEC por un mundo mejor

Serie Artes y Comunicación

- *La imagen corporativa en la comunicación organizacional: teoría, conceptos y puntos de vistas*, Alicia María Álvarez Álvarez, 2005.

- *Arte y comunicación I*, Elena Litvinenko, 2008.
- *Arte y comunicación II*, Elena Litvinenko, 2010.

Serie Investigación

- *La enseñanza del español: retos para la República Dominicana. El proyecto UNILINGUA-UNAPEC*, Irene Pérez Guerra, 2005.
- *La enseñanza-aprendizaje de la matemática: un modelo metodológico. El proyecto UNAPEC*, Génova Feliz, 2005.
- *Un ensayo con los programas de matemática. Colegios APEC 2002-2006*, Lidia Dalmasí, 2006.
- *Auditoría forense aplicada al lavado de dinero de las instituciones financieras*, Zoila Cáceres, César Novo, Rafael Martínez y Rafael Nova, 2010.

Serie Desde la Rectoría

- *Discursos del Rector*, Dennis Rafael Simó Torres, 2005.
- *Discursos del Rector 2*, Dennis Rafael Simó Torres, 2007.

Serie Artes y Comunicación

- *El dibujo humorístico. Una aproximación didáctica*, Alexandra Hasbún, 2009.

Serie Tecnología

- *El molino de viento, una solución eólica al problema energético dominicano*, William E. Camilo R., 2005.
- *Estudio bitemporal de la deforestación en la República Dominicana usando sensores remotos*, Yrvin A. Rivera Valdez y Rubén Montás, 2006.

Serie Derecho

- *El nuevo Código procesal penal: los desafíos de la transculturación jurídica*, Cristina Aguiar, 2010.

Serie Ensayo

- *Para entender la sociedad del conocimiento de Peter Drucker*, Mario Suárez, 2005.
- *Globalización, educación y universidad. Cambio y transformación curricular*, Francisco D'Oleo, 2006.
- *Programa de Desarrollo Profesional Docente: una experiencia de postgrado accesible como estrategia de cambio y excelencia en la Universidad APEC (estudio de caso)*, Dennis R. Simó Torres, Inmaculada Madera Soriano y María de los Ángeles Legañoa Ferrá, 2006.

Serie Conferencia

- *Un país con futuro. Crisis, corrupción y pobreza: ¿cómo evitarlas?*, Opinio Álvarez, 2005.
- *Los desafíos de la universidad en el siglo XXI*, Carlos Tunnermann Bernheim, 2008.

Serie Ética

- *Los valores morales desde la perspectiva de la fe*, Juan Francisco Puello Herrera, 2009.

Serie Artículos

- *Mi opinión*, Wilhelm Brouwer, 2010.

Serie Administración

- *Una nueva perspectiva de la administración*, Raynelda Pimentel y Roberto Portuondo, 2005.

Esta edición de
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.
ERRANCIA Y CREACIÓN
de Andrés L. Mateo,
se terminó de imprimir en octubre de 2015,
con una tirada de 1,000 ejemplares,
en los talleres gráficos de Editora Búho, S.R.L.
Santo Domingo, República Dominicana.